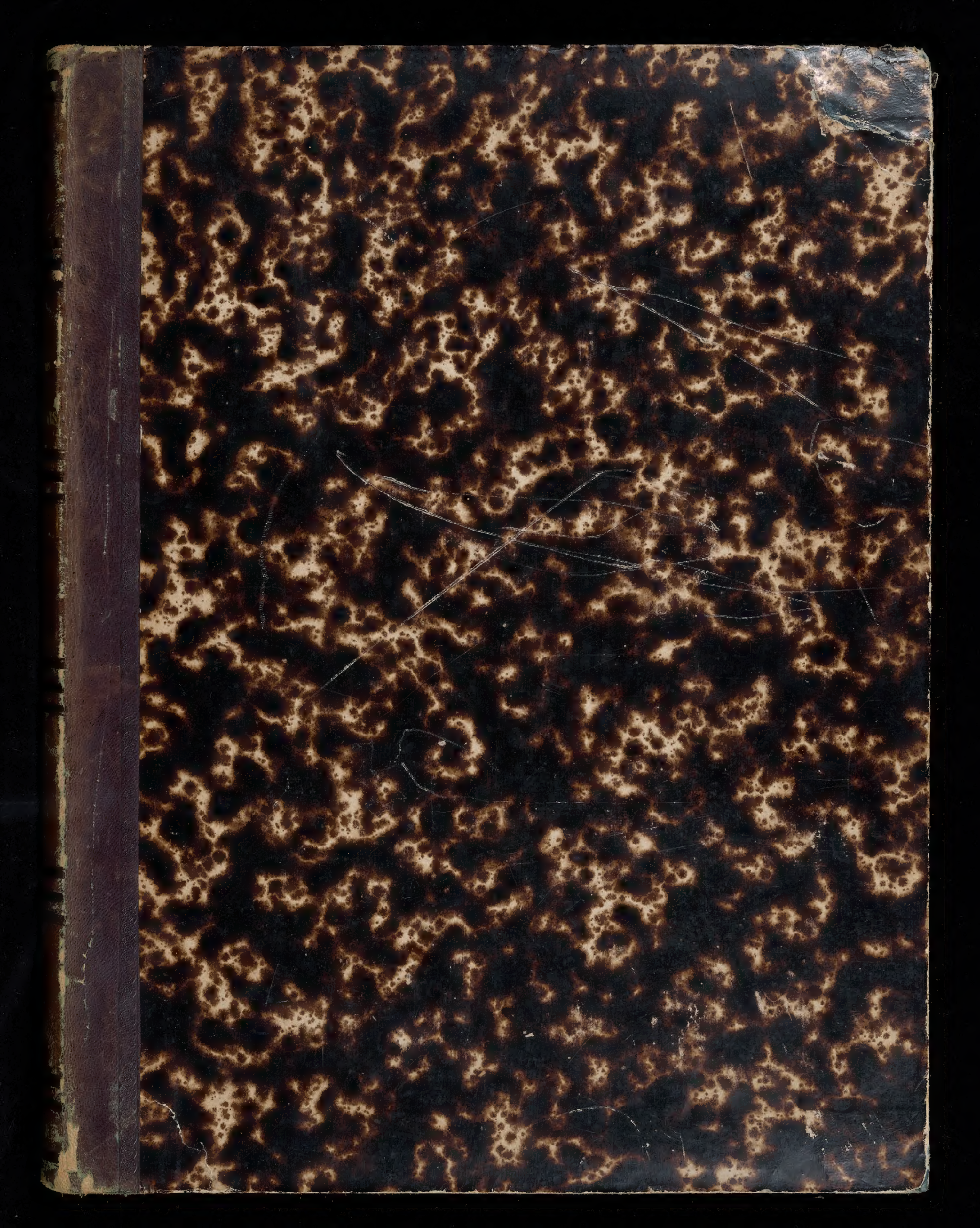
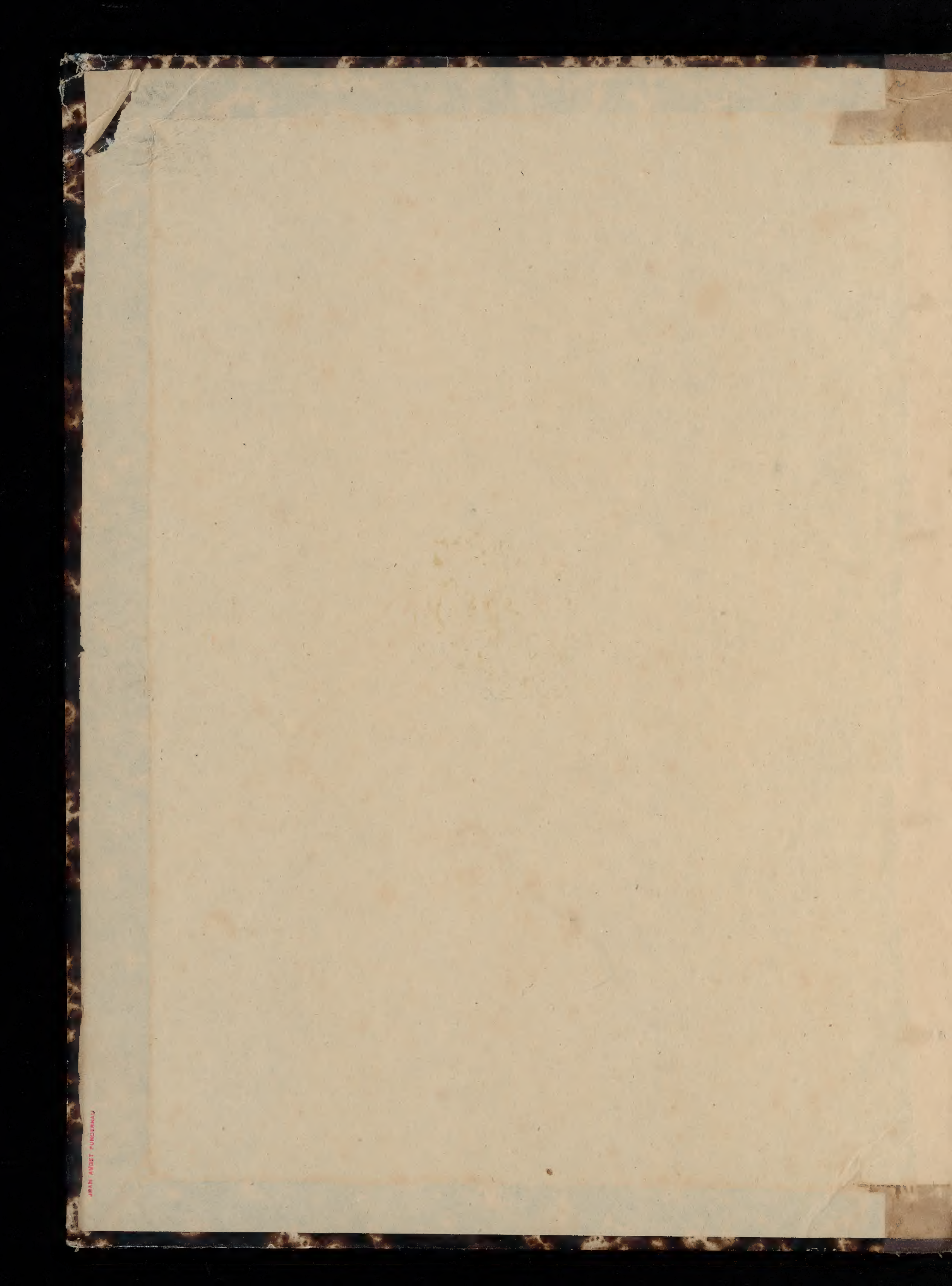




Núm. 1. Barcelona 1.° de enero de 1859. Año 1.

LA ILUSTRACION

PERIÓDICO QUINCENAL.

PRECIO.

En Barcelona, por un mes, llevados los números á domicilio, **3** rs.

Fuera de Barcelona, id., franco de porte, **3** rs.

PUNTOS DE SUSCRIPCION.

En Barcelona en la papeleria de los señores Sala, hermanos, calle de la Union, núm. 3, y en las principales librerías del reino.

La correspondencia deberá dirigirse á D. Francisco Nubiola, rambla de Canaletas, núm. 3.

OBSERVACIONES.

El que se suscriba por un año obtendrá la rebaja de 4 rs. vn.—Toda suscripcion debe empezar el 1.° de mes.—No se venden números sueltos.

SUMARIO.



PUES, SEÑOR, ESTE CRANEO ES EL CRANEO DE YORICH, EL BUFON DEL REY. (PAG. 3).

La cetreria en Africa

POR JULIO GERARD.

En un pais en el cual la historia se escribe á tiros, es dificil indagar el orígen de los usos y costumbres de sus habitantes especialmente cuando, como los árabes, viven en un centro de tradiciones y de creencias que, las mas de las veces, no van mas allá de los límites de la tríbu y de la generacion presente.

Por consiguiente, sin afirmar nada sobre el orígen de la cetrería en Africa, diré que los árabes propiamente dichos parecen haberla importado con ellos, puesto que es casi desconocida entre los Chaouia y los Kabylas que los han precedido en la ocupacion de este pais.

La caza con el halcon, en Argelia, es el privilegio de los grandes y de los poderosos. Los que se entregan á ella con pasion, son los descendientes de las familias nobles y militares que se han aliado con la Francia para conservar ú obtener mandos.

Cualquiera que sea el poder ó la fortuna de un indígena, si no cuenta con alguna nobleza ó con una reputacion de valor bien sentada, no puede dedicarse al arte de la cetrería sin esponerse á ser ridiculizado y á veces molestado por los suyos.

El halconero de un caid conocido mio, me refirió sobre este particular una anécdota bastante curiosa y en la cual representó, como se verá mas adelante, un papel muy comprometido.

Este hombre, que despues de un Marabuto del cual hablaré despues, es el halconero mas furioso que he conocido en Africa, merece ocupar por algunos instantes la atencion del lector.

Este sugeto, llamado Abdallah, pertenece á la tríbu de los Mahatlah, de la cual es uno de los caballeros mas valientes, que por cierto no es poca cosa en semejante pais.

El dia que le pregunté por su edad, me respondió que habia nacido el año de la pólvora.

Y como antes de someterse á la dominacion francesa esta tríbu pasaba el tiempo batiéndose con sus vecinos, tuve que hacerle de la edad que parecia representar, es decir, de unos cuarenta años.

De una talla mas que mediana, de aspecto grave y taciturno, de constitucion débil y enfermiza, este hombre nada ofrece de notable á primera vista.

Pero cuando se encuentra en compañía de personas que le son simpáticas y la conversacion versa sobre asuntos de guerra ó de caza, su cara se anima, sus ojos centellean y sus narices se dilatan como para respirar con avidez el olor de la pólvora y de la sangre; pues para él, la caza, es la agonía de la víctima en tanto que los halcones le sacan los ojos y le magullan el cráneo, y la guerra, la accion de cortar la cabeza al enemigo, que ha caido vivo en sus manos.

Con estos instintos feroces, propios de los salvages, Abdallah posee un alma sensible y un corazon amante.

Su familia se compone de una madre anciana á la cual ama y respeta, lo que no hacen todos los árabes, de tres hijos en quienes adora, y de una yegua nacida el mismo dia que murió su mujer y á la cual ha dado su nombre.

Desde esta época no solamente ha resistido á las instancias de su madre, que queria hacerle contraer segundas nupcias, sino que lleva, y me ha asegurado que llevará toda su vida, el luto de su mujer.

A fin de poder juzgar lo que tiene de penoso el luto de los árabes, acostumbrados á abluciones diarias, es preciso saber que consiste en no lavarse nunca el cuerpo ni los vestidos.

Cuando conocí á este hombre intrépido, hacia seis años que era viudo lo que equivale á deciros que ni su persona ni su albornoz pecaban de limpios; pero el interés que me inspiraba su carácter me hacia pasar por esto y recibirlo bien cada vez que visitaba su tríbu.

El mes de mayo de 1830 estaba encargado de cobrar las contribuciones en el pais que habita Abdallah. En el momento que supo mi llegada se apresuró á venir á verme, pidiéndome permiso para hacerlo todos los dias en mis ratos de ocio.

Como me gustaba mucho oir esas historias de guerra y de caza, no le disimulé que le recibiria con gusto; al dia siguiente supe que se habia instalado en la tienda de mis spahis por todo el tiempo que durase nuestra permanencia en el pais.

Una noche que no tenia nada que hacer y que se encontraban reunidos en mi tienda algunos jefes árabes, hice llamar á Abdallah para que nos contase una de las anécdotas de su repertorio. Despues de haber cambiado los saludos de estilo con mis huéspedes, que eran amigos suyos, y de haberse informado de lo que queria de él, Abdallah meditó un instante, y despues habló en estos términos:

—En el curso del año en que Argel cayó en poder de los cristianos, mi primo Lakdar y yó concebimos la idea de chasquear á un cheik de los Ouled-Bou-Ghanem, vecino nuestro, quien á

pesar de ser un cualquiera se permitia criar y adiestrar halcones.

Al efecto cogimos dos águilas jóvenes en un nido que sabiamos, y las enseñamos á cazar los halcones niegos (1) que nuestros pastores nos traian cada dia.

Luego que creimos á nuestras aves suficientemente adiestradas y acostumbradas al ruido de los hombres y de los caballos, enviamos á uno de nuestra confianza para que, mezclándose entre las gentes del cheik, supiese donde y cuando empezarian sus cacerías.

Sabido el sitio y dia designados, Lakdar y yo salimos antes de amanecer, arreando delante de nosotros el asno que llevaba nuestras águilas encapirotadas, y algunos halcones para llamarlas en caso de necesidad.

El cheik y los suyos llegaron mucho despues que nosotros cerca del *Oued-Mellègh* donde debian cazar las avutardas. Los tamarindos que cubren las orillas del rio nos permitian seguir la cacería sin ser observados, y arreglamos nuestra marcha á la de los cazadores.

Poco tardó en levantarse una bandada de avutardas de delante de los ginetes que recorrian la llanura; soltáronse sucesivamente cuatro halcones, y al instante una de las avutardas, atacada vigorosamente, se vió obligada á separarse de sus compañeras.

Quitamos los capirotes á nuestras águilas las cuales al momento descubrieron la cacería; nuestras aves se dirigieron hácia ella al principio pesadamente, siguiendo una linea recta, y despues con mas velocidad dando embestidas que las acercaban poco á poco á los halcones á medida que se elevaban.

Despues de haber atado el asno á un tamarindo, remontamos la corriente del riachuelo para ver mejor la batalla.

La avutarda, separada de la bandada, y como he dicho antes, atacada vigorosamente por los cuatro halcones reunidos, no tenia otro medio de salvacion que conservarlos debajo de ella.

Al efecto se habia elevado verticalmente á una altura tan inmensa que la veíamos del tamaño de una paloma, mientras que los halcones, encarnizados en su persecucion, nos parecian unas veces pequeños como langostas en tanto que otras los perdiamos de vista enteramente.

Cuando las dos águilas llegaron á aquellas regiones se confundieron hasta tal punto con la cacería que pronto no pudimos distinguirlas de las demás aves.

El cheik y sus hombres de á caballo estaban parados en la llanura, mirando al cielo, y aguardando como nosotros el desenlace de aquella lucha aérea.

De pronto nos pareció oir á lo lejos chillidos penetrantes y repetidos; al poco tiempo vimos un cuerpo negro que crecia á medida que bajaba, unas veces forcejeando con furia, otras descendiendo verticalmente á las bajas regiones.

Entonces pudimos reconocer nuestras dos águilas que, con las alas estendidas, se dejaban remolcar por el peso de la avutarda, la cual, con las patas colgando y las alas plegadas caia al suelo sin dar señales de vida.

Nuestros ojos buscaron en vano los halcones del cheik; habian desaparecido. Toda nuestra atencion se fijó entonces en los caballeros.

En seguida que las águilas y la avutarda cayeron silbando en medio del ancho círculo formado por el cheik y los suyos, un prolongado grito de «traicion» vino á llenarnos de espanto.

Entonces recordamos, aunque demasiado tarde, que con la precipitacion que habiamos soltado nuestras águilas, la una de ellas se habia remontado sin quitarle la traba. Varios de los ginetes del cheik habian echado pié á tierra y disponian sus albornoces de manera que les sirviesen para apoderarse de las águilas sin que estas pudiesen hacerles daño.

No nos quedaba otro recurso que la fuga, la cual emprendimos con toda la velocidad de nuestros piés sin acordarnos del asno, que, sin embargo, debia salvarme la vida este dia.

(1) Se dá el nombre de *niegos* á los halcones cogidos en el nido y el de *huraño* al halcon adulto.

Hacia ya cerca de una hora que corríamos remontando siempre la corriente del riachuelo y sin desviarnos de los árboles que hay en su orilla, cuando vimos á cuatro ginetes á unos doscientos pasos detrás de nosotros, y un poco mas lejos toda la comitiva del cheik.

Toda esta gente nos seguia la pista al trote y al galope.

Huir era ya imposible; por consiguiente tratamos de ocultarnos.

Lakdar escogió un espeso matorral de tamarindos y de zarzas; yo bajé al álveo del riachuelo en el cual entré hasta que el agua me llegó al cuello en tanto que escondia la cabeza entre las yerbas que pendian del ribazo.

Apenas me habia instalado en mi escondrijo cuando oí las pisadas de los caballos y la voz de un ginete que gritaba á la comitiva del cheik:—Venid, aquí, ya los tenemos! Sus huellas son tan claras como el sol. Los perros infames son dos!

Un galope ruidoso y los relinchos de los caballos enardecidos por una larga carrera me anunciaron la llegada del cheik y de toda su gente.

El cheik dijo en seguida:

—Que diez ginetes sigan adelante hasta que desaparezcan las pisadas, y entonces se detendrán guardando militarmente ambas orillas. Vosotros, muchachos, pié á tierra y seguid pistola en mano los pasos de esos malditos á quienes, si es posible, conducireis vivos á mi presencia.

Al oir esta órden comprendí que no habia remedio para el pobre Lakdar; como mi posicion era mejor que la suya, conservaba la esperanza de sobrevivirle para vengarle.

Hasta entonces no advertí que mis piés se hundian en el lodo y que el agua, que al entrar apenas cubria mis hombros, empezaba ahora á mojarme los labios.

Se dice que el que no conoce el miedo no es hombre: pues bien, confieso que aquel dia tuve miedo, no tanto de las amenazas que oia pronunciar á nuestros enemigos como de morir ahogado.

Vino á distraerme de mis preocupaciones personales una detonacion seguida de imprecaciones y algunos tiros.

Mi primo, al verse descubierto, disparó su pistola sobre el grupo que le tenia cercado, y que á pesar de la prohibicion del cheik tuvo que contestar.

Algunas palabras que pude oir en medio de la algazara que reinaba no lejos de mí, me hicieron comprender que Lakdar no habia muerto y que lo conducian á la presencia del cheik.

Lleno de impaciencia y queriendo saber, aun á riesgo de hacerme prender, lo que iba á ser de mi primo, iba á salir de mi escondrijo cuando en el mismo instante ví á dos hombres que entraban en el álveo del rio.

—Por aquí ha bajado, dijo el primero señalando las huellas de mis piés sobre la arena.

—Aquí está el sitio por donde ha entrado en el rio dijo el otro dirigiéndose á la orilla del agua dentro de la cual yo permanecia inmóvil á diez pasos de él, mirándole á través de las yerbas que cubrian mi cabeza.

—Es bien estraño, prosiguió el último que habia hablado; sus pisadas se pierden en el álveo del torrente. ¿Se habrá zambullido en el agua?

En este momento oí andar sobre el ribazo, encima de mi cabeza, y que un hombre decia al que estaba cerca de mí:

—Mohammed, el cheik me envia á buscarte porque ninguno de los que están á su lado tiene un cuchillo tan bueno como el tuyo.

—¿Para qué ha de servir? preguntó este.

—Para cortar la cabeza á ese perro que acabamos de prender, respondió el enviado.

La perspectiva de cortar la cabeza á un hombre, dominando el ardor de la persecucion á que se entregaran hasta ahora, hizo que estos malditos se alejaran en seguida, lo cual me sacó de la posicion mas horrible en que me he encontrado en toda mi vida.

T.—Joaquin Mola y Martinez.

(Se continuará en el próximo número).

Historia de Navidad y del pavo. —El dia del año.

La fiesta de Navidad que con tanto regocijo celebran todas las naciones, se remonta á la cuna de la Iglesia de Occidente, atribuyéndose su institucion al papa Telesforo, que murió en 138. Pero en aquella época era movible como otras fiestas cristianas, pues entre las iglesias orientales, las unas la celebraban en el mes de mayo ó en el de abril, y otras en el de enero. En el siglo IV el papa Julio I, despues de una investigacion sobre la fecha del nacimiento de Jesucristo, la fijó en el 25 de diciembre, sin que semejante opinion se halle apoyada en pruebas bastante auténticas. Durante mucho tiempo se celebraron en un mismo dia la fiesta de Navidad y la de la Epifanía, hasta que en 377 se comenzó á celebrarlas separadamente en Antioquía. No obstante, los armenios continuaron confundiendo las dos fiestas hasta el siglo xII.

La costumbre de celebrar tres misas en esta solemnidad, á media noche una, al amanecer otra, y por la mañana la tercera, es tan antigua como que se conoce desde el siglo IV.

En la edad media, para dar mayor esplendor á la funcion, se introdujo la representacion de misterios en el oficio, y el pueblo cantaba villancicos en lengua vulgar, acompañados del órgano; pero esta especie de espectáculos, inocentes en su orígen, degeneró en irreverencia, y fué suprimido en toda la cristiandad.

La historia del pavo ó gallo de las Indias, que tan gran papel representa en esta festividad por el estraordinario consumo que se hace del mismo, no deja de ser tambien muy curiosa.

Los naturalistas modernos dan tres clasificaciones al pavo, á saber: *pavo silvestre, pavo oculado* y *pavo doméstico*.

El pavo silvestre es una de las aves mas notables de los Estados-Unidos; y se encuentra en mayor número en los lugares inhabitados del Ohio en Kentucky, Illinois é Indiana, y en las vastas regiones bañadas por el Mississipi y el Missuri, desde su confluencia hasta la Luisiana. Menos abundante en la Georgia y en las Carolinas, todavía es mas raro en la Pensilvania y en la Virginia: actualmente solo se ve dicha ave de cuando en cuando en la parte oriental de estos últimos Estados.

Los habitantes de la Luisiana van á cazar los pavos silvestres en los campos cubiertos de ortigas. Cuando estos se ven perseguidos de cerca se suben á los árboles inmediatos, y si consiguen escaparse de los dientes del perro no se libran tan fácilmente de la escopeta del cazador. El plumaje de esta ave es bastante bonito. Los naturales del país se sirven de las plumas de la cola para hacer quitasoles y abanicos, y de las plumas cortas para confeccionar mantas de invierno.

El pavo oculado tiene una brillantez de colorido que muy poco cede á la del pavo real.

La tripulacion de un buque enviado al corte de maderas de campeche en la bahía de Honduras vió tres de estas aves, y consiguieron apresar los marinos una de ellas, la cual remitieron á sir Enrique Halfort, médico del rey de Inglaterra; pero este individuo se ahogó desgraciadamente en el Támesis al llegar á Lóndres, y el caballero Halfort la regaló á Mr. Bullock, propietario de un rico gabinete de historia natural, nominado el *Templo egipcio*, en la calle de Picadilli. Al venderse la coleccion se procuró este ejemplar el gabinete del rey, siendo esta adquisicion muy preciosa para la ciencia, porque hasta entonces los naturalistas no habian contado mas que una especie en el género de los pavos.

Respecto al pavo doméstico, aun cuando se ha puesto en duda mas de una vez la verdadera patria de donde procede, en la actualidad al escuchar las relaciones de los viajeros, es preciso reconocer que los pavos son originarios de América y de sus islas adyacentes, y que antes del descubrimiento del nuevo continente no existian en el antiguo.—Gamelli Carreri sostiene que no solo no los hay en las Filipinas, sino que aun aquellos que los españoles llevaron allí de Nueva España, no pudieron propagarse.—El padre Du-Halde afirma tambien que no hay en la China sino los

que se llevan de otras partes: es verdad que tambien supone este jesuita que son muy comunes en las Indias orientales, cuyo aserto parece efecto de una suposicion fundada sobre voces vagas, al paso que fué testigo ocular de cuanto dicen en punto á la China. El padre de Bources, tambien jesuita, refiere que no existe en el reino de Maduré, situado en la península mas acá del Ganges, de lo que se deduce con razon que los indios orientales son al parecer los que dieron nombre á esta ave.

Los autores parece que no andan acordes acerca de la época en que empezó á aclimatarse la misma en Europa.

Sábese únicamente que en tiempo de la caballería era muy apreciado el pavo ó gallo de India. Su carne constituia el alimento de los caballeros mas esforzados y tambien de los amantes; una figura de pavo servia de blanco á los caballeros que se adiestraban en el ejercicio de las armas, y cuando habia de pronunciarse algun juramento ó voto solemne, las damas llevaban á la mesa con mucho aparato, en una gran fuente de plata ú oro, un pavo asado; entonces cada caballero pronunciaba su voto ante el mismo, y luego se repartia el ave entre los asistentes.

La mas solemne y magnífica de estas ceremonias se celebró en Sila en 1453, en la córte de Felipe el Bondadoso, duque de Borgoña.

Gaston, infante de Navarra y conde de Foix, dió asimismo un banquete en Tours, en 1458, en el cual se presentó un plato en forma de nave que contenia un pavo vivo, llevando en el cuello, pendiente de una cinta verde, el escudo de armas de la reina de Francia.

Olvidadas estas costumbres que introdujo el espíritu caballeresco, se come el pavo hoy dia sin tanta ridícula ceremonia lo mismo en el palacio del noble que en la buhardilla del artesano.

El primer dia del año, ó sea el dia de año nuevo, es en todas partes un dia señalado que se celebra con fiestas públicas y regocijos privados, con la sola diferencia que pueden establecer las distintas creencias religiosas y la diversidad de costumbres.

Los chinos, por ejemplo, solemnizan con esplendidez este dia. Cesan allí todas las labores, se cierran los tribunales, y acostumbran poner en las puertas de las casas unas pequeñas figuras que llaman los dioses de las puertas. El pueblo solo piensa en diversiones y espectáculos, se visitan y hacen mutuamente regalos. El emperador distribuye el almanaque entre los mandarines, los que cuidan de reimprimirle en cada capital para el uso del pueblo.

La costumbre de dar estrenas ó aguinaldos en este dia, y sobre todo por las fiestas de Navidad, se ha transformado en una de esas leyes convencionales que sin embargo de no estar escritas en ningun código, todo el mundo se sujeta á ellas. Y se ha llegado á ridiculizar al que ha querido eximirse de ellas, como se cuenta de aquel avaro que suponen murió el último dia del año, por miedo de haber de dar aguinaldos el siguiente.

En el dia ya no se ofrecen ramas cogidas en el bosque de *Strenua*, ni se dá un plato de higos ó dátiles; la cosa es de mas importancia entre las gentes que ocupan una regular posicion social. Por otra parte en Francia y en Inglaterra se fabrican ya exprofeso una porcion de objetos para ser regalados, como aguinaldos, á saber: á las señoras mayores y á las señoritas casaderas determinadas alhajas y adornos propios de su respectiva clase, á las niñas muñecas y trebejos, y á los niños chucherías y juguetes de su edad.

A los criados y dependientes se les suele dar el aguinaldo en cosa positiva, en dinero; y con este motivo recordamos la manera original como satisfacia este impuesto un célebre personaje. Cuando su apoderado se presentaba el dia primero de año á felicitarle, le correspondia diciéndole: «Gracias, gracias, amigo mio. Le doy á V. en aguinaldo todo lo que me ha robado V. durante el año.»

MODESTO COSTA Y TURELL.

ERRATA.—Impresa la primera cara de este periódico, y cuando iba á hacerse la retiracion, hemos notado que habia dejado de advertirse que el geroglífico publicado en el mismo era CATALAN.

Hamlet.

(CUENTO FANTASTICO DE SHAKSPEARE.)

El argumento de la magnífica tragedia, cuyo título encabeza estas líneas, lo sacó Shakspeare de la antigua historia de Dinamarca, llena de acaecimientos increibles y fabulosos, como lo están todas las que abrazan épocas tan remotas.

En ella se dice que Rorico reinó en Dinamarca desde los años 3370 hasta 3390. Le sucedió Horvendilo, su yerno, príncipe de gran valor, que se habia hecho famoso por la victoria que obtuvo sobre Coller, rey de Noruega, á quien mató en singular combate; pero Horvendilo reinó poco tiempo, porque movido su hermano Fengo de envidia y ambicion, le quitó la vida alevosamente, casándose despues con su cuñada Geruta, hija de Rorico, valiéndose para rendirla á su voluntad de astucias y amenazas.

Hamlet, hijo de Horvenlico y Geruta, deseando vengar la muerte de su padre, se fingió loco para disimular mejor sus designios, bien que no pudo ocultarlos de tal manera que su tio no llegase á sospechar que la demencia que mostraba era ficcion. Para aclarar sus dudas hizo que una hermosa jóven fuese á un bosque donde Hamlet pasaba algunas horas del dia y hablase con él, esperando que al verla depondria toda disimulacion, y daria lugar á que notasen sus palabras y acciones los que debian ocultarse en la espesura y presenciar el suceso; pero ya fuese que alguno le advirtió de antemano ó que su prudencia se lo sugiriese, Hamlet no dió señal alguna de juicio mientras se entretuvo con la doncella.

Malograda esta tentativa, pensó el rey en otra que le salió mucho peor. Ausentóse de la corte por algunos dias, y dispuso que Anatolio, confidente suyo, se ocultase en el cuarto de la reina, para que cuando Hamlet fuese á visitarla le observara cuidadosamente. Vino en efecto el príncipe y empezó á hacer locuras como acostumbraba, meneando los brazos, cantando como un gallo, y examinando todos los escondites del aposento, hasta que tropezó con el que estaba escondido entre los colchones de la cama, hirióle con la espada, sacóle arrastrando de allí, le mató, dividió el cadáver en trozos, los hizo cocer, y se los dió á comer á los puercos. Volvió despues á verse con su madre, y asegurado ya de que no habia espias que le oyesen, la reprendió ásperamente por haberse casado con el matador de su padre, la declaró el motivo de su fingida locura y la firme resolucion en que estaba de vengarse, haciéndola prometer por último que á nadie revelaria aquel importante secreto.

Viendo el rey el mal éxito de sus astucias, trató de acabar con el príncipe por cualquier medio que le viniese á mano. El homicidio de Apolonio sirvió de pretesto al rey para hacer salir á Hamlet del reino. Grandes eran sus deseos de hacerle matar, pues le consideraba hombre peligroso, pero temia el encono del pueblo que queria mucho á Hamlet, y sabia ademas que la reina á pesar de todas sus faltas no habia perdido el sentimiento de amor hácia su hijo. El astuto monarca con traza de poner al príncipe á cubierto de las investigaciones que pudieran hacerse con motivo de la muerte de Apolonio, lo hizo trasportar á bordo de una nave que iba á hacerse á la vela para Inglaterra: dos cortesanos encargados de acompañar al príncipe, eran portadores de cartas para la corte de Inglaterra, que á la sazon era feudo de Dinamarca y le pagaba tributo: en estas cartas decia el rey que por razones particulares que le asistian, debia darse muerte á Hamlet luego que pusiese el pié en territorio inglés; pero recelándose el príncipe alguna asechanza, apoderóse secretamente de las cartas una noche y habiendo borrado con destreza su nombre, puso en su vez el de los dos cortesanos que tenian á su cargo su custodia, y habiendo vuelto á sellar los pliegos, volvió á colocarlos en su lugar. Poco tiempo despues la nave fué acometida por unos piratas, y Hamlet, deseoso de dar muestras de valor, saltó solo espada en mano al abordaje del bajel enemigo, mientras que los suyos se alejaban cobardemente abandonándose á su suerte, y que los dos cortesanos se daban prisa en arribar á Inglaterra con las cartas que contenian su sentencia de muerte, la cual sobradamente habian merecido.

Los piratas que tenian al príncipe en su poder se mostraron enemigos generosos, y sabiendo quien era su cautivo le desembarcaron en el puerto de Dinamarca mas cercano, esperando que mas adelante se ofreceria al príncipe ocasion de manifestarles su agradecimiento. Hamlet escribió luego al rey dándole parte de los raros accidentes que volvian á traerle á su patria, y le anunció que el dia siguiente se presentaria ante S. M. Pero en cuanto hubo llegado se ofreció á sus ojos un triste espectáculo.—Eran los fúnebres honores de la jóven y hermosa Ofelia, cuya razon habia comenzado á ofuscarse en la época de la muerte de su padre Apolonio, afectándose tanto con el pensamiento de que moria de muerte violenta y de mano del príncipe, á quien queria con tan entrañable afan, que no tardó en manifestar todos los síntomas de una locura confirmada.

Andaba repartiendo flores á las damas de palacio diciendo que eran para el entierro de su padre, cantaba canciones sobre la muerte y el amor, y proferia á veces palabras que carecian de sentido, cual si no conservase ningun recuerdo de lo que le habia sucedido. Habia un sauce que se inclinaba sobre cierto arroyo, cuyas aguas reflejaban su follaje; un dia burlando la vigilancia de sus guardias vino Ofelia al arroyo cargada de guirnaldas que habia tejido con margaritas, ortigas, flores silvestres y hierbas, y habiendo querido subir al árbol para colgarlas en él, rompióse la rama en que se apoyaba, y cayó al arroyo con sus guirnaldas y cuanto llevaba consigo. Durante algun tiempo sus vestidos la sostuvieron sobre el agua, en la cual flotaba cantando varios fragmentos, cual si hubiese sido insensible al peligro de su posicion ó como si se hallase en su natural elemento; pero aplomándose la ropa con la humedad que iba penetrándola, el peso de su vestido arrastró á esta desgraciada criatura al fondo de las aguas, y la muerte interrumpió sus dulces cantares.

Hallábase su hermano Leartes ocupado en tributarle los últimos obsequios, en presencia del rey, de la reina y de toda la corte cuando llegó Hamlet.

Ignorando de pronto á quien lloraban, mantúvose algo desviado por no interrumpir la ceremonia: vió esparcir flores sobre el féretro como era costumbre en los funerales de las doncellas, y oyó que la reina las derramaba, diciendo: «Vayan flores sobre esta flor! Amable y tierna jóven, siempre pensé adornar tu lecho nupcial, como compañera de mi hijo Hamlet, pero nunca tu sepultura.»

Entonces se presentó Hamlet con todos los transportes de su desesperacion y revelando sus facciones el dolor y pesar que sentia por la muerte de su querida.

Al dia siguiente debian abrir la huesa.

Muy de mañana se hallaban ya Hamlet y su amigo Horacio en el cementerio. Hamlet dirigió algunas palabras á los sepultureros que cababan la huesa y estos le contestaron con chanzas no muy propias del caso, ni del sitio. Uno de ellos iba contándoles la historia de cada una de las personas cuyos cráneos iba descubriendo, Hamlet estaba triste y meditabundo cuando uno de los sepultureros le presenta un cráneo y le dice: «¡Mala peste en él y en sus travesuras!... Una vez me echó un frasco de vino del Rhin por los cabezones... Pues, señor, este cráneo es el cráneo de Yorich, el bufon del rey.»

En aquel instante empezaron á comparecer los que deseaban presenciar el entierro. El hermano de Ofelia que se hallaba entre ellos espresó sus deseos de ver florecer violetas sobre aquella tumba y arrojándose á la huesa como un demente, dijo á los asistentes que echasen encima montones de tierra, y le sepultasen con Ofelia. Estas demostraciones avivaron en el corazon de Hamlet todo su amor hácia tan desdichada criatura, y no pudiendo sufrir que un hermano manifestase tales arrebatos de dolor, cuando él creia amar á Ofelia mas que todos los hermanos del mundo, se arrojó en la hoya donde ya estaba Leartes, tan furioso ó quizás aun mas que él. Viendo Leartes á Hamlet y sabiendo que era causa de la muerte

de su padre y hermana, cogióle con gran fuerza por la garganta y hubo que separar á los dos mozos. Terminada la ceremonia, escusóse Hamlet de la precipitacion con que se habia tirado á la huesa, cual si hubiese querido desafiar á Leartes: dijo que no habia podido sufrir que nadie manfestase mas pesadumbre que él por la muerte de Ofelia, y por de pronto parecieron quedar ambos reconciliados.

Pero el rey, este perverso tio de Hamlet, resolvió sacar partido del dolor y resentimiento de Leartes, y le escitó con dañado intento á que propusiese á Hamlet un asalto de armas como prenda de su reconciliacion. Habiendo aceptado el príncipe, señalóse dia, concurriendo toda la corte á este simulado combate, para el cual Leartes siguiendo los consejos del rey preparó un florete envenenado con el zumo de ciertas yerbas. Hiciéronse grandes apuestas sobre el resultado de este asalto, porque tanto Leartes como Hamlet eran tenidos por muy aventajados en el arte de la esgrima. Tomando Hamlet los floretes, eligió uno sin sospechar la negra traicion de Leartes y sin notar que este en vez de un florete con boton, se servia de otro aguzado y con ponzoña. Al principio Leartes no hizo mas que jugar con Hamlet: dióle aun ciertas ventajas que el pérfido rey alabó y ponderó fuera de medida, bebiendo á la salud de Hamlet y haciendo considerables apuestas á favor suyo; pero á poco acalorándose Leartes tiró una terrible estocada á Hamlet y con su arma envenenada le causó un golpe mortal. Irritado Hamlet, pero no conociendo aun toda la estension de aquel criminal amaño, trocó en la pelea su arma inocente con la de Leartes y dándole á su vez con su propia espada, le castigó con su misma traicion. En aquel instante esclamó la reina que estaba emponzoñada, pues con grande descuido habia bebido en una copa que el rey destinaba á Hamlet para el caso de que con el calor del ejercicio pidiese de beber; y á fin de que el príncipe no pudiese escapársele si Leartes erraba el tiro, el miserable Claudio habia echado en la copa un mortal veneno; pero como hubiese olvidado de indicar á la reina la copa destinada á Hamlet, bebió de ella, y espiró en el acto, diciendo que iba á morir envenenada. Sospechando Hamlet alguna traicion, mandó cerrar las puertas: Leartes le dijo que no se cansase en averiguaciones, que él era el culpable, y conociendo que su vida escapaba por la ancha herida recibida de Hamlet, hízole confesion de su perfidia y se esplicó de que manera se encontraba víctima de sí mismo, declarando que la punta del florete estaba envenenada y añadiendo que no le quedaba á Hamlet mas que media hora de vida pues no habia remedio en lo humano que pudiese salvarle; pidióle despues perdon y espiró acusando al rey como autor de todo el mal. Comprendió Hamlet que se acercaba su fin, y arrojándose de improviso sobre su tio, clavóle en el corazon la espada en cuya punta quedaba aun ponzoña, dando con esto cumplimiento á la promesa que habia hecho á la sombra de su padre, que se le habia presentado diferentes veces clamando venganza, y dejando vengada su muerte en la persona del homicida. A la sazon Hamlet sintiendo desfallecerse y que la vida le dejaba por momentos, se dirigió hácia su amigo Horacio, testigo de esta escena, y como Horacio hiciese ademan, indicando que queria darse muerte para acompañar á Hamlet á la tumba, rogóle el príncipe con voz apagada que viviese para contar al mundo su historia, movido de cuyas instancias le prometió Horacio hacer de ella una cabal y exacta relacion, puesto que sabia todos sus pormenores. Satisfecho de este modo el noble corazon de Hamlet, quebrantóse en fin, y Horacio acompañado de todos los asistentes, recomendó llorando el alma de su amado príncipe á la custodia de los ángeles, pues la benevolencia y dulzura de carácter de Hamlet, así como sus nobles y brillantes calidades, le habian merecido el amor y respeto general; y es seguro que de haber vivido, hubiera ceñido con honor y gloria la corona de Dinamarca.

E. Comas y Soler.



BARTOLOMÉ BOSCO.
(Copiado de una fotografía de los señores Franck y Wigle).

Bosco.

Al tomar la pluma para insertar algunos artículo en *La Ilustracion*, la casualidad me proporciona un tema especial, un asunto interesante, un recurso extraordinario: Bosco, hé aquí ese tema, ese asunto, ese recurso. La magia y los sortilegios, las brujas y los duendes que se encubrian entre las sombras del antiguo oscurantismo, reaparecen en el siglo diez y nueve en la persona del italiano Bosco; y la generacion del siglo diez y nueve le aplaude y le admira, le abre las puertas de régios alcázares, y hace su celebridad superior á la de memorables magos de antiguos y modernos tiempos. Una de dos: ó Bosco es mas mago que todos los magos habidos, ó los hijos del siglo diez y nueve somos tan cándidos y atrasados como las crédulas generaciones que tenian miedo á las brujas y á los duendes.

Al escribir esto me refiero, y no puedo menos de referirme, á la fama general que precede al célebre prestidigitador en todas partes; antes de juzgarle por sus actos debo dar cuenta de sus precedentes.

Este hombre estraordinario nació sin embargo bajo una fatal estrella; en 1793, época de tristes recuerdos, vino al mundo en la ciudad de Turin el que habia de ser sin duda el mas célebre hijo de la noble familia italiana que llevaba su nombre. Niño todavía dió á conocer en sus travesuras y juegos la predisposicion con que contaba para los ejercicios á que debia dedicarse con el tiempo; pero las guerras de Napoleon I arrastrando la juventud á las filas del ejército, envolvieron al jóven Bosco en la comun fortuna y le proporcionaron algunas heridas.

Por desgracia el arte del escamoteo no alcanzó á librarle de este infortunio, pero le sirvió sin duda en medio de su desgracia. En un encuentro que tuvieron los franceses con una partida de cosacos, Bosco que pertenecia al regimiento número 11 de infantería ligera, fué herido de un bote de lanza, y creyó oportuno y conveniente fingirse muerto. Esta astucia le valió la ventaja de que su enemigo no se cebase en herirle mas poniendo definitivo término á sus dias, pero en cambio hubo de sufrir inmóvil el saqueo de todos sus bolsillos. Bosco ni queria incorporarse, pues no le hubiera tenido cuenta una lucha desventajosa, ni se acomodaba á la triste situacion de quedarse sin un cuarto; así fué que mientras el cosaco aligeraba á Bosco del poco ó mucho metal precioso que llevaba encima, Bosco por su parte escamoteó al hijo del Don todo cuanto tenia en sus bolsillos.



UNA ESCENA DE PRESTIDIGITACION POR BOSCO, EN EL TEATRO DEL CIRCO BARCELONÉS.

Preso por los rusos y desterrado á la Siberia el prestidigitador, obtuvo señaladas distinciones y beneficios merced á su habilidad, con lo cual pudo aliviar las necesidades de sus compañeros de emigracion. Este loable acto no ha sido empero un hecho aislado; Bosco que se ha visto aplaudido con entusiasmo en muchos teatros, Bosco que ha visto premiados con numerosas y productivas entradas en los principales coliseos sus esfuerzos por complacer al público, Bosco ha sido generoso con los pobres y mas de una vez ha cedido en favor de los necesitados parte de los productos de sus funciones.

Despues de su emigracion se dedicó decididamente á los ejercicios de magia egipcia, con los cuales ha sorprendido durante su larga carrera no solo al vulgo crédulo é ignorante, no solo á las clases ilustradas de diferentes pueblos, sino tambien á varios príncipes y soberanos. Hé aqui el resúmen de las principales funciones que ha dado en los palacios de los monarcas: El dia 21 de octubre de 1821 tuvo el honor de ser invitado para dar varias funciones en la corte de Hanover en presencia de S. M. el Rey y su servidumbre; del 14 al 20 de abril de 1822 entretuvo agradablemente y con aplauso dos noches al rey de Prusia y á su corte, una en Berlin y otra en Postdam; en 1823 trabajó varias noches en el palacio imperial de San Petersburgo ante S. M. Alejandro; en 5 de diciembre de 1828 ante el emperador de Austria; el dia 20 de abril de 1829 en Olmutz ante S. Em. el cardenal Rodolfo, y el dia 31 de mayo del propio año ante S. A. imperial el palatino virey de Hungría; el dia 20 de abril de 1830 ante el gran duque de Mecklemburgo Schwerin en su palacio de Ludewigtlust, y el dia 15 de setiembre ante S. M. el rey de Dinamarca en el palacio de Fredericberg; el dia 6 de mayo de 1831 ante S. A. R. el duque de Hessen; el dia 14 de mayo de 1833 en el palacio de las Tullerías en presencia de Luis Felipe, entonces rey de Francia, y de su Real familia; en 18 de mayo de 1835 ante S. M. la reina de Cerdeña; el dia 8 de marzo de 1836 ante S. A. el duque de Parma y de su corte; en 20 de junio de 1837 en el palacio de la Favorita en Nápoles ante S. M. la reina Cristina, el rey y su familia; en 15 de agosto de 1839 ante Mehemet Alí, virey de Egipto, su córte y el almirante de la escuadra turca; en 21 de mayo de 1840 ante S. A. el sultan Abdul Medjid en Constantinopla; en 1842 ante el emperador Nicolás de Rusia en S, Petersburgo, y en 16 de marzo de 1853 ante Napoleon III emperador de los franceses.



LA CARNICERIA DE AMBERES.

De todo esto conserva Bosco documentos fehacientes y preciosos autógrafos cuya coleccion, curiosa por cierto, he tenido el gusto de examinar. Además me he complacido en ver las colecciones de columnas y retazos de periódicos en los cuales se han juzgado los trabajos de Bosco; colecciones que se han debido fraccionar en varios volúmenes, siendo el mas abultado el que se refiere á la prensa de Alemania. Por lo demás en este album formado á tijeretazos, están representados los periódicos rusos, su-

ecos, turcos, griegos, franceses, holandeses, polacos, armenios, italianos, malteses, bohemios, alemanes y españoles, entre los cuales figurará en breve un retazo de *La Ilustracion* para contribuir al monumento que con la fama periodística se levanta Bosco.

Pero dejemos preámbulos á un lado y vaya de historia de las aventuras de Bosco. El grabado que acompaña el artículo, figura uno de los juegos que hace con mayor limpieza. El prestidigitador presenta á uno de los concurrentes una pistola especial, encargándole que se tome la molestia de cargarla por sí mismo, previniéndole que en vez de bala meta en el cañon un canario vivo y atado por las patas con una cinta. El caballero se compadece de la infeliz víctima, pero Bosco le tranquiliza diciéndole que meta el taco en la pistola y que no perdone la baqueta sin reparar en el *pio pio* de la avecilla. Luego despues Bosco calcula sus distancias, toma una espada, dice al caballero que dispare el arma en direccion al prestidigitador; al grito de *fuego* sale el tiro y se aparece el canario vivo y colgado por medio de la cinta de la punta de la espada de Bosco.

Su poder mágico alcanza á todo, segun se desprende de la reseña de sus aventuras; sin tocaros un punto desocupará vuestros bolsillos de todo cuanto contengan; os escamoteará dinero, relojes, pañuelos, todo en fin, aunque lleveis el paletó abrochado hasta el cogote. Os hará ruborizar haciéndoos aparecer como autores de escamoteos en que ni siquiera habeis soñado: hé aqui en prueba de esto una significativa anécdota.

Estaba paseándose en París, en el boulevar de los Italianos por mas señas, un elegante jóven; fumaba un cigarro con toda tranquilidad, cuando acercándosele un caballero rechoncho y algo entrado en años le quitó el pañuelo del bolsillo, pero de modo que se apercibieron de ello los que estaban inmediatos. Agólpase la gente, acuden tres municipales, rodean al escamoteador, le acusan todos y le echan mano para conducirle á la alcaldía del distrito. El escamoteador empero negaba el hecho, y lo negaba con insistencia hasta el punto de oponerse y protestar contra su prision. Al fin viendo que no se hacia caso de sus escusas, levantando la voz dijo: «Señores, el ladron no he sido yo, ha sido este (y señalaba á uno de los municipales); éste ha sustraido el pañuelo y se lo ha guardado dentro de su sombrero.»—Ruborizado el municipal descubrióse inmediatamente, y en efecto se encontró con el pañuelo escamoteado dentro de su sombrero.—«Que le pongan preso,» gritó entonces la multitud, é iban á efectuarlo los agentes de la autoridad municipal, cuando deteniéndoles el verdadero escamoteador les dijo:—«Poco á poco; en este caso han de ir presos los tres, porque V. (y señalaba á otro municipal) me ha quitado mi reloj y se lo guarda en su chaleco, y V. (designando al tercero) me ha sustraido el bolsillo y se lo ha metido dentro de las botas. Efectivamente; ambos objetos se encontraron en los sitios indicados con gran rubor de los municipales, y alboroto de la gente que se habia agolpado. Acaso el pueblo se hubiera permitido algun desman, si uno de los municipales no hubiese soltado entonces una palabra que fué su salvacion. «V. es el prestidigitador Bosco,» dijo dirigiéndose al escamoteador; y lo era en realidad; pero al mismo tiempo se sustrajo con tal rapidez á las miradas de todos que nadie acertó á comprender como ni por donde habia desaparecido.

Lances de este género y otros no menos sorprendentes forman la historia del célebre Bosco.

En Barcelona solo ha dado hasta ahora dos funciones, funciones en las cuales ha abundado el sistema de aparatos. Para juzgarle es preciso verle trabajar en el escamoteo en cuyo género descubre una soltura y limpieza especiales, aunque son pocos los ejercicios que ha hecho hasta ahora. El Sr. Bosco ofrece la particularidad de trabajar con los brazos completamente descubiertos de modo que no tiene el ausilio de las mangas del frac, ó lo que sea, de que tanto pueden servirse los escamoteadores. Las monedas desaparecen de sus manos con una facilidad que sorprende; hace aumentar y disminuir el metálico en manos de otros sin necesidad de aproximarse. En este género Bosco se hace admirar en realidad, y se pueden augurarle muchos aplausos si prescindiendo de sistemas vulgarizados y rutinarios se concreta al escamoteo hecho con la limpieza de que solo ha dado hasta ahora alguna muestra.

MANUEL RIMONT.

Apuntes de viaje.

AMBERES.

Una de las ciudades que conservan mas en sus edificios el carácter de la edad media es Amberes; esta ciudad tan célebre en la historia está construida á orillas del Escalda y tiene hermosas plazas y calles. En la plaza de Meer se vé el antiguo palacio imperial, la catedral tiene 543 piés de elevacion y su torre mayor contiene uno de los mas hermosos juegos ó repiques de campanas que hay en Bélgica. En esta iglesia se admira el Descendimiento de la Cruz por Rubens y otros cuadros de célebres maestros. El sepulcro de Rubens se halla en la iglesia de S. Jaime, que es una de las cinco parroquias de Amberes. Entre otros muchos edificios notables que hay en esta ciudad, lo son sin duda el llamado de la carnicería, cuya vista damos en este número, la Casa consistorial que es de bellísima arquitectura gótica; la Lonja que es una de las mas hermosas de Europa; la casa Anseática; los diques; los puentes; las seis puertas de la ciudad; el baño; los astilleros; la iglesia que fué de los jesuitas; las de S. Jaime y S. Andrés; y el teatro. Las inmediaciones de la ciudad ofrecen paseos deliciosos, entre otros el Parque, y los arrabales son magníficos, particularmente el de Borgerhout. El puerto es cómodo y profundo y puede contener á lo menos mil buques, los que por medio de canales penetran hasta el interior de la ciudad.

FLORES.

La tarde en el mar.

BARCAROLA.

Ya el sol desciende
Trás de los montes,
Y en fuego enciende
Los horizontes:
Boga, barquero,
Corta ligero
Las claras ondas del ancho mar.

La fresca brisa
Que en torno vuela
Con blanda risa
Llene tu vela;
Boga, que el alma
Que está sin calma
Quiere en los mares libre gozar.

Al son del agua
Que agita el viento
Quimera fragua
Mi pensamiento,
Y en la alegría
Mi fantasía
Se eleva en alas de la ilusion;

Y en esas nubes
De azul y rosa
Con los querubes
Sueña gozosa;
Y el mar que gime
Con voz sublime
Calma las penas del corazon.

Tienda su velo
La noche triste,
Que el ancho cielo
De luto viste;
Y en sus estrellas
Con luces bellas
Soñemos ambos lo porvenir:
Nuestros dolores
Adormiremos,
Y en sus fulgores
Gozar creerémos
La dicha inmensa
Que el alma piensa
Y el labio apenas puede decir.

ANTONIO ARNAO.

La mariposa.

Érase una niña mas rubia que la aurora y mas bulliciosa que las auras de la tarde. Habia nacido entre flores y pasaba el dia libre de cuidados y afanes jugando por la campiña y tejiendo guirnaldas de césped y amaranto.

Nunca creyera ella que una idea tenaz pudiera conturbarla y hacerla olvidar sus inocentes delicias; pero una mañana despertó sobresaltada al grito de la naturaleza entera, que vistiendo sus mas ricas galas, le hablaba en lenguaje no acostumbrado aunque por demás tierno y elocuente.

Tenia para ella mayor atractivo la inmensidad del espacio y la campiña le regalaba en sus matices una espresiva sonrisa. *Amor*, murmuraba la fuente precipitándose á sus piés para besárselos; *amor*, repetia á sus oidos el cefirillo blando, *amor*, le decia el sol vivificándola con sus ardientes rayos; y los lejanos ecos de la selva prorumpian una y otra vez en armoniosa cadencia aquella dulcísima palabra.

La niña detúvose á meditar sobre lo que significar podia; y puesta la mano sobre el pecho conoció por primera vez que tenia corazon.

Una mirada en que parecia fulgurar un nuevo principio de vida fué el tributo de agradecimiento que ofreció á la fuente, al céfiro y al sol que le habian hecho sentir aquella emocion delicada; y cautivada por la belleza de este último, largo rato estuvo contemplándole mientras recorria con majestad el firmamento.

«Tú me alumbras y me vivificas, le dijo; tú »das al alma la alegría y sin tí la naturaleza que»da marchita. A tí deben su verdor los campos »y sus vivos celajes las nubes y yo y mis rosas »el carmin que nos hace bellas. Habitas en el »cielo y tu amor debe ser mas puro que el que »me prometen la fuente y el aura mis compañe»ras. Te amo.»

Aquel dia se miró en el cristal de una laguna y quedó sumamente complacida de sus gracias. Y afanosa por agradar al sol volvió á mirarle y á dirigirle tiernos suspiros.

Y mirándole se sucedian las horas y por él olvidó los juegos de su infancia. Y corrió hácia el occidente siempre trás de su amor sin que jamás pudiera darle alcance. Y las jornadas se repetian; y siempre volvia á encontrar el sol ante ella.

Una tarde le vió cernerse sobre una montaña y anhelante subió hasta la cumbre. Llegó á un elevadísimo promontorio debajo del cual se revolvia el Océano cuando su amor le daba su última mirada para dormirse sobre las aguas. Echó atrás sus blancos ropages y batió sus palmas y poseida de un arrobamiento sublime y casi místico se despeñó ansiosa de darle un beso.

¡Pobre niña! Al rodar por el espacio prorumpió en un grito dolorido; mas apiadado el cielo de su inocente afan la convirtió en mariposa cediéndole el privilegio de vestir los colores del sol.

Desde entonces vagó por la campiña haciendo confidentes de su secreto á las flores sus hermanas. Se acercaba á cuantas veia y batiendo sus alas las murmuraba: *amo*.

Entre todas cobró predileccion por una violeta que inclinaba la cabeza para bañarse en un arroyo, un jazmin que asomaba entre unas celosías para refrescarse al soplo del céfiro, y una amapola que procuraba abrirse paso entre la espesa mata para recibir el rocío de la aurora. Mútuamente se confiaban sus amores y pasaban aquellos momentos tan complacidas que no los hubieran trocado por los mas dorados sueños.

Sin embargo, la mariposa los hubiera dado todos por poseer un instante lo que aspiraba. «Fe»lices vosotras, les decia á las flores besándolas

» con cariño; vuestros tallos crecerán todos los » dias hasta que podais alcanzar á los objetos de » vuestro amor; mis alas son débiles y por mas » que me agite y me afane para llegar hasta el » trono del sol mis fuerzas no secundan mis alien» tos y caigo desfallecida sobre vosotras para que » me consoleis en mi desventura. »

Y trás estas esclamaciones miraba al sol que era su único pensamiento.

Pero al dia siguiente al hacer su visita á sus hermanas, la violeta, el jazmin y la amapola habian desaparecido; crecieron sus tallos; pero la violeta habia muerto arrastrada por el arroyo, el céfiro deshojó sin piedad al jazmin y la amapola yacia cadáver, víctima de la humedad del rocío.

Aquel infortunio la hizo impresion profunda; pero pudo mas en ella el amor que la compasion y el brillo del sol la distrajo de sus tristes meditaciones.

Y continuó murmurando su secreto á las flores. Y cuando venia la noche era tanta su tristeza que se echaba á llorar sobre el césped hasta que fatigada se dormia para soñar en su amor.

Siempre alimentaba el deseo de darle un beso. Una noche le despertó un inusitado resplandor y vió á través de una ventana la llama de una viva lumbre. Precipitóse hácia ella creyéndole un nuevo sol mientras una vírgen, sentada en rico aposento, abandonaba su mano á un enamorado galan que imprimia sobre ella sus ardientes labios.

Al morir la mariposa abrasada en la lumbre recordó con pena la muerte de las tres flores sus hermanas y cuentan que tuvo tiempo para esclamar:

« ¡Cuán insensata he sido! Por no contentar» me con la luz del sol hallo la muerte en su » abrasadora llama. Flores, aprended de mí; bus» cad en el amor las aspiraciones y esperanzas » que son el néctar de la vida; no aspireis á la » posesion que mata. »

Y cuentan tambien que asustada la doncella retiró la mano al galan que se la besaba.

Juan Bautista Ferrer.

La buena y la mala fortuna.

CUENTO POPULAR ANDALUZ.

Fernan. Tio Romance, hoy necesito que me cuente V. un cuento.

Tio Romance. ¿Otra tenemos? Señor D. Fernan, ya le he dicho á su mercé que lo que yo cuento no son cosas de papel, sino de idea.

Fernan. Y yo he respondido que no le hace; así, adelante.

Tio Romance. Señor, si son cosas de por la calle.

Fernan. Tio Romance, á cada cual se le debe complacer á su gusto, y le digo á Vd. que me complace, y mucho, contándome un cuento.

Tio Romance. No me diga Vd. mas, señor, que me ha cogido su mercé la blanda, y no hay que respingar. Tengo ya la memoria muy descolorida, y de muchas cosas no me queda sino un visito; pero en fin, echaré mano á cosa reciente (1).

Sobre una peña que está á los piés de una sierra, se ha encaramado y asentado un pueblo, á modo de nido de cigüeñas sobre una torre; no diré su nombre, que se cuenta el milagro sin mentar al santo.

Vivian en él dos hombres, á los que habian tomado por su cuenta la buena y la mala fortuna. Habíanle puesto al uno D. José el *Colmado*, y al otro tio Juan *Miseria*. Principió D. José por vender por las calles lienzo y paño fino; puso despues una tienda, luego se metió á pelantrin, y soplándole sin tomar resuello la buena fortuna, crió un caudal de los mas vastos del pueblo. Era el señor bien quisto, porque no era *estéril* ni agarrado, sino limosnero y buen cristiano. Los dineros no lo habian hinchado, ni el mucho tener engreido; no era pechisacado, sino llano como camino real. No tenia humo ni gastaba términos curruscantes, como les sucede á mas de cuatro que hablan supuesto, y todo aquello no es suyo, y por mas que se estudien, á lo mejor salen con una patochada, porque siempre la última palabra al centro va; resumidamente, eran D. José y los suyos buenas gentes, y en su casa, como en la de S. Basilio, eran todos santos, hasta el aguador.

En casa de Miseria, como que en donde no hay harina todo es mohina, lo que habia era hambres, desnudeces, grescas, chiquillos llorando, y sopapos para acallarlos.

Mandó un dia D. José llamar á Miseria, que apareció que no se le podia agarrar ni con unas tenazas, ni hablar sino de verano (1), y se habria podido dar media peseta por no verlo. Traia un gesto que era menester darle de léjos el quién vive. Dijo al entrar:

—Alabado sea Dios: Dios guarde á su mercé, señor D. José.

—¡Y á tí tambien, hombre; que mal enjestado y que frondio vienes!

—Ya, señor; si tengo dos varas de hambre y traigo las tripas que se quieren comer unas á otras; y barriga vacía, todo es sequía. Para eso que está su mercé tan esponjado y tan satisfecho, como que barriga llena á Dios alaba.

—Verdad es que no puedo quejarme.

—Ya lo creo que puede su mercé estar *requinto* (2), como que siempre le sale el pegujar á veinte y le carga la marrana (3), no que yo soy la prosulta (4) de la desdicha.

—Juan, en este mundo siempre ha habido, hay y habrá quien ria y quien llore; pero vengamos al caso. Te he mandado á llamar para que vayas al palacio de la fortuna y le digas de mi parte á la mia, que estoy satisfecho, y que no quiero mas; y te daré por tu mandado 200 reales con que te remedies.

En lugar de acoger con aleluya la buena propuesta, y una ocasion como en su vida se le habia venido otra á las manos, se le entró á Juan Miseria la codicia, y le dijo á D. José:

—¡Qué, señor! doscientos reales no son para levantar ni agachar á nadie; mire su mercé que el palacio de la fortuna está empingorotado allá donde Cristo dió las tres voces y nadie las oyó. Si me voy por el cañal me he de mojar, y si por las breñas me he de hallar con lobos y malas veredas; déme su mercé siquiera trescientos reales, que bien lo vale el mandado.

A D. José bien se le previnieron las triquiñuelas de Juan Miseria, á pesar de eso, le dijo que le daria doce duros, y quedaron convenidos. Pero al salir, como que ya le habia entrado á Juan Miseria la codicia, se volvió atrás, y le dijo á don José, que doce duros era poco.

—¿Quieres nueve? le contestó con mucha pachorra D. José.

—¿Señor, se está su mercé burlando? dijo Juan Miseria; ¡con qué no quiero ir por doce é iria por nueve!

—Pues no vayas, dijo D. José.

Miseria, al oir esta respuesta, se descuajaró.

—¿Y qué, me voy á quedar sin esos nueve duros que tanta falta me hacen? pensó el pobre, y volviéndose atrás le dijo al Colmado que iria por los nueve.

—¿Quiereis seis? le respondió D. José.

—Buen subir es de pregonero á verdugo, le respondió Juan Miseria; por los seis no voy ni hecho trizas.

—Pues no vayas, dijo D. José.

Juan Miseria se fué; mas apenas llegó á la calle, cuando lo pensó mejor, pues el dinero le hacia mucha falta. Los ricos son los que matan ó sanan, dijo para su chaleco, y no hay sino agachar las orejas. ¡Ojalá hubiera ido por los doce! Bien dice el refran, que la codicia rompe el saco. Volvióse atrás y le dijo al Colmado:

—Señor D. José, la necesidad carece de ley, voy por los seis estíticos.

—¿Quieres tres? le respondió el rico.

—El demonio que se rompa un par de zapatos y quizás la crisma, subiendo por esos vericuetos por tres malvados de duros! ¡Vea Vd.! ¡valiente puñado son tres moscas! Con Dios, D. José.

—Hasta mas ver, hijo.

Apenas estuvo Juan Miseria en la calle cuando pensó: ¿me he de quedar sin esos sesenta reales, yo que no tengo un cuarto, ni de donde sacarlo?

Volvióse de prisa atrás y gritó desde la puerta:

—D. José, mire Vd. que voy por los tres *endinos* de duros.

—¿Quieres uno? dijo el rico.

—Sí señor, respondió Juan Miseria mas *súbito* que un pistoletazo, y echóse en seguida á correr antes que D. José renovase su propuesta.

Despues de subir y bajar por todo un dia por esos vericuetos, llegó á una peña tan alta y tan enriscada, que no tenia ni vereda de cabra, y hasta los rayos del sol se resbalaban en ella.

En el pinacho estaba encaramado el palacio de la fortuna, que era de alabastro legítimo, con puertas de oro puro. Cuando acabó de trepar y llegó á la cumbre entró en un patio como una plaza real, lleno de flores de todo el año, de frutales de todas estaciones, y de yerba siempre verde.

Empezó á llamar á voces á la fortuna de D. José el Colmado. Presentósele entonces una moza que le decia al sol quítate allá, lozana, blanca, rubia, cada mejilla parecia una rosa de á libra, y cada ojo una estrella planeta; traia mas faralaes que un tejado, y mas perendengues que tienda de joyero.

—¿Qué me quieres? preguntó la moza muy fantasiosa.

—Aquí me envia D. José el Colmado para que le diga á su mercé de su parte que está satisfecho y no quiere mas; ¿se entera Vd., resalada sandunguera?

—Pues díle tú de la mia, respondió la buena moza, que le he de dar, quiera que no, hasta que se muera, porque así me da mi real gana, ¿estás? y ahora vuélvete por donde has venido, que me empestas mi palacio á miseria.

—¿Y no tiene ese esporton de rosas un favorcito para mí, mas que sea del tamaño de un cuarto de especias?

—Yo no soy tu fortuna y nada puedo por tí, le respondió la buena moza; pero aquí, á espaldas de mi palacio, está el de la tuya, anda, y platica con ella.

Y con eso se fué bailando como un trompo y cantando como un canario.

Salióse Miseria dando zancajadas, dió la vuelta al palacio, y se halló con el de su fortuna.

Era esta morada un derrumbo de piedras mas negras que mi corazon, que tenian entre cada grieta una víbora y en cada hendidura una culebra.

—¿Con qué aquí es donde mora la fortuna mia? dijo Juan Miseria, tal el pájaro, tal el nido; voy á llamarla, que ganas tengo de ver su *repulia* cara.

Y se puso á dar voces.

Salió al punto de entre los escombros una vieja mas fea que la que engañó á S. Anton, y apedreó á S. Estéban (1), con una boca sin dientes y unos ojos pitañosos sin pestañas.

—¿Qué me quieres? preguntó la vieja con una habla que parecia una matraca.

—Mandarte al demonio como una condenada que eres, respondió Juan Miseria.

—Pues sábete, dijo la vieja, que porque me cogistes dormida has ganado un duro.

Pues si no me hubieses cogido dormida,
Ni por los veinte reales venias.

Fernan Caballero.

---

(1) Y tan reciente, que ahora poco vivian los dos tipos que presenta este cuento. Si dicen los franceses que en Paris corre la agudeza por las calles, con tanta mas razon podemos decir nosotros que pasea por los campos en Andalucía.

(1) De léjos.
(2) Contento, aventajado.
(3) Parir muchos lechones la cochina, tener suerte.
(4) *Non plus ultra.*

(1) Este dicho es un anacronismo, pues S. Estéban sufrió su martirio por los años 34, y S. Antonio Abad murió el año 361; quizás indique la personificacion de la mala vieja.

Tentacion.

Tras fiero insomnio que el amor inquieto
cerca de sombras é ilusiones vanas,
cuando rujen borrascas inhumanas
dentro del alma que abrasó su ardor;
Cuando vencido el corazon, el soplo
del deleite ahuyentando la inocencia,
en los brazos se arroja con demencia
del halago maldito y seductor;
así decia una mujer hermosa
alzando al cielo, pálida y llorosa,
sus manos con dolor.

En vano... en vano! por do quier risueña
veo su imágen y su voz escucho:
con ella el alma enamorada sueña,
y eternamente con su encanto lucho.
Yo era dichosa con mi dulce calma,
pero le ví y le amé ¡Funesto dia!
y aun hoy demente lo bendice el alma
que arrastra las cadenas del amor.
Amparadme, Señor!

Vieron mis ojos con estraño encanto
un nuevo sol de májicos colores,
en el mundo un eden de hermosas flores;
y delicia y placer hasta en el llanto.
Sonó su voz de grata melodía
cual voz de un ángel vuestro en mis oidos,
y en plácida ilusion con sus sonidos
en mi sangre vertió dulce calor...
No me dejeis, Señor!

Me dijo que me amaba, y locamente
yo lo creí con célica ventura,
y tumultuoso afan ciego y ardiente
la inocencia manchó del alma pura.
Se cruzó con la mia su mirada,
y de sus ojos sonriendo bellos
ví desprenderse fúlgidos destellos
y se inundó mi ser en su fulgor...
Amparadme, Señor!

Una noche... ¡recuerdo delicioso!
sentados de un jardin en verde alfombra
yo escuchaba su acento cariñoso
que imitaban los ecos en la sombra.
Y en fébril arrebato con la suya
mis manos estrechando yo lloraba...
lloraba de placer, débil temblaba...
y sentí de su aliento el grato ardor.
Piedad... piedad, Señor!

Sus nobles juramentos repetia,
y era su voz tan tierna y apacible!
Yo sus palabras plácidas creia,
y dudar de su amor era imposible.
Me dijo que era el mundo un paraiso
lleno de luz, de amor, ventura y gloria,
que la vida era breve y transitoria,
y que el mejor placer es el amor...
Oh! que impiedad, Señor!

Otro dia mostrándome en los mares
cual ondeaba veloz el blanco lino,
me dijo que mi vida de pesares
tras ellos borraria mi destino.
Y ébrio, feliz y tierno murmurando
con sus brazos me unió contra su seno:
y en el mio sentí dulce veneno
que agitó mi latido, abrasador.
Amparadme, Señor!

. . . .
. . . .

Hoy le espero... ¿qué debo hacer, Dios santo?
Salvadme de él ó me vereis vencida...
Conjurad de sus lábios el encanto,
y del lodo limpiad mi frágil vida.
Dadme fuerzas, Señor...! Loca me abraso...
y vencerá el delirio que me halaga.
¡Le amo tanto! El hechizo de esa maga
me vencerá... salvadme del amor.

Oigo sus pasos.. tiemblo.. Es él.. mi amante!
Un ángel vuestro dadme en este instante...
Y salvadme, Señor!

G. Amado Larrosa.

Cantos populares de Suecia.

EL CASTIGO.

—Si todas estas montañas fueran de oro, si todas estas olas fueran de vino, todo lo daria por ti, mi única amada.

—Si es cierto lo que me dices, si quieres ser mi amado, sígueme á la morada de mi padre y pídele dignamente mi mano.

—Ayer estuve en casa de tu padre. Me ha respondido que nó. Amada mia, no tomes otro consejo que tu deseo y sígueme á mi pais.

—Si no tomo mas consejos que el que me dé mi deseo, y te sigo fuera de mi patria, cuando lleguemos á un pais estrangero, me engañarás seguramente.

—No engañaré al Cristo enclavado en la cruz. y menos te engañaré á tí.

Pero cuando llegaron á un pais estranjero, el infiel escogió otra novia.

Cogió su pañuelo, y pegándole á la jóven en el rostro, la dijo:

—¿Porqué has dejado tu patria con un caballero antes de que se hubiera casado contigo?

—Si vivo el tiempo suficiente para superar mi dolor, llegaré á ver el dia en que vendrás á mi puerta pobre y miserable.

Si llego al tiempo en que venza mi pena, te veré venir ciego y paralítico á la morada de mi padre.

—Vivirás bastante tiempo para superar tu dolor, pero no para verme pobre y miserable.

—¿Cómo he de llegar ciego y paralítico á la morada de tu padre? Tengo una silla de oro puro y unas bridas de plata brillantes.

Y despues de siete años y siete dias, Dios oyó los ruegos de la jóven. Llega á su puerta un mendigo que pide un pedazo de pan.

—Levantaos, hijos mios, levantaos, y sostened á vuestro padre. Recuerdo aun perfectamente los dias en que fué mi amado.

—Levantaos, hijos mios, levantaos y dad pan á vuestro padre. Recuerdo aun perfectamente los dias en que galopaba sobre una silla de oro rojo.

La jóven cogió un pañuelo, y pegándole al mendigo en el rostro, le dice:

—¿Porqué has dejado tu patria con un caballero antes de que se hubiera casado contigo?

EL DOLOR DE ROSALÍA.

Rosalía está sentada en su estancia. Amargo llanto corre por sus mejillas. Entra su madre y la dice:

—¿Porqué están tan húmedos tus ojos?

—Tengo un gran motivo para llorar y tener encarnados los ojos He sabido otra vez que ha muerto mi amado.

—Si has sabido otra vez que ha muerto tu amado, ¿porqué no me has hablado de él antes de ahora?

—No puedo ocultaros la verdad. El rey Olaf me ha robado mi honor.

—Si el rey Olaf te ha robado tu honor, ¿qué te ha dado por él.

—Me ha dado una arpa de oro, encargándome que la toque cuando esté triste.

—Si el rey Olaf te ha robado tu honor, toma lo que te pertenece y véte léjos de mí.

Rosalía mete oro en algunas bolsas. Amargo llanto corre por sus mejillas. Se va al bosque y quiere descansar un momento. Toma su arpa de oro, y necesita tocarla porque está muy triste.

El rey Olaf está asomado á una ventana, y oye el arpa de oro de Rosalía

—Oigo mi arpa de oro. La pobre Rosalía está muy afligida.

Rosalía se acerca á la morada del rey, y encuentra dos pajecillos.

—Escucha, niño, ¿está el rey en su morada? Dímelo.

—El rey está en su elevada estancia, y no piensa en una pobre muchacha como tú.

Rosalía abre la puerta. El rey Olaf la mira con ternura.

El rey Olaf pega en los cojines azules.—¿Quiere Rosalía descansar aquí?

—No tengo sueño y no estoy cansada; pero he sufrido por tí la angustia y el desprecio.

—Si has sufrido por mí la angustia y el desprecio, no dudes, no dudes que serás mas feliz.

El rey Olaf sienta á Rosalía en sus rodillas, la da anillos de oro y se desposa con ella. Coge á Rosalía en sus brazos, la da la corona de oro y la nombra reina.

T.—E. Comas y Soler.

Maravillas de la naturaleza y del arte.

Monte de San Bernardo.—Célebre en toda la Europa por su hospicio y por la caridad de los religiosos que lo habitan. Esta montaña, echada por decirlo así encima de las otras, era conocida en otro tiempo con el nombre de monte de Júpiter. Algunos siglos despues de la venida de Jesucristo, un sacerdote llamado Bernardo, natural de Val de Aoste, derribó un ídolo que adoraban en la montaña y fundó en el mismo sitio un convento ó mas bien un hospicio pa ra los viajeros, cualquiera que sea su profesion, y, lo que es todavía mas laudable, sea cual fuere el culto á que pertenezcan. Estos religiosos no ven en el viajero mas que á un *hombre* que tiene necesidad de socorros y de un asilo.

El hospicio es muy vasto y puede contener hasta seiscientas personas. Los cuidados de los buenos religiosos que lo habitan preservan á menudo de una próxima muerte á los viajeros estraviados.

Geroglífico.





LA SOLUCION SE DARÁ EN EL PRÓXIMO NÚMERO.

ADVERTENCIA.

Los señores de fuera de Barcelona que deseen suscribirse á este periódico, pueden hacerlo enviando directamente sellos de franqueo con arreglo al siguiente estado:

Sellos.	Mes.	Trimestre	Semestre.	Año.
De 4 cuartos.	7	19	38	68
De 1 real.	3	6	12	32
De 2 reales.	2 1/2	4 1/2	9	16

De dicho estado se desprende que obtiene la rebaja de 4 reales vn. el que se suscribe por un año; es decir que por 32 rs. vn. tendrá pagados doce meses de suscripcion.

Por todo lo que antecede, CARLOS CUSTÍ Y RIU, E. responsable.

Imprenta del Diario de Barcelona, á cargo de Francisco Gabañach, calle Nueva de S. Francisco, núm. 17.

Núm. 2. Barcelona 15 de enero de 1859. **Año I.**

LA ILUSTRACION

PERIÓDICO QUINCENAL.

PRECIO.

En Barcelona, por un mes, llevados los números á domicilio, 3 rs.

Fuera de Barcelona, id., franco de porte, 3 rs.

PUNTOS DE SUSCRIPCION.

En Barcelona en la papelería de los señores Sala, hermanos, calle de la Union, núm. 3, y en las principales librerías del reino.

La correspondencia deberá dirigirse á D. Francisco Nubiola, rambla de Canaletas, núm. 3.

OBSERVACIONES.

El que se suscriba por un año obtendrá la rebaja de 4 rs. vn.—Toda suscripcion debe empezar el 1.° de mes.—No se venden números sueltos.



LA BARCA DEL DANTE, POR E. DELACROIX.

Copia de un cuadro del Museo de Luxemburgo. Fotografía de los señores Guerin de Paris).

SUMARIO.

Hemos recibido una carta de nuestro corresponsal de Paris, en la que nos dice que dentro de pocos dias nos enviará un dibujo de un baile de máscaras en el gran teatro de la Opera. Es bien sabido que dichos bailes gozan de una fama europea. Luego que hayamos recibido la lámina, la daremos á grabar, para poderla repartir con el próximo número.

Tambien tenemos dispuestas para grabar varias fotografías de artistas ventajosamente conocidos en Barcelona.

La cetreria en Africa

POR JULIO GERARD.

(Continuacion).

Segun lo que acababa de oir, mi primo iba á ser decapitado y yo no podia socorrerlo!

Persuadido de que los hombres que acababan de alejarse volverian despues de la ejecucion, y no pudiendo buscar otro escondrijo sin dejar nuevas huellas, resolvíme á permanecer donde estaba.

Debajo del ribazo, encima de mi cabeza, habia una raiz á la cual me suspendí un instante, logrando de esta manera tomar una posicion menos peligrosa que la primera.

Despues de haber oido la gritería y las carcajadas escitadas por la triple ejecucion que se efectuaba detrás de mí, me pareció distinguir las pisadas de los caballos alejándose del riachuelo; al cabo de un rato todo quedó en silencio.

El tiempo habia marchado, y con él el sol que habia desaparecido en su ocaso.

Pronto asomó el crepúsculo, y al fin ví lucir algunas estrellas en el firmamento.

Entonces salí poco á poco de mi retiro, subiendo con precaucion al borde del ribazo.

Escuché... miré... nada, ningun ruido escepto el canto de las ranas; ningun sér viviente habia por allí sino los chacales que daban vueltas al rededor del cadáver de Lakdar, el cual hallé horriblemente mutilado en medio de las dos águilas decapitadas como él.

Despues de haberme asegurado bien de que estaba solo, envolví el cuerpo y la cabeza de mi primo en mi albornoz, y echándomelo al hombro me dirigí hácia la espesura donde por la mañana dejáramos á nuestro asno.

El animal se encontraba en el mismo sitio comiendo la yerba que habia al pié del tamarindo donde estaba atado. Me serví de la cuerda que llevaba rollada en mi cabeza para sujetar bien mi preciosa carga, y en seguida tomé la direccion de la llanura para llegar á un sendero que

debia llevarme á mi douar antes de amanecer.

Hacia tres ó cuatro horas que andaba sin haber encontrado á nadie; los chacales no me abandonaron nunca, atraidos por el olor de la sangre. El asno se detuvo de repente enderezando las orejas y temblando de piés á cabeza.

En seguida ví dos ojos brillantes como ascuas sobre el mismo camino que seguia y no léjos de mí.

Acostumbrado á esta clase de encuentros, corté corriendo las cuerdas que sujetaban el cadáver de Lakdar al lomo del asno; me lo eché encima del hombro como antes, y anduve por medio de los campos, dejando abandonado el pobre animal, al cual el miedo parecia haber clavado en el camino.

Apenas habria andado unos cien pasos oí una cosa estraña, un ruido como el que produce un cuerpo pesado arrojado al suelo con violencia, despues una especie de estertor, y despues.... nada.

El leon habia aceptado el sacrificio que le hiciera; entonces, tratando de salvarme, di un corto rodeo para volver á la senda que habia dejado.

Al poco tiempo encontré algunos ginetes parientes mios que iban en busca nuestra.

Cuando concluí de referirles lo que habia sucedido querian ir á vengar inmediatamente la muerte de Lakdar.

Híceles comprender que su número era muy escaso, que no podiamos dejar abandonado allí el cuerpo de nuestro amigo, y finalmente, que me encontraba desarmado y á pié.

Uno de los ginetes atravesó delante de su silla el albornoz que contenia los restos de Lakdar, otro me recibió en la grupa, y asi llegamos al douar antes de que nadie se levantase.

Al anochecer del mismo dia, á la hora de cenar, cincuenta hombres montados, escogidos y de cada uno de los cuales se podia decir, *vale para otro*, llegaban al paso de sus caballos y se apeaban cerca de la *esmala* (1) del asesino de Lakdar.

Habia gran fiesta en casa del cheik en honor de la ejecucion de la mañana. Acababa de servirse el cuscusú; por consiguiente, llegábamos á buena hora.

Los perros habian dado la señal de alerta, lo cual hizo que saliesen á nuestro encuentro algunos domésticos que se quedaron asombrados al ver llegar á la vez un número tan considerable de convidados.

En tanto que diez de los nuestros ahorcaban á esos malditos con las cuerdas de pelo de camello que rodeaban su cabeza, los demás llegaban delante de la tienda del cheik y acuchillaban á la servidumbre y á los convidados de baja estofa que permanecian afuera aguardando las sobras de la comida.

Hasta ahora habia dejado maniobrar á mis compañeros, ocupándome solamente en buscar al cheik á quien queria matar yo mismo.

Despejados los alrededores de la tienda, me precipité el primero al interior donde estaban sentados en círculo, en una inmovilidad completa, doce ó trece grandes con el cheik.

Un cuarto de hora despues sus cabezas formaban un círculo al rededor del plato de cuscusú, que humeaba todavía, y los cincuenta caballeros volvian á entrar en su douar respectivo, haciendo marchar delante de ellos un rebaño inmenso sin contar el rico botin que llevaban.

Todo esto se verificó sin disparar un tiro y casi sin ruido, de suerte que los douars vecinos de la esmala del cheik supieron nuestro golpe de mano demasiado tarde para poderle socorrer.

Desde aquel dia hasta la llegada de los franceses, que pusieron término á las hostilidades, cayeron muchas cabezas en la demarcacion de ambas tribus, pero nunca se volvieron á ver en la comarca mas halcones que los nuestros.

Como puede deducirse de esta relacion, los nobles y los guerreros son los que tienen en Argel el monopolio de la caza con el halcon á la cual no puede dedicarse un cualquiera.

Las tribus en las cuales se encuentran halconeros de gran mérito son: los Zmouls, los Righa, los Amers de Setif, y los árabes nómadas que establecen su cuartel de invierno en el Sahara, viniendo despues á pasar las otras tres estaciones en las elevadas mesetas de las cercanías de Constantina.

Rara vez los árabes guardan los halcones que les han servido durante la temporada de las cacerías. Casi siempre los sueltan á fines de febrero y cogen otros nuevos á principios de otoño.

Algunas tribus emplean el halcon *niego*, porque es mas fácil de domesticar y de enseñar, pero no es tan animoso y está mas espuesto á contraer enfermedades que el halcon esquivo ó huraño. Este halcon se coge á los últimos del verano de la manera siguiente:

Despues de haber observado la roca ó las ruinas donde acostumbra á pasar la noche, al dia siguiente, al amanecer, llega allí un caballero con una perdiz ó un pichon cuyo cuerpo está envuelto en una red en la cual el halcon se queda prendido por las garras cuando se arroja sobre la presa que el caballero ha soltado á su vista.

Los árabes conocen muchas especies de halcones que distinguen por nombres propios dados á cada especie. Cualquiera que sea, por lo demás, el género á que pertenezca el ave, su sistema de educacion es invariable. Hablaremos de la del halcon adulto porque es mucho mas difícil.

Así que el caballero encargado de coger el halcon lo ha visto precipitarse sobre su presa, sea en el aire, sea en tierra, corre á cogerlo antes de que tenga tiempo de hacer pedazos la red que se ha enredado en sus patas.

Acto continuo le encasqueta el capirote que tiene por objeto taparle los ojos, y unas trabas á las cuales hay atada una cuerda de cuatro á cinco piés á fin de que no pueda escaparse.

Concluida esta tarea, el caballero entra en su douar con el halcon colocado en el hombro ó en lo alto de la cabeza, sin que el animal piense en echar á volar, pues la falta de luz lo ha vuelto escesivamente tímido.

Una vez en la tienda, el árabe pone el halcon encima de una percha de un pié de altura, la cual está cubierta de paño para que no se estropeen las uñas del animal. Allí es donde empieza la domesticacion ó la enseñanza del ave. Antes que todo, se trata de acostumbrarlo á la vista de los hombres, de los caballos, y de los perros, y á dejarse poner y quitar el capirote y las trabas, y últimamente á tomar de la mano la comida que se le dá.

Son pocos los halcones que no oponen una grande resistencia; los hay que no quieren comer en muchos dias; otros se defienden á picotazos y á arañazos cuando se les quiere tocar; y los hay en fin que son hasta tal punto intratables que es preciso renunciar á su educacion. Sin embargo, no deja de ser una cosa notable que los mejores halcones, en las cacerías, son siempre los que se han mostrado mas rebeldes en la época de su educacion.

El medio mas seguro de domesticar el halcon es la privacion de luz y de alimento por espacio de algunos dias. Se les acostumbra despues á saltar de la percha al suelo y viceversa, y mas tarde sobre la muñeca para recibir allí su racion. Luego que están bastante acostumbrados á la vista de los hombres y de los caballos, se les presenta el animal ó el ave que se les quiere enseñar á cazar, dejándoles que coman una parte de su presa despues que la han muerto.

La ralea caliente es á los ojos de los árabes la mejor leccion para preparar á los halcones. Se han visto algunos de ellos, á los cuales la privacion de luz y de alimento no habian podido dominar su rebeldía, hacerse de repente amigos del hombre que les daba á matar una liebre ó una perdiz, dejándoles saciar despues de su carne.

Cuando los halcones atacan voluntariamente el animal que se les presenta en la percha, se repite esta leccion á caballo.

Al efecto se va á una llanura despues de haber hecho una buena provision de liebres ó de perdices, segun sea la clase de caza á que se destina el halcon. La comitiva se detiene allí donde encuentra un sitio espacioso y despejado. Los caballeros llevan los halcones en el hombro ó sobre la cabeza con el capirote y las trabas puestas. Cuando se disponen á soltarlos se los ponen sobre la muñeca del brazo izquierdo, en la cual llevan un guante á la crispin.

La leccion se les dá al principio aisladamente: mientras que un caballero echa á volar una perdiz á la cual se han cortado algunas plumas de una de las alas, ó una liebre que no tiene sino tres patas, el halconero quita el capirote á un halcon. Fácil será comprender desde luego que esta prueba debe fijar la opinion del halconero respecto á las buenas ó malas disposiciones de sus discípulos, los cuales, privados de luz y de libertad desde hace un mes, se encuentran de pronto en libertad en medio de la campiña.

Sucede á veces que el halcon no hace el menor caso de la liebre que corre ó de la perdiz que vuela, sino que desde el momento que ha comprendido que se encuentra libre se escapa, reconquistando con grandes muestras de alegría la libertad que se le arrebatara. El halcon que hace esto vale muy poco y no causa el menor pesar á su dueño.

Pero debemos decir que, al contrario, casi siempre, tan luego como se quita el capirote al halcon, si descubre la liebre ó la perdiz, no se acuerda de recobrar su independencia, sino de satifacer su instinto. Precipítase con arrojo sobre su presa, y despues de haberla muerto, se deja coger y poner otra vez el capirote y las trabas.

Para que la educacion de este halcon sea completa solo faltará ahora enseñarle á obedecer á la voz del halconero cuando lo llama. Al efecto se emplea una piel de liebre llena de paja que se llama *señuelo*.

Luego que el halcon ha muerto al animal que se le ha soltado, el halconero se adelanta presentándole el señuelo que le ha hecho conocer de antemano, y lo llama de la manera que tiene acostumbrado.

Esta operacion tiene por objeto hacer que el halcon venga á posarse sobre el puño ó sobre el hombro. Si el animal se muestra sordo al llamamiento que se le hace, el halconero se apea, se acerca á él y le presenta el señuelo, enseñándole al mismo tiempo algunos pedacitos de carne, lo cual es suficiente para hacerlo obedecer.

Cuando el halcon, ya se aleje cazando, ya se encarnice contra su presa, conoce bien el señuelo, se considera que está en estado de *volar*, es decir que ha terminado su educacion.

T.—Joaquin Mola y Martinez.

(Terminará en el próximo número.)

Bellas artes.

LA BARCA DEL DANTE.

El cuadro titulado *La barca del Dante*, cuya copia damos en este número, y la cual hemos mandado grabar espresamente en Paris para publicarla en este periódico, se considera como una obra maestra del reputado pintor M. Delacroix. Los condenados que rodean la barca y que luchan por entrar en ella ó echarla á pique, están representados con un sentimiento poético verdaderamente terrible. El coraje de los mismos forma todavia mayor contraste al considerar la impasilidad de Dante y la zozobra retratada en el semblante de Virgilio.—Hay obras que por sí solas bastan á crear la reputacion de un artista. El cuadro que nos ocupa, creemos que se halla en este caso. Elogiar, pues, la belleza del mismo, seria por demás ocioso.

El museo del Luxemburgo ha hecho con él una buena adquisicion.

Julio Barceló.

Los insectos músicos.

Sobre la superficie de nuestro globo terrestre existe un pueblo inmenso, mil veces mas numeroso que el de los hombres y el de los otros animales juntos; un pueblo que varia hasta lo infinito en formas graciosas y estrañas, en colores sombríos y lívidos, brillantes como el oro mas puro, como las piedras preciosas mas finas; que

(1) Sitio donde están plantadas las tiendas de un douar.

como Proteo cambia de forma, de vestidura y de costumbres, al menos tres veces en la vida; que muere ó duerme durante el invierno para resucitar ó despertarse en seguida; y que durante la buena estacion trabaja ó la pasa en el ocio y la vagancia.

Este pueblo vuela en los aires, nada en las aguas, se arrastra, anda ó salta en la tierra; abre cavernas ó subterráneos; construye sólidos monumentos con sus cúpulas; (1) fabrica casas de carta y castillos de papel de estraza (2); funda repúblicas democráticas mas populares que las de Lacedemonia (3); aristocracias militares, reinos (4) en que la corona recae en las hembras por reconocer la ley sálica; finalmente este pueblo podria suministrar el modelo de veinte constituciones políticas desde el antiguo gobierno patriarcal hasta la tiranía mas odiosa. Este pueblo conoce igualmente la táctica militar, el ataque, la defensa de las plazas, y el partido que se puede sacar de los prisioneros de guerra haciéndolos esclavos ó ilotas. (5) Sírvese de mil especies de armas, desde el látigo que envilece (6) hasta la tenaza que martiriza (7), desde el dardo emponzoñado (8) hasta la formidable artillería (9).

En cuanto á la gerarquía de los rangos está tan firmemente establecida y tan invariable, como lo estaba en Francia bajo el reinado de Luis XIV. Hay nobles orgullosos (10), clase media haragana (11), obreros miserables (12), soldados brutales y feroces, entontecidos por la obediencia pasiva, regimentados y bajo el mando de jefes que los desprecian (13).

Tambien hay príncipes casados con reinas, que viven con ellas y que no son reyes (14). El populacho ejerce solamente artes mecánicas: hay albañiles, carpinteros, tapiceros, bordadores, tejedores, cordoneros etc.; tambien hay artistas, arquitectos y músicos.

Ya se habrá adivinado que este pueblo es el de los insectos. Es cosa singular que en una nacion muda, pues mudos son todos estos animales, el gusto mas estendido entre ellos sea el de la música. He dicho que son mudos, porque para cantar, gritar, hablar, en una palabra, para producir sonidos y tener una voz se necesita indispensablemente tener una respiracion pulmonar; los insectos no tienen pulmones, y esta es la razon de que no puedan tener voz. Los peces que respiran por los oidos, los moluscos y zoophitos que respiran por no sé donde, son tambien mudos como los insectos. Sin embargo, estos últimos re-piran y aspiran el aire, pero no es por la boca; sobre los lados de cada anillo de su vientre hay un pequeño agujero, un *stigmate*, como dicen los entomologistas, y esta abertura tiene á menudo la forma de un ojal. Por ella se introduce el aire atmosférico en unos canales llamados *traqueas aeriferas*, que lo trasmiten, no á un centro único de oxigenacion, sino á todas las partes del cuerpo; de lo que resulta que estos animales del mismo modo que los vegetales respiran, y que por necesidad son mudos. No hay necesidad de decir que los sonidos de la voz son producidos por el aire que sale de los pulmones con mas ó menos energia.

Notad bien que solo hablo aquí de una voz de pecho ó de cabeza, como diria un diletanti; porque segun algunos entomologistas del dia, no seria dificil hallar ventrílocuos entre estos pequeños animales.

Cierto es que nadie podia sospechar que hubiese ventrilocuos entre los insectos; pero ahora no se debe dudar de cosa que han afirmado (no digo demostrado) hombres tan sabios como MM. Chabrier, Lacordaire, Burmeinster, Lorey, etc. Debeis saber desde luego que estos señores achacan á dicha causa el ruido que produce el vuelo de un insecto, de un géotropo, por ejemplo, al cual hemos dado el nombre de *zumbido* y que cesa cuando el animal reposa. Hé aquí como esplican su opinion: Al volver, dicen, los músculos poderosos que hacen mover las alas comprimen las *traqueas aeriferas* echando el aire con fuerza, y este aire produce el ruido saliendo violetamente por los stigmatas torácicos» Pero para salir es menester que haya entrado, y estos señores no dicen cómo. Añaden como prueba: «Si se tapan los stigmatas con cera al punto cesa el ruido.» Mas de una vez he intentado hacer este experimento, pero no bien tapaba las stigmatas, en vano era que dijera: Vuela, vuela, vuela! El insecto no queria volar, é instantes despues moria asfixiado, falto de respiracion. Ignoro si esos señores han sido mas afortunados que yo, pero me parece que todavia podian discutir sobre este hecho, y hasta obtener mayores pruebas, admitir la opinion de Degeer, que atribuia el zumbido á la rapidez del movimiento de las alas.

Puesto que hemos empezado por la música vocal citemos un cantor. Todo el mundo conoce á la curiosa mariposa conocida con el nombre de sphinx calavera (*sphinx atropos*, Lin.), porque sobre su thorax oscuro tiene una mancha amarilla que asemeja groseramente á una calavera. Cuando se coge y se atormenta deja oir una especie de canto triste que no se parece al grito de ningun otro insecto. Por largo tiempo se ha estado indagando de dónde podian proceder estos sonidos estraños, y por qué órgano se producian; los unos los atribuian al frotamiento de la base de la trompa contra la cabeza, al de las palpas contra la trompa, y otros al frotamiento de la base del abdomen contra el thorax: M. Lorey era de opinion que esta mariposa era ventrilocua; los demas naturalistas no tenian opinion, como de costumbre. Pero hete aquí que felizmente M. Panserini nos dice, como ya lo habia dicho Rossi en 1782, que dicha mariposa no es ventrilocua, sino que toca la corneta á piston. ¿Si no será un vocalista y sí un instrumentista?

Su instrumento es una pequeña trompa muy corta que tiene liada sobre su frente, entre sus dos palpas. Está hueca como una trompeta, y uno de sus estremos parte de una cavidad de la cabeza, en cuya entrada tiene unos músculos que bajándose dan entrada al aire en lo interior, y levantándose lo dejan salir. Preciso es decir que esta esplicacion está muy lejos de resolver todas las dificultades; pero á falta de otra contentémonos con ella.

Esto es todo lo que se sabe ó se cree saber sobre la música vocal de los insectos; pero su música instrumental es mas variada, mejor conocida, y descansa en hechos incontestables. Sus instrumentos son tan diferentes por sus formas como por sus sonidos. Los unos se sirven de ellos como hacian los pastores de Teócrito y de Virgilio para celebrar la salida del sol, los primeros albores de un hermoso dia, las bellezas de la naturaleza; los otros enteramente anacreónticos, solo cantan el amor, y sus acordes no tienen otro objeto que agradar, y hacerse notar por el bello sexo insectil. Los hay elegíacos, y cuya música triste y quejumbrosa es siempre la espresion de un dolor; finalmente, otros, melomanos apasionados, solo cantan por hacer ruido y por vanidad, y estos son los mas insoportables.

Entre todos estos cantores, la cigarra es sin disputa la que goza mayor celedridad; haremos notar, de paso, que solamente en los órdenes de los hemipteros y de los orthopteros es donde se encuentran órganos especiales destinados únicamente á producir sonidos. La cigarra cantatriz (*cicada plebeia*, Lin.) pertenece al primero de estos órdenes. Tiene dos alas membranosas cubiertas de dos elictras, pero estas son transparentes, negruzcas, veteadas de rosa; no salta ni tiene las patas de detrás largas como las langostas, con las cuales la confunde el vulgo. Se mantiene sobre los árboles cuya savia chupa por medio del pico que tiene contra su pecho: la hembra tiene en el estremo del abdomen una especie de barrena compuesta de tres largas piezas semejantes á las limas, y encerradas en un tubo á dos valvas, y de la que se sirve para horadar hasta el centro las pequeñas ramas de los árboles en las cuales deposita sus huevos; á su tiempo las larvas caen sobre la tierra, y se introducen en ella para crecer y metamorfosearse en ninfas.

La cigarra toca el timbal; esto lo dice Reaumur, y yo me atengo á su dicho. Veamos qué cosa es este instrumento; en cada lado de la base del addomen hay una cavidad semi-lunar que forma la caja del timbal; esta caja tiene una membrana seca, rugosa, y convexa por fuera; es la piel del tambor; interiormente esta membrana está sostenida por un músculo fijado sobre su parte cóncava.

Cuando el insecto quiere cantar contrae su músculo; este tira de la membrana, cuyo centro se ahonda por un movimiento brusco, y el timbal presenta cóncava la parte que antes era convexa; despues el músculo se dilata, la membrana seca, por su elasticidad órdinaria, vuelve á aparecer convexa por fuera, y este movimiento de va y viene se repite con estraordinaria rapidez. A cada movimiento la membrana produce un sonido, y la sucesion de estos forma el canto. Como la cigarra tiene dos timbales, uno á cada lado, y usa los dos á la vez, produce una música ruidosa, en estremo monótona, y que al paracer le agrada mucho, puesto que no cesa en ella durante todo el verano, particularmente cuando el cielo está despejado, y el sol calienta mucho. Para conocer si un músico es ó no apasionado de su arte, no hay mas que observar el cuidado con que conserva su instrumento. Un dia en que Paganini sudaba á mas y mejor despues de haber ejecutado prodigios en su violin, ví que se limpió el sudor de su frente con el dorso de su mano, y que se sonó en un trapo viejo, al mismo tiempo que pidió á la condesa de R. su rico pañuelo de batista para limpiar escrupulosamente su arco y su violin antes de encerrarlos en su caja de palixandra.

La cigarra ama su arte, porque cuida mucho su instrumento. No bien el cielo se cubre con la mas leve nubecilla, ó caen algunas gotas de lluvia, ó bien interrumpe su canto por una causa cualquiera, al punto cubre sus dos timbales con una tapadera que cierra herméticamente, y que está formada de una placa cartiliginosa.

Los criquetes (*acridium*, Fab.) tocan tambien el timbal, pero por lo comun no es en ellos mas que un instrumento de acompañamiento, del que probablemente se sirven para llevar el compás cuando tocan el violon. Los timbales de los criquetes tienen grande analogía con los de la cigarra, y están situados en la base del abdomen, uno á cada lado detras de la primer stigmata del vientre. En cuanto al violon, consiste simplemente en una costilla seca, firme y vibrante tendida á lo largo del borde esterior de sus elictras. Las patas traseras del animal están armadas con puas que le sirven de arco. Cuando quieren tocar frotan su arco contra la costilla de una de sus elictras, y producen ese sonido acre y desagradable que acompañan á menudo con sus timbales. Al parecer el manejo del arco es cosa bastante difícil y exige toda su atencion, porque nunca tocan mas que uno á la vez, aunque se sirven alternativamente del uno y del otro.

Todos los criquetes son músicos, pero no todos son viajeros, y entre estos hay una especie que ha adquirido gran celebridad: es la langosta de paso (*acridium migratorium*, de Geer). Tiene dos pulgadas y media, es verdosa, las alas con manchas muy abultadas, azules con el estremo negro. Es una de las especies mayores, originaria de la Tartaria, y viene á veces á bandadas innumerables á los paises orientales de Europa, á la Polonia, á la Hungría y aun llega hasta la Alemania. Al paso todo lo tala, y no deja ni trigo ni heno ninguno.

Los tetrix, que tienen mucha analogía con los criquetes, tocan tambien el violon y de la misma suerte; pero no tienen timbales, y por consecuencia su música es mucho menos ruidosa.

Los grillos son tambien músicos; y no es su música enteramente desagradable; pero solo los machos cultivan este arte, y las hembras permanecen modestas y silenciosas. El *cri-cri* de los grillos tiene cuando menos el mérito de conciliar

---

(1) Los termitas.
(2) Las avispas.
(3) Las hormigas.
(4) Las abejas.
(5) Las hormigas amazonas.
(6) La oruga del Machaon.
(7) Las mandíbulas del ciervo-volante, las pinzas de los forfículos etc.
(8) Escorpiones, avispas etc.
(9) Los bombarderos, petardos, etc.
(10) Los zánganos y otros.
(11) Las avispas.
(12) Los neutros de los termitas, de las abejas y de las hormigas.
(13) Los termitas.
(14) El macho de la reina de los termitas vive con ella oculto debajo de sus alas: es diez veces mas pequeño que ella, y no participa de sus honores ni de su autoridad.

el sueño, como pudiera hacerlo un discurso de tribuna ó cosa asi. Y este efecto no debe sorprenderos cuando sepais que M. Burmeinster dice que el grillo toca el arpa eólica. Segun el sabio aleman, espulsado con fuerza el aire de las estigmatas, sobre todo de las del torax, por la agitacion violenta que da el animal á todo su cuerpo, viene á herir los bordes laterales de sus elictras; no pudiendo escaparse en esta direccion, tiene que subir, y encuentra entonces aréolas membranosas situadas en la parte superior de estos órganos, que hiere y hace vibrar absolutamente como el viento las cuerdas de una arpa eólica. Esto es muy lindo, pero no puede resistir mucho á la crítica, y es mas válida la opinion de Geer, quien dice que los órganos del canto en los grillos consisten en una especie de aréola redonda situada en la base de cada elictra; es sabido que estas se cubren exactamente una á otra, la derecha sobre la izquierda. Las nerviosidades de su parte dorsal son tambien mas gruesas, y forma, unas celdillas mas grandes en el macho que en la hembra. Cuando el primero quiere producir su canto levanta la parte posterior de sus elictras de modo que forma un ángulo agudo con el cuerpo, y por un vivo movimiento horizontal las frota la una con la otra; al chocarse las nerviosidades producen ese sonido que todos conocen. Las aréolas de su base parece que no tienen otro objeto que reforzarla.

Las hembras poseen los mismos instrumentos de música que los grillos, pero su melodía es á la vez mas monótona y mas débil.

Los coleopteros ó insectos, cuyo cuerpo está cubierto por alas coriaceas ó corneas, formando un semi-estuche, como por ejemplo en el abejorro, escarabajo, etc., no tienen ningun órgano especial para la música; pero esto no impide que no ocupen un lugar, aunque insignificante, entre los coristas entomológicos. Los menos conocidos de todos, y los mas curiosos son los insectos de América, que pertenecen á la familia de los cicindeletos y de los melastomos. Frotando sus piernas posteriores contra los bordes laterales de sus elictras, producen un ruido mas ó menos fuerte, segun la especie de insecto, y este ruido se parece al de los criquetes. Por lo demas no se sabe si los dos sexos, ó solamente los machos, tienen la facultad de producirlo.



CONCIERTO INSTRUMENTAL.
(Composicion de José Barrera).

Los trox, los necróforos, todos los copris y otra multitud de insectos estraños de la familia de los lamelicornos, tienen una música tan innoble como sus costumbres. Estos no hacen oir los timbales, los violines, las arpas eólicas, sino los sonidos destemplados de una vulgar matraca; los últimos arcos superiores de su abdomen están estriados, atravesados de modo que forman pequeños surcos que no se ven á la simple vista; las elictras, por medio de un movimiento bastante rápido frotan contra estos arcos y producen los sonidos.

Los insectos de la familia de los longicornios, vulgarmente conocidos con el nombre de Capricornios, producen, cuando se cogen, ó cuando simplemente se tocan en el momento que están descansando, un ruido análogo al de los precedentes, pero mas agudo, mas fuerte, y que es debido á la frotacion del pedúnculo del mesothorax contra la pared superior interna del prothorax. Este pedúnculo está cubierto, como el abdomen de las especies procedentes, de arrugas finas transversales.

JULIO BRAVO.



LOS CAMPANEROS EN SEVILLA.

Los campaneros en Sevilla.

En Sevilla, los dias festivos, los campaneros que gozan de mas fama, hallan facilmente algunos jóvenes de buen humor que mediante una módica retribucion, les ayudan á poner en movimiento todas las campanas y dar un buen repique. Estos jóvenes hacen apuestas entre ellos sobre el

modo de tocar aquellas, se agarran de las mismas con un arrojo increible y siguen sus movimientos mas violentos.

Causa un vértigo espantoso al que sube por primera vez á la Giralda el escuchar el terrible clamoreo de veinte campanas, y ver el arrojo de dichos jóvenes.

El otro dia acababa de notar que algunas personas tenian la vista levantada, cuando una señora anciana que se dirigia á la iglesia esclama cerca de mí: «Vedlos; no son hombres, sino diablos» Entonces levanté la vista como los demas, y me figuré por de pronto que uno de aquellos desgraciados se habia enredado con la cuerda que sirve para poner en movimiento la pesada mole. Pero luego pude ver que aquello era solo un juego. Otro campanero apareció en aquel instante como suspendido en el aire, ó bien sugeto al badajo de la campana, siguiendo sus movimientos y puesto cabeza abajo cuando la campana estaba en su sitio. A. R.

Fructuoso Canonge.

Hé aquí un nombre que se ha hecho verdaderamente popular en Barcelona. ¿Cuáles son las causas que han dado márgen á esta popularidad?

Canonge ni ha tenido la fortuna de mecerse en cuna dorada, ni ha podido encumbrarse en alas del estudio á las distinguidas posiciones con que brindan las carreras literarias. Canonge es un hijo del pueblo, que vive honradamente de su industria, que ha sabido adquirirse notable ascendiente entre los de su clase, y que revela recomendables circunstancias en medio del contraste que ofrecen sus arranques de buen humor y su gravedad característica.

Canonge es uno de esos tipos que se abren paso en el estadio de la popularidad sin escitar envidias, sin promover ódios ni rivalidades, sin verse rodeado de apiñada turba de émulos. Canonge tiene á sus órdenes gran número de jóvenes que bajo su direccion se dedican al trabajo. Canonge se ve respetado y obedecido por todos ellos, y sin embargo ni se prevale de su posicion para abusar de su ascendiente ni aspira á pretensiones de que otros muchos en su posicion no se recatarian. En una palabra, Canonge ha sabido atraerse el interés del público sin crearse enemigos; en sus arranques de buen humor sabe dar muestra de cierta originalidad sin ofender á nadie, y en sus momentos de gravedad sabe ser serio sin afectacion.

Una habilidad especial que ha revelado en los juegos llamados vulgarmente *de cartas*, ha dado creces á la popularidad de que ya antes disfrutaba Fructuoso Canonge: las vicisitudes de su vida han contribuido á desarrollar en él esa habilidad para la cual cuenta sin duda con notables disposiciones.

Canonge nació en Montbrió, provincia de Tarragona, en el año 1823, y despues de recibir la educacion propia de su modesta cuna alcanzó á los quince años, época en la que se alistó como voluntario en los Cuerpos francos de los cuales hubo de retirarse por haber caido enfermo, y por echar de menos el cariño y la tranquilidad del hogar doméstico.

En 1842 en que empezó á mostrar su aficion por los naipes haciendo ya varios juegos con bastante limpieza, entró en clase de voluntario en el Real cuerpo de artillería. Guiábale entonces una mira particular y noble que honra mucho á Canonge; sus padres estaban necesitados, y el hijo se sometió con gusto á las penalidades que trae consigo la milicia, sin mas objeto que el de proporcionar algun recurso á quienes le habian dado el sér.

En 1847 encontrándose acantonado en Cádiz fué nombrado figurin de tambor mayor. En 1851, terminado ya su servicio, tomó la licencia y voló al lado de su madre anciana y viuda á la que quiere entrañablemente. Para atender á su subsistencia Canonge empezó á dedicarse en Barcelona á la venta de objetos de quincalla en un puesto ambulante. En aquel entonces un italiano ejercia con buen éxito la industria de limpia botas, lo cual bastó para alentar á Canonge decidiéndole á dejar su industria por la que ejerce todavia en la actualidad y que le ha hecho especialmente popular.

A consecuencia de los acontecimientos de julio de 1856 fué confinado á la Habana, é indultado despues por S. M. la Reina se dirigia á Barcelona á bordo de la fragata *Emilia* cuando sobrevino un recio temporal y el buque desarbolado hizo arribada forzosa á Nueva York (Estados-Unidos.) Allí permaneció Canonge por espacio de tres meses hasta que en 26 de febrero de 1858 tuvo la satisfaccion de poner el pié en las playas de su querida patria y dar un cordial abrazo á su anciana madre.

Estas noticias biográficas de Canonge no esplican como ha podido adquirir la popularidad de que goza en Barcelona; para comprenderlo es preciso enterarse da los diferentes lances que forman su historia particular, lances en los cuales ha revelado, además de la originalidad de su carácter, loables rasgos de amistad verdadera y sentimientos que le honran y enaltecen.



FRUCTUOSO CANONGE.
(Copiado de una fotografía de los señores Franck y Wigle.)

Por su habilidad en los juegos de naipes fué contratado en el verano anterior por el empresario de los Campos Elíseos para dar algunas funciones que le valieron unánimes aplausos de la escogida concurrencia que acude á dichos jardines. Recientemente ha dado con éxito no menos favorable tres funciones en el Circo Barcelonés.

El mérito de Canonge consiste en la indisputable limpieza con que ejecuta diferentes juegos, si bien no puede menos de recomendarse la modestia y la franqueza con que se presenta ante el público advirtiéndole que no tiene pretensiones de artista sinó de simple aficionado y suplicándole que le dispense la falta de verbosidad que sirve de mucho en juegos de esta clase.

Por punto general en los ejercicios de recreo que hace Canonge, no domina el sistema de aparatos; las manos, la combinacion y el calculo son los únicos recursos de que suele valerse en sus juegos. Por este sencillo medio os adivinará el naipe que hayais escogido, y aun el que solo hayais imaginado, y hará que vaya á salir en un punto interior ó esterior del edificio. Numerosos y nutridos aplausos son el digno final de cada uno de los juegos que ejecuta.

Si hubiéramos de hacer mérito de todos ellos, seria larga nuestra tarea, y además de larga fuera ociosa, puesto que los lectores comprenderán muy bien que los juegos de esta índole, aunque variados, ofrecen un punto general de contacto. De todos modos no cabe duda en que Fructuoso Canonge es mas que un aficionado, como por modestia se titula, y bien pudiera competir en este género con otros que se precian y deben preciarse de artistas. Los juegos de cubiletes son para Canonge una vulgaridad de escaso mérito; y si se dedica á algun ejercicio que no tenga relacion con los naipes, sabe dar muestras de una habilidad que no malgasta pero que nada tiene de vulgar.

En resúmen, Fructuoso Canonge, tipo original y popular en Barcelona, tiene en los juegos de naipes un medio eficaz para conservar y dar creces á la nombradía que le ha valido su buen humor y la industria de limpia-botas que con buen éxito ejerce.

Modesto Costa y Turell.

Verdaderos goces.

Caminar al matadero
Por cañadas y asperezas
No es mi fuerte,
Ni en esos mares espero
Granjear por cuatro simplezas
Feroz muérte.
No estoy por huecos honores
Ni por otros mas amables
Golosillos,
Ni envidio á foscos señores
Sus pompas evaporables,
Ni bolsillos.
Ni el Támesis por umbrío,
Ni el Arno por despejado
Me dan grima,
El de mi abuelo es mi rio,
Y allá se lo haya el menguado

Que á otro estima.
No es mi achaque andar el mundo
Parafraseando el grande hombre
Como hoy se usa,
Ni la negra honrilla fundo
En el cacho de renombre
De mi musa.
Ni trasgo fuí por doncella,
Ni adulteré nunca vino
Para otro,
Ni nadie se me querella,
Ni al verme avieso vecino,
Tuerce el rostro.
Ahora bien: al ver lo poco
Que vale esta ruin posada,
Vulgo tierra,
Díjeme un dia: «O ser loco
»O de la senda trillada
»Te destierra.
»Pues que tu polo es distinto
»Del que á los otros divierte
»Larga velas,
»Y á tu modo en tu recinto
»Da dos higas á la suerte
»Sin gabelas.»
Dicho y hecho. —Busqué esposa
Que por sus partes me honrara
Y entendiera,
Mas sin punta no hallé rosa,
Ni por ojos de la cara
Si los diera.
¡Grave duelo, grave duelo!
¿Qué hace el mozo, que es honrado,
Sin tal lastre?
¡En esos mares de hielo,
Barquillo desamparado,
Dar al traste!
Vi muy seco mi horizonte
Hastiado ya de leyendas
Y escrituras,
De la jauria y el monte
De tan iguales calendas
Y aventuras.
Como al uso no vivia
Cada cual me la buscaba
Por su lado,
Hasta que me dije un dia:
»Por Dios que mi flema es brava.
»Pues menguado
»¿No ves que aquí eres el loco?
»Haz lo que hagan, vuelve bridas,
»Bobo mio,
»Sino letras, ten descoco,
»Lo que asir puedas no pidas,
»Y al avío.»
¡Bella idea! Sin comento
Me dejé ir con la corriente,
Y he granjeado
Lo que el muy sabio jumento
No granjeará ciertamente
Por mirado.
¿Quién cual yo? Con la primera
Me casé que á mano vino
Muy formal,
Y héme aquí como un cualquiera
Bendiciendo mi destino
¡Sin un real!

Miguel Malo.

Un pintor de muestras.

¡No hay duda, es lo mejor que he hecho en mi vida! exclamaba un jóven pintor recien llegado á Nápoles, contemplando con orgullo un cuadro, al cual habia dado la última pincelada. Caravaggio tendrá que confesar que ha encontrado su maestro. ¡Vamos, ya no hay que tocarlo mas!

Y dirigiéndose al otro extremo de la habitacion tomó un retrato de mujer casi concluido, y se entregó de nuevo al trabajo, que absorbió toda su atencion: de vez en cuando se detenia, cruzaba los brazos, y volviéndose hácia el cuadro que habia ya acabado, se decia con cierta candidez marcada de amor propio.

—¡Bien sabia yo que habia de hacer alguna cosa grande! Ahora puedo morir seguro de que mi nombre no quedará sepultado en el olvido... pero, ¿no gozaré yo de mi reputacion? ¿habrá de quedar mi gloria encerrada entre estas pobres paredes? Estos pintores cortesanos y envidiosos que cercan al virey, ¿no me dejarán penetrar hasta él para hacerme conocer?... y ¿qué importa? yo quedaré fuera, sí, y á despecho de sus celos y de su envidia, mi nombre resonará con gloria en Nápoles y en Europa. Este sueño de entusiasmo fué interrumpido por la entrada de la vieja Beatriz, que colocando sobre una mesilla los preparativos de un modesto desayuno, empezó á arreglar el taller y á limpiar el polvo que cubria varios cuadros, esparcidos por las mesas y rincones. El jóven aparentó no haberla visto, y continuó su trabajo hasta que ella, acercándose le dijo:

—Siempre hablando solo: así Dios me perdone, pero no parece sino que estais en compañía del diablo: ¿y cuándo se acabarán esos sueños que os distraen de vuestro trabajo? ¡A ver!... veamos le que habeis hecho... ¡lindo cuadro! exclamó irónicamente delante del que habia proclamado el jóven por su obra maestra... ¡Bien dije yo, solamente el demonio podia inspiraros la idea de una pintura tan horrible! ¡cada vez que la veo se me erizan los cabellos!... ¡y habeis gastado tres meses en hacer esto, luego os quejais de que el virey no os proteje! id á llevarle ese cuadro para que se horrorice...

—¡Pobre Beatriz, contestó el pintor dándole una palmada en el hombro: mucho siento que no sea de tu gusto!

—Mas siento yo otra cosa, dijo ella tristemente, y es la perspectiva del hambre que os amenaza, porque hoy he gastado en nuestra comida todo lo que me quedaba... y esto por culpa vuestra que pudierais ser el pintor mas rico de Nápoles... ¿Porqué no acabais el retrato de la condesa Venuta? ella os habria cubierto el lienzo de escudos, y recomendado á su amigo el virey: eso sí que seria un golpe de fortuna; y no andar huyéndola y negándoos á recibirla.

—Por Dios, Beatriz, no me hables de esa condesa con sus ojos hundidos y su cara llena de arrugas: allí no se ve ni la dignidad de la vejez, y yo la hubiera pintado mas fea y ridícula, si era posible, que lo que es en realidad.

—Sí, esa es vuestra manía, ¡caras bonitas para pintar vírgenes y ángeles!... Pues bien, ateneos á las caras bonitas, que no dejan ningun provecho.

—¡Ah! si yo hubiera retratado á una jóven que he visto hace tres meses... ¡Figúrate, Beatriz, dos grandes ojos azules llenos de languidez...

—Bien, bien, venid á almorzar.

—Unos cabellos de un rubio admirable, tan raro en este pais... y luego sus ademanes nobles y delicados, el sonido de su voz...

—¡Dios mio! hablais como un enamorado; y esto solo nos faltaba.

—El sonido de su voz que penetra hasta el corazon como la música mas melodiosa. . ¡oh, qué modelo para una Magdalena! pero no una Magdalena arrepentida, sino una Magdalena vírgen, llena de ensueños de amor y agitada su alma por los fuegos de la pasion.

—¿Quereis callar? gritó Beatriz, os habeis vuelto loco, ¿ó teneis el infierno en la cabeza? ¡Vaya un entusiasmo mal empleado! por eso no retratais viejas .. pero, ¿qué es lo que veo? ¡es la condesa Venuta la que estais acabando! Bien, muy bien, ¡mi querido amigo! Y la vieja se estasiaba delante del cuadro que estaba concluyendo el jóven pintor.

—Vamos, Beatriz, ¿soy siempre un perezoso, una mala cabeza? ríñeme todavía.

—Muy bien, querido mio, muy bien, repuso la buena vieja abrazándole enternecida, eso es cumplir con su obligacion... Pero por ahora es preciso dejarlo, venid á almorzar, para que vayais inmediatamente á la casa de Cristóbal Panolfo que os estará esperando.

—¡Cristóbal Panolfo! ¿quién es ese hombre?

—El comerciante de cuadros mas rico de Nápoles.

—No le conozco.

—Pero él os conoce á vos: tiene grande opinion de vuestro talento, y querrá sin duda encomendaros algunos trabajos.

—¡Oh! si fuera un inteligente, y quisiera venir aquí, veriamos en cuánto apreciaba mi gran cuadro.

—¡Cómo! ¿no iréis á su casa sabiendo que os espera?

El jóven no contestó sino volviendo las espaldas y murmurando algunas palabras ininteligibles, y la vieja repuso con mal humor:

—Pues yo quiero que vayais: sí señor, iréis; aun cuando tenga yo que llevaros contra vuestra voluntad, eso os tener muy mal corazon: ¿acaso estais solo en el mundo? Si vos moris de miseria, ¿qué será de esta pobre vieja que se ha sacrificado por vos y que no tiene otra esperanza que veros dichoso?... Vamos, querido hijo, continuó la buena Beatriz acariciándolo; yo sé que vos me amais, y que no pagaréis con ingratitud una afeccion maternal: tomad la espada y el sombrero nuevo, no me tengais rencor por lo que he dicho de vuestro cuadro; así colocaos la capa sobre el hombro: ¡qué gentil sois! teneis el aire del emperador Cárlos V: id á ver á Panolfo, y si hay alguna dama sed galante; mirad que yo he sido jóven y se lo que me digo.

—¡Vayan al diablo Panolfo y todas las viejas, que no le dejan á uno un momento de sosiego! exclamaba el jóven saliendo de su taller para ir á la casa del comerciante.

La sala donde fué introducido el pintor estaba ricamente adornada, y desde sus balcones se extendia la vista de un delicioso jardin hasta perderse en el azul del Océano. Un hombre de cuarenta años y de un exterior bastante comun, se paseaba por la habitacion, y sentada en una ventana con la cabeza apoyada entre sus manos, como respirando el aire embalsamado del golfo, se hallaba su hija Laura, preciosa vírgen de diez y seis años. El artista entró de pronto y saludó con desembarazo; pero muy luego la turbacion se apoderó de él al reconocer en Laura la misma jóven cuyo retrato habia trazado con entusiasmo á Beatriz una hora ántes. Panolfo atribuyó su agitacion al poco trato del mundo, y tomando un aire de proteccion y de grandeza quiso ostentar á la vista del jóven pintor su brillante situacion; pero este, herido en su amor propio, y volviendo á su altivez natural, contestó:

—Caballero, no creais que vuestro lujo ni vuestras riquezas puedan fascinar mis ojos: no es vuestro esplendor el que ahora me ha ofuscado: sino el de Dios, que me ha presentado la belleza de sus obras en su mas perfecta criatura.

Esta vez fué Laura quien se sonrojó y perdió toda su serenidad: sus miradas se encontraron con las del pintor, y reconocieron al jóven que un dia la habia seguido con muestras de la admiracion mas apasionada. Panolfo no observó nada de esta muda escena, y sin quererlo aumentó el interés que ya su hija habia concebido por el artista, porque miéntras que él, dándose la importancia de un protector de las bellas artes, ultrajaba al pintor, ella con la ternura de sus miradas lo indemnizaba de su humillacion y le daba otro orgullo mas: el de verse amado.

—Dicen que no careceis de talento, exclamó Panolfo en tono de indiferencia.

El jóven inclinó la cabeza sin contestar.

—Pero sois pobre y estais obligado á trabajar para comer; veamos si mereceis el honor que quiero dispensaros.

El pintor se mordió los labios por no contestar, y volvió sus ojos á Laura: comprendió esta la súplica que encerraba aquella mirada, y le preguntó con un aire encantador.

—¿Sois extranjero en Nápoles?

—Soy español, contestó él con orgullo: he nacido en Játiva, cerca de Valencia; pero hoy me considero como un hijo de la Italia: tan dulces son los sentimientos que me unen á este dichoso país. He visitado á Roma, Venecia, Parma, Florencia y todas las ciudades donde han florecido los genios de la pintura: ahora vivo en Nápoles, y juro desde hoy no abandonarla jamás.

Miéntras que el pintor hablaba, Laura no podia disimular la impresion que le causaban su fisonomía, llena de sentimientos, y sus negros ojos.

—¿Y se puede saber, preguntó Panolfo, porqué dais á Nápoles esa preferencia tan lisonjera?

—Ese es mi secreto, contestó el jóven algo turbado.

—Padre mio, repuso Laura, vuestra pregunta es indiscreta, este caballero tendrá alguna pasion...

—Sí señora, interrumpió el jóven con calor, y arrojándole una mirada de fuego: tengo una pasion en el fondo de mi pecho, una pasion que durará miéntras viva!

Laura bajó la cabeza para ocultar el carmin que asomó á sus mejillas, y dos lágrimas que corrieron de sus ojos; y su padre prosiguió con mal humor:

—Dejemos eso: esa chiquilla me acusa de indiscreto, cuando ella lo es mas que yo. Sentémonos y hablaremos del oficio: ¿qué partido quereis que os haga?

—Decid, qué especie de cuadro debo hacer.

—Pues bien: sabed que el viento ha roto la muestra de mi almacen y querria otra mas digna de mí.

—¡Una muestra! exclamó el pintor haciendo un movimiento para levantarse. Pero una mirada suplicante de Laura le detuvo á pesar de la indignacion que lo poseia.

—¡Como!... ¿rehusariais? Esta es una ocasion brillante de daros á conocer, y si teneis talento, podréis hacer fortuna; mi reputacion será la vuestra, y por mí todos mis amigos os emplearán. En Nápoles hay muchas muestras que renovar, y si todos os pagan como yo... ¡veinte y cinco ducados!... ¡os parece poco!

—¿Me dejaréis pintarlo á mi antojo? preguntó el jóven despues de un acto de reflexion.

—Sí, con tal que sea una cosa brillante, que llame la atencion.

—¿Y qué precio pagaréis por ella?

—Ya os lo he dicho, veinte y cinco ducados.

—¡Gracias! contestó el jóven levantándose: si me hubierais preguntado el precio, os hubiera pedido ochocientos ducados; guardad los veinte y cinco, que la muestra no os costará nada. Veo que teneis razon; es preciso darme á conocer, y quiero aprovecharme de esta ocasion: podeis anunciar que tendréis una muestra del primer pintor de Italia: adios, señora.

Y dejando á Panolfo confuso y aturdido, el jóven se dirigió á su casa, donde encontró á Beatriz extasiada delante de una talega de ochocientos ducados que un desconocido le habia entregado para su dueño.

Quince dias despues de esta entrevista, una multitud se hallaba reunida delante del almacen de cuadros de Cristóbal Panolfo. Los espectadores aplaudian llenos de entusiasmo y pedian á gritos el nombre del pintor que habia colocado á manera de muestra el magnífico cuadro del martirio de San Bartolomé. Cuando los primeros trasportes de admiracion se calmaron, la multitud contemplaba en un expresivo silencio y con un profundo sentimiento de terror, aquel pasaje sublime. El santo estaba echado sobre un costado, tenia los piés ligados y sostenidos por un verdugo. Su brazo derecho, que una cuerda tenia suspendido sobre su cabeza, habia sido ya destrozado por el hierro: otro verdugo, cuya fisonomía era espantosa y enérgica, metia con frialdad la mano por entre la piel y la carne ensangrentada de la víctima, que espresaba en su cara una mezcla admirable de la agonía del cuerpo y de la piadosa resignacion del alma. ¡Jamás habia sido pincel tan elocuente, jamás un tan grande objeto habia encontrado tan digno intérprete!

Panolfo estaba loco de contento con su muestra: la multitud crecia por instantes, y se confundia para admirar el cuadro. Entre los espectadores se hallaba una vieja, á quien la admiracion de los demás tenia tan absorta como su propia alegría.

—No hay duda que soy una bestia, murmuraba en voz baja; todos dicen que es magnífico, y sin embargo, mientras mas lo veo mas miedo me causa.

—¡Es una obra maestra! exclamó un personaje ricamente vestido. ¿Porqué el autor no se da á conocer? No habria en Nápoles un pintor que no quisiera ser su discípulo.

—¡El autor, el autor! gritaba el pueblo.

—El autor soy yo, dijo por fin presentándose á la multitud.

—Caballero, le dijo el personaje, si quereis fijaros en Nápoles, yo os prometo los honores y la fortuna de un príncipe.

Al oir esto Beatriz, á quien sin duda el lector ha reconocido ya, se lanzó hácia el desconocido, y poniéndose de rodillas exclamó:

—¡Bendigaos el cielo! pero no le deis honores ni riquezas; dadle la felicidad; dadle la mujer que adora, la hija de Panolfo, ó de lo contrario morirá de desesperacion.

—La tendrá, yo os lo prometo.

—¡Vos! gritó el pintor; ¿y quién sois vos?

—El conde de Monterey, virey de Nápoles; ¿y vos, caballero?

—Mi nombre no es todavía conocido; pero yo juro á vuestra alteza que algun dia resonará con gloria en mi patria y en Europa.

Ambos cumplieron su promesa: Laura llegó á ser la esposa del jóven pintor, y la España señala con orgullo entre sus grandes genios al inmortal José Rivera, conocido bajo el nombre del Españoleto.

E. Comas y Soler.

Biografía.

Cándida Dardalla.

Nació Cándida Dardalla el 4 de noviembre de 1839. Apenas contaba cinco años cuando abandonando á Sevilla, su suelo patrio, siguió como buena hija la suerte de su padre y trasladóse á la *Córte* donde en corto tiempo sobresalió á las condiscípulas del acreditado y antiguo colegio de Tepa perfeccionándose con facilidad en los primeros elementos de la educacion, y demostrando desde luego una aficion directa hácia la escena. Convencidas tanto la directora de dicho colegio y las innumerables personas que frecuentaban el establecimiento, de su destreza en el recitado, é intencion y gusto en su estilo, le dispensaron la deferencia de oirla en varios trozos de poesía así sentimental, como jocosa, en las que demostraba la especialidad y despejo que siempre ha presidido á su escuela dramática, aplaudiéndola y llenándola de parabienes que tan señalados eran y merecidos.

Hé aquí los preliminares de su carrera artística: Dos años le bastaron para adaptarse el difícil resorte de la interpretacion. Dos años fueron suficientes para vencer la facultad de la representacion en general. Aventajando como es obvio á todas las educandas de su edad, y abriendo un bello campo á su clara imaginacion, y viveza digna de todo encómio, allanó las imprescindibles dificultades de su poca esperiencia, y se lanzó por decirlo así al albur de las alternativas del arte que abrazara.

El conocido poeta D. Fernando Gomez de Bedoya fué el primer intérprete de sus disposiciones naturales y compuso precisamente para el debuto de Cándida la comedia titulada «La perla Sevillana,» comedia que fué felizmente interpretada por la jóven actriz que apenas contaba 7 años. El año de 1846. fué Cándida la estrella del Instituto, la fama de sus competidoras y el único objeto del loco entusiasmo que cundió por todos los ámbitos de Madrid. Nada de inverosimil tiene esto si se concibe la penetracion inimitable que reune esta jóven á la par de una bonita escuela, adquirida á fuerza de constancia y estudio. Los aplausos que recogiera á su vez en el primer coliseo, fueron los precursores del lisonjero porvenir que le esperaba siguiendo las huellas de las eminentes actrices que tanto han brillado en su época.

Cándida, durante las representaciones de su primera y feliz entrada en el palco escénico del Teatro del Instituto, nada dejó que desear á los amantes del buen gusto y limpieza en la asimilacion.

Pero la suerte no siempre le fué propicia á esta jóven, pues viéndose precisada á abandonar por completo la escena en el año 1847 dedicándose esclusivamente á la perfeccion de sus elementales conocimientos que tantos triunfos habian conseguido, volvió de nuevo al citado Colegio de Tepa donde permaneció, aprovechándose como tenia acreditado, hasta el año de 1850. El apreciable actor D. José Maria Dardalla, tuvo en esta época la proporcion de trasladarse á Valencia, en donde habia tomado la empresa del Teatro Principal. Su hija, como era natural, debia seguir las miras de su padre, acompañándole á Valencia. Esta circunstancia motivó el que para Cándida se abrieran por segunda vez las puertas del drama, y diera á conocer su limpieza de ejecucion y buen gusto de estilo.

Finalizada que tuvo la contrata el Sr. Dardalla con el coliseo de Valencia el año de 1855, tomó aquella empresa del Teatro del Circo de la Corte para la temporada de verano.

Ya no es Cándida una principianta actriz, no es ya una actriz adocenada, ni menos una pequéña especialidad, es ya una verdadera actriz. Se presenta á la escena, con sencilléz y elegancia, haciendo resaltar en su rostro los tintes de lo sublime. El Circo Madrileño vé con entusiasta sorpresa continuado su nombre en el de las damas que figuraban en la compañía que aquella temporada actuó, clasificándola en el de dama jóven. Es indescribible el éxito tan favorable que á su reaparicion en la escena madrileña obtuvo Cándida, éxito que rayaba en entusiasmo, recibiendo continuamente las mayores muestras de aprecio y singular acogida. No solo para el público era un objeto de sus entusiastas aplausos, sino de todos los escritores dramáticos, entre los que sobresalia el jóven y distinguido poeta D. Luis Eguilaz. No es ya la prensa sola y el público quien la vitupera, no es ya un auditorio, es ya la literatura y la poesía, es ya una infinidad de autores que penetrados de los rápidos progresos de la aventajada actriz, y de su poca edad y esperiencia, unidos al realce que daba al papel mas insignificante que se le confiara, apoyaban y protegian su prestigio en la córte. Los poetas en aquella época fueron los fieles intérpretes de sus naturales dotes, si bien reservábanse el demostrar á Cándida con bellas producciones dedicadas á tan aprovechada jóven, y que fomentó cada vez mas su deseo y aspiracion artista, una espresion de su verdadera simpatía.

El escenario del teatro del Circo fué el tercero que Cándida pisó para lucir su maestría y aplomo. El primero ó sea el Instituto, no fué mas que un escalon para subir al principal de Valencia y este último lo fué asimismo para el del Circo; los dos últimos se consideran de primer órden, si bien el segundo no tiene las proporciones del tercero.

Al ascender rápidamente estas tres gradas para colocarse en breve á la altura de las mejores actrices, no debió á persona alguna la direccion en tan azaroso arte, sino á sus bellísimas cualidades, esclarecido talento, viveza é imaginacion clara y precoz.

Débese á Cándida el estreno del drama en tres actos del señor Eguilaz, «La vida del Juan Soldado», cuya produccion tanto honra á su autor y la cual fué puesta en escena 19 noches consecutivas, atrayendo, como era de esperar, una concurrencia inmensa. Débese á esta jóven, la entendida interpretacion de los sentimientos del conocido escritor, la utilidad que reportó á la empresa del teatro la adquisicion de tan distinguida jóven, y por último la benévola acogida que el público dispensaba á todas las producciones que se ponian en escena.

En vista de tan fabulosa aceptacion, el señor Eguilaz, para demostrar al público la familiaridad que tenia dicha jóven en los dos distintos caractéres el andaluz y el sublime, compuso precisamente para ella otros dramas diametralmente opuestos al primero. En todos alcanzó esta jóven los aplausos generales del auditorio, no tan solo por su correcta versificacion, como por el acertado colorido que en todas ellas resaltaba.

Estas circunstancias reunidas, motivaron el ajuste de la señorita Dardalla para primera dama jóven del teatro del Príncipe (tambien de primer órden) en el año 1856. Además se le impuso en el contrato la obligacion de desempeñar las primeras actrices que estuvieran en paralelo con su edad y facultades.

Estaba á la sazon de primera actriz Doña María Rodriguez, la que á los dos meses de funcionar rescindió su contrata con la empresa, por miras particulares, quedándose á la vez la sim-

pática jóven con los dos papeles de 1.ª y 2.ª actriz.

El éxito que produjo las representaciones del «Trovador» en las inmensas noches que se representó, fué fabuloso.

Este conocido drama del aventajado poeta D. Antonio García Gutierrez, vino á completar el general prestigio que en todos los círculos sociales poseia tan amable jóven.

Si bien á la señorita Dardalla, no le correspondia la interpretacion del papel difícil de Leonor de Sesse, sin embargo, salió como siempre airosa de su empresa, y no solo se familiarizó en dicho drama, sino en todos cuantos se le proponian. Se captó por consiguiente la simpatía de Madrid, viéndose en muchas escenas interrumpida á causa de una lluvia de flores y prolongados aplausos que continuamente le dispensaba el público, conocedor de sus naturales dotes artísticas.

En el interesante drama de los Sres. Doncel y Valladares, titulado «Juana de Arco,» desplega en el histórico personaje de Juana, todo el aplomo y verosimilitud muy superiores á su edad y fuerzas, destacando en diferentes escenas el tradicional valor de aquella amazona.

El conocido drama del Sr. Zorrilla «D. Juan Tenorio» tambien halló en la señorita Dardalla, el acertado desempeño que pretendiera su autor, en el cándido proceder de la inocente Inés de Ulloa, recogiendo como es notorio los aplausos mas entusiastas en las varias escenas.

El drama titulado «¡ Adriana !!» del Sr. V. de la Vega alcanzó asimismo las afectuosas simpatías del auditorio en general.

Las representaciones de la señorita Dardalla en el teatro del Príncipe fueron tan apreciadas de los literatos, que el escritor Eguilaz, compuso precisamente para ella el precioso drama en 4 actos, titulado «La vaquera de la Finojosa.» No es posible comentar el asombroso éxito de esta nueva produccion; no es describible el adecuado papel de vaquera que la señorita Dardalla desempeñó sin discrepar en lo mas mínimo el bello carácter de María, el trágico coloquio del segundo acto que tantos aplausos entusiastas arrancaba del auditorio. El éxito de esta obra en su estreno no desmereció en nada al que obtuvo, «La vida de Juan Soldado.»

Al dia siguiente la crítica madrileña que no perdona el menor fallo, emitió el suyo, justipreciando el favorable éxito de la representacion de la «Vaquera» estando en armonía con los pareceres de toda la prensa y de las personas que asistieron á su representacion. Los rasgos de ingenio y de estudio que en esta obra reprodujo Cándida, adquirieron una emocion agradable, tanto mas cuanto que las pequeñas escenas que en otra actriz hubieran pasado desapercibidas, al contrario, tomaron tal valor que solo las palabras mas insignificantes conmovieron y arrastraron á los oyentes á una grata emocion.

Habiendo sido ajustada en carácter de 1.ª dama jóven del Teatro Principal de esta capital en la temporada de verano, se dieron en este coliseo obras dignas del mayor interés.

Cándida Dardalla se sobrecogió al primer impulso de su bien recibida salida en este coliseo: aquella mezcla de desconfianza é incertidumbre que preside á los génios cuando pisan por primera vez algun escenario; pero no tardó en convertirse en el mas vivo entusiasmo con esa hospitalidad honrosa que solo Barcelona sabe ofrecer á los que la merecen.

El nombre de *Cándida*, conocido ayer tan solo de un pequeño círculo de admiradores, es ya generalmente agasajado y reputado justamente por una notabilidad precoz.

De las representaciones de los diferentes dramas que se pusieron en escena en dicho teatro figuran en primer término la de la «Vaquera de la Finojosa.» No nos detendremos en enumerar las muestras de aprecio que le dispensó la crítica barcelonesa y personas autorizadas, y solo emitiremos, que la composicion de la «Vaquera» que tanto honra á su autor, recibió el premio que merecia tan inspirada produccion al ser su intérprete la señorita Dardalla.

Pero no paró aquí su esclarecido nombre, no se encerró en esta sola obra su arte é ingenio. Esta, aunque sirvió de preludio á las demás que debian ejecutarse en el teatro del Circo, no fué la única en que esta jóven lució sus disposiciones naturales.

Los hombres políticos, los literatos, los autores dramáticos y los periodistas en fin se apresuraban á rendir un tributo de adhesion, á la reputada escuela de esta jóven, y para ver de cerca á la verdadera *Vaquera*, á la histórica *Adriana*, á la inspirada *Hija de las flores*, y finalmente á la cándida *Inés Ulloa*, pues serian interminables los distintos géneros dramáticos que atesora esta artista.

La victoria definitiva, sin embargo, estaba reservada para la célebre *Juana de Arco:* representada en el teatro del Circo la noche del 29 de mayo de 1858 y funcion destinada para su beneficio. En medio de una entusiasta acogida reprodujo á nuestra época el enaltecido y glorioso nombre de la defensora de su patria y de su rey: cayeron á sus plantas una profusion de naturales y artificiales flores, único símbolo del candor, figurando entre estas, diferentes coronas trabajadas al intento por reputadas floristas y costeadas por una reunion de admiradores. Es digna de mencion la sencilla á la par que entendida direccion de una elegante moña, ricamente cuajada de preciosas piedras, que otra reunion de jóvenes presentaron personalmente á la artista *Cándida*. Sucediéronse alternativamente aquella feliz noche, así las flores y regalos especiales, como las poesías dedicadas á la protagonista redactadas por algunos cursantes de la facultad de leyes, de esta Universidad literaria.

Despues de esta famosa acogida nada bastaba para elogiar á tan reconocida artista; nunca estaba satisfecho el público del aprecio que hacia de sus cualidades, y circunstancias unidas á la recomendable modestia que tanto ha contribuido á fomentar su carrera artística.

Si bien á esta actriz le falta la censura de nuestra Soberana, ha tenido la satisfaccion y alta honra de lucir su maestría en la comedia en un acto «La novia colérica» ante SS. AA. RR. los duques de Montpensier cuando en su corta estancia en esta capital, visitaron el teatro del Circo Barcelonés.

Al escribir esta lijera reseña biográfica, hemos creido pagar un deber de gratitud y admiracion á la precoz inteligencia de una jóven que figura en el dia alternativamente de primera actriz en el teatro del Circo, del que es director gerente de la empresa su padre, el apreciable actor D. José María Dardalla, y en donde dirige el conocido primer actor D. Ceferino Guerra, y cuya compañía recibe continuamente los mas señalados triunfos, atendido su escogido personal, eleccion de las obras, y direccion entendida del Sr. Guerra que tantos años ha desempeñado con aplauso dicho cargo en esta capital.

Francisco C. Enche.

Maravillas de la naturaleza y del arte.

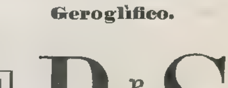
Los Himalaya.—Cordillera de montañas mucho mas altas que las de los Andes, situadas entre la India y la Tartaria. Uno de sus picos, el Javahir, es el mas elevado del mundo y tiene cerca de veinte y cinco mil piés.

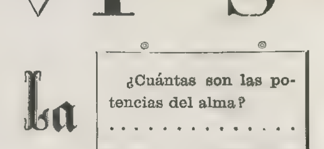
Monte Blanco.—Una de las cimas de los Alpes, que son unas montañas que se estienden desde los límites orientales de la Francia hasta la Turquía. El Monte Blanco tiene catorce mil setecientos noventa piés de altura.

En la misma cordillera de los Alpes hay otras montañas de mucha elevacion. El monte Buet, en los Alpes saboyanos, tiene cerca de nueve mil quinientos piés; el monte Cénis, diez mil novecientos veinte y seis; el Monte Iserán, doce mil cuatrocientos cincuenta y seis, etc. La cima del Monte Blanco está siempre cubierta de nieve; en sus laderas se encuentran varios ventisqueros cuyos yelos se derriten en parte durante el verano, pero que no obstante van aumentando progresivamente en estension y en profundidad, hasta el punto de haber cubierto completamente una porcion de comarcas y poblaciones que en otros tiempos estaban habitadas, y de las cuales se ven todavía por cima de los hielos las cúspides de los campanarios.

Puy-de-Dôme.—Montaña de la Auvernia, que ha dado su nombre á uno de los departamentos de la Francia. Es notable por su forma y por su cima, que tiene cerca de cuatro mil quinientos piés, y que domina á otras sesenta montañas de menor altura. El Puy-de-Dôme es célebre en los anales de la física á causa de los esperimentos que Pascal hizo practicar en él para comprobar el peso del aire: tomaron un tubo de cristal cerrado por uno de sus estremos y lleno de mercurio; le metieron por el estremo abierto en una cubeta del mismo metal, y marcaron al pié de la montaña la elevacion del mercurio en el tubo; habiendo subido el aparato hasta la cima, se observó que el mercurio habia bajado en una cantidad bastante notable, de lo que se dedujo que cuanto mas se elevaban en la admósfera, tanto menos peso tenia la columna de aire.

Geroglífico.





D. L. 1.



SOLUCION DEL GEROGLIFICO ANTERIOR.

Qui menja tot sol son gall, sol s'ensella son caball.

ADVERTENCIA.

Los señores de fuera de Barcelona que deseen suscribirse á este periódico, pueden hacerlo enviando directamente sellos de franqueo con arreglo al siguiente estado:

Sellos.	Mes.	Trimestre	Semestre.	Año.
De 4 cuartos.	7	19	38	68
De 1 real.	3	9	18	32
De 2 reales.	1 1/2	4 1/2	9	16

De dicho estado se desprende que obtiene la rebaja de 4 reales vn. el que se suscribe por un año; es decir que por 32 rs. vn. tendrá pagados doce meses de suscripcion.

Por todo lo que antecede, CARLOS CUSTI Y RIU, E. responsable.

Imprenta del Diario de Barcelona, á cargo de Francisco Gabañach, calle Nueva de S. Francisco, núm. 17.

Núm. 3. Barcelona 1.º de febrero de 1859. Año 1.

LA ILUSTRACION

PERIÓDICO QUINCENAL.

PRECIO.

En Barcelona, por un mes, llevados los números á domicilio, 3 rs.

Fuera de Barcelona, id., franco de porte, 3 rs.

PUNTOS DE SUSCRIPCION.

En Barcelona en la papeleria de los señores Sala, hermanos, calle de la Union, núm. 3, y en las principales librerías del reino.

La correspondencia deberá dirigirse á D. Francisco Nubiola, rambla de Canaletas, núm. 3.

OBSERVACIONES.

El que se suscriba por un año obtendrá la rebaja de 4 rs. vn.—Toda suscripcion debe empezar el 1.º de mes.—No se venden números sueltos.

SUMARIO.

Todavia no hemos recibido el dibujo del baile de la Opera que tenemos ofrecido á nuestros suscritores. No obstante, en vista de una carta reciente, podemos asegurar que se publicará en el próximo número.

Creemos que no desagradará á los aficionados á tocar el piano, la danza americana que damos hoy, composicion del conocido y reputado maestro D. José Piqué.

Otras mejoras estamos meditando para mas adelante.



JUY, SALERO!

Una caricatura.

Sr. Director de *La Ilustracion*.

La otra noche asistí al teatro del Circo Barcelonés, y al ver las contorsiones, las piruetas, y sobre todo la desemboltura de cierta pareja en uno de los bailes mas populares y repetidos, me vino la tentacion de dibujar aquellos dos tipos, para ofrecérselos á V. por si creyese oportuno publicarlos en su ameno periódico.—A este fin, pues, le incluyo la mencionada caricatura.

Disponga V. de su atento S. S.

q. b. s. m.

L. Cardona.

Apuntes de viaje.

ESTRASBURGO.

Vista esta ciudad desde léjos, y dominada por su elevada y majestuosa catedral, presenta un aspecto imponente: cuéntanse en ella mas de 260 calles, generalmente estrechas y tortuosas, á escepcion de algunas, tales como la Grande-Rue y la del mercado aux Poissons, que son anchas y elegantes; muchas plazas públicas, entre las cuales debe citarse por su capacidad, la plaza de armas, plantada de árboles, y las casas, que son muy altas, de piedra y bien construidas al estilo aleman, se renuevan sucesivamente con arreglo á la arquitectura moderna. Entre los muchos edificios públicos que se distinguen en esta ciudad es notable en primer lugar la catedral ó iglesia de Nuestra Señora, vasto monumento gótico, en el que se admiran la elevacion y solidez, los pórticos laterales, notables por sus esculturas, y la grande portada que tiene 188 piés de frente, decorada con una elegante rosa y una infinidad de hermosas esculturas y flanqueada por dos macizas torres cuadradas, de las cuales la de la izquierda, que termina en una flecha de piedra con balaustras de labor sumamente delicada, pasa por una atrevida y ligera obra maestra, y tiene 540 piés de elevacion. Lo interior de esta iglesia presenta una vasta nave con bajos relieves acompañados de numerosas capillas, un coro ricamente adornado, un monumento erigido en honor de Kleber, y en el ala derecha del crucero se vé el reloj, tan curioso por su complicada máquina, que señala el movimiento de las constelaciones, etc. Hácia el año 504 echó Clovis los primeros cimientos de esta soberbia iglesia á la cual hizo Dagoberto considerables dádivas á principios del siglo VII, y á principios del VIII; Carlo-Magno hizo construir el coro, tal como se vé en la actualidad; pero á escepcion de esta última parte del templo, todo lo demás fué reducido á pavesas en 1007 por un terrible incendio. Werner, conde de Halsbourg, entonces obispo de Estrasburgo, con el objeto de levantar un edificio que fuese aun mas magnífico, hizo principiar en 1015 el que existe en la actualidad, que no se terminó hasta el año 1275, y su torre no fué concluida hasta el de 1439.

Distínguense además en esta ciudad el templo luterano de Santo Tomás, que contiene el mausoleo del mariscal de Sajonia, obra de Pigalle, y los de Schœpfling, Oberlin y Kock; el templo Nuevo, en donde se admira el de D. Blessig; el antiguo palacio Real, que tiene un hermoso terraplen á orillas del Bru-



VISTA DE ESTRASBURGO.

che; la casa prefectura, la consistorial, la aduana, el tribunal de justicia, los pósitos públicos, muchas casas particulares, y el coliseo nacional, adornado de un peristilo formado por 6 columnas jónicas y cuyo interior es espacioso y elegante, y considerado en su esterior es muy delicioso por su situacion enfrente del ameno paseo del Broglie, que flanquea el Fossé des Tanneurs y está decorado de muchas estátuas. Además ofrecen en esta ciudad agradables paseos los muros, plantados de árboles, la esplanada de la ciudadela, la Robertsatt, situada fuera de la puerta de los Pêcheurs, y las islas del Rhin, en una de las cuales se ve un obelisco erigido á la memoria de Desaix. Cuéntanse en Estrasburgo 7 iglesias católicas, 7 templos luteranos y 1 calvinista, sinagoga consistorial, grande y pequeño seminarios, gimnasio y seminario protestantes, cátedra de teología para la confesion de Augsburgo, otras de derecho, medicina, ciencias y literatura, clase normal para la perfeccion de profesores, cátedra de obstetricia, curso especial de farmacia, clase de dibujo, colegio Real con una coleccion de instrumentos de física, museo, gabinete de historia natural, otro de anatomía, observatorio, jardin botánico, biblioteca pública de 51.000 volúmenes, sociedad académica que distribuye premios, otra de agricultura, ciencias y artes, otra bíblica protestante, una asociacion cuyo objeto es socorrer á los jóvenes que salen de la cárcel y han dado durante su permanencia en ella pruebas de verdadero arrepentimiento; baños públicos, magnífico arsenal, que contiene una escuela de artillería y una fundicion de cañones; buenos y espaciosos cuarteles para la infantería, caballería y artillería; monte-pio, hospicios civiles, destinado uno para los espósitos y otro para los huérfanos; cárcel y dos hospitales militares.

FLORES.

La cetrería en Africa

POR JULIO GERARD.

(Conclusion).

Como no es mi ánimo publicar un tratado de halconería, remito á las personas que deseen enterarse minuciosamente de la manera de criar y educar los halcones á los autores franceses y estrangeros que han escrito todo cuanto debe saber un halconero para tener una coleccion de estas aves en buen estado.

Sin embargo, debo consignar un hecho que podrá ser útil á los que practican ó quisieran practicar esta caza.

Segun manifiestan los autores que han escrito sobre cetrería, los halcones, en Europa, están sujetos á una multitud de enfermedades, con frecuencia mortales, á pesar de los cuidados que se les tributan. Esto no sucede en Argelia donde los mismos casos son muy raros. Creo que hay tres cosas que esplican y que producen esta superioridad del halcon africano.

La primera es que los árabes no emplean casi nunca sino halcones adultos. La segunda que les vuelven su libertad antes de la época de la muda. Y la tercera que en vez de tenerlos encerrados, los halcones siguen á sus dueños en sus viajes, llevados sobre el hombro, y que luego que la tribu ha acampado se les deja pasar el dia sobre la percha, fuera de la tienda, bajo la cual no entran hasta la noche.

La educacion de los halcones termina ordinariamente en el mes de diciembre y entonces es cuando empiezan á volar. Los árabes del Norte cazan la liebre y la perdiz; los del Sur la liebre y la avutarda.

Una vez designado el sitio donde debe cazarse la liebre, el propietario de la volatería sale de su tienda seguido de los halconeros y de los caballeros que están á su servicio. Así que llega al lugar designado para la reunion, todos los que se encuentran allí van á besarle la mano, y en seguida montan á caballo.

A una señal del jefe, los halconeros salen al frente y marchan formando línea, mientras que los caballeros se despliegan en guerrilla al galope á derecha é izquierda. El dueño de los halcones y los grandes que le acompañan marchan detrás de los halconeros.

Luego que los caballeros situados en los flancos han tomado sus distancias, ordinariamente de diez á quince metros, marchan de frente y arreglan su marcha de manera que formen un semicírculo al frente de la línea para mantener la caza encerrada en él.

Así que salta una liebre, el primero que la descubre dá el grito de «alerta» y cada cual maniobra para cerrar el círculo. Entre tanto los halconeros quitan el capirote á los halcones, soltando en seguida el mas diestro.

Apenas se vé libre, el halcon se eleva dando vueltas encima del círculo formado por los caballeros; el halconero sigue á galope la direccion de la liebre y llama á su halcon hasta que lo vé precipitarse ó cernerse encima de ella: generalmente el halcon se arroja sobre la liebre que corre y se cierne sobre la que se agacha.

En las llanuras despejadas, las liebres esperimentan un miedo tan escesivo á la vista del halcon, que casi siempre se agachan así que lo descubren. En ambos casos se sueltan sucesivamente todos los halcones para que vayan á juntarse con el primero.

Es un bonito espectáculo el ver á estas aves precipitándose una trás otra sobre la liebre, á la cual descargan fuertes arañazos, pero sin posarse, en tanto que los caballeros agitan sus albornoces en señal de alegría, y prorumpen en hurras capaces de intimidar á un animal menos cobarde que la liebre.

Sea que corra ó que se agache, el halcon no hace presa hasta que el animal, aturdido por los golpes que ha recibido, no dá señales de vida. Entonces, á la voz del jefe, se llaman los halcones y se les pone el capirote para volver á empezar de nuevo.

Como los halcones despues de saciados se vuelven perezosos, se acostumbra á no dejarlos cebar sino en la última pieza; entonces se les dá la ralea á fin de estimularlos para las otras cacerías.

Sucede á veces que la liebre, al descubrir al halcon, se refugia debajo de la barriga de los caballos y que el ave la persigue hasta allí. La caza ofrece entonces un grande atractivo y se mueve una algazara atronadora.

El halcon, no pudiendo herir á su presa sino dejándose caer en una direccion vertical, encuentra el obstáculo del caballo; entonces manifiesta su cólera con chillidos agudos, maniobrando tan pronto encima como al rededor del caballo protector.

En vano el caballero se hace á la derecha ó á la izquierda, adelante ó atrás: cualquiera que sea su movimiento la pobre liebre lo sigue y ¡no se separa de él.

Cuando el jefe se ha gozado bastante en la agonía del animal perseguido, uno de los caballeros se apea, lo coge con la mano y lo lleva al centro del círculo, enseñándolo á los halcones que siguen con impaciencia este último acto del drama.

Una vez asegurado de que todas las aves se ciernen encima de su cabeza, les enseña otra vez la liebre y la arroja todo lo lejos que puede. A penas toca el suelo, y antes de que tenga tiempo de echar á correr, ha recibido ya un arañazo mortal de un halcon y todos se apresuran á la vez á dar el golpe de gracia á la víctima.

Los árabes levantan la perdiz de la misma manera, solamente que en vez de formar círculo galopan en línea recta siguiendo la direccion de los halcones. Esta caza está lejos de ofrecer tanto atractivo como la de la liebre, así es que los indígenas la practican con poca frecuencia.

La caza mas interesante así para los árabes como para los europeos, la que hace ver todo lo que tiene de valiente el halcon, es la caza de la avutarda.

Como lo he dicho antes, las tribus del Sur son las únicas que tienen el privilegio de cazar esta ave en atencion á que no frecuenta las regiones elevadas porque son demasiado frias para ella.

Los jefes indígenas que poseen una volatería para cazar la avutarda, ostentan en sus cacerías un lujo de caballos y de hombres que las hace mucho mas interesantes. No es una cosa rara ver reunidos dos ó trescientos hombres en una de estas cacerías.

La avutarda se encuentra á ésta ó á la otra parte de las montañas que separan el Tell del desierto, pero con mas frecuencia al lado de acá. Estas aves viven ordinariamente en bandadas de diez á treinta. Como se dejan acercar fácilmente por los caballeros, éstos se estienden en la llanura, formando una línea inmensa, precedidos de los halconeros que marchan de frente muy separados el uno del otro.

Si las avutardas se levantan á mucha distancia se las observa para ver donde se vuelven á posar, y todos siguen marchando hasta que se vé una bandada de ellas en tierra ó que se levantan de muy cerca. En ambos casos se sueltan uno ó dos de los mejores halcones.

Así que las avutardas que están en tierra ven que el halcon se cierne encima de ellas, se agachan como las liebres, aguardando en esta posicion á que las aves de rapiña hayan elegido su presa.

Cuando los halcones se han precipitado dos ó tres veces sobre una avutarda, las demás echan á volar y la atacada se deja matar sin moverse del mismo sitio. Como se vé, estas luchas carecen de interés, así es que los árabes hacen todo lo que pueden para que la avutarda se levante antes que lleguen los halcones.

En este caso, es decir, cuando se sueltan los halcones contra las avutardas que han emprendido el vuelo, al poco rato se le vé en medio de la bandada para desviarla de su direccion, ó separarse de ella cuando se vé demasiado oprimido, subiendo verticalmente para mantenerse encima.

Regularmente cuando una avutarda se separa de la bandada es cuando los halconeros sueltan los demás halcones.

La caza adquiere entonces un grande interés.

Todos los caballeros, hasta ahora diseminados por la llanura, se reunen á todo escape agrupándose en derredor de su jefe.

La lucha suele ser siempre muy larga, y la avutarda no desciende hasta que los halcones han logrado ganarle la elevacion para asirse á ella y hacerla caer despues de romperle un ala ó de haberle sacado los ojos. Entonces, la avutarda y los halcones caen hechos una pelota en medio del círculo formado por los caballeros, y sucede con mucha frecuencia que algun halcon muere á causa del golpe.

Sucede tambien que la avutarda, en vez de subir verticalmente despues que se ha separado de sus compañeras, emprende un vuelo recto y arrastra en pos de ella halcones y caballeros.

Casi siempre hay un halcon que logra asirse á su presa y en tanto que sigue volando consigue hacerla caer rompiéndole un ala; pero hay tambien ocasiones en que despues de muchas horas de vuelo el jefe dá la señal de retirada, dejando á los halconeros el cuidado de seguir la caza para no perder su volatería.

He oido referir un hecho que prueba cuán grande es la fuerza y la velocidad de la avutarda y del halcon.

En uno de los dias del invierno de 1855, algunos árabes del Ferjioua cogieron una avutarda y un halcon que cayeran delante de ellos y los presentaron al cheik del pais. Este tomó algunos informes y supo que este halcon pertenecia á un jefe del Sur que cazaba en la llanura de El-Outaïa el mismo dia en que su halcon mataba la avutarda en el Ferjioua. Es preciso saber que hay cincuenta leguas á vuelo de pájaro desde El-Outaïa, donde la avutarda habia sido atacada á mediodía, al Ferjioua á donde caia á las cuatro de la tarde.

Al principio de este capítulo he hablado de un sugeto llamado Mabrouk, que era el halconero mas apasionado que he conocido.

Este hombre, que murió hace dos años, no cazaba sino la avutarda.

Cuando sus halcones se habian portado bien en una cacería, no permitia que los halconeros se llegasen á ellos ni los tocasen.

Despues de haberlos abrazado á todos, llamándolos por su nombre, los colocaba sobre sus hombros y sobre su cabeza y montaba á caballo, llevando de esta manera á su tienda lo que llamaba su adorada familia.

Su pasion iba tan lejos que á pesar de ser reputado buen padre, queria mas á sus halcones

que á sus mujeres y á sus hijos. Antes de morir, sus últimas caricias fueron para sus aves.

Despues de la muerte de Mabrouk, su hijo mayor, cumpliendo las últimas voluntades de su padre, dió la libertad á toda su tríbu de halcones que cometió la ingratitud de aceptarla.

Hay en Argelia jefes árabes que mantienen un vuelo de halcones sin hacerlos servir nunca.

Para ellos, este es un accesorio forzoso del lujo que prueba la fortuna y la grandeza, y que impone respeto á las masas.

Cuando uno de estos jefes viaja se hace preceder ó lleva en pos de sí sus halcones, conducidos por caballeros ricamente vestidos y bien montados que lucen bonitas armas y arneses muy historiados.

El conjunto de una tropa semejante respira en efecto un aire de grandeza que fascina lo mismo á los europeos que á los indígenas.

Cuando estos últimos encuentran un jefe árabe viajando de esta manera, echan pié á tierra y van á besarle la rodilla á pesar de no conocerle. Es el homenaje del débil al fuerte, del pobre al rico, del plebeyo al noble.

T.—Joaquin Mola y Martinez.

Historia de un puñal corso.

I.

Me habeis suplicado, caballero, que os cuente la historia de mi puñal; este puñal extraño cuyo puño de adornos fantásticos, ofrece una mezcla notable de lujo y de rusticidad, y cuyo acero tan fuerte por su base, tan agudo en la punta, causa una muerte rápida al que hiere.

Hace mucho tiempo que os le habria regalado ya, puesto que tanto os gusta, si no existiera en mi pais un proverbio que dice: *quando coltello si da, amicizia se ne va.* De este modo no le tendreis sino á mi muerte, porque creo que no hay hoja ni punta que puedan cortar el recuerdo de una amistad sincera y arraigada.

Ahora bien, mientras llega la herencia, hé aquí la historia:

Si conocieseis *nuestro peñon*, si estuvierais iniciado en las costumbres de nuestros corsos de raza pura, de aquellos que no se han corrompido con la educacion del continente, como dicen los viejos de nuestro país; si pudiera mostraros esos hombres de rostro bronceado, de rasgos finos y regulares, de aire salvaje, con sus ojos de azabache, fosforescentes, sus miembros rechonchos, vigorosos y flexibles, sus piés ligeros que se agarran á las rocas como garfios de acero, y sus manos delicadas cuyos dedos de hierro juegan sin cesar con un arma oculta; si pudierais entrar conmigo en el hogar de esas familias austeras, tan orgullosas en la miseria, tan celosas de la honra de sus mujeres; si pudierais conocer el secreto de esos corazones donde el sentimiento de la venganza domina antes que todo, cuyo amor es mas cruel que suave, cuya pasion no se muestra nunca con caricias, y cuyos celos implacables estallan como el rayo, sin el relámpago precursor... entonces os produciria una impresion profunda el pequeño drama que voy á desarrollar á vuestros ojos.

Hace de esto cincuenta años, y la Córcega estaba muy léjos entonces del grado de civilizacion á que ha llegado ahora. Apenas emancipados del yugo de los genoveses, los habitantes sentian aun hervir en sus pechos la rabia que tan odiosa servidumbre produjera. Todo en su actitud, en sus ademanes y en sus palabras demostraba la desconfianza ó un dolor largo tiempo comprimido, y su espíritu, así como su alma, habia conservado esa predisposicion á la acritud que dá la opresion al hombre. La justicia, nunca fácil de ejercer en la Córcega, era casi nula en el tiempo á que mi historia se refiere; Génova habia tiranizado, pero no gobernado á ese pueblo inteligente y valeroso, y el mas susceptible de ser formado para el bien y las buenas acciones; ahora bien, lo que llaman *vendetta*, costumbre bárbara de que sin duda habreis oido hablar, se ejercia en la isla por el pretexto mas ligero, y los culpables retirados á las montañas, donde sabian que ninguna ley les alcanzaba, y acosados allí por la miseria y el hambre, tenian aterrorizada la isla con sus actos de pillage. Entre estos bandidos en rebeldía, se encontraba un tal Pietro-Santo, hijo de Sartena en el Liamona, que desde hacia quince años robaba y tomaba en rehenes á sus conciudadanos, contra los cuales perpetraba una venganza que su abuelo le habia legado. En el número de las familias perseguidas por ese hombre terrible, habia una sobre todo, la de Giuseppe Roballini, que nada podia sustraer á su aborrecimiento. El hijo mayor de Roballini habia matado á un hermano de Santo defendiendo su vida contra ese pariente del bandido. Poco despues el desgraciado jóven fué hallado muerto de tres balazos y una puñalada, en un olivar. Sus cuatro hermanos, en épocas cercanas, perecieron de la misma manera, de modo que al viejo Giuseppe Roballini, de seis hijos que habia tenido, solo le quedaba una hija de veinte años, llamada Angeluccia cuyo nacimiento habia costado la vida á su madre.

Su hermosura y virtud tenian tanto renombre en la comarca, que cada cual se decia que el hombre que se casara con ella habia de ser muy dichoso; pero aunque ya se habian presentado muchos pretendientes, el viejo Roballini los despedia á todos, y Angeluccia no experimentaba en ello la menor tristeza. Si las vecinas la hablaban de boda, ella mostraba sus vestidos de luto y respondia que bastante tenia que hacer con llorar á sus hermanos y cuidar á su padre.

Era el 25 de marzo, fiesta de la Anunciacion; ya se habia dicho misa en todas las parroquias, y Angeluccia en la sala baja de la casa de Roballini estaba poniendo la mesa con la criada, para que comiera su padre.

Antiguamente era uso en la Córcega, y aun en el dia se vé en ciertas comarcas, que las mujeres, por respeto, no comiesen con los hombres de la familia. Roballini debia, pues, sentarse solo á la mesa, y sin embargo su hija ponia seis cubiertos en la de Giuseppe; ¿esperaba alegres convidados? al verle en su sillon de juncos, con la mirada sombría, los brazos cruzados, y el gorro puntiagudo metido hasta los ojos, era difícil presumir que el viejo corso se dispusiera á dar un convite.

En aquel momento un jóven entró en la sala, y sus pasos dejaron insensible al viejo.

Angeluccia, mas atenta sin duda, volvió la cabeza hácia el recien venido, se puso encarnada, se sonrió, y luego continuó sus faenas sin despegar los labios para saludar, como debe hacer toda muchacha corsa.

El recien venido era un arrogante jóven de veinticuatro años, bien configurado, con la cabeza erguida y notable por ese perfil de las medallas antiguas, comun á casi todos los corsos, y que muy á menudo les dá cierta semejanza de familia con el emperador Napoleon I.

—Buenos dias y que sea buena la fiesta zi (1) Guiseppe, dijo el jóven despues de haberse detenido un instante en el umbral para contemplar á Angeluccia.

Guiseppe Roballini se estremeció como una persona á quien sacan de un sueño, y luevo volvió á tomar su actitud pensativa.

—¡Ah! eres tú, Antonio, dijo con acento triste; ¿qué quieres en esta casa donde se cuentan mas muertos que vivos?

—Vengo á veros porque hoy es fiesta, zi Giuseppe, respondió el jóven, y despues...

Antonio no acabó su frase, pero en su aire cortado se notaba que en el fin de esta frase se hallaba la esplicacion de su visita.

—En donde hay tantos puestos vacíos, las fiestas no son alegres, Antonio; y la mirada siniestra del anciano recorria lentamente la mesa con los seis cubiertos.

—¿Y porqué os empeñais en tener siempre delante las pruebas de vuestra desgracia, á pesar de los ruegos de vuestra hija?

—¿Será verdad lo que dicen, Antonio? esclamó Roballini levantándose; ¿serás genovés por tu madre? *Corpo di Bacco*, lo creo, pues de otro modo no me preguntarias porque hay seis cubiertos en mi mesa. ¿No sabes que en el fondo de cada uno de esos platos veo una gota de sangre, y que es preciso que con la de mi enemigo la borre, pues es la sangre de mis hijos? Maldito sea yo si un solo dia olvido mi venganza... pero ya estoy viejo y achacoso, continuó el anciano con desaliento; ayer me faltaron fuerzas para levantar mi escopeta.

—Ya sabeis lo que os he dicho, zi Guiseppe, repuso Antonio acercándose á Roballini.

El viejo hizo un ademan de impaciencia, y se volvió á ver si Angeluccia estaba en la sala todavía.

La jóven parecia muy sosegada como si nada hubiera oido; sin embargo, un buen observador habria podido ver que sus manos temblaban cuando arreglaba el cestillo de frutas que debia sacar á su padre.

—Figlia, sube á tu cuarto y disponte para ir á vísperas, dijo el anciano á su hija.

—¿Y quién os servirá la comida, padre mio? preguntó Angeluccia.

—La criada te reemplazará hoy; tengo que hablar de negocios con el vecino Antonio, y las mujeres están aquí de sobra.

Angeluccia dió dos ó tres vueltas por el cuarto, como si no tuviera deseos de salir de él, y al fin se marchó echando una mirada detenida al jóven Antonio.

La puerta se quedó entreabierta.

—Antonio, dijo Roballini cuando vió que su hija habia salido, ¿cuántas veces te tendré que decir que por el nombre de mi padre he jurado, que nunca otro hombre que yo habitaria en esta casa, antes de que el asesino del último descendiente de los Roballini no caiga mordiendo el polvo?

—Lo que no se ha hecho antes puede hacerse despues, contestó Antonio.

—¿Quién conoce las vueltas del destino? repuso Giuseppe; la guerra contra un enemigo tal es peligrosa, y prefiero que Angeluccia llore á su novio antes que á su marido. Además, añadió el viejo suspirando, estoy resuelto á mandarla al continente.

—¡Vuestra hija, vuestra única hija, léjos de vuestro lado! esclamó Antonio, es imposible.

—La necesidad...

—No hay necesidad que deba privaros de vuestra hija: ¿qué vais á hacer solo en esta vieja casa? Jesus María, ¡y qué largas serán las noches, y los dias qué silenciosos! ¡Ah! zi Guiseppe, no hagais eso, no lo hagais por vos mismo...

—Y quizá por otro tambien, ¿no es verdad, Antonio? dijo Roballini sonriendo, pues á pesar de los siniestros pensamientos que atacaban su espíritu, el anciano no podia permanecer insensible al cariño discreto y fiel que el pobre Antonio mostraba hacia dos años por Angeluccia.

—¿Pensais que vuestra hija consentirá en dejaros? preguntó el jóven sonrojándose, pues las palabras de Boballini habian hecho latir vivamente su corazon.

—¿Y qué remedio tiene? dijo el pobre Giuseppe; ¿no vale mas que viva á cien leguas de aquí, en vez de que repose con los otros en las bóvedas de Santa Ana?

Antonio se puso pálido, cejijunto, sus ojos lanzaban fuego.

—¿Pietro-Santo quiere matar tambien á Angeluccia? esclamó apretando el mango del puñal que llevaba en el pecho.

—Yo solo conozco mis miserias, murmuró Giuseppe Roballini; pero no hablemos de eso; tu boda tiene otros muchos impedimentos, Antonio... Angeluccia carece de dote, y tu padre es un avaro... Mi hija no puede esponerse al qué dirán de las gentes.

—¿Y quién se atreverá á resollar tratándose de la mujer de Antonio? repuso el jóven alzando la cabeza; además mi padre dice que vuestra hija para nosotros es un buen partido.

—¡Ah! sí, esclamó Roballini con acento de triste ironía; tu padre ha echado las cuentas de la herencia que la muerte nos ha dejado, pero otro la habia echado antes que él, añadió con voz sorda y terrible.

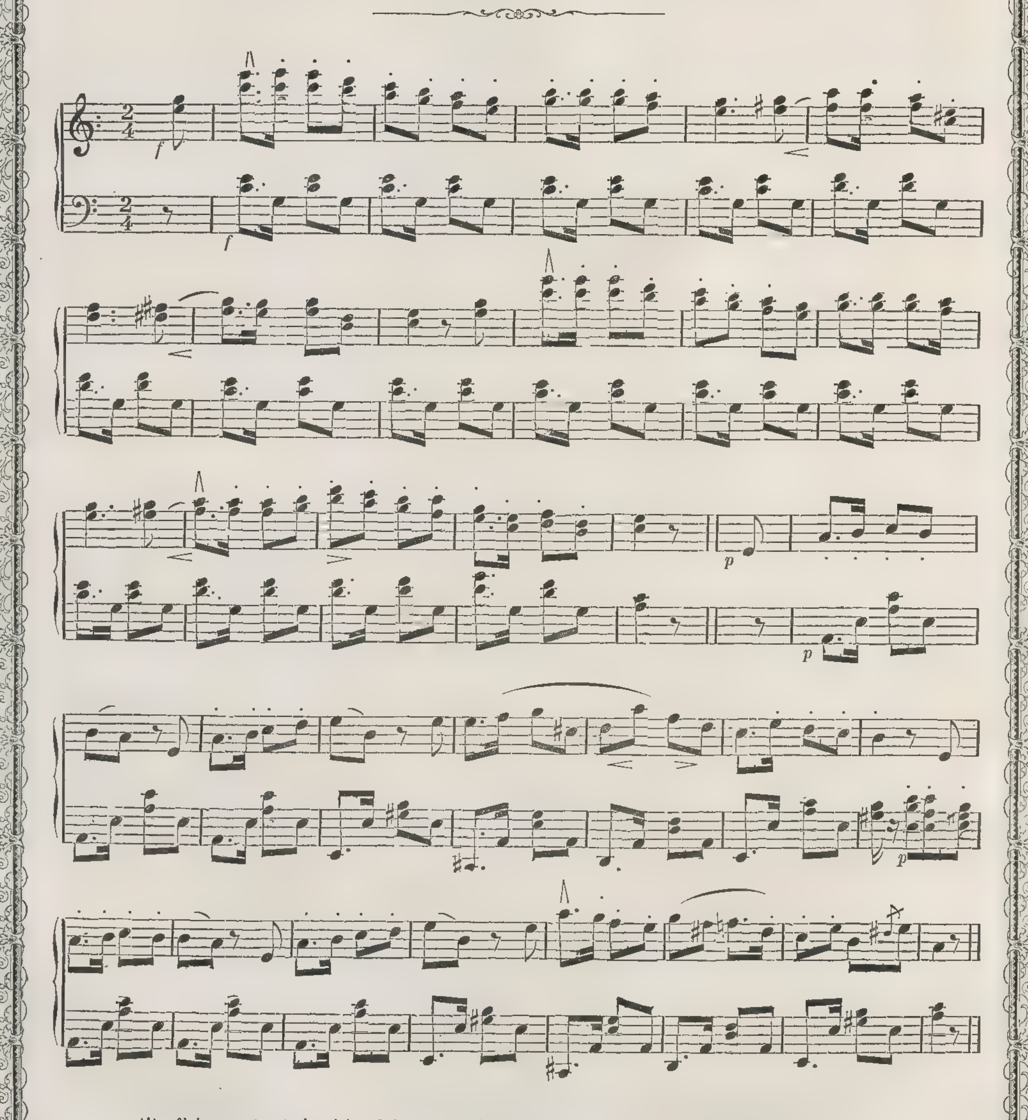
El anciano se quedó pensativo; Antonio no se atrevió á pedirle la esplicacion de las últimas palabras que habia pronunciado, mas sin embargo

(1) Zi, diminutivo de zio (tio), se aplica en Córcega, aun sin parentesco, á los hombres respetables por su posicion ó por sus años.

EL QUIMBOMBO.

DANZA AMERICANA PARA PIANO (1)

COMPUESTA POR D. JOSÉ PIQUÉ.



(1) Obsérvese exactamente el movimiento de la mano izquierda sin cuyo requisito se destruiria la mayor parte de su tipo característico.

Fundicion de A. Lopez.

como el silencio se prolongaba demasiado, al cabo llegó á decir:

—¿Con qué no me llevaré una buena respuesta, zi Giuseppe?

—El viejo Roballini no tiene mas que una palabra, hijo mio; ya conoces mis ideas, y no las cambio.

—Prometedme tan solo que no se marchará vuestra hija.

—Mi hija se irá.

—En este momento la criada puso la comida sobre la mesa. Giuseppe se acercó lentamente, se quitó el gorro con respeto, murmuró una especie de canto acompasado (*ballatare*) en que se oia á cada instante la palabra *figli*, y luego principió su solitaria y fúnebre comida.

—Antonio sin atreverse á quedarse ni á turbar con sus palabras de despedida aquella dolorosa escena, se retiró en silencio.

No léjos de la puerta se encontró con Angeluccia, que con el dedo le señaló un jardinillo contiguo á la casa, donde en breve se hallaron juntos.

—Antonio, le dijo, yo hago aquí lo que quizá ninguna mujer de mi familia ha hecho hasta hoy, y sentiria que esta accion os diera á pensar mal de mí.

—Estais muy alta en mi estimacion para que bajeis nunca, Angeluccia, contestó Antonio que apenas podia disimular su alegría, pues era la primera vez que se encontraba solo con la mujer que amaba.

—He oido todo lo que os ha dicho mi padre, repuso la jóven.

—Entonces sabreis que me ha quitado toda esperanza.

—¡Pobre padre mio!

—Decid que es muy cruel, y no solo por mí, sino por él mismo; quiere alejaros de aquí; ¿cuándo os volveré á ver con los años que tiene?

—No acuseis á mi padre, Antonio; si me he decidido á hablaros en secreto, es porque he creido de mi deber el defenderle á vuestros ojos. ¡Ay! ¡no conoceis todas las desgracias que nos abruman! ¡no sabeis que Pietro-Santo no contento con haber asesinado á mis cinco hermanos, me persigue á mí con sus amenazas, y que solo con grandes rescates he conservado la vida hasta hoy! Tres veces ya mi padre ha enviado el dinero pedido al sitio designado por el infame; en el dia no le queda mas que mi escasa dote, y se acerca la época en que Santo reclamará su dinero.

—¿Y qué hará vuestro padre, Angeluccia? preguntó el jóven encendido en ira.

—Le llevará mi dote, puesto que *ya no tenemos mas parientes*, respondió Angeluccia acentuando estas últimas palabras y mirando á su amante con ojos estraviados.

—¿Y qué os quedará pues?

—Nada, si yo lo dejara así, pero yo no quiero que mi pobre padre deba su pan á otros en el poco tiempo que le queda de vida.

—¿Qué pensais hacer? preguntó Antonio estremeciéndose.

—Iré á presentarme al puñal de Santo...

—Y os matará... esclamó Antonio; cien veces vale mas marcharse al continente.

—Y mi padre morirá sin venganza, y la sangre de mis hermanos no se lavará nunca, dijo la jóven con energía; nó, nó, es preciso que yo tambien perezca; entonces cuando digan en Sartena que Angeluccia la virtuosa, la hija única del viejo Giuseppe, la hermana de los cinco Roballini asesinados, ha muerto tambien, ya se encontrará un hombre de corazon que acabe con el monstruo de mi familia.

—Angeluccia, gritó Antonio seducido por aquel ímpetu sublime de amor filial, y si ese hombre os asegurase ahora mismo que está dispuesto á defenderos, ¿le diriais al fin que le amais?

—Muriendo Santo, le daria mi mano, dijo la jóven poniéndose encarnada.

—Y si pereciera defendiéndoos, ¿qué hariais?

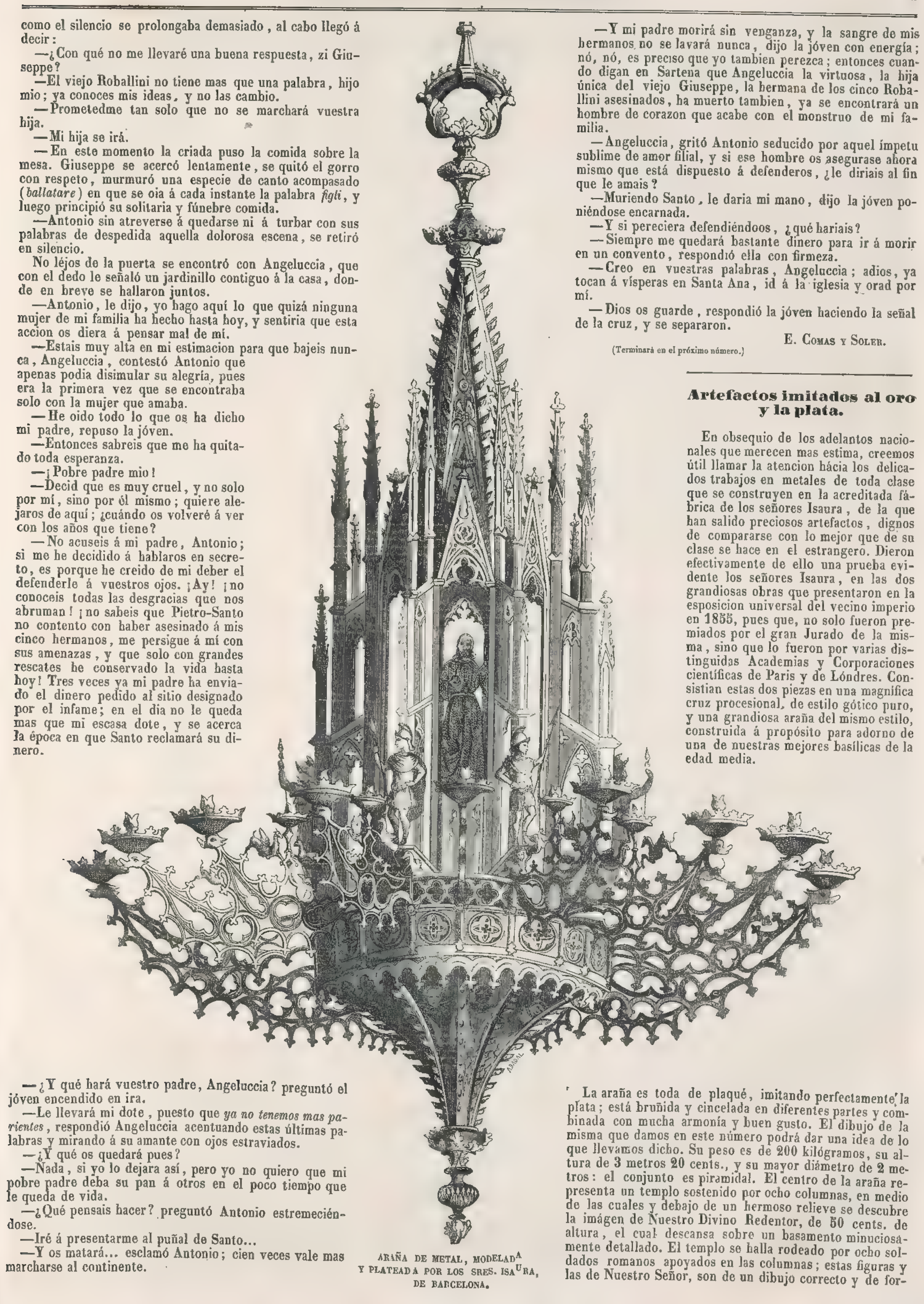
—Siempre me quedará bastante dinero para ir á morir en un convento, respondió ella con firmeza.

—Creo en vuestras palabras, Angeluccia; adios, ya tocan á vísperas en Santa Ana, id á la iglesia y orad por mí.

—Dios os guarde, respondió la jóven haciendo la señal de la cruz, y se separaron.

E. Comas y Soler.

(Terminará en el próximo número.)



ARAÑA DE METAL, MODELADA Y PLATEADA POR LOS SRES. ISAURA, DE BARCELONA.

Artefactos imitados al oro y la plata.

En obsequio de los adelantos nacionales que merecen mas estima, creemos útil llamar la atencion hácia los delicados trabajos en metales de toda clase que se construyen en la acreditada fábrica de los señores Isaura, de la que han salido preciosos artefactos, dignos de compararse con lo mejor que de su clase se hace en el estrangero. Dieron efectivamente de ello una prueba evidente los señores Isaura, en las dos grandiosas obras que presentaron en la esposicion universal del vecino imperio en 1855, pues que, no solo fueron premiados por el gran Jurado de la misma, sino que lo fueron por varias distinguidas Academias y Corporaciones científicas de Paris y de Lóndres. Consistian estas dos piezas en una magnífica cruz procesional, de estilo gótico puro, y una grandiosa araña del mismo estilo, construida á propósito para adorno de una de nuestras mejores basílicas de la edad media.

La araña es toda de plaqué, imitando perfectamente la plata; está bruñida y cincelada en diferentes partes y combinada con mucha armonía y buen gusto. El dibujo de la misma que damos en este número podrá dar una idea de lo que llevamos dicho. Su peso es de 200 kilógramos, su altura de 3 metros 20 cents., y su mayor diámetro de 2 metros: el conjunto es piramidal. El centro de la araña representa un templo sostenido por ocho columnas, en medio de las cuales y debajo de un hermoso relieve se descubre la imágen de Nuestro Divino Redentor, de 50 cents. de altura, el cual descansa sobre un basamento minuciosamente detallado. El templo se halla rodeado por ocho soldados romanos apoyados en las columnas; estas figuras y las de Nuestro Señor, son de un dibujo correcto y de for-

mas admirables. Sigue luego la grande cúpula, enriquecida de soberbios y caprichosos adornos, entre los cuales se distingue un número considerable de ángeles y querubes. Del centro de esta cúpula se destacan seis brazos ó candeleros de dos luces cada uno, formando un conjunto de treinta y ocho luces. La araña termina con un sin fin de cincelados, en los que el artista ha logrado reunir la novedad de su idea con la perfeccion del estilo gótico.—La araña en fin es admirable bajo todos conceptos.

Podríamos citar asimismo infinidad de objetos de arte que hemos examinado en los despachos de la fábrica de los señores Isaura, figurando á su lado toda clase de objetos de utilidad, adorno y uso doméstico, como cubiertos, cuchillos, candelabros, fuentes y todo lo que es susceptible de ver imitadas en metal sus formas, con tal variedad de precios, que ponen los objetos al alcance de todos. Pero de lo que debemos hacer particular mencion, es de los muchos y variados objetos de la iglesia, pues se ven en dicho establecimiento adornos y guarnimientos completos de altares de todas clases, medidas y formas, con tarifas muy arregladas á la diversidad de deseos. De estos objetos se hace un consumo increible, pues todas las iglesias, aun de feligresías y pueblos cortos, se están restaurando desde que se han conocido las ventajas que ofrecen los artefactos de los señores Isaura. Al hablar con elogio de este establecimiento, no lo hacemos por amistad con sus dueños, sino impresionados agradablemente despues de haber visitado sus diferentes departamentos. La variedad de procedimientos á que deben sujetarse todos los artículos, son sumamente curiosos. En los almacenes están reunidas las primeras materias, aguardando la mano que las trasforme en este ó aquel objeto. En la cuadra de fundicion se guardan con el mayor método todos los modelos, y en ella hay los tornos con cuyo auxilio se trabajan, con facilidad suma, todos los objetos de planchas y chapas que se amoldan sobre los diversos modelos que sirven de matriz y forma. Siguen diversos cilindros y máquinas para hacer tubos de todas dimensiones, con todo lo relativo al ramo de estampado por la fuerza bruta, como son martinetes y volantes donde se acuñan de un solo golpe los objetos mediante ciertos troqueles colocados de antemano. Los moldes para esta seccion se encuentran clasificados en una estancia particular que contiene gran número de ellos, todos entre sí diversos. Los operarios, divididos en limadores, soldadores, cinceladores y ajustadores, están separados de los obreros que se dedican exclusivamente al pulimento de las piezas ya terminadas, y que solo necesitan el oro ó la plata para pasar á manos de los compradores.

Esta es la parte mas recreativa de visitar de la fábrica de los señores Isaura, porque en ella se ve el método seguido para cubrir de una capa mas ó menos gruesa de plata y oro finos, los objetos de metal blanco que por sí solo seria materia de escaso valor. La plata y el oro que los cubre puede al contrario llegar á dar á todos los objetos el valor que se quiera, segun se desee de aquellos metales preciosos, mas ó menos grueso ó cantidad. La honradez de los señores Isaura permite que el curioso contemple todos los pormenores y se entere de las operaciones mas minuciosas, pudiendo asegurarse cada uno por sí mismo de los grandes trozos de plata y oro que se consumen para los objetos que salen de su fábrica. Unas grandes cubas rectangulares de madera forradas de gutapercha, conteniendo ciertos hilos y alambres conductores de la electricidad, están llenas de un líquido ó sea baño de plata disuelta, con trozos y barras de plata pura que se van consumiendo dentro, de tal naturaleza dispuesto todo químicamente, que cualquier metal que se sumerja en ellas quede revestido en el acto de plata, adquiriendo con la duracion del baño mas ó menos espesor del metal precioso. Con igual método quedan dorados todos los objetos, si bien en lugar de las cubas se usan unas marmitas de hierro colado, puestas en comunicacion con poderosas pilas galvánicas que constituyen los objetos de metal blanco en artefactos de mas ó menos valor. Plateados ó dorados los objetos en el grado de perfeccion ó riqueza que se quiera, pasan por órden al departamento de bruñir, encargado exclusivamente á jóvenes obreras, dejándolos enteramente en disposicion de pasar al almacen ó á los mostradores del despacho de la fábrica, ó bien á las sucursales que esta tiene en Madrid (calle Mayor) y tambien en Sevilla.

Aventaja esta fábrica á las del estrangero, si no por ser mayor que las mas afamadas, por dedicarse á todo género de trabajos, lo cual no lo hacen estas, pues por ejemplo, la que se dedica á ornamentos de iglesia ya no se ocupa de los objetos de uso doméstico, y así sucesivamente. Aclimatada esta industria en Barcelona, ha tomado un vuelo inmenso, viéndose favorecida por todas clases de personas, pues hasta las clases de la sociedad menos acomodadas pueden admitir un lujo de que carecian antes.

Y como presentan estos artefactos muchas ventajas á los metales preciosos, hasta las personas elevadas los han admitido en su uso y economía doméstica. En la Exposicion universal del vecino imperio de 1855 se admiraba un magnífico servicio de mesa para *cien cubiertos*, fabricado por encargo de S. M. el Emperador Napoleon III, siendo su coste 800,000 francos. Nadie dudará de lo mucho mas á que hubiera ascendido su coste si hubiese sido todo de plata. Otra ventaja resulta de estos metales sin valor intrínseco, y es que evita el afan de robo en las alhajas, moralizando á los que de otra suerte las arrebatarian á sus dueños. No se verien saqueadas tan á menudo nuestras iglesias si en lugar de obras de gran valor, poseyesen todas, para el uso diario, objetos sin valor intrínseco. Bien es verdad que todas las iglesias van poco á poco adquiriendo ya objetos de esta clase para todo lo concerniente al culto Divino, á medida que se deterioran ó hacen inservibles los antiguos.

JULIO BRAVO.

El aroma de las flores.

De un jardin por la enramada
Solitaria y misteriosa,
Asidas las blancas manos
Iban dos niñas hermosas,
Alegre y viva la una,
Triste y pausada la otra.
Contando á la niña alegre
Va la niña melancólica
De rejas y serenatas
No sé qué reciente historia
En que la palabra *amor*
Brotó de su dulce boca.
Sorprendida la inocente:
«¿Qué es amor?» dijo curiosa.
«Esto,» repuso mostrándole
La triste dos blancas rosas
Que al blando impulso del céfiro
Confundian sus aromas.

LUIS DE EGUILAZ.

Gibraltar.

Sr. Director de *La Ilustracion*.

No es fácil sacar dibujos de Gibraltar, y sin embargo pocas fortalezas pueden reirse con mas seguridad, no diré del inocente lápiz de un artista, sino de todas las brújulas y compases de todos los ingenieros del mundo. De todos modos ya que no me ha sido posible enviarle los cróquis que V. me habia pedido, en cambio le escribo las siguientes líneas, pensando que podrán interesar á los lectores.

Despues de una travesía de diez horas llegué á Gibraltar procedente de Cádiz. La inmensa roca se destacaba sombría sobre el Oriente apenas alumbrado con los primeros rayos de la aurora, cuando recibimos á bordo la visita de la sanidad; estábamos sanos, y en toda regla, de modo que pudimos desembarcar al cabo de un cuarto de hora.

La roca de Gibraltar tiene la forma general de un prisma triangular estendido sobre el mar del Norte al Sur; su altura perpendicular es de 449 metros, su largo de unos 4,000, y su ancho es de 1,000 por término medio.

Por el lado del Levante, casi en toda su longitud, puede decirse que la piedra está cortada á pico, y cuando desde lo alto de las crestas y tendido sobre una roca para precaverme contra el vértigo, alargué la cabeza sobre el vacío y ví debajo los fragmentos agudos y la mar profunda que los baña, mi pecho se oprimió, y la roca se estampó en mis manos crispadas y mojadas con un sudor frio.

Por el Poniente la roca forma cuestas desiguales practicables solo por caminos largos y tortuosos. Una mitad de la vertiente Oeste se halla pelada é inculta; la otra, menos desigual, está casi cubierta de árboles y plantas tropicales. Dicen que en esta última mitad, menos frecuentada que la otra, se crian monos, pero yo no he visto ni señales de ellos en los nueve dias que allí he permanecido. Cerca de la cúspide de esta parte se encuentra la cueva de Douglas, que es una gruta muy grande practicada en la roca, en cuyo fondo se ve como un camastro; desde la pequeña plataforma que se halla delante de esta cueva, se disfruta de una vista asombrosa. Por ese mismo lado se encuentra otra, pero natural; es espaciosa, sombría y profunda, y al considerar las columnas de estaláctitas verdes, amarillas, rojas y blancas que la adornan, parece que se están viendo los restos de un órgano colosal de alguna catedral gótica subterránea y ruinosa.

Por su estremidad Norte, el peñon toca á una lengua de arena menuda de una legua de largo sobre media de ancho, apenas elevada de 3 metros sobre el nivel de la mar y que le une con la tierra firme. Se destaca tan bruscamente y tan derecho del punto que le une con esa lengua de arena, que se diria no pertenece al continente europeo, con el que no tiene ninguna homogeneidad en apariencia.

Hácia la mitad de esa lengua de arena, se encuentran las líneas españolas que consisten en una porcion de garitas blancas de aduaneros delante de un foso medio cegado que separa la España de la posesion inglesa.

La ciudad de Gibraltar se encuentra á la falda de la pendiente Oeste de la roca; es una poblacion pequeña encerrada entre la montaña y el mar, que no tiene, por decirlo así, mas que una calle de menos de un cuarto de legua, y que principia en el punto donde el banco de arena se junta con la roca. En Gibraltar no hay ningun edificio notable; en punto á monumentos antiguos, solo posee los restos de un antiguo palacio moruno, que se halla convertido en un depósito de productos manufacturados en Inglaterra, que sirven casi esclusivamente para fomentar el contrabando en España.

La poblacion se compone de ingleses, españoles y marroquíes, y presenta la misma variedad de trajes que de hombres de todos colores y de diversas lenguas. Además del inglés habitante que anda por lo comun con una sombrilla blanca en la mano, se vé tambien al inglés viajero con su casaquilla redonda de lienzo bien planchada, su gorrita de paño con visera perpendicular, y sus botas del charol mas brillante que se fabrica en la Gran Bretaña. Lo mas curioso son los soldados escoceses de centinela, tostándose á la sombra de una pantalla de esparto acomodada sobre una estaca, que hace el papel de garita. Estos soldados escoceses que, como los demás soldados ingleses, son tan fuertes y sólidos en la hora del peligro, producen un efecto singular con sus zapatos con hebillas, sus calcetas de cuadros rojos y blancos sostenidas bajo la pantorrilla con una liga de raso encarnado, su falda roja, verde y blanca sobre cuyo delantero se columpia, pendiente de su cintura, una especie de redículo de piel de cabra de pelo largo, adornado con cinco bellotas blancas, su chaquetilla de paño rojo, su correaje blanco cruzado sobre el pecho, su gorra negra con plumas, alta y abultada, y su mosqueton bronceado con bayoneta de acero pulimentado.

Los españoles visten en Gibraltar el traje andaluz; pero las mujeres se envuelven, aun en el mes de junio, en un ancho manto de paño encarnado con capuchon, ribeteado con una franja de terciopelo negro, con una abertura á cada lado para sacar los brazos.

Los marroquíes judíos, siempre afamados en sus negocios, llevan su túnica judía de paño azul

sin mangas, sobre otro vestido con mangas de indiana de dibujos menudos, cuya abertura adornada con muchos botoncitos de pasamanería, deja ver su camisa bordada lo mismo que el cuello de un encaje de hilo crudo muy grueso, pero admirable en cuanto á su dibujo y trabajo. En la cabeza llevan un gorro de paño azul ó negro, y gastan zapato de calzador y rica media.

Los marroquíes verdaderos creyentes, con su aire sereno y su cútis bronceado, llevan un ancho turbante de muselina blanca, y el albornoz blanco les envuelve tan bien, que apenas se ve de ellos otra cosa que las cañas de las piernas desnudas y sus babuchas blancas.

No sin razon se juzga que Gibraltar es inespugnable. Jamas he visto una fortaleza tan bien fortificada, tan en órden, con tantos cañones y tanta provision de municiones de guerra. Todo ese inmenso peñon, absolutamente inatacable en toda su longitud de su lado *Este*, pues la mar llega al pié de un muro natural de 1400 piés de altura, está guarnecido por las demás partes con dos, tres y cuatro líneas de fortificaciones y baterías sobrepuestas que se dominan una á otra, admirablemente construidas y acribilladas de negros y gruesos cañones sobre sus cureñas, con montones de balas á los lados. Si en medio de la paz mas profunda se presentase de repente una escuadra y se pusiera en batalla delante de Gibraltar, antes de que hubiera acabado su movimiento, ya los 6 ó 7000 hombres de guarnicion permanente estarian dispuestos á responder al ataque; allí todo está pronto, las provisiones y los hombres, y hay un ojo vigilante que nunca descansa. En un ataque por mar, admitiendo que al cabo de inmensos sacrificios se consiga destruir las fortificaciones que guarnecen la orilla delante de la ciudad, para intentar despues un desembarco (es la única parte en que la poca elevacion de la roca lo permita), las desgraciadas tropas aun antes de haber saltado en tierra serian infaliblemente destrozadas por las baterías colocadas detrás de la ciudad sobre la altura que dominan todos los puntos de la orilla.

Contra un ataque por tierra, tres y cuatro hileras de admirables fortificaciones escalonadas y sobrepuestas defienden la entrada de la ciudad, y es imposible hacer obras de sitio para batirlas en brecha, no solo porque el terreno es de arena menuda y se halla poco elevado sobre el agua, sino porque las muchas baterías inespugnables establecidas sobre el peñon que se eleva por allí como cortado á pico, las dominarian de ochocientos ó mil piés. Sin embargo, todo esto no les parece aun bastante á los ingleses, y cada dia añaden nuevas defensas y nuevos cañones.

En el número de las baterías que dominan las cercanías de Gibraltar por el lado de tierra, se cuentan las famosas galerías subterráneas practicadas en la roca. Estas galerías, bóvedas inmensas y pintorescas cortadas en la peña viva, tienen grandes troneras por donde asoman las negras bocas de los cañones de grueso calibre. El trabajo que han costado ha sido enorme, pero su utilidad no corresponde á los sacrificios que se han hecho; en cuanto se rompiera en ellas el fuego, se llenarian de un humo sofocante que mataría á los artilleros, además debajo y encima hay otras baterías al aire libre, construidas con el mismo fin y á menos costo, y tan inatacables como las primeras.

Mucho se ha hablado del panorama de la bahía de Nápoles, pero seguramente no es mas admirable en forma ni color, ni mas rico en contrastes y recuerdos que el que se disfruta desde las crestas de Gibraltar.

Cuando despues de una subida larga y penosa se llega á la cúspide de estas crestas, hácia la mitad de su longitud, se descubren sucesivamente las cuestas verticales del peñon, los cuarteles, las fortificaciones con sus infinitas baterías; la ciudad de Gibraltar, roja, amarilla y parda con su doble circuito de negros cañones, y luego la azulada bahía de Algeciras surcada constantemente por muchos buques de vapor y de vela. Mas allá de esa bahía, á la derecha, y dominando las cuestas abrasadas, pero ricas en trigo, que bajan hasta la lengua de arena amarilla, especie de terreno neutro entre la tierra firme y Gibraltar, está el blanco *San Roque* sobre una de las alturas pintorescas de las montañas de Ronda. Por detrás de San Roque, esas montañas se elevan, se cruzan y toman una tinta azulada hasta el punto de confundirse en el luminoso vapor del horizonte.

Cansados los ojos de la admirable riqueza de forma y de color de ese punto, se vuelven lentamente á la izquierda siguiendo las sinuosidades de esas montañas, y se fijan un momento en frente, á unas dos leguas, en la blanca poblacion de Algeciras que, coronada con la larga línea de arcos de su acueducto, se refleja graciosamente en su bahía, un poco á la derecha de la bonita isla Verde, sobre cuyo fuerte ondea la bandera española.

Despues la vista continúa siguiendo las montañas que entonces bajan considerablemente, y terminan un poco mas á la izquierda la segura y hermosa bahía de Algeciras, sumergiéndose poco á poco en la mar y dejando ver á lo léjos por encima de sus cúspides risueñas y bien cultivadas un pedazo del Océano, y aquel terrible punto de Trafalgar donde se dió una batalla tan sangrienta.

Al llegar á ese sitio del panorama, el observador se levanta sobre las puntas de los piés para tratar de descubrir al otro lado de las montañas la torre de Tarifa desde donde Guzman el Bueno lanzó su cuchillo á los sitiadores, que le amenaban con matar á su hijo prisionero si no les entregaba la ciudad; pero no se ve mas que una de esas mil torrecillas que de legua en legua se elevan sobre esa costa vecina de Africa, que fueron construidas antiguamente para recibir una pequeña guarnicion encargada de rechazar á los piratas de Marruecos y que hoy se hallan convertidas en cuerpos de guardia de aduaneros.

Lo que se distingue del Océano no es mucho; el cabo africano Espartel que cruza á 17 leguas de distancia, oculta su vista y principia por el lado de Africa el estrecho de Gibraltar. Siguiendo ese cabo, un poco á la izquierda, se distingue en el fondo de un golfo y en el polvo dorado que esparce el sol, la blanca ciudad de Tánger, y luego se desarrolla toda la costa de Africa, cortando la mar luminosa en mil pequeños golfos, y presentando como si pudiera tocarse con la mano, tan transparente es allí el aire, una de las famosas columnas de Hércules, alta é imponente.

Antes de seguir mas á la izquierda esa costa tan pintoresca de Marruecos, la vista se vuelve un poco á la derecha para contemplar en la línea de los remolinos del estrecho, línea muy aparente por los grandes espacios luminosos comprendidos entre tres largas rayas azul oscuro, el espectáculo de los buques mercantes y de los vapores que luchan y corren con ansia hácia el Mediterráneo, salvando las terribles corrientes que los rechazan.

En el estrecho de Gibraltar hay una corriente fuertísima, siempre en el mismo sentido que va del Océano al Mediterráneo. Parece que la absorcion de esta mar por el sol, es mas considerable que la cantidad de agua suministrada por los rios que entran en ella, ó bien sucede que arroja el líquido al Océano Indio por medio de canales subterráneos. Sea como quiera, lo cierto es que las aguas del Océano se precipitan sin cesar, y con mas violencia aun en las horas de la marea. (En Gibraltar hay apenas tres ó cuatro piés.) Esta corriente empuja hácia las costas de Africa, costas inhospitalarias y muy peligrosas por los arrecifes desconocidos y por las corrientes centrarias que determinan. Es siempre muy difícil el atravesar el estrecho de Gibraltar, y no se puede salir del Mediterráneo sino con buenos vientos de Este, y conservándose lo mas léjos posible de las costas de Africa, cuyos habitantes en las noches de borrasca encienden hogueras para engañar y saquear á los buques que caen en el lazo. Muchas veces he visto cincuenta, sesenta y ochenta buques tratando de salir del estrecho, y he pasado muchas horas con los ojos fijos en ese lugar del panorama, asombrándome de la inmensidad del comercio, y mucho mas aun del adelantamiento de las artes, la ciencia y la civilizacion en el sitio donde estaba yo sentado, y de la ignorancia profunda, y de la barbarie mucho mayor aun tan solo á cuatro leguas de ese punto.

En esa inmensa montaña de Abila en frente de Calpe, se termina el estrecho y principia el Mediterráneo. Desde ese punto, la costa se aleja casi perpendicularmente, y bien luego se descubre la roca y la larga península con las casas blancas de Ceuta donde tiene la España uno de sus principales presidios. Mas allá y por detrás de Ceuta, se ven dos golfos profundos, luego unas montañas bajas y despues á mas de 40 leguas, las nevadas cúspides del Atlas que se pierden en los cielos. Esta vista es asombrosa y forma un cuadro magnífico con las crestas de la roca de Gibraltar y la torre ruinosa de San Jorge que en su estremidad domina la punta de Europa, cubierta de cuarteles, de fortificaciones y de cañones.

La otra mitad, se presta poco á la descripcion, y para formarse una idea de ella, es preciso verla. Muchas veces á eso del mediodía, cuando el sol está caliente, he ido á pasearme sobre la cara perpendicular de la montaña que mira al Oriente, colocándome á la sombra entre dos rocas encima del abismo: á mi derecha, por el lado de Africa, y á contar desde la torre de San Jorge, veia á distancias enormes, tres ó cuatro puntos luminosos en la atmósfera, picos nevados del Atlas, cuyo fin no se descubre; á mi izquierda la sierra de Ronda, y á veinticinco leguas mas allá Málaga que se figura uno entrever, y despues la silueta que apenas puede seguirse en el aire de Sierra Nevada, á cuya falda está Granada; en medio del Mediterráneo y el cielo confundiéndose á lo infinito en un azul tan claro, límpido y transparente que su color fascina, y se esperimenta como una especie de embriaguez de la mirada de la que sale uno con sentimiento.

Gibraltar fué sorprendido y robado á los españoles (habia 80 hombres de guarnicion) por el almirante sir Jorge Rooke el 4 de julio de 1704, durante la guerra de sucesion, y al fin de esta guerra, en 1713, el tratado de Utrech sancionó este inicuo despojo en favor de la Inglaterra.

18 de enero de 1859.

ANTONIO CORTADA.

El paseo bajo los tilos.

TRADUCCION DE SCHILLER (1).

Wolmar y Edwin eran amigos, y vivian juntos en una apacible soledad, pues se habian retirado léjos del bullicio del agitado mundo, para desenvolver en filosófica ociosidad los sorprendentes destinos de su vida. Edwin, *el dichoso*, contemplaba con amantes ojos el mundo, que Wolmar, *el sombrio*, revestia con el fúnebre ropaje de su mala fortuna. Paseaban juntos un dia hermoso del mes de mayo, y recuerdo la siguiente conversacion:

EDWIN. ¡El dia está tan hermoso, la naturaleza toda se alegra, y vos tan pensativo, Wolmar!

WOLMAR. ¡Dejadme! ¡bien sabeis que no tengo deseos de alterar vuestra alegría!

ED. ¡Pero es posible que desdeñeis así la copa del placer!

WOL. Si en ella encuentro una araña, ¿porqué no? Mirad: á vos se os presenta la naturaleza en este instante como una sonrosada vírgen en el dia de sus bodas; á mis ojos parece una matrona vetusta, con rojos afeites en las amarillentas mejillas, y diamantes heredados en la cabeza. ¡Cuál se sonrie burlona en ese su traje dominguero! Pero esta es ya la millonésima vez que vuelve del revés su gastada vestidura. Antes de Deucalion arrastraba ya esa misma cola tan verde y ondeante, tan perfumada y guarnecida. Mil años hace que va á tomar nuevas fuerzas al banquete de la muerte, que extrae su colorete de los huesos de sus mismos hijos, y ostenta la podredumbre de sus falsos aderezos. Jóven, ¿sabes tú las gentes entre quienes te paseas? ¿Piensas acaso en que esa interminable rueda es la tumba de tus abuelos; en que los vientos que te traen el perfume de los tilos llevan tal vez á su olfato la disipada sustancia de Arminio; en que bebes quizá en la fresca corriente los huesos pulverizados de nuestro gran Enrique? El tomo que agitaba la divinidad en el cérebro de Platon, que excitaba la

(1) Insertamos esta bella produccion de Schiller, como un perfecto modelo de poesía, que creemos no desagradará á nuestros lectores.

compasion en el pecho de Tito, palpitaba tal vez con bestial ardor en las venas de Sardanápalo, ó se diseminaba en el cadáver de algun ladron pasto de los cuervos. Ahora bien, Edwin, ¿os parece muy halagüeño el cuadro?

Ed. ¡Vuestras reflexiones me presentan escenas muy cómicas! ¡Cómo! ¿porqué nuestro cuerpo siga eternamente las mismas leyes, se ha de afirmar otro tanto de nuestro espíritu? Si despues de la destruccion de nuestra máquina, la materia sigue desempeñando el mismo oficio que ejercia bajo la influencia del alma, ¿debe igualmente el espíritu de los muertos continuar las ocupaciones de su vida pasada? *Quæ cura fuit vivis, eadem sequitur tellure repostos.*

Wol. De este modo las cenizas de Licurgo han permanecido y permanecerán siempre en el Océano.

Ed. ¿No oís allí los trinos de la tierna Filomela? ¡Quizás sea urna de las cenizas de Tíbulo que cantaba tan dulcemente! ¡Tal vez en aquella águila que se remonta al azulado firmamento se eleva tambien el sublime Píndaro! ¡y en aquel amoroso Cefirillo acaso revolotee algun átomo de Anacreonte! ¿Quién sabe si los cuerpos de los amantes no vuelan convertidos en sutiles átomos de polvo sobre los ensortijados bucles de sus amadas? ¿y si los restos del usurero no yacen aprisionados con grillos de cien años, al lado de sus tesoros escondidos bajo la tierra? Quizás estén condenados los cuerpos de los escritores á verse convertidos en letras ó reducidos á papel para gemir eternamente bajo la prensa, y contribuir á eternizar los desatinos de sus colegas? Mirad, Wolmar, de la misma copa que vos amarga la hiel, saca mi fantasía alegres chistes.

Wol. ¡Edwin! ¡Edwin! ¡cómo revestís las cosas graves con festivas agudezas! Dejadme proseguir... la buena cosa no teme el exámen.

Ed. Examine Wolmar si es el mas feliz.

Wol. ¡Oh! bah! Sondead directamente la peligrosa llaga. Tambien la sabiduría es charlatan vocinglero, es parásito que frecuenta todas las moradas, calumniando hasta la clemencia en las de los desgraciados, dulcificando los crímenes en las de los dichosos! Un estómago gastado envia los planetas al infierno; un vaso de vino puede deificar al mismo diablo. Si nuestros caprichos son molde de nuestra filosofía, decidme, ¿en cuál se fundirá la verdad? Temo, Edwin, que para ser sábio hayais de volveros taciturno.

Ed. ¡No quisiera serlo con semejante condicion!

Wol. ¡Antes habeis pronunciado la palabra *feliz!* ¿Cómo se llegará á serlo, Edwin? El trabajo es la condicion de la vida humana; su fin la sabiduría; y la felicidad, segun vos decís, su recompensa. Vuelan una en pos de otra mil hinchadas velas, buscando la isla de la felicidad en mares sin orillas, ansiosas de conquistar este vellocino de oro; y dime tú, sábio, ¿cuántos son los que la encuentran? Aquí veo una flota girando en el eterno círculo de la necesidad, ora apartándose de la costa, ora tomando tierra, ya arribando, ya volviendo á hacerse á la mar. Hace fuerza de velas por llegar al vestíbulo de su destino, y luego cruza tímidamente á lo largo de la costa para tomar víveres ó componer sus aparejos, y vuelve proa hácia alta mar. Hay muchos que se cansan hoy inútilmente para volverse á cansar mañana. Sepáralos, y la suma queda reducida á la mitad. Al mismo tiempo el torbellino de los placeres arrastra á otros á una tumba sin gloria. Muchos emplean todo el vigor de su existencia en gozar del sudor de sus antepasados. Separemos todos estos, y á penas nos quedará una cuarta parte. Tímida y llena de zozobra navegará sin brújula por el terrible Océano, guiándose por las estrellas engañadoras. Ya brilla la costa feliz como una blanca nube sobre la línea del horizonte! ¡Tierra! grita el vigía, ¡tierra! Una miserable tablita se rompe, y el frágil esquife vá á zozobrar sobre la costa. *Apparent rari nantes in gurgite vasto.* Debilitado el diestro nadador lucha por llegar á tierra; boga extrangero y solitario por la zona etérea, y dirige sus ojos preñados de lágrimas hácia su querida patria del Norte. De este modo voy separando millones y millones de vuestro sistema harto liberal. Los niños se regocijan al ver la gallardía de los hombres, y estos lloran porque ya no pueden volverse niños! El torrente de nuestra sabiduría retrocede hácia su orígen; la tarde tiene su crepúsculo como la mañana; Aurora y Héspero se abrazan en una misma noche: y el sábio que pretendia salvar los muros de la mortalidad, se debilita y vuelve á ser niño y jugueton. Ahora bien, justificadme al artífice con respecto á su obra; responded, Edwin.

Ed. El artífice está justificado, puesto que la obra aboga por él.

Wol. Responded.

Ed. Digo que si la isla no se halla, no por eso se pierde el viaje.

Wol. ¿Es acaso porque la vista se recrea con el panorama pintoresco que se descubre á derecha é izquierda? ¡Edwin! y para esto solo esponerse á la furia de recias tempestades, fluctuando en los undosos desiertos, y hallando la muerte bajo las olas? No me digais mas; mi tristeza es mas elocuente que vuestra alegría.

Ed. ¿He de hollar bajo mi planta la violeta, porque no pueda aspirar al perfume de la rosa? ¿He de perder este dia de mayo, porque una nube pueda oscurecerlo? Yo respiro calma bajo la atmósfera despejada que acorta para mí las largas horas de tormenta: y no he de coger hoy las flores porque mañana no me presenten ya su perfume. Yo las arrojo cuando se marchitan, y cojo sus tiernas hermanas que brotan provocadoras de sus capullos.

Wol. ¡En vano! ¡en vano! ¡Do quiera que cae una semilla de placer, brotan mil gérmenes de desgracia! ¡Do quiera que se derramó una lágrima de alegría, corrieron á torrentes lágrimas de desesperacion! ¡En el mismo sitio en que el hombre lanza gritos de júbilo, se arrastran mil insectos perecederos! ¡En el instante mismo en que nuestro entusiasmo escala el cielo, se lanzan á él mil gemidos de condenacion! ¡Es una lotería engañosa en que los pocos jugadores afortunados desaparecen ante el número inmenso de los desgraciados! ¡Cada instante es un minuto de muerte de un placer! ¡Cada átomo de polvo que disipa el viento es la tumba de un goce desvanecido! ¡En todos los puntos del universo ha estampado la muerte el sello de su imperio! ¡En cada átomo leo el epígrafe desconsolador: Muerte!

Ed. ¿Y porqué no, existido? ¡Si cada sonido puede ser el cántico mortuorio de una felicidad, tambien es el himno de universal amor! Wolmar, bajo este tilo dí yo el primer beso á mi Julieta.

Wol. (Huyendo velozmente). ¡Jóven, bajo este tilo perdí yo á mi Laura!

Julio Barceló.

Maravillas de la naturaleza y del arte.

Monte Cáucaso.—Esta montaña del Asia ha sido descrita por el viajero Chardin del modo siguiente: «Es la montaña mas alta y mas escabrosa que he visto; está llena de rocas y de espantosos precipicios. En algunos puntos han tenido que emplear estraordinarios trabajos para abrir unos pequeños senderos. Cuando la visité estaba casi completamente cubierta por una capa de nieve, que tenia en todas partes cerca de unos diez piés de espesor. Muchas veces tuvieron mis guias necesidad de abrir un camino á través de ella con sus instrumentos; estos hombres llevaban una especie de sandalias propias para andar por cima de la nieve con mucha ligereza, y que tan solo dejan una huella incierta é imperceptible de su paso, porque no tienen punta ni talon y es imposible distinguir hácia que parte se dirigen. La cima del Cáucaso está perpetuamente cubierta de nieve, y, durante las ocho leguas que se emplean en atravesarle, no se encuentra ni una sola habitacion. Cuando estuvimos en lo alto del monte, nuestros conductores dirigieron largas oraciones á unas imágenes que llevaban encima, á fin de que no hiciera viento. En efecto, si se hubiese levantado un aire un poco fuerte, de fijo habríamos sido sepultados en la nieve, que en aquel punto es movediza y menuda como la arena, y el viento la levanta en el aire formando una especie de nube de polvo. Los caballos se hundieron tantas veces en varios puntos, que llegué á creer que no saldríamos del paso. Para estar mas seguro me apeé, y no llegué á andar ocho leguas á caballo al atravesar aquel escabroso monte que tiene treinta y seis; en los dos últimos dias, creia estar en las nubes, y no veia á veinte pasos delante de mí.»

Pico de Tenerife.—En medio de las montañas y á 3,000 piés por cima del nivel del mar aparece este famoso *pico* cuya elevacion asciende á 12,000 piés. Como Tenerife es una isla de no muy grande estension, se puede distinguir el pico desde el mar á una distancia de 40 leguas. Despues de la region de las nubes se encuentra un receptáculo que contiene agua glacial; en la cima hay un cráter que arroja lavas de cuando en cuando, y, hace unos treinta años, algunas enormes erupciones han probado que el volcan no se apagaría en mucho tiempo.

Administracion.
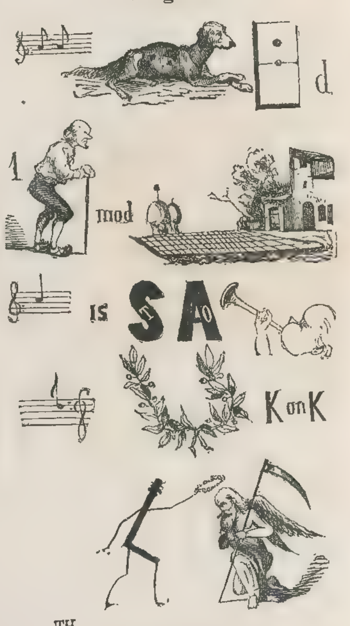
CORRESPONDENCIA.

Sr D. J. C.; Riba —Queda renovada por un año, y servida, la suscripcion de que me habla V. en su grata del 15 de enero.

Sr. D. A. M.; Valencia.—Aguardo el dibujo para poderle servir.

Sr. D. F. C. de H.; Madrid.—No tengo ningun reparo en ello. El importe puede V. remitirlo en sellos ó libranzas.

Geroglífico.



SOLUCION DEL GEROGLIFICO ANTERIOR.

Todo pasa, menos la memoria de las buenas acciones.

ADVERTENCIA.

Los señores de fuera deBarcelona que deseen suscribirse á este periódico, pueden hacerlo enviando directamente sellos de franqueo con arreglo al siguiente estado:

Sellos.	Mes.	Trimestre	Semestre.	Año.
De 4 cuartos.	7	19	38	68
De 1 real.	3	9	18	32
De 2 reales.	1 1/2	4 1/2	9	16

De dicho estado se desprende que obtiene la rebaja de 4 reales vn. el que se suscribe por un año; es decir que por 32 rs. vn. tendrá pagados doce meses de suscripcion.

Por todo lo que antecede, CARLOS CUSTI Y RIU, E. responsable.

Imprenta del Diario de Barcelona, á cargo de Francisco Gabañach, calle Nueva de S. Francisco, núm 17.

Núm. 4. Barcelona 15 de febrero de 1859. Año 1.

LA ILUSTRACION

PERIÓDICO QUINCENAL.

PRECIO.	PUNTOS DE SUSCRIPCION.	OBSERVACIONES.
En Barcelona, por un mes, llevados los números á domicilio, 3 rs. Fuera de Barcelona, id., franco de porte, 3 rs.	En Barcelona en la papelería de los señores Sala, hermanos, calle de la Union, núm. 3, y en las principales librerías del reino. La correspondencia deberá dirigirse á D. Francisco Nubiola, rambla de Canaletas, núm. 3.	El que se suscriba por un año obtendrá la rebaja de 4 rs. vn.— Toda suscripcion debe empezar el 1.º de mes.—No se venden números sueltos.



ACUARIO DE SALON.

SUMARIO.

Con el próximo número publicaremos el retrato de la bella princesa Clotilde, casada con el príncipe Napoleon, el 30 de enero último.

Acuario de salon.

Digámoslo sin preámbulos: los europeos modernos no conocemos el buen gusto, lo que se llama un gusto esquisito y racional, en nuestros sistemas de construcciones urbanas; desconocemos las comodidades, y no entendemos un ápice en la manera de vestir.

Pero ya que poseemos un mal método, imposible de corregir, tratemos al menos de combatir, hasta donde sea posible, los inconvenientes por medio de artificios ingeniosos. Dediquémonos mas bien á adornar nuestras habitaciones con plantas y animales compatibles con la limpieza, que no á cubrirlas de brillante y ostentoso oropel. Hé aquí, por ejemplo, una linda aplicacion de esta idea: el acuario realizado en pequeño en los salones.

Se llama generalmente *acuario* un receptáculo en el cual se mantiene agua tibia para hacer crecer en él plantas acuáticas tropicales, tales como el nenufar gigantesco llamado *Victoria regia*, que sugirió la idea de construir el espacioso acuario del Jardin de Plantas, donde el público parisiense va ahora á admirar las inmensas hojas, y á veces las flores gigantescas de este hermoso vegetal.

Esto ha hecho pensar que podrian establecerse tambien pequeños acuarios en las habitaciones; no hay cosa mas fácil, y hé aquí de que manera.

Se coloca sobre un sustentáculo de madera, de uno ó de varios piés, un receptáculo de cristal de un metro de longitud sobre medio de anchura, y por consiguiente de forma oblonga como el que representa el grabado. Es un vaso parecido á media cáscara de almendra.

En el lado del sustentáculo A, hay un pequeño tubo que viniendo de un depósito de agua mas elevado que el receptáculo, pasa por debajo del suelo de la habitacion y va á precipitarse dentro del vaso de cristal para renovar incesantemente el líquido que contiene, como lo haria un arroyo.

El esceso de agua sale por el otro tubo B practicado al lado opuesto del primero en la otra parte del sustentáculo y del piso de la habitacion.

Hé aquí la construccion:

En esta agua, continuamente renovada y calentada ligeramente por el calorífero de la casa, vegetarán sin necesidad de grandes cuidados las plantas acuáticas á las cuales se tenga mas aficion. Estas plantas pueden ser, por ejemplo, el nenufar, las *pontederia*, las *hidrocoris* y sobre todo la sensitiva flotante, de hojas no menos sensibles que las del arbusto que lleva este nombre.

Pero es necesario impedir que el agua se corrompa, que produzca emanaciones insalubres y mal olor; y el medio de evitarlo no hará mas que añadir un nuevo encanto al acuario.

Se echarán en él unas cuantas parejas de esos pececillos llamados espinolas, de cuya historia se han ocupado varios escritores de nombradia. A través de las paredes trasparentes del vaso se verá como este pequeño pez hace su nido, como cria á sus pequeños, como demuestra su amor conyugal y paterno y como sigue todas las inspiraciones de sus curiosos instintos; y á él se deberá tambien la pureza constante del lago artificial que ha de servirle de morada.

En efecto, el agua no se corrompe por sí sola; lo que la ensucia y la vuelve fétida y miasmática, son los millones de animálculos y de vegetaciones microscópicas que se desarrollan siempre en ella y que mueren despues de una corta existencia; por consiguiente, el espinola se alimenta de todas esas producciones orgánicas de las aguas dulces; este pequeño pez las devora á medida que aparecen, y si la proporcion está bien calculada entre el número de parejas y el tamaño del vaso, el agua estará preservada continuamente

de la influencia corruptora de estos restos y se conservará en un estado de limpidez perfecta.

Se pondrán tambien dentro del acuario, si el deseo lo pide, algunos moluscos acuáticos tales como hélices y bocinas, cuyas trasformaciones se tendrá ocasion de estudiar. Finalmente, despues del establecimiento del acuario se habrá realizado el medio de satisfacer el gusto y el capricho de distintas maneras, con tal que el dueño se tome la molestia de hojear las páginas de un tratado de historia natural que verse sobre las plantas y los animales acuáticos propios á las temperaturas calientes.

Tampoco habria inconveniente en multiplicar en nuestro clima, por medio de este artificio, ese pequeño pez de la China que tiene la propiedad de arrojar á los insectos que pasan rasando la superficie del agua gotas de lluvia en forma de balas, haciéndolos caer, gracias á esta especie de caza con escopeta, para devorarlos despues.

Si se añaden por último en el verano al rededor del acuario algunas plantas curiosas, como la flor atrapa-moscas, se acumularán una multitud de diversiones distinguidas que darán siempre márgen á conversaciones interesantes y harán que la señora de la casa sea tan apreciada del sábio y del filósofo como del hombre de sociedad.

La idea que acabo de esponer la debo á la lectura de un ameno artículo escrito por una ilustrada señora. Y puesto que tal es su origen, espero que se le tributará una benévola acogida.

T.—E. Comas y Soler.

Historia de un puñal corso.

(Conclusion)

II.

Ocho dias despues de la escena que acabo de describir, á la caida de la tarde, un jóven abriéndose paso por entre los matorrales, bajaba la cuesta de una de las montañas mas elevadas de Cagna. Aunque llevaba con desembarazo su escopeta al hombro, y aunque en su aire resuelto se adivinara que haria uso de ella cuando llegara el caso, la alteracion de sus facciones y el desórden de su traje, manifestaban un cansancio estremado. En aquel sitio la cadena de montañas se dividia en dos y formaba una garganta bastante estrecha, cortada de trecho en trecho por barrancos en cuyo fondo hervian los torrentes subterráneos que se escapan de los mares. El suelo alfombrado de musgo y de tomillo contrastaba notablemente con las altas cúspides que se veian por todas partes, picos inaccesibles á la planta humana.

El hombre de la escopeta sin parar su atencion en las bellezas silvestres de aquel magnífico espectáculo que tenia delante, apenas llegó á la falda de la montaña cuando se arrojó con desaliento al pié de un árbol, bebió algunas gotas de un licor que llevaba en una calabaza, y se quedó inmóvil, entregado á una meditacion sombría.

Sin embargo, el sol bajaba rápidamente por detrás de las montañas, los insectos se ocultaban entre las yerbas, y la gacela, animada por el principio de la oscuridad, mostraba curiosamente su cabeza sobre el abismo; todo se callaba poco á poco, la naturaleza recogida parecia inclinarse con respeto ante la hora solemne en que el rey de la tierra vestido de púrpura y de oro lleva su luz y su calor á otras regiones. El jóven viajero, al cabo de algunos instantes de inmovilidad, alzó un poco la cabeza, se pasó varias veces la mano por la frente, y prestó el oido con atencion, mirando por todas partes con ojos encendidos de fiebre.

Pero todo parecia muerto en aquellos lugares solitarios; el desconocido hizo un ademan de impaciencia y esclamó:

—¡Otro dia perdido!

En aquel momento se iba estendiendo el velo de las tinieblas; los objetos desaparecian uno á uno, y en breve solo se distinguió en medio del azul del firmamento, la cabeza gigantesca de la montaña coronada con una auréola de brillantes estrellas.

—Entonces la necesidad de descansar venció las preocupaciones del viajero.

—Durmamos, se dijo, y quiera Dios que el sol de mañana no se ponga para todo el mundo.

Una noche pasada al aire libre es cosa muy comun entre los montañeses; el nuestro terminó bien luego sus preparativos; estendido bajo el árbol cuyas raices le servian de cabecera, con la escopeta al lado, no tardó en hallar en el sueño el olvido de todos sus males.

A eso de las doce la oscuridad del valle principió á disminuir; la luna subia progresivamente por detrás de un castañar próximo, esparciendo sobre el paisaje esa tinta melancólica cuyo efecto tierno no pudo producir jamás ningun pincel. Con aquellos misteriosos resplandores, la naturaleza pareció que se despertaba un momento; las plantas, las yerbas doblegadas se levantaron á medias cubiertas de rocío, y de lo alto de los montes bajaban los blancos vapores arrancados á la tierra.

De repente, en medio de aquella silenciosa fantasmagoría, sobre un pico que acaso no habia hollado nunca el pié de una gamuza, se dibujó una silueta humana á la dudosa claridad del cielo. ¿Porqué camino habia llegado aquel misterioso personaje? Nadie habria podido decirlo. Sin embargo, al ver la seguridad con que se puso á bajar la cresta, podia adivinarse fácilmente que conocia los caminos mas ignorados. Pegando antes con la culata de su escopeta sobre cada fragmento de roca, sobre cada raiz que sobresalía en el suelo, adelantaba un pié y luego el otro, con una destreza y prontitud, que el peligro de aquellos sitios hacia casi sobrenaturales.

Aquel hombre atrevido, que habia pasado ya la primera juventud, era de estatura ordinaria, robusto y de anchos hombros; su fisonomía morena y curtida se confundia con su barba y con sus cejas muy pobladas y negras; en torno de su cabeza una abundante cabellera pasaba su gorra elevada en punta y venia á caer sobre su frente: la única cosa que se distinguia en medio de aquel rostro sombrío eran los ojos; la ferocidad, la ironía y la astucia que los animaban, les daban una espresion imposible de describir. Este nuevo personaje estaba á punto de atravesar el último espacio que le separaba del valle, cuando se detuvo súbitamente y dió un salto hácia atrás buscando con los ojos en la sombra el enemigo que su instinto le acababa de hacer presentir.

La luna que en aquel momento sobrepasaba las copas de los árboles, envió uno de sus rayos hácia el sitio donde dormia el viajero; el rastrillo de la escopeta que estaba en el suelo reflejó la luz.

Era bastante; ya sabia el cazador donde se encontraba la presa.

Una sonrisa sardónica asomó á los lábios del montañés; rápido como la flecha, silencioso como la sombra, en dos brincos estuvo al lado del que dormia.

Entonces principió una escena estraña, inaudita, fantástica; con una rodilla en tierra, con la boca del cañon de su escopeta rozando los cabellos de su adversario y el dedo en el gatillo, nuestro hombre se quedó inmóvil; cinco horas se pasaron de este modo, sin un ademan, sin un movimiento, sin el menor estremecimiento de los músculos; sordo á los mil rumores de la noche, nada podia distraerle: su vida era aquella presa dormida cuyo despertar aguardaba en paciencia.

Por último, la brisa que refrescaba, la niebla que subia á lo alto de las montañas anunciaron el dia; el alba rayaba entonces lanzando sus tintas azuladas y blanquecinas sobre el cuadro que acabo de describir; era un espectáculo siniestro. Aquella cabeza hermosa y jóven que sin duda iba á ser herida por una bala asesina; aquellos largos párpados cerrados que quizás nunca se abririan, aquel guarda feroz que parecia no esperar otra cosa que la luz para que fuera mas certero su golpe; la muerte, en una palabra, estaba allí, violenta, repugnante, instantánea, invencible.

El alegre vuelo de un pájaro que salia de su nido despertó al que dormia; abrió los ojos, se alzó derecho como un cuerpo galvanizado, y buscó su arma: se la habian arrebatado.

Un grito de rabia resonó en el valle; el hombre habia permanecido de rodillas, y la punta de su escopeta subió en el aire; á pocos pasos de distancia se hallaba la de su enemigo.

—¡Pietro-Santo!

—No me esperabas tan temprano, Antonio, respondió el bandido con acento irónico. A mí me gusta encontrar á las gentes en la cama.

—Devuélveme la escopeta, Santo, dijo Antonio con una voz furiosa, pues es una cobardía desarmar á un hombre durante su sueño.

—Ni por pienso, contestó Pietro-Santo, y con su mano fuerte contenia la mano de Antonio que queria apoderarse de su escopeta.

Conociendo que los medios violentos no eran los mas á propósito en la situacion en que se encontraba, el jóven probó otra manera de arreglarse.

—Hace ocho dias que te busco, le dijo.

—Que me espías, contestó el bandido en tono de burla.

—¡Qué importa! con tal que te encuentre, todo lo daré por bien empleado, repuso Antonio con acento firme.

—Sí, sí, ya me has encontrado, ya has logrado lo que querias, esclamó Pietro-Santo siempre con su acento burlon; pero yo soy dueño de tu escopeta... bonita escopeta, á fe mia, añadió levantándose y jugando con el arma en su mano... ligera como la pluma de un águila....

—Santo, ¿quereis hablar conmigo? preguntó Antonio con mucha impaciencia.

—Tanto como quieras, hijo mio, hasta las doce, que es la hora en que tengo una cita.

Antonio se estremeció acordándose de lo que le habia contado Angeluccia sobre las exigencias de aquel miserable. En ocho dias podian haber pasado muchas cosas.

—¡Una cita! repitió.

—Sí.

—¿Y con quién? ¿puede saberse?

—Curioso eres, pero te lo diré; con el recaudador de T...., respondió Santo.

—¡Os espera!

—Sí, como los recaudadores esperan á los valientes de mi especie, dijo el bandido con aquella sonrisa sardónica que rara vez le abandonaba; pero basta, estos negocios son mios, y nada tienes tú que ver en ellos.

Y mientras hablaba así, Pietro-Santo no perdia de vista al jóven un solo momento; únicamente se habia echado al hombro su escopeta, y la de Antonio la tenia en el suelo sujeta bajo sus piés de hierro.

—Vamos, ven aquí, hijo mio, repuso; siéntate sobre esa yerba, pues á tu edad gustan todavia las comodidades. En cuanto á mí, que muchas veces tengo por cama una peña, con la piedra que está ahí tengo bastante.—¡Dios me asista! ¡cómo se parece esta piedra á la que cubre el cuerpo de mi hermano á quien mató aquel mozo llamado Giovani Roballini!

Un sudor frio inundó el cuerpo de Antonio; toda la venganza de aquel bandido estaba en aquella chanza abominable.

—Bastante vengado estais desde aquel tiempo, Pietro-Santo, y ya ha llegado el momento en que todo eso debe acabarse.

—¿Y porqué? ¿Acaso se ha quedado ya solo el viejo Giuseppe? esclamó friamente el bandido.

—Le queda una hija y nada mas.

—Lo sé que es una hija.

—¿Y os atreveriais á tocar á una mujer?

—Las mujeres dan hombres al mundo.

—Ya sabeis que por rescatar la vida de su hija, Giuseppe Roballini ha vendido hasta la última cepa de viña; en el dia solo le queda apenas para comer pan; ¿qué mas quereis que os dé?

—Angeluccia es una muchacha guapa, dijo Pietro-Santo con una mirada inicua.

El pobre Antonio se ahogaba; la idea de que el objeto de su amor y de su veneracion se hallaba profanado por el pensamiento infernal de aquel malvado, le daba vértigos horribles; pero era preciso violentarse en presencia de aquel miserable.

—Yo amo á la jóven Angeluccia y quiero casarme con ella, dijo el jóven con dignidad.

—Entonces el negocio se arregla; tu padre es rico y pagará por Roballini

—Mi padre pagará si vuestras exigencias no crecen mas y mas cada dia, contestó Antonio; y

si os estoy buscando hace quince dias, es para concluir un trato; Pietro-Santo, vengo á ofreceros dinero.

—A falta de plomo, repuso Santo pegando con sus zapatos en la escopeta; muy bien, acepto.

—¿Qué cantidad exigís para renunciar, una vez pagada, á toda tentativa de venganza? preguntó Antonio; y además, ¿qué garantía tendremos de que cumpliréis fielmente vuestra promesa?

—¡Y mi palabra! dijo Santo alzando con orgullo su cabeza; creo que nadie pueda decir que en mi vida he faltado á ella.

Esto era verdad; Pietro-Santo robaba, mataba, pero no mentia nunca.

—Fijad la cantidad, dijo Antonio.

Santo reflexionó algunos instantes, y despues dijo una suma que arrancó un esclamacion de sorpresa al jóven Antonio.

—Toda la fortuna de mi padre, dijo, no alcanza á la suma que me pedís.

—Entonces no hablemos mas de eso; Angeluccia es una buena muchacha que se sacrificará por salvar á su padre.

El bandido sabia muy bien como hacian daño sus palabras.

—¿Y la mataréis? esclamó Antonio desesperado; ¿asesinaréis á una jóven?

—Veremos, veremos, dijo Santo con mucha calma, registrando el rastrillo de su escopeta.

La paciencia de Antonio se acababa; solo un deseo tenia, que era el de ahogar entre sus manos al miserable que se burlaba de su estado de desesperacion. Quizá iba á esponerse á una muerte cierta lanzándose sobre Pietro-Santo, cuando se le ocurrió una idea repentina. Tratando de recobrar su calma, se acercó al bandido que tenia siempre dispuesta su arma.

—Vamos, Santo, le dijo tratando de sonreir, sed razonable y vendedme mi felicidad un poco menos cara; en cambio os prometo un *Pater* y un *Ave* el dia de mi boda.

El bandido se quitó la gorra con respeto.

—Hé ahí la primera palabra útil que pronuncias desde que estamos juntos; ea, por el *Pater* y el *Ave* quiero hacer un sacrificio.

—Rebajaréis algo.

—Sí, rebajaré.

—¿Cuánto?

—La mitad de la suma, respondió el bandido.

Antonio hizo un ademan de alegría.

—Con la condicion de que tú y tu padre os comprometereis solemnemente á pagarme la otra mitad el año próximo, añadió Santo.

Antonio conoció que aquel asunto no podia arreglarse de un modo amistoso.

—En vez de pagaros en dos veces, os pagaremos en tres, ¿os conviene? propuso el jóven.

Santo miró al jóven con desconfianza, y repuso:

—¿Y tú rezarás por mí tres veces?

—Pietro-Santo, dijo Antonio, terminaremos así el asunto; voy á daros papel y un lápiz; sabeis escribir lo bastante para poder estender las condiciones que mejor os parezcan; yo se las llevaré á mi padre que debe ratificarlas, y dentro de tres dias acudiré á traeros mi respuesta.

—Si no estuvieras enamorado, creeria que me tiendes un lazo para escaparte de mis manos, dijo Pietro, pero nada temo, Angeluccia está ahí que responde de todo... dame tu papel.

La avaricia triunfaba de la prudencia.

Antonio se habia quedado blanco como un cadáver. Entreabriendo su chaqueta por delante, se metió la mano en el pecho como para buscar el papel y el lápiz que debia dar á Santo; un ruido seco, metálico, casi imperceptible resonó en el aire; el bandido hizo un ademan, sacudió su ancha manga, y agitó sus dedos precipitadamente.

Una rama seca se desprendió del árbol.

Pietro-Santo se tranquilizó.

—Es leña muerta, dijo bajándose para recoger la rama.

En aquel momento la bala de una pistola le atravesó la garganta; el bandido no cayó al suelo, y Antonio se quedó helado de espanto á la vista de la sangre que saltaba sobre él.

—¡Traidor! esclamó Pietro-Santo.

—¡Angeluccia! murmuró el infeliz Antonio.

El puñal del bandido le clavaba en la tierra.

. . . .

. . . .

Algunos dias despues de aquella mañana fúnebre un pastor que andaba buscando sus ovejas dispersas, vió un cadáver que yacia en el fondo del valle: era el del pobre Antonio atravesado por el puñal cuya guarnicion en forma de cruz sobresalía en su pecho.

El cuerpo de Pietro-Santo no se encontró, pero nadie dudó de su muerte, pues solo ella pudo obligar al bandido á que abandonara su fiel puñal. La yerba pisoteada, las piedras manchadas de sangre al borde del torrente, todo indujo á creer que cuando estaba próximo á espirar, aquel hombre enérgico y terrible quiso robar hasta sus despojos á la mano de la justicia; ¡se habia precipitado en el abismo!

Angeluccia permaneció soltera; pero estaban vengados los cinco hermanos de Roballini.

. . . .

Mi puñal, caballero, es el mismo puñal de Pietro-Santo; hoy me sirve *para cortar papel;* ¡singular destino ha sido el suyo!

E. Comas y Soler.

El Ruiseñor.

Oculto entre las hojas
Y trémulo de amor,
Sus tiernas congojas
Canta el ruiseñor.
Y sé, mas no sé cuando
Ni donde aprendí,
Que el ruiseñor cantando
Dice en su idioma así:

Pobre ruiseñor,
Que muere de amor.

Ya rompe la aurora la niebla ligera,
¡Qué hermoso es el campo, qué hermosa es la luz!
¡Qué hermosa es la dicha del alma que espera!
¡Dulce compañera!
¡Qué hermosa eres tú!

Yo cruzo los espacios:
Las copas de los árboles me sirven de palacios;
Mi madre es la armonía,
Mi padre es el amor:
Yo soy, vida mia,
Pájaro y flor.
Envidian las aves
Mis trinos suaves,
No saben cantar.
Envidian las flores
Mis tiernos amores,
No saben amar.

¡Qué ave en el mundo
De amores herida
Mi canto imitó!
¡Ay! de amor profundo
Solo aquí, mi vida,
Sabemos tú y yo.
Tus alas suaves
Tiende sobre mí;
Envidiennos las flores y las aves.
Yo canto para tí.

Pobre ruiseñor
Que muere de amor.

La palma y el sauce se mecen en calma,
Las ondas se tiñen de nácar y azul;
¡Qué hermoso es el rio y el sauce y la palma!
Alma de mi alma,
¡Qué hermosa eres tú!

Yo cuando canto vivo;
Es un raudal de música mi corazon altivo:
La luz es mi alegría,
Mi espíritu el calor:
Que soy, vida mia,
Pájaro y flor.

Tenemos un nido
De plumas tejido,
Que oculta en sus hojas gracioso laurel;
Tú velas en tanto,
Que al son de mi canto
Piando se duermen mis hijos en él.
No saben
En donde
Se esconde
Este tesoro que el amor nos dió.
¡Ay! es un secreto
Que oculto en los ramos
Guardamos
Tú y yo.
Qué ufanos, qué bellos
Reposan allí!
Vela tú mi vida, vela tú por ellos;
Yo velo por tí.

Pobre ruiseñor
Que muere de amor.

Ya ocultan las flores sus cálices rojos,
Inundan los cielos torrentes de luz;
Busquemos la sombra si el sol te da enojos;
La luz de mis ojos,
Mi vida, eres tú.

Suavísima es mi pluma,
Mi voz es la del céfiro que gime entre la espuma
Es mi contento el dia,
La noche mi dolor;
Que soy, vida mia,
Pájaro y flor

Altiva es el águila,
Tierna la paloma,
Gallarda y ligera
La garza real;
Mas tú eres mi espíritu,
Para mí en el mundo,
Gentil compañera,
No tienes igual.

¡Cuán rico tesoro
Me ofreces, bien mio,
Temblando de placer;
Cuando bebo en tu pico de oro,
La gota de rocío
Que templa mi sed.
Mis hijos alegres
Se miran en tí;
A amarte sus hijos
Aprenden de mí.

Pobre ruiseñor
Que muere de amor.

¡Ay! ya se levanta del valle sombrío
La tarde vestida de blanco y azul:
¡Qué triste está el cielo, los montes y el rio!...
Dulce dueño mio,
¡Qué triste estás tú!

Las brisas sosegadas
Arrastran en sus círculos
Mis notas apagadas,
Mi última armonía,
El último suspiro de mi amor;
Yo muero con el dia,
Que soy, vida mia,
Pájaro y flor.

Vén al ramaje espeso
Que oculta nuestro nido;
Quiero morir en él,
Dame el último beso;
Que recojan mi último gemido
Las hojas del laurel.

¡Qué ave en el mundo
De amores herida
Mi canto imitó!
¡Ay! de amor profundo
Solo aquí, mi vida,
Sabemos tú y yo.

Hará tu llanto
Que mis hijos bellos
Se acuerden de mí:
Enséñales las notas de mi canto;
Tú vive por ellos,
Yo muero por tí.

Pobre el ruiseñor
Se muere de amor.

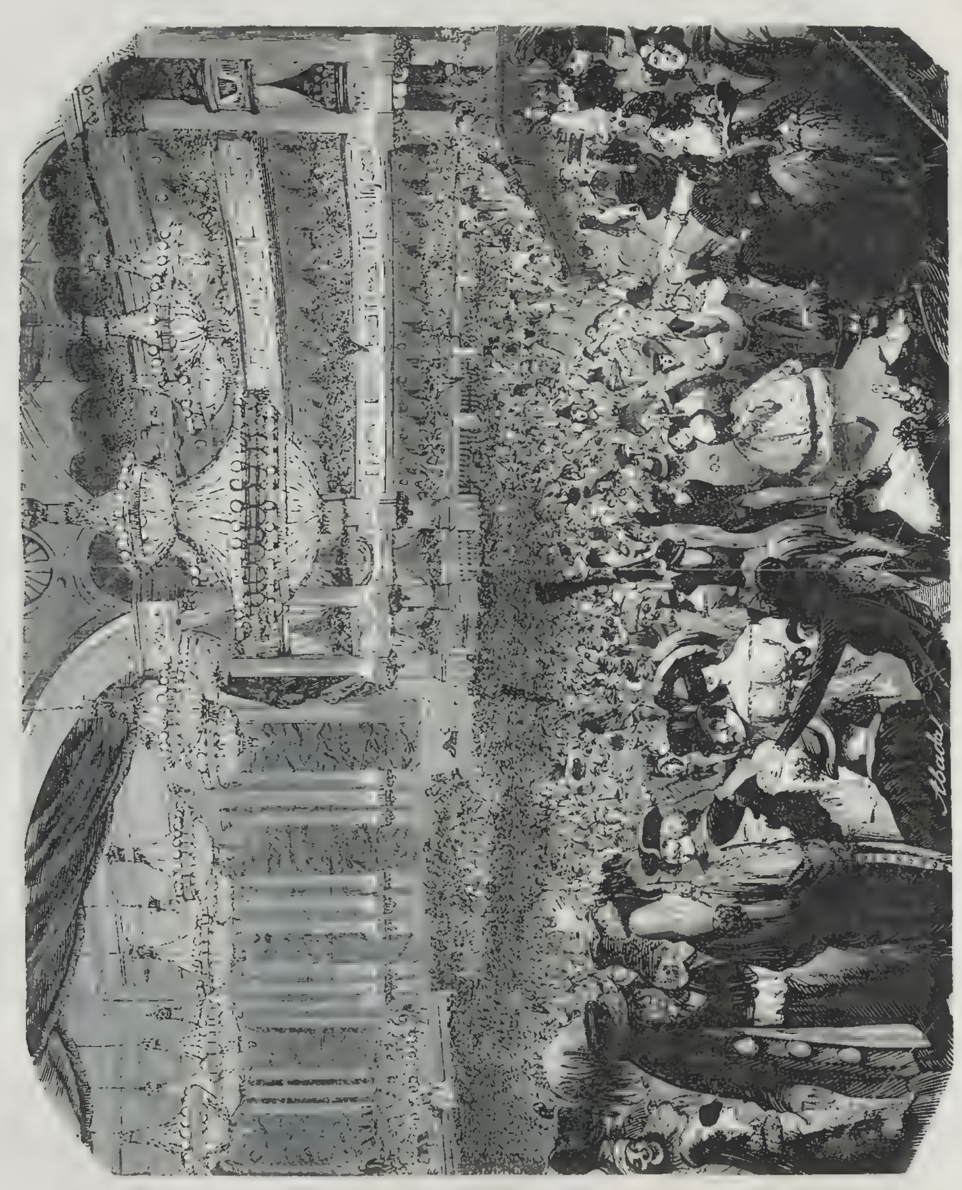
José Selgas y Carrasco.

El carnaval de Paris.

Sr. Director de *La Ilustracion*.

El carnaval de Paris se reduce á dos cuadros, que son dos bellas tradiciones: estas dos tradiciones que dan cierto viso de originalidad y de animacion á dicho carnaval, son los paseos del Buey Gordo por las calles de la ciudad y los bailes de la Grande-Opera.

La fiesta del Buey Gordo es menos entretenida que curiosa; pero á pesar de todo tiene su interés en su singularidad, y no seré yo quien intente rebajarla; bien al contrario, me parece digna de verse como todo lo que en el mundo se acerca al tipo de lo bello en la escala de la novedad. Consiste la tal fiesta en la eleccion anticipada del buey mas gordo que pueden ofrecer las ganaderías de Possy: verificada la eleccion por personas ó jueces competentes, se da al animal un nombre altisonante, tomado unas veces de los



BAILE DE MASCARAS EN EL TEATRO IMPERIAL DE LA OPERA DE PARIS, VERIFICADO EL 2 DE FEBRERO DE 1859.
(Copia de un dibujo de D. M. Ripalda)

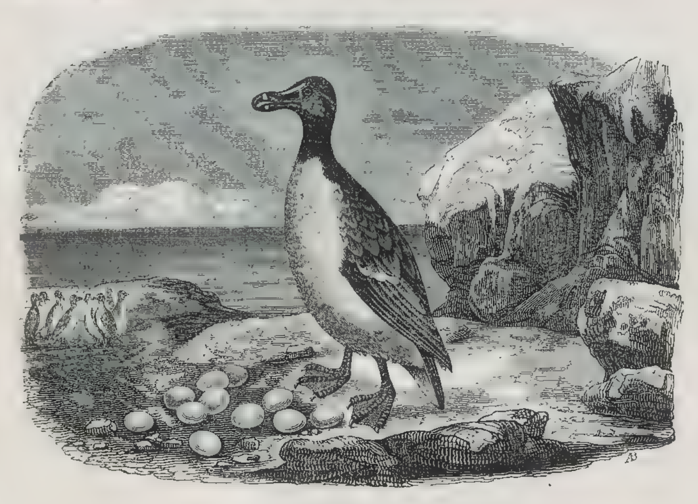
personajes célebres en las novelas contemporáneas, y otras de algun diplomático que ha tenido la diplomática destreza de crearse diplomáticas antipatías, etc.

Terminados estos preliminares, se reunen los matachines de Paris y de Poissy el domingo gordo, vestidos con trajes caprichosos en que se mezcla algo el tocado de los indios de América á las formas con que la poesía nos ha pintado los cíclopes. Adórnase al héroe de la funcion, al protagonista, en una palabra, al Buey-Gordo, con magníficas guirnaldas, y en seguida se le hace dar un paseo por la capital acompañado por el séquito oficial de los matachines y por un inmenso concurso de curiosos que aumenta gradualmente.

En este paseo que tiene todo el aspecto de una procesion pagana, el buey recorre y se detiene en todos los sitios donde viven las personas mas distinguidas de la poblacion, ya por su gerarquía política, ya por otros títulos, para lo cual es pre-

ciso que cada uno de los paseos dados en los tres dias tenga distinto itinerario, de modo que cuando el buey ha terminado su carrera, no es sin haber andado algunas leguas por las calles, plazas, plazuelas, encrucijadas y *ruais* de Paris. Tal es la fiesta del Buey-Gordo que, como antes he dicho, tiene el atractivo de la novedad, aunque por carecer de esos accidentes variados que son á los espectáculos largos lo que las emociones á la vida, se resienta al cabo de cierta monotonia, como es consiguiente.

He dicho que el Buey-Gordo tiene el interés de la novedad, pero no se entienda por eso que es cosa nueva. Yo creo, por el contrario, que ciertas fiestas, lo mismo que ciertas modas, parecen tanto mas nuevas cuanto son mas antiguas. En efecto, si pudieramos seguir punto por punto el hilo de esta tradicion, encontrariamos quizá que el Buey-Gordo es la divinidad á que los egipcios creian ligada el alma de Osiris, así como el buey Apis de los egipcios seria tal vez un plagio de otra fiesta antiquísima ya en algunos pueblos del Asia. Lo cierto es que la tal fiesta, como dejo indicado, tiene todos los resabios de una verdadera procesion pagana, si bien debe observarse que esta ceremonia de los tiempos que pasaron sirven de estímulo al sistema utilitario de los tiempos que corremos. El deseo de triunfar en la competencia para la eleccion del Buey-Gordo hace que los ganaderos estudien los medios de mejorar los pastos y la cria, todo lo cual reporta beneficios públicos y privados. Así, mientras los antiguos egipcios consagraban al culto estrambótico de la nacion un buey blanco, bien encornado, esbelto, es decir, elegante, prescindiendo de sus dimensiones, los franceses ofrecen solo á la diversion carnavalesca un buey gordo y tan colosal, que si se hallara medio de trasformar sus cuernos en trompa, se le tomaria por un elefante.


LAS AVES BOBAS.

Pasemos á otro punto.

Decia, que una de las bellas tradiciones del carnaval en Francia es la del baile de la Grande-Opera, y efectivamente, aunque todos los pueblos de Europa se parezcan algo en esta parte, debo confesar que el baile tiene entre los franceses un sello tan especial, tan característico, que debemos considerarlo como una tradicion de raza.

No hay en los salones de la Grande-Opera esa espansion que tanto me agrada en el Liceo de Barcelona. No tiene un hombre aquí la esperanza de encontrar una silfide que acepte su brazo desinteresadamente. Si quiere uno dar una broma, es preciso que esté dispuesto á gastar algunos francos en coche y cena, lo que además de destruir las ilusiones incompatibles con toda idea de egoismo especulador, constituye siempre lo que llamamos una broma pesada. Ni siquiera hay el ausilio del ambigú donde puede uno sentarse á pasar el tiempo cenando, bebiendo y apurando algunos cigarros, porque no debe darse el nombre de ambigú á una especie de barraca donde solo se encuentran malos licores y peores pasteles, con la circunstancia agravante de que se ha de pagar allí un franco por lo que en las tiendas cuesta un céntimo, y sin tener el derecho de fumar en virtud de esas prohibiciones á que son tan aficionados los franceses. Pero aparte de estas faltas, hay un salon llamado *foyer* donde se pasea la gente de buen tono que merece la pena de verse, y otro salon de baile donde realmente se baila.

¡Qué baile, amados lectores! Esto es lo que puede con razon llamarse un baile de máscaras y algo mas. En otras partes el baile se ha convertido en un serio ceremonial, en un grave paseo que sirve cuando mas para entablar relaciones amistosas; pero en la Grande Opera se baila con todas las reglas del arte; no hay pareja ni persona que no llame la atencion con sus medias cadenas, sus solos, sus trenzados y sus brincos, á que debe agregarse el efecto de la música en que no tienen rivales los franceses. Esto es magnífico, lo repito; y cuando no mereciera elogios como baile, seria digno de admirarse por el genio que todos y cada uno despliegan en la parodia y en la caricatura, lo que ofrece siempre el interés de la variedad unido al encanto de la gracia. El dibujo que le incluyo, aunque hecho muy de prisa, le dará á Vd. una idea de un baile de máscaras en la Opera.

Paris 4 febrero de 1859.

M. Ripalda.


ESCLAVOS OCUPADOS EN BUSCAR DIAMANTES Y EN LIMPIARLOS.

Las aves bobas.

Las aves bobas son de bastante mas tamaño que una gallina, y regularmente se crian en las orillas del mar, entre cuyas piedras ponen sus nidos. Los parajes en que segun los viajeros se encuentran con mas frecuencia son en las islas Croset; se las ve á veces en grandes grupos sobre la playa, donde se mantienen de marisco y de peces. Son muy abundantes en poner huevos, que han recogido algunos marinos en grandes cantidades. Estos huevos son algo mayores que los de gallina, tienen el cascaron muy duro y la yema es de un color rojo subido. Los que han comido estos huevos aseguran que tienen una propiedad purgante bastante fuerte. Son muy poco conocidas las costumbres de estas aves, de las cuales no se tiene mas noticia, que las referencias de los marinos que las han visto, y los cuales tampoco han podido observarlas sino por muy corto tiempo; es de creer, sin embargo, que estas aves, que parece son mansas, pudieran quizás domesticarse, aplicándolas al alimento humano, lo cual puede ser que alguna vez se ponga en práctica, por los que frecuentan las costas donde se crian, llevándolas á otros parajes que sean favorables para su aclimatacion.

E. Comas y Soler.

El diamante.

¡El diamante! ¡Cuántos corazones sienten á tan mágico nombre precipitar sus latidos! ¡Cuántos rostros juveniles se animan, cuántos hermosos ojos brillan! ¿Qué corazon femenino podría no codiciarle, no anhelar la posesion de este tesoro, maravilla de la naturaleza?

El diamante es el mas duro de todos los cuerpos, las raya todos, y corta el cristal. Tiene la propiedad de la refraccion simple; su forma primitiva es el octaedro regular. Por la frotacion se electriza vidriosamente. Si se deja un diamante algun tiempo espuesto á la luz del sol, y de repente se le transporta á un sitio oscuro, arroja una claridad bastante viva que luego disminuye gradualmente.

Si se somete el diamante á la accion de un calórico fuerte, se quema, se volatiza, y nada, nada queda de él; lo que demuestra del modo mas evidente que esta sustancia tan preciosa, tan brillante, no es mas que carbon puro.

¡Ay! sí, carbon y nada mas que carbon. ¡Elocuente y singular ejemplo de las grandezas humanas!

Las principales variedades del diamante son: el diamante incoloro, el rosa, el naranjado, el amarillo, el verde, el azul, el negro, el nogruzco y el transparente. El diamante incoloro es el mas estimado; la tinta que tienen los otros es sumamente ligera.

Mucho tiempo transcurrió sin conocerse mas diamantes que los de las Indias Orientales, donde se recogian en bastante cantidad; los reinos de Visapour, Golconda, el imperio del Mogol y la isla de Borneo, eran los únicos posesores de tan rico producto; pero desde el descubrimiento del Nuevo Mundo, se halla tambien en algunos puntos del Brasil, y particularmente en el distrito de Serro do Frio, en cuyo punto hay brigadas de esclavos á las órdenes de varios capataces que se ocupan en buscar este precioso tesoro.

Hasta el año de 1456 no se consiguió tallar el diamante, y se emplea para ello su propio polvo, procedimiento que descubrió un tal Luis de Berguen, natural de Bruges; pues anteriormente á la época citada, se llevaba el diamante en bruto.

Cárlos el Temerario, duque de Borgoña, fué el primer posesor de un diamante pulimentado, objeto entonces de un precio inestimable, y que perdio con todas sus otras joyas en la batalla de Morat.

A igualdad de peso, el valor del diamante es siempre superior al de las demás piedras conocidas; valor que aumenta á medida que crece su volúmen; pero en una proporcion muy rápida, y llega á punto tal, que es imposible calcular su precio ni estimarlo por tarifa creada al efecto.

En el número de los diamantes de un precio inestimable, se cuenta el de la corona de Portugal que pesa cerca de treinta y una gramas; el llamado *Regente*, que formaba parte de los diamantes de la corona de Francia, pesa treinta gramas y se estimó antiguamente en seis millones de francos. Sigue luego el que hoy pertenece al emperador de Rusia, que pesa ciento noventa y tres quilates, y que valuado á precio de tarifa, valdria trescientos sesenta y ocho millones de reales.

Merece ser referido el modo con que este diamante llegó á manos de la emperatriz Catalina.

Estando en 1748 un soldado frances llamado Bremaud, de guarnicion en Pondichery, desertó, recorrió parte de la India, y consiguió sustraer de un templo uno de los ojos de la estátua del Dios Brama. Este ojo precioso era cabalmente el diamante que acabamos de mentar.

El soldado, despues de haber arrostrado mil penalidades, consiguió pasar á Inglaterra, donde, haciendo diligencias por vender su diamante, dió con un judío que se lo compró en cincuenta mil francos, y que lo revendió casi inmediatamente en cuatro mil quinientas libras esterlinas,

El diamante quedó por mucho tiempo en manos del tercer ladron que conocia perfectamente su gran valor. Por último partió para Rusia y fué á enseñar aquella maravilla á Catalina, quien la vió con entusiasmo; pero á pesar de su gran poder, no siendo esta soberana bastante rica para consagrar mas de noventa y dos millones para satisfacer un capricho, negoció para conseguir la preciosa alhaja sin pagar su precio. Cerróse por fin el trato bajo las condiciones siguientes: en cambio del diamante se le dieron al tercer ladron trece millones de francos en efectivo, títulos de nobleza, y ademas se le asignó una renta vitalicia de cien mil francos.

Aquí terminaron las peregrinaciones del ojo del Dios Brama, que motivó el que una de las mas poderosas soberanas del mundo se hicise cómplice de un robo por encubrimiento... ¡Véase hasta dónde puede conducirnos el deseo de poseer grandes cosas!

Este ojo del Dios pagano, que hoy dia sostiene el águila que corona el cetro ruso, aunque tan magnífico, es muy inferior al diamante llamado Koh-i-Noor, que significa *Montaña de Luz*, traido muy recientemente de la India á Inglaterra (en junio de 1850).

Esta maravillosa piedra, destinada á la reina Victoria, fué estraida de las minas de Golgonda hace tres siglos, en 1550. Mientras los reinos del Deccan fueron arrebatados por el poder invasor del Mogol, el Koh-i-Noor permaneció guardado en el tesoro del Delhi imperial, donde el 2 de noviembre de 1655 le vió Tavernier, viajero frances, que por un favor especial de Aurungzel, obtuvo el permiso de tocarle, examinarle y pesarle: créese que hasta el dia ha sido el primero y último estranjero que ha gozado de semejante privilegio.

Esta piedra inapreciable quedó en Delhi hasta 1739, época en la cual el imperio recibió el golpe mortal por la invasion de Madir-Shab. Entonces el Koh-i-Noor pasó de Delhi á Musbed, y luego sucesivamente por causa de las revoluciones de Musbed, á Caboul, y de Caboul á Lahora.

De todos los diamantes conocidos el Koh-i Noor es el mas grueso. En su estado bruto pesaba ochocientos quilates; pero por una torpeza del artista encargado de tallarlo, quedó reducido á doscientos setenta y nueve quilates que es el peso actual.

La *Montaña de Luz* se parece bastante por su forma y tamaño á medio huevo de gallina. Tal es el diamante estraordinario que hábilmente salvado de los restos del tesoro de Lahora, el principio de la última insurreccion, acaba de aumentar las prodigiosas riquezas de la corona de Inglaterra.

Julio Bravo.

Cantos populares de Suecia.

HILLEBRAND.

Hillebrand servia en la casa del Rey. Servia en ella hacia ya quince años.

No servia por el interés del oro, sino por que la jóven Gulleborg le parecia muy hermosa.

—Escucha, jóven Gulleborg, lo que quiero decirte. ¿No tienes deseos de marcharte conmigo de este pais?

—Con mucho gusto me marcharia contigo de este pais, si no hubiera aquí tantas personas que me celasen.

Me vigilan mi madre y mi padre, mi hermana y mi hermano.

Me vigilan mis parientes, mis amigos, y sobre todo el caballero que desea obtener mi mano.

—Yo te daré un vestido de púrpura fina, y no conocerán tu semblante rosado.

Yo cambiaré tus anillos, y no conocerán tus manos diminutas.

Hillebrand ensilla su caballo tordo, y coloca fácilmente á la jóven Gulleborg en la grupa.

Cabalgan por el bosque, que tiene treinta millas de largo, y encuentran á un buen caballero.

—¿En dónde has tomado esa jóven? Me parece que no va muy tranquila

—La he tomado en casa de su madre, que por eso está derramando muchas lágrimas.

—Se me figura que conozco ese semblante rosado; pero desconozco ese traje de púrpura fina.

—Adios, adios, buenas noches. Saluda á la jóven Gulleborg; salúdala mil veces.

Despues que hubieron andado aun algunos instantes, Hillebrand quiso descansar.

—Oh Hillebrand, Hillebrand! no duermas ahora. Oigo los siete hombres de mi padre que tocan la trompa.

Conozco el paso del caballo de mi padre que hacia quince años que no salia.

—Cuando me lance al combate, querida Gulleborg, no pronuncies mi nombre.

Cuando estemos en lo mas fuerte de la pelea, querida Gulleborg, ten mi caballo.

—Mi madre me ha enseñado á trabajar el oro y la seda; pero no á tener un caballo en el combate.

Hillebrand se adelanta, y en el primer ataque mata al hermano de Gulleborg y á algunos hombres.

Se adelanta por segunda vez y mata al padre de Gulleborg y á algunos caballeros.

—¡Hillebrand, Hillebrand, deten tu espada mi buen padre no merecia recibir el golpe mortal.

Apenas ha pronunciado Gulleborg estas palabras, cuando Hillenbrad recibe siete heridas mortales.

—¿Quieres ahora volver al lado de tu buena madre, ó quieres seguir á tu jóven amigo enfermo?

Se internan en el estenso bosque. Hillebrand no pronuncia ni una palabra.

—Hillebrand, estás cansado ó triste? No dices ni una palabra.

—No estoy cansado ni triste, pero corre la sangre de mi corazon.

Hillebrand llega á la morada de sus padres, y su madre se adelanta á recibirle.

—Dime, caballero Hillebrand, ¿como te encuentras? Sale la sangre á borbotones de tu cuerpo.

—Mi caballo ha tropezado. Iba descuidado y me arrojó contra un manzano.

Querido hermano, lleva al instante mi caballo á la pradera; querida madre, preparadme mi lecho.

Querida hermana, arregla mi cabellera; querido padre, vos seguireis mi ataud.

—Hillebrand! Hillebrand! no hables asi. El jueves celebraremos nuestra boda con placer y alegría.

—Nuestra boda se hará en la morada sombria. Hillebrand no vivirá cuando amanezca.

Y cuando vino la luz del dia, sacaron de la casa de Hillebrand tres ataudes.

Uno contenia el cadáver de Hillebrand, otro el de su prometida, y el otro el de su madre, muerta de pesadumbre.

T.—E. Comas y Soler.

Efecto de los anteojos.

Pues, señores, Vds. han de saber que tengo un vecino, que este vecino se llama Roque, y es chocho por sus hijos, cosa que antiguamente no tenia nada de particular, pero que ya va siendo prenda estimable desde que tantas personas miran con prediieccion á los gatos, á los perros, ó á los monos. Mi vecino estaba casado, sin lo cual no seria bien visto que quisiera á sus hijos, y la señora le habia proporcionado el cuádruple placer de enloquecerse con cuatro hembras, redundancia que alguna vez le inspiraba á tener varones.

Hallábase en cinta la esposa de mi vecino, y ella, y él y todos anhelaban que resultase un angelote que perpetuara el apellido de la familia: la crisis se acercaba... pasó, pasó el tiempo... y cosa clara ¡llegó el momento fatal!

Hacia ya dias que le andaba rondando á la esposa de Roque la voluntad de ser madre; pero mi vecino, hombre de gran cachaza, y de esos que por nada se apesadumbran, no perdia el sueño ni ménos el apetito, y hasta la noche crítica dormido se quedó como un cachorro, porque el heredero de su nombre tardaba en venir al mundo. A media noche rompió la nube, y una amiga que velaba á la enferma, temerosa de que no viniese el comadron aprisa como era necesario, mandó llamar á una partera que con tanta exactitud quiso acudir, que por no encontrar sus anteojos tomó los de su huésped, que estaban sobre la mesa.

Mi vecino ronca que roncarás, y su señora chilla que chillarás sobre si el chico nace ó no nace. Nació por fin, y la partera le tomó en brazos exclamando, ¡Es un muchacho!

Con tan feliz noticia corrió la amiga á la cama de mi vecino, que dormia como un bendito, y que se desperto al cabo á fuerza de pellizcos y empujones.

—Qué, ¡que es eso! preguntó Roque estregándose los ojos.

—Ha parido...

—¡Oh!

—Venga V. á darle un beso... es un muchacho como un carnero...

—¡Ah! ¿de veras?

—¡Toma! como unas mantecas.

—Voy, voy.

Se marchó la amiga, mi vecino dió media vuelta, y pensando en su buena estrella se echó sobre la almohada y se durmió otra vez soñando con su muchacho.

Entretanto la pobre señora seguia padeciendo, y todas las señales eran de que aun iba á ser mas madre, con efecto á los pocos minutos cátate en campaña otra criatura que recogió y arrojó la amiga.

—Es una niña preciosa, dijo, y corriendo otra vez al cuarto del papá, que roncaba sin piedad, le dispertó.

—Vamos, D. Roque, que acaba de parir la señora.

—Si, si, ya me acuerdo...

—Teneis una niña como unas flores

—¿Eh? eh, dijo el vecino incorporándose y limpiándose los ojos; ¿qué es lo que dice V.?

—Que su señora ha dado á luz una niña como un ángel.

—Pues yo estaba creido de que era un muchacho.

—Vamos, arriba pronto.

Y tomó el tole para dejar al otro espacio para vestirse, pero el vecino se tumbó otra vez, vencido del sueño.

—¡Voto á!... yo he soñado que tenia un muchacho. ¡qué lástima!

Es el caso que se volvió á dormir, y el caso es tambien que su señora, modelo de fecundidad, no se contentó con dos rotoños, sino que á poco tiempo echó el tercero que recibio la comadrona en sus brazos, exclamando: ¡otro muchacho!

La oficiosa amiga se encaminó en seguida al aposento del buen Roque, y despertándole con enojo:

—Vamos, perezoso, dijo, venga V. á dar la enhorabuena á su esposa.

—Sí, sí, iba ya...

—Se ha concluido... ¡Qué muchacho tan rollizo!

—¡Cómo! ó yo estoy lelo, ó unas veces oigo que es un muchacho, otras que es una muchacha... ¿En qué quedamos?

—¡Levántese V. y lo verá!

Un esfuerzo heróico hizo mi vecino y se lávantó: pasó á la alcoba de su cara esposa y encontró... tres criaturas aviadas, envueltas y fajadas. Este espectáculo le dejó atónito, no entraba en sus cálculos una multiplicacion tan rápida, pero cuando oyó decir que eran dos niños y una niña... del mal el menos, el deseo ahogó la triste perspectiva de tres boquitas mas que alimentar.

Al amanecer todo el barrio sabia la noticia, y los parientes acudieron á felicitar á Roque que tenia ya bautizados á sus vástagos con los nombres de Aquiles y César.

Vino luego el comadron y quiso cerciorarse de si eran bien conformados los recien nacidos, desnudáronlos... todos se abalanzan á besarlos... ¡oh sorpresa! ¡eran todas hembras!

—¡Tres muchachas! exclamó mi vecino, ¿pues no me habian Vds. dicho que dos eran varones? A ver, señores, ¿qué es esto? ¿se juega en limpio?

—No comprendo este enigma, dijo la comadre, si yo ví clara y distintamente.

Se volvió á calar los anteojos de su huésped, miró primero á las reciennacidas, luego á los ojos postizos... ¡Ira de Dios! ¿cómo habia de ver si los anteojos no tenian vidrios?

JULIO BARCELÓ.

La corona de fuego.

I.

El Miño es uno de los rios mas principales de España sin salir de los límites de Galicia. Desciende de las faldas occidentales de los últimos ramales de los Pirineos en una laguna llamada Fonte-Niña, perteneciente á la provincia de Lugo, y despues de reasumir infinidad de rios y riachuelos corriendo unas sesenta leguas, se une en la villa de la Guardia al océano Atlántico.

Pero en las insinuosidades de estas sesenta leguas, ¡cuántos paisajes pintorescos deja á derecha é izquierda, cuántos *castros*, cuántos castillos arruinados!—Si algunos de nuestros escritores recogieran aquellas páginas de escombros diseminadas por los valles y las montañas que atraviesa, si se dedicaran á esplotar aquella mina de hechos horrendos, monstruosos, infernales, virgen aun, donde el puñal y el incendio han figurado tanto, ¡qué abundante repertorio de asuntos espantosos no encontrarian para sus dramas! ¡qué galería tan completa de héroes y de mártires, de caballeros fuertes é infames, y de caballeros débiles y honrados, de verdugos y de víctimas no arrancaría á las ruinas, desde la dominacion de los suecos hasta la dominacion de los Borbones!...

Y sobre todo, en la edad media, ¡en aquella edad de tanto reyezuelo, de tanto déspota, de tanto asesino!... ¡entre aquellos hombres abrasados por los vinos del pais, que no vivian mas que para las orgías y el vicio, que alimentaban las pasiones mas violentas é iracundas, y que como los mas detestables piratas ó bandidos no sentian emociones mas deliciosas que las emociones del licor y de la sangre, las emociones del puñal y el fuego!...

Todos los episodios mas sangrientos y horrorosos que deseaban hallar nuestros poetas desde la aparicion de *Ivanhoé*, todo lo hallarian en aquel museo de ruinas... allí, en aquellos pueblos y comarcas donde se asesinaba públicamente, en medio del dia, en medio de la calle y en la misma procesion del Corpus... allí, donde las venganzas mas horrorosas han dejado hondamente impresas las huellas de sus triunfos... allí, donde arrastraban y despeñaban condes, marqueses y otras gerarquías militares... donde los sacerdotes se ataron á los caballos de los vencedores, y como en otras partes los altares sirvieron de pesebres á sus corceles medio quemados y enrojecidos por las llamas y la sangre de los moribundos... donde en el siglo XV estalló una revolucion popular compuesta de gente vil y endemoniada, de asesinos y ladrones que bajo el título de *libertad* saquearon los pueblos y arrasaron los castillos oponiéndose á todo dominio... aquella conmocion que nada se hizo á medias, la lanza en pos del puñal... en pos de la sangre, el fuego.... aquella conmocion fatal en que los nobles tuvieron que defender sus fortalezas palmo á palmo, escalera por escalera, con las llamas por la espalda y las dagas por el pecho, concluyéndose por incendiarse todo, cadáveres y casas..... ¡Oh! ¡las márgenes del Miño han consumado admirablemente las devastaciones!

No hay castillo feudal desmoronado que no esconda una leyenda horrible entre sus hacinados escombros, que no revele escenas espantosas de muerte y de pillaje, de insultos y de profanaciones. Mas entre todas esas leyendas lastimosas que las pasadas generaciones nos legaron, ninguna tan conocida en Galicia, tan interesante ni original como la que nos va á ocupar; y sin embargo, ninguna tan confusa, ninguna tan adulterada. Unos la hacen hija legítima de Villalva, y otros de Monforte de Lemos..... unos la refieren de un modo y los demás de otro, y aunque todos disienten en las causas, todos convienen en el efecto... todos concluyen con la corona de hierro, con la corona de fuego...

Pero he aquí la tradicion... es una historia terrible que nuestros montañeses mas impasibles desearan tener por fabulosa si no la vieran confirmada por los eruditos y por las crónicas antiguas de aquel territorio.

No muy distante de la confluencia del Sil y el Miño en Emtrambastestas, se reune al primero junto á la barca de Santiesteban el cristalino Cabe que nace en las sierras de Onicio, y pasando por Fornelos, Ferreirrua y el puente de Ramoiño, corre por el centro de Monforte de Lemos, dividiéndola en dos mitades enteramente iguales.

Esta villa, pues, que se halla al N. O. de la ciudad de Orense y á una distancia de diez leguas sobre poco mas ó menos, es de las mas agradables y vistosas de Galicia. Situada al pié de una elevadísima montaña por cuyas pendientes tantos riachuelos bajan serpenteando al rio que la atraviesa, se dibuja tan pintoresca con sus cuatro conventos, con su famoso seminario de magnífica fachada, y otros edificios mas que descuellan entre las bellísimas casas de sus rectilíneas calles, ofreciendo un aspecto admirable y elegante para el viajero que gusta de esas perspectivas risueñas esculpidas sobre un campo lleno de verdor y animacion, y bajo un cielo azul y transparente como el delicioso suelo de nuestras montañas septentrionales.

En la cima del monte cónico y aislado a cuyas plantas se levanta esta villa de unos nuevecientos á mil vecinos, hay en el dia un monton informe y colosal de vetustos escombros, entre los que alguno que otro torreon mutilado se descubre como para dar una idea de lo que fueron en otros tiempos. Estas mismas ruinas son las de la casa solariega de los condes de Lemos, descendientes de reyes y reputados como los señores mas poderosos del pais; pues su señorío constaba de veinte castillos, segun las tradiciones antiguas, y el P. Gándara asegura en su voluminoso nobilario. Inmediato á este castillo, tan inmediato que del uno al otro edificio se va por una galería arqueada sostenida por diez ó doce pilastras de piedra sillería, se levanta el castillo de un hombre poderoso, de D. Fernando de Osorio, que por rareza en aquellos tiempos de guerras intestinas entre los nobles, estaba en paz con su vecino.

Y esto pasaba en lo alto de la montaña: en la base estaban las casas del pueblo como una legion desordenada de vasallos acampados que intentaba en vano trepar por las pendientes que los separaba de los nobles. Todo parecia estudiado, hecho al intento... los señores arriba, los siervos á sus plantas.

Pero sin embargo de la celebrada union de aquellos nobles, tan bien representada en el panorama que ofrecia la montaña fuerte ó Monforte, muy luego el ódio sustituyó á la amistad..... un ódio iracundo, implacable, mortal..... ¡Oh, sí, mortal!

Veréis porqué.

BENITO VICETTO Y PEREZ.

(Terminará en el próximo número.)

Bibliografía.

ROMERIA A LOS ANGELES, *por D. Narciso Blanch é Illa.*

Ningun paisaje contemplamos con tanta indiferencia como aquel que hemos visitado diariamente desde nuestra infancia. La repeticion de impresiones debilita cada vez mas la huella que en el alma dejan, y, como si amortiguara nuestra sensibilidad, hace que pasen desapercibidos los encantos que en otro tiempo causaron sensacion profunda. Y sin embargo, cuando el hombre se entrega á sus meditaciones, ningun sitio le inspira tanto como aquel que ha frecuentado durante muchos años. Allí todo le habla en lenguaje elocuente. Hasta los objetos mas insignificantes tienen para él misterioso atractivo; la sombra de una encina ó el picacho de una roca le atraerán dulcemente porque tal vez una tarde de mal humor le ofrecieron apacible retiro. Allí le acariciaran acaso las brisas que le arrullaron en la cuna; un banco de piedra ó una señal trazada en una pared traerán á su memoria los inocentes juegos de su infancia; á la vista de los frondosos álamos que, como esas mujeres coquetas preciadas de su hermosura, se contemplan en el rio, recordará tal vez una historia de amores; y el son de la campana de una modesta ermita será dulce bálsamo para su corazon, porque allí descansan la fé que le ha salvado en su pesadumbre, las piadosas tradiciones que como un legado precioso heredó de sus padres, el lazo de la devocion que mantiene hermanados sus sentimientos con los de toda una comarca.

Estas consideraciones nos ha sugerido la lectura de la obrita que lleva por título el que nos sirve para encabezar estas líneas. Obra de modestas pretensiones, que es á la vez una guia y un poético parto de imaginacion, deleita á la par que va sembrando curiosas noticias históricas y tradicionales sobre el santuario de Ntra. Sra. de los Angeles, objeto de particular veneracion en toda la provincia de Gerona. El señor Blanch, ventajosamente conocido como autor de *Gerona histórico-monumental*, del drama *Flaquezas del alma* y de otros trabajos literarios, ha dado en esta ocasion una prueba mas del acendrado amor que profesa á su pais natal, escribiendo sobre él las impresiones de una romería. La enunciacion de la idea que ha presidido á su trabajo basta por sí solo para dar á conocer que todas sus páginas han de rebosar de esa esquisita ternura del alma que ama la soledad de la naturaleza, de esa inspiracion que nunca falta al que la busca en los encantos de la religion y del amor patrio. Y para que nada falte á la obra, la dedica el autor á su anciano padre «en ofrenda de acendrado cariño», como la modesta violeta que crece junto al arroyo que, cual si quisiera espresar su reconocimiento; se inclina para besar las aguas que le han dado vida.

A pesar de lo frecuente que es caer en la monotonía en obras de este género cuando se prolongan demasiado, la del señor Blanch se lee con gusto hasta el fin. La brillantez de su estilo cautiva siempre; y las ideas notables de que está matizada, algunas de ellas esencialmente filosóficas, la hacen altamente recomendable.

Damos al señor Blanch nuestro cordial parabien y le invitamos á que siga la senda que se ha trazado con el mismo aliento que hasta ahora, seguro de que verá recompensados sus afanes con el aprecio de sus compatriotas y las simpatías del público.

JUAN BAUTISTA FERRER.

El arco de Fiorillo.

Fiorillo era un célebre violinista italiano de grande habilidad y que carecia absolutamente del excesivo amor propio tan comun á sus compatriotas. Vivia en Lóndres á fines del último siglo, en cuya ciudad habitaba tambien el baron de Bayge, hombre tan excesivamente aficionado á la música que en todo la encontraba: si oia rechinar los goznes de una puerta, mayar un gato ó disputar acaloradamente en una calle, al momento sacaba su libro de memorias y apuntaba las inflexiones músicas correspondientes: no habia en la ciudad vendedor ambulante cuyo grito peculiar no se hallase reproducido en la coleccion del baron. A pesar de esta aficion á la música, de los muchos maestros que tuvo y de las tres horas diarias que dedicaba al estudio del violin, nunca pudo conseguir tocar con afinacion; pero su mano armonicida á lo que mas se resistia era á los bemoles. Fiorillo, que era á la sazon su maestro, se desesperaba y no sabia que hacer con su discípulo. Un dia arrojó este encolerizado el violin exclamando: Bastante he aguantado.

—¿Qué decis, milor? preguntó el maestro.

—Digo que estoy resuelto á hacer una mocion á la alta cámara para que prohiba, bajo la pena de una fuerte multa, á todos los compositores de música emplear bemoles en sus composiciones.

—¡Graciosa proposicion! exclamó Fiorillo riendo á carcajadas.

—Por lo menos moral, señor mio, exclamó el baron con dignidad. Tenemos una ley contra los juramentos y no hubiese yo faltado á ella tantas veces si no existiesen los bemoles.

Despues de tres años de un estudio tenaz logró el baron tocar medianamente un solo Jarnovieh, menos los bemoles, y entusiasmado con este resultado, dijo á Fiorillo que queria dar á sus amigos una muestra de su habilidad, y que le encargaba tomase sus disposiciones para celebrar un concierto en el sábado próximo. Pasáronse, pues, esquelas de convite á los príncipes de la familia real, presidentes de ambas cámaras, corregidor de la ciudad y grandes dignatarios del Reino-Unido, los cuales como conocedores de la originalidad del baron, aceptaron con maliciosa prevencion el convite. Llegó el dia del concierto, y Fiorillo pensativo en extremo, se hallaba completamente alterado, sombrío y meditabundo ¿Qué teneis, mi querido maestro? le preguntó miss Betty, sobrina del baron.

—¡Ay! señorita, contestó el profesor. Su gracia va á comprometer esta noche los veinte años de una profesion honrosa.

—Vuestra reputacion está bien asegurada, no os apesedumbre eso, creedme; si se rien, reiros, el triunfo ha de ser esta noche del que mas se ria.

A pesar de los consejos de miss Betty, asistió al ensayo trémulo de miedo: el baron llegó con la mayor tranquilidad, subió al sitio destinado para los que habian de ejecutar los solos, y sin aguardar á que empezara el tutti, rascó desesperadamente las cuerdas de su violin. Aquello fué una trapisonda, un desconcierto general; pero los músicos que estaban pagados para adular aplaudieron estrepitosamente.

Todo habia ido bien hasta entonces; pero llegada la hora del concierto observó el baron entre la concurrencia al hermano del rey, primoroso violinista, y á la duquesa de Cambridge, que pasaba por la primera música de su época. Tembló de terror el baron, y fué á buscar aceleradamente á Fiorillo; este habia desaparecido.

—Pues señor, no hay remedio, dijo el baron: hay que tocar, suceda lo que quiera, y puesto que mi maestro me abandona en tan críticos momentos, me vengaré de su abandono tocando con su arco.

Llegó la hora del concierto, que dió principio con un magnífico coro de Handell, desempeñado con acierto y maestría. Siguieron despues dos composiciones del célebre Paisiello, y el órden de la fiesta señalaba en seguida el solo del baron. Presentóse temblando, hizo un respetuoso saludo, y la orquesta empezó el tutti que precede á toda pieza destinada á que un aficionado luzca sus primores. El baron ejecutó con una seguridad admirable la introduccion de su solo: la asamblea que habia asistido con intencion de reirse, quedó sorprendida al oir tan brillante ejecucion: levantáronse entusiastas gritos, víctores y repetidos aplausos, y agitáronse violentamente los pañuelos en honra del baron, que ignorando lo que le sucedia temblaba sudando á mares.

Al dia siguiente el ayuda de cámara al hacer la limpieza general de los instrumentos de música, notó que las cerdas del arco estaban llenas de sebo. Sorprendido se presentó á su amo, que admirado á su vez llamó á Fiorillo.

—Ahí tienes el arco que tan bien me ha servido anoche, ruégote me le dejes como un grato recuerdo y admitas en cambio este corto obsequio.

Al decir esto le entregó el documento de un vitalicio de cien libras esterlinas.

—Pero ¿cómo se halla este arco de este modo? Fiorillo bajó su cabeza y no contestó.

—Mi querido tio, respondió entonces miss Betty, vuestro maestro se escondió anoche detrás de un biombo y fué quien tocó mientras vos manejábais con tanta maestría su arco untado de sebo.

—Pues mirad si estaria anoche fuera de mí, que creia firmemente ser yo quien ejecutaba tan sorprendentes primores.

JUAN RAMON IGUALADA.

Maravillas de la naturaleza y del arte.

Etna.—Volcan de la Sicilia, de cerca de 10,000 piés de elevacion y cuya base tiene unas 40 leguas de circunferencia. La temperatura, lo mismo que la de las montañas de los climas templados, es variable segun las diferentes alturas; se la divide en tres regiones: 1.ª la del cultivo; 2.ª la de los bosques; 3.ª la de las nieves. Se cuentan mas de 80 erupciones de este volcan, entre las cuales ha sido notable la de 1812 por haber durado muchos meses. La lava de la erupcion de 1753, tenia cerca de 6,000 piés de ancho por 200 de espesor, y la de la erupcion de 1669 que no tenia mas que unos 100 piés de espesor, contaba una legua de ancho por cuatro de largo.

Geroglífico.



SOLUCION DEL GEROGLIFICO ANTERIOR.

Las canas de un viejo moderado y sensato, son los laureles con que le corona el tiempo.

ADVERTENCIA.

Los señores de fuera de Barcelona que deseen suscribirse á este periódico, pueden hacerlo enviando directamente sellos de franqueo con arreglo al siguiente estado:

Sellos.	Mes.	Trimestre	Semestre.	Año.
De 4 cuartos.	7	19	38	68
De 1 real.	3	9	18	32
De 2 reales.	1½	4½	9	16

De dicho estádo se desprende que obtiene la rebaja de 4 reales vn. el que se suscribe por un año; es decir que por 32 rs. vn. tendrá pagados doce meses de suscripcion.

Por todo lo que antecede, CARLOS CUSTI Y RIU, E. responsable.

Imprenta del DIARIO DE BARCELONA, á cargo de Francisco Gabañach, calle Nueva de S. Francisco, núm 17

Núm. 5. Barcelona 1.° de marzo de 1859. Año I.

LA ILUSTRACION

PERIÓDICO QUINCENAL.

PRECIO.

En Barcelona, por un mes, llevados los números á domicilio, 3 rs.

Fuera de Barcelona, id., franco de porte, 3 rs.

PUNTOS DE SUSCRIPCION.

En Barcelona en la papelería de los señores Sala, hermanos, calle de la Union, núm. 3, y en las principales librerías del reino.

La correspondencia deberá dirigirse á D. Francisco Nubiola, rambla de Canaletas, núm. 3.

OBSERVACIONES.

El que se suscriba por un año obtendrá la rebaja de 4 rs. vn.—Toda suscripcion debe empezar el 1.° de mes.—No se venden números sueltos.

SUMARIO.

Los bueyes y los caballos.

Tomamos del *Journal d'agriculture pratique* el siguiente curioso escrito que hemos traducido con gusto por referirse á una cuestion de interés suscitada recientemente en el estrangero, y cuyo debate parece va adquiriendo mayor importancia de la que hasta ahora se le habia dado.

«Mr. Jamet—dice el artículo—que ha promovido una larga discusion acerca del trabajo de los bueyes y en particular sobre las desde ahora célebres yuntas de la Subrardière, nos anuncia un nuevo escrito en el que se propone tratar extensamente de las especialidades en la raza vacuna, así como de las apreciaciones á que pueden dar lugar. No quisiéramos disuadirle de publicar el escrito anunciado, por que á Mr. Jamet se le escucha siempre con gusto, aun en aquellos casos en que no se participa de su opinion. Hasta nos agrada y llama nuestra atencion ese tono vivo y quizás algun tanto provocativo que le ocasiona rencillas con una gran parte de los que con él discuten. Atribuíase á los poetas el *Genus irritabile vatum*, y en adelante será preciso atribuírselo tambien á los agricultores excusándoles del aislamiento en que la mayor parte viven; puesto que la soledad á pesar de tener cierto encanto, no enseña á sufrir las contradicciones ni á discutir con paciencia.



TORO DE RAZA FEMELINA PURA, EDAD 36 MESES.

Primer premio del concurso de Chaumont en 1858; expuesto por Mr. Garola, en Echenay (Haute Marne), nacido en la ganadería del propietario.

Tendremos pues una particular satisfaccion en que Mr. Jamet nos hable aun de los bueyes y de las labores por ellos hechos, pero quisiéramos que tuviera presente antes que, para que el debate sea instructivo, si es que deba haberle, convendria fijarle entre los bueyes de la Subrardière y los caballos de la Beauce ó de la Brie.

El ganado vacuno sirve para dos fines. Por muy partidario que uno sea de ciertas especialidades en esta clase de ganado, no creemos pueda negarse que el mayor mérito de los bueyes y de las vacas hasta ahora, ha consistido en no ser precisa y únicamente animales de renta, ni tan solo animales de tiro, sino que participan de ambas ventajas para el uso de los cultivadores á quienes la mediana extension de sus tierras, ó alguna otra circunstancia no les permite ocupar, ni por consiguiente mantener económicamente, otras yuntas.

Supongamos el caso en que se halla un labrador que cultiva ocho ó diez hectáreas de tierra. Para ello tiene cuatro y algunas veces seis vacas; y tiene tambien un hijo de diez ó doce años ó una hija á quienes no sabria como ocuparles, el cual aguijonea la yunta mientras aquel empuña la esteva. Cuando puede ara y cuando no, sus vacas le dan terneras y leche. Hé aquí una organizacion del servicio de las yuntas tan sencilla y tan buena como pueda serlo, y muy capaz para aconsejarle su conservacion. El trabajo de sus vacas es superior al de los caballos y al de los bueyes de la Subrardière, que no son mas que caballos con cuernos, y tanto mejor cuanto que sus vacas, en lo posible, fueron escogidas, como igualmente propias á dar leche y trabajo, sin ser en manera alguna animales pertenecientes á una especialidad determinada.

Un hombre que goza de cierto bienestar, cultiva ó hace cultivar sobre unas quince hectáreas de tierra ligera ó de mediana cualidad, de las cuales una gran porcion está convertida en prados. Sírvese de los mozos que tiene y para ahorrar el alimento y el salario del vaquero del caso anterior, se queda con tres ó cuatro y reemplaza á los otros por dos bueyes que puedan arar con la ayuda de un hombre solo. Cuando sus bueyes están ocupados, no hay nada que decir: mas cuando no saben que hacer, engordan. Así lo hace este propietario, y si fuéramos á decirle: «Amigo mio, comprad dos caballos ó dos bueyes *nanteses* que trabajarán mas y mejor, que los bueyes que teneis» nos contestaria: «no niego que los caballos ó quizás aun otros bueyes, irian mas aprisa que los mios cuando no tendria en que ocuparles. Pero en este caso comerian mucho sin ocasionarme mas que pérdida, les sobrevendria alguna enfermedad ó moririan de vejez. Por el contrario mis bueyes nada pierden en el establo y algunas veces en invierno consigo engordarles ó cuando menos que tomen mas carnes, para comprar en la primavera otros dos que sean flacos; y esta operacion complexa que ora pide trabajo, ora pide carne á los mismos bueyes, es en tanto preferible en cuanto les habia ya escogido á propósito para ambos objetos.» ¿Qué objeciones pueden oponerse á tal razonamiento? Evidentemente este propietario, como el labrador de que se ha hablado en el caso anterior, tiene motivos para guardar su ganado. Pueden además concebirse otras circunstancias que obligarán á hacer otro tanto; y si bien se examina, tal vez resultaria que la mitad de los agricultores franceses, se halla bajo la presion de estas circunstancias y que en consecuencia seria sobradamente ocioso el querer inducirles á preconizar el sistema de las especialidades ó castas destinadas á un solo objeto.

Mas, hé aquí á Mr. Jamet, ó si se quiere al conde de Buat que nos dice: «Yo tengo trabajo, mucho trabajo: tengo 32 hectáreas de tierra que necesita labrarse tres ó cuatro veces. Voy á comprar ocho bueyes *nanteses* que al precio de mil, ó mil doscientos francos el par, me costarán de 4,000 á 4,800 francos: los guardaré mientras puedan trabajar—diez y siete años quizás—como Mr. Chretien; y cuando sean viejos, si tienen la desgracia de romperse una pierna ó tan solo uno de los cuernos, me abstendré de engordarles, por que hemos probado que el cebamiento de estos animales no puede ser sino oneroso.» A esto quisiéramos oir contestar á un cultivador de la Beauce ó de Flandes: «Mejor harias en comprar cuatro buenos caballos, puesto que los bueyes buenos exclusivamente para el trabajo, existen desde mucho tiempo y son los caballos.» Mr. Villeroy decia que no le era posible concebir la ventaja que sobre los caballos pudiesen tener los bueyes, buenos solo para el trabajo: y en verdad, ahora sobre todo que se nos enseña que la carne de caballo es un manjar excelente, los bueyes no podrian tener otra ventaja que la de ser mas económicos. Veamos esto, y permitidme que os digamos ante todo que ocho enormes bueyes, aun con la ayuda de dos caballos algunas veces, para cultivar 32 hectáreas, por mucho que las revuelvan, con dificultad se creerá que hagan un trabajo del cual pueda decirse sin vacilar: «¡Esto cuesta tan poco!»

Hé ahí el debate que quisiéramos se sucitase. Hechos y cálculos lo mas exactos que posible fuese, aducidos en apoyo de ambas opiniones. De esta manera interesaria la discusion, y si no terminase el certámen clásico en agricultura, en-

tre el trabajo de los bueyes y el de los caballos, nos proporcionaria al menos algunas noticias de mas elevado interés. Por desgracia jamás hemos empleado caballos para la labranza y no tenemos otro conocimiento de su utilidad en el campo que los que hemos podido adquirir atravesando las carreteras de los paises en que se sirven de ellos: y bajo este concepto dejamos á otros el cuidado de romper una lanza con Mr. Jamet, abogando por los caballos, si es que quiera dispensarse esta honra á los bueyes.

Si no nos hemos servido de los caballos para labrar la tierra, hemos visto uncir y hemos uncido nosotros mismos muchos bueyes en diversas condiciones. Hemos visto y vemos todos los dias uncir ocho, seis, cuatro y dos bueyes al arado; y si no fuera menester mas que una larga experiencia de lo que son capaces, podemos tratar esta cuestion como otro cualquiera. Pues bien, diremos que, si la velocidad de los bueyes de la Subrardière nos parece algun tanto considerable, el trabajo que definitivamente hacen no nos parece tan extraordinario, por cuyo motivo no participamos de la admiracion que ha causado. Setenta y cinco áreas por término medio para dos yuntas, costando de 2000 á 2400 francos, no es tampoco una cosa portentosa. En el mes de octubre del año 1857 hemos labrado *propia manu* y en tres dias una hectárea de trébol con un arado arrastrado por dos bueyes comprados en abril por 337 francos el par, siendo la labor de una profundidad muy suficiente y pudiendo decir los segadores si hemos tenido hermosos trigos.

Lo repetimos, lo que de extraordinario puede haber en la Subrardière es que el trabajo se deja concluido en diez horas; aun supuesto que el terreno ofrezca poca resistencia, lo que no excluye una consistencia media, por que todos los que han arado saben que para que un suelo se preste á ser roturado, importa sobre todo que sea fácil y que no se aglomere la tierra delante de la vertedera; y si las pendientes del terreno son nulas ó cuasi nulas y el surco largo, esto es muy posible, y no tenemos necesidad para creerlo de que nos lo asegure una persona tan respetable como Mr. Jamet. Nuestras yuntas de bueyes aran por término medio, á excepcion de uno ó dos campos en que trabajan menos, 33 áreas, algunas veces mas y otras menos, segun el estado en que se halla el suelo y demás circunstancias en seis, ó seis y media horas. Con una hora mas labrarian 38 áreas, no perdiéndose sino muy poco tiempo del trabajo del labrador. Nuestras yuntas son de cuatro bueyes, pero por desgracia no valen de 1000 á 1200 francos los cuatro, como los valen dos solamente de la Subrardière. Mas diremos, que no pesan ni comen quizás los cuatro, lo que comen y pesan los dos, y que por consiguiente no resulta un beneficio tan grande sirviéndose de semejantes elefantes. Al contrario, se reporta una ventaja de valerse de animales de pequeña ó mediana talla, cual es, cuando no pueden limpiarse en el establo, la posibilidad de alimentarles apacentándoles, con cuyo sistema se moririan de hambre los bueyes de la Subrardière, ventaja que puede compensar la de no tener necesidad de emplear una persona para aguijonear los bueyes de una yunta, cuando no la componen mas que dos.»

A. de F.

(Revista de agricultura práctica.)

Historia de la Moda.

Pues es justo que algun dia,
Me dedique á mis lectoras,
Hoy he de hacerlo escribiendo
Un artículo de modas.

¡La moda! reina del mundo,
Del orbe entero señora,
Que las bellezas del hombre
Con las suyas perfecciona.

¡Qué hermosos tiempos aquellos
En que con sola una hoja
Andaban todos tan guapos
Y tan hechiceras todas!

Mas ¡ay! acabaron pronto
Costumbres tan venturosas,
Y aquellas modas huyeron
Para dar lugar á otras.

Ya el pueblo de Dios andaba
Enfundado en lenguas ropas,
Sin desdeñarse ninguno
De ser pastor ó pastora.

Y las niñas de mas dote,
Y las princesas mas monas
Espigaban y lavaban
Y eran cocineras propias.

Vistió el Egipto á sus hijos
Con la esbeltez de sus momias,
Y zampaban puches negros
Esparta y Lacedemonia.

Entre pórfidos y jaspes
Habitaron Grecia y Roma,
Con el néctar de Falerno
Manchando purpúreas togas;

Y servian por las calles
Los polvos de oro de alfombra,
Y de manjar, de las aves
Las lengüecitas canoras.

¡Qué gusto, lectoras mias!
Las espléndidas matronas
Se mudaban de maridos
Como de guantes vosotras.

Era la moda del moro
Llevar las barbas muy foscas
Y cuatro tiendas de lienzos
Arrolladas en la cholla.

Tener fuentes cristalinas,
Grandes palacios y aromas,
Una pipa de dos leguas,
Y un gran almacen de moras.

¡Quién os viera, lectorcitas,
Damas feudales pomposas,
Ya en una mano el venablo,
O ya el halcon en la otra!

Ya vistiendo la coraza
Al marido que os adora,
O ya esperando que torne
Desde una almena ruinosa.

¡Qué trajes! vosotras llenas
De oro, brocados y joyas,
Y el hombre una pierna blanca
Y la opuesta pierna roja.

O vestido él y el caballo
Con tela de cacerolas
Blandiendo en la fuerte diestra
Cuatro arrobas de tizona.

¡Llegad ya, gratos recuerdos
De la ropilla española,
De mangas acuchilladas
De cueras y de valonas!

Cuando andaban tantas brujas
Con su rosario y su doña,
Pastorcitas de las niñas,
Dueñas de antojos y tocas;

Cuando envueltas en un manto
Iban damas y fregonas,
Asomando medio ojito
De padre y de hermano incógnitas;

Cuando llevando carlancas
Los hidalgos de mas pompa
Asomaban la cabeza
Por aquella inmensa gola;

La culta Francia entre tanto
Extendió por toda Europa
Los bordados de terciopelos
Y casacas monstruosas.

Parecian perros de aguas
Las cabezas mas pelonas
Con el bosque de cabellos
Que les servia de gorra.

Sus hebras de oro las bellas
En nevada selva tornan,
Y las elevan y tejen
En altísimas corozas.

Atan los hombres sus greñas
Colgando al fin una bolsa
Do encierran los corazones
Que sus gracias enamoran.

Pero ya las que ostentaban
Talle de abispas y moscas
Entre hierros que le oprimen
Y de faldas las engordan,

Al cabo de muchos años
En almohadas se trasforman,
Bajo el brazo la cintura
Y las mangas como bombas.

Su blanca ó morena frente
Con menudos rizos orlan,
Y un calesin con cintajos
Sobre el cráneo se colocan.

Así encantan *petimetres*
Con la campana en las botas,
Frac de piston, dos relojes
Y corbata hasta la boca.

Y ved aquí las levitas,
Cuales largas, cuales cortas,
El pantalon de trabillas
Y el sombrero Babilonia.

Ya estamos en nuestros tiempos;
Ya va acabando nuestra crónica,
Que lo que falta sin duda
Lo guardais en la memoria.

¿Quién, aunque tenga mi fecha,
Fecha que no tendréis todas,
No ha variado sus disfraces
Con mil ridículas cosas?

Ya las melenas muy largas
Y la barba á usanza goda,
Ya retorciendo el bigote
Y patillas de cien formas.

Ya enseñando el zapatito
Y las galgas caprichosas,
Ya con la bota francesa
Y los vestidos de cola.

Ya dos mamparas por cuellos,
Ya... pero hablar no me toca
De modas de hoy; para eso,
Hay periódicos de sobra.

Mas de Adan hasta el dia,
Por mas que cambien las modas,
Las feas siempre son feas,
Las hermosas siempre hermosas.

Julio Bravo.

La corona de fuego.

(Conclusion.)

II.

El conde de Lemos en 1309, D. Alonso de Castro era un conde pacífico, amable y *boo de rogar é mao de forzar*, como D. F. Eernandez de Temez, progenitor de los Córdovas, y como este mismo caballero *pequeño de corpo é grande de esforzo*. Al contrario de su difunto padre, que por el mas insignificante objeto tanta sangre derramara en sus Estados y fuera de ellos, y quien por sus crueldades mereció el sobre nombre de *O Doente*, D. Alonso tan solo se consagrara al cuidado de su esposa Elvira, y nadie le veia sino á

su lado, porque además de idolatrarla con estremado afan, como la hermosa dama padecia una de esas terribles consunciones pulmoniacas que matan lentamente, trataba de desterrar su melancolía y mitigar los dolores que la martirizaban con sus afectuosas palabras.

Segun la tradicion que seguimos, Elvira era muy bella, y á pesar de la incompatible enfermedad que la desmejoraba de dia en dia, habia despertado en el pecho de D. Fernando de Osorio una de esas pasiones superiores á nuestra razon y á nuestras fuerzas, que duran mientras dura el alma, y que solo deposita el hombre en el sepulcro.

El noble luchaba interiormente con su amor adúltero... con aquella afeccion que le atormentaba por tantos medios... pero por mas que trataba de remontar su pensamiento para fijarlo en su deber, su pensamiento descendia para fijarlo en Elvira... ¡solo en Elvira!

Padecia mucho, muchísimo...

—Bien... bien, se dijo un dia que reflexionaba acerca de aquel amor tenaz en el fondo de su castillo, amemos en silencio y el mundo ignorará el objeto de mi adoracion eterna, porque este amor conozco que es eterno... amaré en silencio, como se ama á un ángel... nada mas... nada mas...,

Y desde entónces la reflexion ya no fué un dique que contuviese el desarrollo de aquella pasion desventurada.... amó con mas libertad. Amó, como ama el hombre á la mujer, con amoroso deleite... con fuego y ceguedad.

Pero en esto D. Fernando de Osorio llegó á saber que Elvira amaba en secreto á Enrique de Foulebar, paje del opulento conde; ¡oh! ¡lo que sufrió entónces D. Fernando fué indecible... unos celos profundos le hicieron concebir una idea infernal... la muerte de aquel paje.

Y en efecto lo consiguió.

Porque, pocas semanas despues, Enrique de Foulevar apareció lleno de puñaladas y medio enterrado en el fango del undoso rio, sin que pudiera descubrirse su asesino por mas medidas que tomó el de Lemos.

El asesino del amoroso paje acrecentó los padecimientos de la hermosa de Monforte, y estuvo á las puertas del sepulcro. Despues se fué recobrando poco á poco, y por fin la muerte abandonó su presa.

Por este tiempo fué cuando D. Fernando IV el Emplazado, llamó á sus nobles contra los moros, y el conde de Lemos reunió sus hombres de armas y partió á Sevilla á reunírsele. Pasados tres meses, en los que asistió al sitio de Gibraltar donde tuvo el sentimiento de ver morir en sus brazos al célebre Guzman el Bueno, regresó á sus dominios y encontró un sepulcro mas en el panteon de su familia... ¡habia muerto su esposa!

Lloró mucho el poderoso conde, y gracias al astuto amigo fué minorándose lentamente su pesar, aunque desde luego no tuvo otro altar que la tumba de su Elvira.

Y así pasaron algunos años, hasta que un dia fué llamado por uno de sus criados que se hallaba en los últimos momentos de su vida.

—Señor, le dijo el moribundo, ¡perdonadme!

—¡De qué!... repuso el conde.

—¡Oh! ¡perdonadme por Dios!!... me sedujo con oro, señor, con oro... y he hecho todo cuanto me ha mandado.

—¡Quién? volvió á preguntar el conde.

—¡Oh!... mandad que se retiren todos, dijo...

D. Alonso mandó que se saliesen los que se hallaban en la habitacion de su criado, y quedó solo con él.

—Oidme y perdonadme, señor, exclamó el moribundo haciendo un esfuerzo para arrodillarse en la cama en que yacia, pero en vano; no pudo conseguirlo por su debilidad extrema.

—¡Hablad!... gritó el conde imperiosamente, porqué empezaba á ver que se trataba de algo mas que de un robo doméstico por las vehementes súplicas del espirante vasallo.

—¡Oh, señor!... unos cuantos meses antes de vuestra salida de Monforte, un hombre me dió un puñal y un bolsillo lleno de oro... Mata á Enrique de Foulebar, me dijo... El oro me tentó... y Enrique de Foulebar fué muerto...

—¡Tú!... ¡tú, miserable! ¡tú lo mataste!...

—¡Oh! esperad... que aun me falta mucho...

—¡Mas aun!

Unos dias despues de vuestra partida para la guerra, aquel mismo hombre volvió á avistarse conmigo. Esta vez no me alargó mas que un bolsillo...

—¡Adelante!...

—Es necesario, me dijo, que nada se oponga á mi entrada en la cámara de doña Elvira mañana á la media noche...

—¡Oh!! gritó el conde espantado; y todos los cabellos se le encresparon sobre la frente.

—Y aquella misma noche, señor, aquel hombre entró sin que lo supiera una alma...

—Adelante, rayo de Dios!!

—Entró...

—¡Vamos!!..

—¡Oh, perdon!

—¡Vivo!... ¡vivo!!...

—Entró... se acercó al lecho de doña Elvira y...

—¡Basta!!... ¡basta, rayo de Dios!! gritó el conde tapándose el rostro con las manos y cayendo sobre una silla aterrado y confundido de lo que oia...

—En seguida, continuó el criado, la dió una bebida que la dejó en un estado de estupor cruel... sin poder hablar...

El conde no se movió de la silla...

—A los tres dias murió doña Elvira... víctima de aquel hombre... víctima de aquella bebida...

Levantóse entónces el conde... clavó sus ojos llenos de lágrimas en el moribundo, y gritó con rabioso acento:

—¿Su nombre?...

—¡Oh, señor!...

—¿Su nombre, pronto, Ruiz Diaz?... el nombre de ese infame ó te ahogo ahora mismo.

Y le echó los brazos á la garganta en medio de su desesperacion imponente.

—¡Al instante, rayo de Dios! ¡ese nombre al instante! ¡al instante!...

—D. Fernando de Osorio:... balbuceó el moribundo.

—¡D. Fernando de Osorio! exclamó el conde de Lemos retrocediendo horrorizado...

III.

Desde aquel momento el poderoso señor no pensó mas que en vengarse. Esperó unas cuantas semanas que faltaban para sus dias, y cuando llegaron trató de dar un espléndido banquete á todos los nobles del pais.

El salon principal del castillo se llenó de gente. Marqueses, caballeros y donceles; monjes, frailes y curas; trovadores y juglares; damas y dueñas; nada faltó en el antiguo castillo de los condes de Lemos, y todos rodearon las abundantes mesas por rigoroso órden, y segun la etiqueta de aquellos tiempos. Cuando empezaron los brindis y sonaron las liras de los cantares, cuando empezaron á sentirse los alegres murmullos del festin que señalaban su apogeo y este parecia degenerar en orgía... entonces hizo el conde una señal ligera, apénas perceptible.

Dos grandes puertas secretas se abrieron repentinamente, y por ellas entraron en el salon hasta unos cuarenta arqueros del castillo armados como para una batalla. Pero la presencia de estos arqueros no inspiró tanto temor á los circunstantes como la vista de una gran bandeja que traian cuatro pajes, y en la que se veia una corona de hierro ardiendo...

Este aparato horrible, misterioso, impuso. Cesaron los brindis, las cantinelas amorosas y las relaciones guerreras, sucediendo al rumor animado de la orgía el pavor silencioso de las tumbas.

En medio de este silencio solemne se oyó una voz fuerte, bronca por la rabia... la voz del conde.

—¡D. Fernando!... dijo clavando en él sus ojos con ansiedad mortal, habeis mandado asesinar á Enrique de Foulebar.

Sobrecogióse D. Fernando de terror, y todos temblaron.

—Y aprovechándoos de mi ausencia de estos muros, prosiguió el conde mas exaltado cada vez por el furor y el encono que lo dominaba, habeis seducido á mi esposa... ¡á mi infeliz esposa!

Entonces los concurrentes hicieron mas que temblar... lanzaron un grito de horror que debió escucharse en Monforte.

Y por último ¡rayo de Dios! continuó el conde en su *crescendo* de rabia, para que nunca me lo revelara, ¡la habeis envenenado!...

—¡Asesinado!...

—¡Asesinada!

—¡Seducida!

—¡Envenenada!...

He aquí las exclamaciones que despidió la turba de convidados, retrocediendo espantados, y santiguándose como si D. Fernando fuera un diablo. Este todo lo oyó inmóvil, confundido... sin atreverse á hablar ni á moverse de su asiento... anonadado bajo el peso de aquellas terribles acusaciones...

—Pues bien, llegó la hora de la venganza, y el cielo que me lo ha revelado todo por boca de vuestro cómplice moribundo, el cielo os maldecirá como yo os maldigo... ¡D. Fernando!... ¡D. Fernando!... ¡hasta la eternidad!!

Así dijo el conde con voz grave en medio del silencio que reinaba, y á otra señal que hizo, la corona de hierro candente abrasó la cabeza de D. Fernando con asombro de los espectadores...

Aquel mismo dia D. Alonso de Castro arrodillado ante un fúnebre sepulcro, decia clavando en la losa de él sus ojos, como queriendo sondear con ellos el cadáver que encerraba: ¡hija del alma, ya estás vengada!

Benito Vicetto y Perez.

La fregatriz económica.

Las nuevas máquinas para lavar la ropa blanca, de las cuales acompañamos un dibujo, son otro de los grandes progresos que ofrece hoy la industria en lo que toca al lavado de la ropa. Inventadas por Mr. Benet y garantidas en un honorífico informe de la *Sociedad de Fomento nacional de Paris*, las nuevas máquinas ofrecen un verdadero prodigio así en la economía y limpieza, como en la prontitud del lavado. La marina francesa por órden espresa del ministro las usa, aprovechándose de tan atendibles razones, confirmadas mas y mas cada dia por la esperiencia.

En vista de tan lisonjeros resultados en un ramo tan importante de la economía doméstica, don José Prats de Barcelona, queriendo estenderla en beneficio de todas las clases de España ha solicitado y obtenido el privilegio esclusivo de su venta uso y construccion en toda la Península.

Convencido el Dr. Benet de los graves inconvenientes que se corren lavando ropa que haya servido para heridas y llagas, ha buscado un modo de lavar, con el que se evitase todo peligro á las personas encargadas de esta operacion. El aparato que ha presentado llena completamente esta condicion y puede aplicarse igualmente al lavado de cualquier clase de ropa blanca. Se le ha dado el nombre de *laveuse ménagere* por la mucha utilidad que de él pueden reportar las familias: literalmente traducido significa *la fregatriz económica*.

Para hacer su aparato lo mas cómodo posible ha introducido en él la lejía como quiera lo esencial está en el modo de lavar, pues basta siempre para el efecto deseado una abundante liquiviacion obtenida por un medio cualquiera. Esta máquina se compone de una artesa rectángular formada por planchas de hierro galvanizado que contiene el aparato fregador: este consta de dos batidores compresores entre los cuales se coloca la ropa. El rectángulo de hierro debe contener agua de lejía jabonosa en cantidad suficiente para que se empape bien la ropa; esta agua debe calentarse á la temperatura de 80 grados por medio de un fogon interior y aun mejor por el calor emanado del lejiviador; en este último caso procúrase que el caño del fogon de este aparato secundario pase al fondo de la artesa rectángular debajo del compresor fijo. La ropa no está expuesta libremente á la accion de la compresion, sino que para no echarla á perder se la coloca en un enrejado de fuertes correas dispuestas de modo que cada compresion permite mojarla, sacarla y volverla al mismo tiempo.

Fácil es comprender el juego de este aparato: supóngase los dos compresores separados, manteniendo el movible por el aparador contra la pared anterior del rectángulo de hierro: colocado así al levantarse el peso se sumerge en el agua el enrejado, y la ropa que está dentro del mismo; cuando se vuelven á acercar los compresores para golpear la ropa, vuelve á bajar el peso y hace subir de nuevo el enrejado, y la ropa que de este modo es comprimida por los compresores. Vuelve á levantarse el compresor y se sumerge otra vez la ropa y así sucesivamente se repite diversas veces esta operacion, de modo que á cada compresion sigue la inmersion de la ropa en el agua. Para dar salida al agua durante la compresion, cada compresor está provisto de agujeros en toda su superficie; además el compresor movible está revestido del lado del operador de un lienzo movible que al mismo tiempo que deja salir el agua impide que quede salpicado el operador. Se coloca en el aparato descrito la ropa despues de sacarla del lejiviador ó pequeño aparato destinado á jabonar la ropa con agua de lejía jabonosa como hemos dicho antes.

Saliendo de este aparato la ropa hirviente, se la coge con unas muletas de madera que permiten colocarla fácilmente en el enrejado de correas sin necesidad de quemarse las manos. Terminado el lavado el operador acerca así el compresor movible y lo fija contra la pared anterior del rectángulo de hierro por medio de un gancho; despues levanta el enrejado de correas por su borde anterior y lo engancha con una armella colocada fuera del rectángulo; de este modo se saca fuera del agua la ropa y levantando con la mano las correas se echa en los canastos, hecho esto no queda que hacer mas que mojarla con agua fresca y ponerla á secar para poderla planchar.

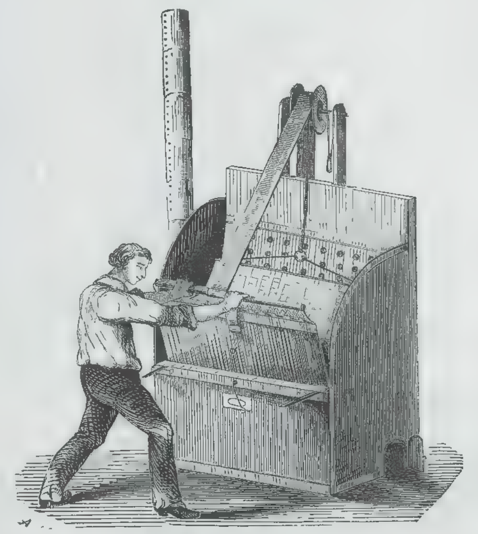
Con este aparato un obrero puede, dando sesenta golpes de compresor en cuatro minutos, lavar en este corto tiempo 10 libras castellanas de ropa (pesada seca) ó treinta servilletas. En una hora por consiguiente en que se puede repetir diez veces esta operacion, teniendo en cuenta el tiempo necesario para descansar, se pueden lavar trescientas servilletas ó 100 libras. Repetimos que el peso se refiere á la ropa seca. Con esta invencion se ahorra tiempo y dinero; y cuando se trata de ropa cuyo tacto es peligroso se obtiene la gran ventaja de estar libre de todo peligro. Hace varios meses que *la laveuse ménagere* funciona á guisa de ensayo en varios lugares. El Dr. Benet ha sido premiado en la última esposicion agrícola con la mencion honorífica y una recompensa que dá este jurado por las invenciones útiles. La comision nombrada por la sociedad ha podido tambien juzgar de su eficacia fundada en experimentos hechos ante ella en ropa bastante usadada y poco consistente y puede afirmar que no se producia en ella alteracion perceptible y que se lavaba quedando muy aseada en poco tiempo y sin mucho trabajo ropa de rondas de segunda clase, generalmente muy sucia. Para justificar el epíteto de economía dado á la *laveuse* ó *fregatriz*, el inventor manifiesta que lava perfectamente la ropa sin gastarla. En resúmen, reconocida por dicha comision toda la utilidad práctica del aparato del Dr. Benet, propuso aquella á la sociedad un voto de gracias para el autor, y que se decretase la insercion de la reseña del aparato en un periódico especial.

R. P.

Un capricho sobre la moda antigua, por Ferran.



PARECIAN PERROS DE AGUAS—LAS CABEZAS MAS PELONAS— CON EL BOSQUE DE CABELLOS— QUE LES SERVIA DE GORRA. (PAG. 34).



MAQUINA PARA LAVAR LA ROPA.
(Depositario en Barcelona, D. José Prats).

El príncipe Napoleon y la princesa Clotilde.

El 23 de enero último el Rey Víctor Manuel anunció á las diputaciones del Senado y de la Cámara de diputados, el próximo enlace de su hija la princesa Clotilde con el príncipe Napoleon.

El 29, á las tres de la tarde, el conde de Cavour, en concepto de notario mayor del reino, estendió los capítulos matrimoniales de la princesa Clotilde y del príncipe Napoleon.

El general Niel, M. de La Tour d'Auvergne, embajador de Francia, y los grandes dignatarios del reino asistian á la ceremonia.

Por la tarde una comision de la Guardia nacional ofreció un ramillete monstruo á la princesa. La música del propio cuerpo la obsequió con una brillante serenata en la plaza Real. El pueblo prorumpió en entusiastas gritos de Viva el Rey; vivan los novios.

Hubo tambien iluminacion general en la ciudad.

El 30, á las diez, el arzobispo de Verceil, acompañado de los obispos de Casale, Pignerol, Savona y Viella, dieron la bendicion nupcial á los augustos esposos.

El 2 de febrero, la jóven princesa tocaba por primera vez el suelo de su nueva patria, desembarcando en Marsella, en donde se la recibió con gran pompa.

El 3 de febrero una concurrencia numerosísima acudió á la estacion del camino de hierro de Lion. La sala de honor por la que debian pasar el príncipe Napoleon y la princesa Clotilde antes de subir al coche, estaba ocupada por una elegante concurrencia, entre la cual figuraba el conde de Persigny.

A las tres y cuarto dábase la señal de que llegaba el tren, y pocos minutos despues entraba en la estacion al son de una música de regimiento.

Al apearse del wagon SS. AA. imperiales fueron recibidos por el mariscal Magnan, el general Lawestine, el conde de Persigny, el prefecto del Sena, el de policía, y varios individuos y jefes de servicio de la Compañía del camino de hierro de Lyon.

El príncipe Napoleon llevaba el uniforme de general de division y el gran cordon de la Legion de honor.

La princesa Clotilde llevaba un sombrero color de rosa con encajes blancos, berta de pieles, abrigo de terciopelo negro y vestido de moirée de color de viola.

El príncipe Napoleon es bien conocido; presidente que fué de la Esposicion Universal, despues de su regreso



S. A. R. la princesa Clotilde Maria Teresa de Cerdeña,

NACIDA EL 2 DE MARZO DE 1843 Y CASADA CON EL PRINCIPE NAPOLEON EL 30 DE ENERO DE 1859.

del Oriente, se grangeó mucho crédito entre los artistas é industriales. Ya se sabe que en la actualidad es ministro de Argelia y las colonias.

La princesa Clotilde es alta y bien formada; tiene diez y seis años, y conserva todo el frescor de la juventud; su color es escelente; tiene el pelo rubio; sus facciones se parecen completamente á las de su augusto padre.

Los príncipes subieron al coche inmediatamente, y la comitiva siguió por las calles de Lyon y de Rivoli en direccion á las Tullerías.

El pueblo de Paris acogió del modo mas entusiasta á los nuevos esposos, y entre los vivas á SS. MM. y al principe, descollaban con profusion á la princesa Clotilde; desde el embarcadero del ferro-carril hasta las Tullerías hubo un continuo clamoreo, y se asegura que desde Marsella hasta Fontainebleau fué su viaje una contínua ovacion. La princesa estaba confusa y conmovida á la vez: su cara juvenil, pero llena de atractivos y de bondad manifestaba visible emocion por las muestras de afecto de que era objeto. El príncipe estaba tambien conmovido y la satisfaccion y el agradecimiento se pintaban en su rostro.—El príncipe Gerónimo ha recibido del modo mas afectuoso á su hija política, y le ha dicho: «Aquí hallareis una familia afectuosa dispuesta siempre á amaros; yo que os queria ya antes de conoceros, lo mismo que todos los de la familia, os bendigo de todo mi corazon porque mi hijo os será deudor de su felicidad.»

Parece que la Emperatriz de los franceses ha hecho esquisitos regalos á la princesa Clotilde, y especialmente el de un magnífico anillo. Al remitírselo le acompañó una carta autógrafa concebida en estos términos:

«Es costumbre en España que cuando una jóven se casa, su mejor amiga le regale un anillo. Siendo yo española por nacimiento quiero conservar con vos la tradicion de mi pais. Dignaos pues recibir este anillo, y permitidme que entretanto que espero abrazaros como prima, me llame desde ahora vuestra mejor amiga.»

S. T.

El invierno.

Triste has llegado, encanecido invierno,
Con tu manto de escarchas y de nieve,
A que tu cierzo bramador se lleve
El tallo mustio de la seca flor;
Caerán tus hielos en el verde prado
Do cantaban parleras avecillas...
Pero deja en los campos las semillas
Que olvidó el laborioso labrador.

¿Qué han de comer los pobres jilguerillos
Si arrastras con tus alas despiadadas
Esas sobras, que deja abandonadas
Quien llenó sus graneros con afan?
¿Qué han de comer los tímidos gorriones
Que mirando la nieve con tristura
Pían de hambre, de frio y de amargura
Y desolados por el aire van?

Si pudiera mi amor alimentarlos,
¡Oh invierno! no tu furia temeria.
Otro tiempo, sustento les ponia
De una alta encina en el añoso pié;
Y vi las pobres madres que gozosas
Llevaban á sus hijos el sustento,
Y lágrimas vertiendo de contento
Yo tambien con su gozo me alegré.

Mas hoy, invierno, ni alimento llevo
A mis amigas las parleras aves,
Ni alegría me das, pues que tú sabes
Que, ave triste, vegeto en mi prision.
Solo miro tu hielo y tus tormentas;
Tu niebla que tortura el pecho mio;
Mas recuerdo á mis aves, y te envio
Por ellas este canto de afliccion.

Sí, de afliccion! que quien se alegra solo
Ante la luz del sol y ante las flores,
Solo puede sentir luto y dolores
Cuando flores le robas, luz y sol:
Y quien es tan mezquino en sus deseos
Que pide solo luz por su alegría,
Anhela por consuelo á su agonía
De la antorcha del cielo el arrebol.

¡Ah! pasa pronto, asolador invierno!
Pasa veloz con tu perpetua noche!
Pasa, y que vea el aromado broche
Que ostenta en marzo la primera flor.
Risa de la esmaltada primavera
Ella será para mis tristes ojos,
Y yo al Eterno adoraré de hinojos,
Y gracias le daré llena de amor.

Por fin, cuando veia extensos bosques
Cubiertos todos de eternal blancura,
Cuando veia al prado y la llanura,
Y por ella al rebaño caminar;
Cuando á la orilla del helado rio
Con grano y pan alegre me sentaba,
Y á las aves que amante sustentaba
Cariñosa y paciente iba á esperar.

Veia cielo y luz, veia nieve
En la elevada cima del Moncayo,
Y de luna esperaba el primer rayo
Que iluminaba el firmamento azul:
Y el alto Castellar se me fingia
A la enfermiza acalorada mente,
Envuelto entre las tinieblas de Occidente,
Un fantasma velado en blanco tul.

Veia el ancho hogar de mis abuelos
Do chispeaba la llama enrojecida,
Y consejas oia estremecida
Del anciano viajero narrador:
En tanto que apoyaba mi cabeza
En mi grueso mastin, dorado y cano,
Que con mi peso se sentia ufano
Y lamia mi frente con amor.

Ahora, invierno, tus fugaces dias
Y eternas noches, de pavor me llenan:
Y tus nieblas el alma mia apenan
Que yerta siempre y desmayada está.
Las pobres flores que cuidé anhelante
Para que engalanasen mi aposento,
Al rudo empuje de aquilon violento
¡Há muchos dias que murieron ya!

Y la pobre avecilla que su canto
Me daba alegre, al despuntar el dia,
Une su vuelo á la tristeza mia
Y enmudece tambien en su afliccion,
Y mientras duerme la natura triste,
El insecto, la flor, la ave canora,
El alma mia entristecida llora
Cual la esclava africana en su prision.

¡Oh invierno! no me culpes si con quejas
Y con lamentos solo te recibo!
¿Qué he de hacer, si me ocultas tan esquivo
Hasta del sol la bienhechora luz?
¿Qué he de hacer, si sepultas mi alegría,
Mis flores y mis aves en tu manto,
Y sin duelo á mi pena y á mi llanto
Te llevas mi contento en tu capuz?

Pero yo quiero amarte y bendecirte
Cual bendigo las otras estaciones;
Enfrena tus soberbios aquilones,
Que esta sola merced te he de pedir:
Deja á las dulces aves sus asilos
De helecho y desecadas yerbecillas;
Déjales en el campo las semillas
Porque van las cuitadas á morir.

Si generoso cumples mi deseo,
Daré al olvido tu perpetua noche,
Por mas que ansíe el perfumado broche
que en marzo ostenta la primera flor.
Contenta me verás, mi pobre anciano,
Y adoraré tu cana cabellera,
Esperando á la hermosa primavera
Como á una hermosa nieta de tu amor.

MARIA DEL PILAR SINUES DE MARCO.

Un baile de máscaras.

Aunque habia dado órden de que dijesen que no estaba en casa para nadie, uno de mis amigos forzó la consigna.

Anunció mi criado á M. Antony R., y percibí, detrás de la librea de José, una punta de la levita negra. Era probable que el que llevaba la levita hubiera visto tambien por su parte un trozo de mi bata: imposible me era ya pues ocultarme.

—¡Muy bien! que entre, dije en voz alta; y por lo bajo añadí: el diablo te lleve.

Cuando se trabaja, solo la mujer á quien se ama puede impunemente interrumpiros, porque siempre es para alguna cosa perteneciente al fondo de lo que estais haciendo.

Iba pues hácia él con ese aspecto medio desagradable de un autor interrumpido en uno de esos momentos en que mas teme serlo, y cuando le ví tan pálido y tan descompuesto, las primeras palabras que le dirigí fueron las siguientes:

—¿Qué tienes? ¿Qué te ha sucedido?

—¡Oh! dejame respirar, dijo, voy á decírtelo; por otra parte, quizás sea un sueño, ó tal vez esté loco.

Arrojóse sobre un sillon, y dejó caer la cabeza entre sus manos. Le miré con asombro: sus cabellos estaban mojados por la lluvia; sus botas, sus rodillas y la parte baja de su pantalon cubiertos de lodo. Me asomé á la ventana, y ví á la puerta á su criado y su cabriolé: nada comprendia. El advirtió mi sorpresa.

—He estado en el cementerio del Padre Lachaise, dijo.

—¿A las diez de la mañana?

—A las siete... ¡Maldito baile de máscaras!

Yo no adivinaba lo que podia haber de comun entre un baile de máscaras y el cementerio del Padre Lachaise. Tomé pues mi partido, y volviendo la espalda á la chimenea, me puse á envolver un cigarro entre mis dedos con toda la flema y la paciencia de un español. Cuando el cigarrito llegó al último grado de perfeccion, lo alargué á Antony, quien sabia yo que ordinariamente era muy agradecido á este clase de obsequio.

Me hizo un signo de agradecimiento con la cabeza, pero rechazó mi mano.

Me bajé para encender el cigarro por mi propia cuenta: Antony me detuvo.

—Alejandro, me dijo, escúchame, yo te lo suplico.

—¡Pero hombre, hace un cuarto de hora que estás aquí, y nada me has dicho!

—¡Oh! es una aventura muy extraña.

Me volví á levantar, puse mi cigarro sobre la chimenea, y me crucé de brazos como un hombre resignado; comenzaba á creer, como él, que podia muy bien haberse vuelto loco.

—¿Te acuerdas del baile de la Opera, donde te encontré? me dijo despues de un momento de silencio.

—¿El último, donde á lo mas habia doscientas personas?

El mismo. Me separé de tí con objeto de irme al de Variedades, del que se me habia hablado como de una curiosidad en medio de nuestra curiosísima época. Tú quisiste disuadirme; pero una fatalidad me impelia hácia allá. ¡Oh! ¿porqué no has visto tú esta aventura, tú que te dedicas á retratar las costumbres? ¿Porqué no estaban allí Hoffman ó Callot para pintar el cuadro á la vez fantástico y burlesco que se desarrolló á mis ojos? Acababa de dejar el salon de la Opera vacío y triste, y encontré otro lleno y alegre: corredores, palcos, parterre, todo estaba ocupado. Dí una vuelta por el salon: veinte máscaras me llamaron por mi nombre y me dijeron el suyo. Eran notabilidades aristocráticas ó financieras bajo innobles disfraces de paletos, postillones, payasos, ó verduleras. Todos eran jóvenes de nombre, de corazon y de mérito, y allí, olvidando la familia, las artes y la política, renovaban una *soirée* de la Regencia en medio de nuestra época grave y severa. Se me habia dicho, y sin embargo no lo habia creido. Subí algunos escalones, y apoyándome en una columna, medio oculto por ella, fijé los ojos en esa oleada de criaturas humanas que se movia debajo de mi vista. Aquellos

dominós de todos colores, aquellos trajes variados y brillantes, aquellos grotescos disfraces formaban un espectáculo que á nada humano se parecia. Principió la música. ¡Oh! entónces... Aquellas extrañas criaturas se agitaron al son de la orquesta, cuya armonía llegaba hasta mí mezclada con los gritos, las risas y los silbidos: se enlazaron las unas á las otras por las manos, por los brazos, por el cuello; formóse un ancho círculo comenzando por un movimiento de rotacion; bailarines y bailarinas, al herir el suelo con los piés, hacian brotar con estrépito un polvo, cuyos átomos hacia visibles la pálida luz de las arañas: girando con creciente ligereza tomaban posturas extravagantes, hacian gestos obscenos, lanzaban gritos llenos de libertinaje, y girando cada vez con mas ligereza arrastrados como hombres embriagados, gritando como mujeres perdidas, con mas delirio que alegría, con mas rabia que placer, parecíanse á una cadena de condenados que cumple bajo el látigo de los demonios una penitencia infernal.

Pasaba esto delante de mis ojos, bajo mis piés: sentia en mi rostro el viento causado por sus movimientos. Cada conocido me lanzaba al pasar una palabra que me ruborizaba. Todo este ruido, todo este murmullo, toda esta confusion, toda esta música estaban en mi cabeza ni mas ni ménos que en el salon. Pronto llegué á no saber ya si lo que tenia delante de mis ojos era sueño ó realidad, llegué á preguntarme si era yo el insensato y ellos los razonables, y sentia extrañas tentaciones de lanzarme en medio de aquel pandemonium, como Fausto á través de la reunion de brujas, y conocia que entonces hubiera yo tambien dado gritos, hecho gestos, tomado posturas, y lanzado carcajadas como ellos. ¡Oh! de allí á la locura no hay mas que un paso. Me quedé asustado y me lancé fuera del salon perseguido hasta la puerta de la calle por gritos semejantes á los rugidos de amor que salen de la caverna de las bestias salvajes.

Me habia detenido un instante bajo el pórtico para recobrarme, no queria aventurarme á salir á la calle con tan grande confusion en el espíritu, porque tal vez no hubiera acertado con mi camino; tal vez me hubiera atropellado un carruaje que no habia visto venir.

Estaba como debe estar un hombre embriagado, cuyo cérebro oscurecido comienza á recobrar bastante razon para conocer su estado, y que sintiendo renacer la voluntad, pero aun no el poder, se apoya inmóvil con los ojos fijos y atónitos contra una esquina ó contra un árbol de un paseo público.

En este momento se detuvo un carruaje á la puerta, y bajó, ó mas bien se precipitó de él una mujer que entró bajo el peristilo, volviendo la cabeza á derecha é izquierda como una persona extraviada: vestia un dominó negro, y tenia el rostro cubierto con una máscara de terciopelo. Presentóse en la puerta.

—¿Vuestro billete? le dijo el interventor.

—¿Mi billete? respondió; no le tengo.

—Tomad entónces uno en el despacho.

La mujer del dominó negro volvió al peristilo registrando vivamente todos sus bolsillos.

—¡Ningun dinero! exclamó... ¡Ah! esta sortija... dadme un billete de entrada por esta sortija, añadió.

—Imposible, respondió la mujer que distribuia los billetes: no hacemos aquí esos negocios. Y rechazó el brillante, que cayó al suelo, y vino rodando hácia donde yo estaba.

El dominó habia quedado inmóvil, olvidando el anillo y abismado en un pensamiento.

Yo recogí el anillo y se lo presenté, y ví entónces á través del antifaz, que sus ojos se fijaban en los mios. Miróme un instante con cierta vacilacion, y luego pasando de repente su brazo por debajo del mio:

—Es preciso que me introduzcais, me dijo: ¡por piedad! es preciso.

—Pero, señora, si ya salia, le contesté.

—Dadme entonces seis francos por esta sortija, y me habreis prestado un servicio por el cual os colmaré de bendiciones toda mi vida.

Volví á colocarle el anillo en el dedo: fuí al despacho, tomé dos billetes, y en seguida entramos juntos.

Apénas llegamos á la galería sentí que mi compañera temblaba.

Entónces ella formó con la otra mano una especie de anillo en derredor de mi brazo.

—¿Os poneis mala? le pregunté.

—Nó, nó, me contestó; esto no es nada; un vahido nada mas: esto es todo.

Y me arrastró al salon.

Entramos pues en aquel alegre Charenton.

Tres vueltas dimos por el salon hendiendo con gran trabajo aquellas olas de máscaras que se precipitaban las unas sobre las otras, estremeciéndose ella á cada palabra mala ó buena que oia; ruborizándome yo de que me viesen dando el brazo á una mujer que tenia bastante osadía para oir semejantes palabras; despues nos fuimos á una extremidad del salon. Dejóse mi pareja caer sobre un banco, y yo permanecí en pié delante de ella con la mano apoyada sobre el respaldo de su asiento.

—¡Oh! esto debe pareceros bien extravagante, me dijo; pero nó mas que á mí, os lo juro. Yo no tenia idea alguna de todo esto (y miraba al baile), porque ni aun en mis ensueños habia podido ver semejantes cosas. Pero se me ha escrito que él estaria aquí con una mujer; ¿y qué clase de mujer será la que se atreva á venir á semejante lugar?

Yo hice un gesto de asombro que ella comprendió.

—¿Quereis decir que tambien yo estoy aquí, no es verdad? Pero yo es distinto; yo, es porque le busco, porque soy su mujer; mientras que la locura y la disolucion son las que aquí lanzan á estas otras personas. ¡Oh! á mí, á mí, son los celos infernales!

Hubiera ido á buscarle á donde quiera, á un cementerio de noche, á la plaza de la Greve en un dia de ejecucion; y sin embargo, os lo juro, de soltera nunca salí á la calle sin mi madre; de casada no he dado un paso fuera de la puerta de mi casa sin que me siguiese un lacayo; y á pesar de todo, vedme aquí como todas estas mujeres que sabian ya el camino; vedme aquí del brazo de un hombre á quien no conozco, ruborizándome bajo mi careta al considerar la opinion que debe formar de mí. Conozco todo esto... ¿Habeis estado celoso alguna vez, caballero?

—Furiosamente, le respondí.

—Entonces, perdonadme, lo sabeis todo. Conoceis esa voz que os grita como al oido de un insensato: ¡Ve! Habeis sentido ese brazo que os impele á la venganza y al crimen como el de la fatalidad. Sabeis que en uno de estos momentos es uno capaz de todo con tal que se vengue.

Iba á responderla; pero ella se levantó de repente con los ojos fijos en dos dominós que en este momento pasaban por delante de nosotros.

—Callad, dijo, y me arrastró detrás de los dos dominós.

Estaba pues metido en medio de una intriga, de la cual nada comprendia; sentia vibrar todos los hilos de ella, pero ninguno podia conducirme al cabo, y la pobre mujer parecia tan agitada que estaba interesante. Obedecí pues como un niño, tan imperiosa es una pasion verdadera, y nos pusimos á seguir á las dos máscaras, de las cuales una era evidentemente un hombre, y la otra una mujer. Hablaban á media voz, y los sonidos apenas llegaban á nuestros oidos.

—Es él, murmuraba mi pareja, ¡es su voz, sí, sí, es su estatura!.

Rióse el mas alto de los dominós, y dijo mi compañera:

—Es su risa, es él, ¡caballero, es él! la carta decia la verdad. ¡Oh Dios mio, Dios mio!

Miéntras tanto las máscaras avanzaban, y nosotros siempre siguiéndolas. Salieron del salon, y nosotros salimos en pos de ellas: tomaron la escalera de los palcos, y nosotros la subimos en su seguimiento; no se detuvieron hasta los últimos: nosotros parecíamos sus dos sombras. Abrióse un pequeño palco enrejado, y entraron: detrás de ellos se cerró la puerta.

La agitacion de la pobre criatura que llevaba asida de mi brazo me asustaba: no podia ver su rostro; pero oprimida contra mí como estaba, sentia latir su corazon, temblar su cuerpo, extremecerse sus miembros. Habia algo de extraño en la manera con que llegaban á mí los inauditos sufrimientos, cuyo espectáculo tenia delante de mis ojos, cuya víctima me era enteramente desconocida, y cuya causa completamente ignoraba. Y sin embargo, por nada en el mundo hubiera abandonado á aquella mujer en semejante momento.

Cuando ella vió que las dos máscaras habian entrado en el palco y que el palco se habia cerrado detrás de ellas, habia permanecido un momento inmóvil y como herida de un rayo; despues se habia lanzado contra la puerta para escuchar. Colocada como estaba, el menor movimiento denunciaba su presencia, y la perdia; yo entónces la cogí violentamente de un brazo, abrí el palco contiguo, empujando el resorte, y la arrastré á él conmigo, bajé la reja y cerré la puerta.

—Si quereis escuchar, escuchad al menos desde aquí.

Dejóse caer de rodillas, aplicando el oido al tabique, mientras yo permanecia en pié al otro lado con los brazos cruzados y la cabeza inclinada y pensativa.

Todo lo que habia podido ver de esta mujer me habia parecido tipo de belleza. La parte inferior de su rostro que no ocultaba su careta era jóven, tersa, aterciopelada, redondeada: sus labios eran rojos y finos: sus dientes, que hacia aparecer mas blancos aun el terciopelo que bajaba hasta ellos, eran pequeños, separados y brillantes: su mano era un modelo; su talle podia cogerse entre los dedos; sus cabellos negros, finos y sedosos, se escapaban en profusion de la capucha de su dominó, y el pié de niño, que dejaba ver su traje, parecia que apenas podria sostener aquel cuerpo, á pesar de ser tan ligero, tan gracioso, tan aéreo. ¡Oh! debia ser una criatura maravillosa. ¡Oh! aquel que la hubiera tenido en sus brazos, que hubiera visto todas las facultades de aquella alma empleadas en amarle, que hubiera sentido sobre su corazon esas palpitaciones, esos extremecimientos, esos espasmos nevrálgicos, y que hubiera podido decir: Todo esto, todo esto es amor, y amor por mí, por mí solo entre todos los hombres, por mí, ángel predestinado.... ¡Oh! ¡este hombre... este hombre!. .

Hé aquí cuáles eran mis pensamientos, cuando de repente ví á aquella mujer incorporarse, volverse hácia mí, y decirme con voz entrecortada y furiosa:

—Soy bella, caballero, os lo juro: soy jóven, tengo diez y nueve años. Hasta este momento he sido pura como el ángel de la creacion... Pues bien... añadió arrojando sus dos brazos á mi cuello.... Pues bien... soy vuestra.... estoy á vuestra disposicion.

En el mismo instante sentí sus lábios oprimir los mios, y la impresion de una mordedura, mas bien que la de un beso, corrió por todo su cuerpo calenturiento y perdido: una nube de fuego pasó por delante de mis ojos.

Diez minutos despues la tenia entre mis brazos, trastornada, medio muerta y sollozando.

Volvió en sí lentamente, y distinguí al través de su careta sus ojos huraños; ví la parte inferior de su rostro pálida; oí chocar sus dientes unos con otros como en el calofrio de la fiebre. Aun hoy veo todo esto.

Recordó lo que acababa de pasar, y cayó á mis piés.

—Si teneis alguna compasion, me dijo sollozando, si teneis alguna piedad, separad la vista de mí, no pretendais nunca conocerme; dejadme marchar y olvidadlo todo: ¡yo me acordaré por los dos!...

Dijo, y se levantó rápida como un pensamiento que se nos escapa, se lanzó contra la puerta, la abrió, y volviéndose aun otra vez hácia mí: —No me sigais, caballero, dijo, en nombre del cielo no me sigais.

Empujada la puerta violentamente, se cerró entre ella y yo, robándola á mi vista como una aparicion. No la he vuelto á ver.

¡No la he vuelto á ver! Y despues, en los diez meses que han transcurrido, la he buscado por todas partes, en los bailes, en los espectáculos, en los paseos. Siempre que veia á lo lejos una mujer de talle fino y flexible, pié de niño y cabellos negros, la seguia, me aproximaba á ella, la miraba de frente con la esperanza de que su rubor la hiciese traicion. Pero nada... En ningun

sitio la he vuelto á encontrar; en ninguna parte la he vuelto á ver, mas que en mis noches y en mis sueños. ¡Oh! allí, allí la veia volver, allí la sentia, sentia sus abrazos, sus mordeduras, sus caricias tan ardientes, que tenian algo de infernal. Despues veia caer la careta y aparecer el semblante mas extraño, ora confuso como cubierto de una nube, ora brillante como circundado de una auréola, ora pálido, con un cráneo blanco y desnudo, sin ojos en las órbitas vacías, con dientes vacilantes y raros. En fin, desde aquella noche no he vivido: abrasado por un amor insensato hácia una mujer á quien no conocia, esperando siempre, y siempre burlado en mis esperanzas, celoso sin tener derecho á estarlo, sin saber de quien, sin atreverme á confesar semejante locura, y sin embargo perseguido, minado, consumido, devorado por ella.

Al concluir estas palabras sacó una carta del pecho. Ahora que te lo he referido todo, me dijo, toma esa carta y léela.

Toméla pues, y leí:

« Habreis tal vez olvidado á una pobre mujer que nada ha olvidado, y que muere por no poder olvidar. ¡Cuando recibais esta carta ya no existiré! Id entonces al cementerio del padre La-chaise; decid al conserje que os permita ver entre las tumbas recientes la que tiene sobre su losa funeraria el sencillo nombre de María, y cuando esteis delante de ella, arrodillaos y orad. »

—¡Pues bien! continuó Antony: he recibido esta carta ayer, y he estado en el cementerio esta mañana. Condújome el conserje á la tumba, y he permanecido allí dos horas de rodillas orando y llorando. ¿Comprendes? Allí estaba ella... El alma ardiente habia volado: el cuerpo animado por ella se habia plegado hasta romperse bajo el peso de los celos y los remordimientos: ella estaba allí bajo mis piés, y habia vivido y muerto desconocida para mí; ¡desconocida!... y ocupando en mi vida un lugar como lo ocupa en la tumba; ¡desconocida! y encerrándome en el corazon un cadáver frio é inanimado como se encerraba en el sepulcro. ¡Oh! ¿Conoces cosa alguna semejante? ¿Tienes noticia de algun acontecimiento tan extraño? Así que, ahora, adios esperanza, jamás volveré á verla. Abriré su fosa; pero ¡ay! no encontraré las facciones con que pueda recomponer su semblante; ¡y sin embargo la amo! ¡sí, la amo siempre! ¿Comprendes, Alejandro? La amo como un insensato; y me mataria al instante para reunirme á ella, si no supiese que ha de ser para mí tan desconocida en la eternidad como lo ha sido en este mundo.

Dijo, y me arrancó la carta de las manos, la besó repetidas veces, y se puso á llorar como un niño. Le tomé en mis brazos, y no sabiendo que responderle lloré con él.

T.—Julio Barceló.

Un concierto monstruoso en 1615.

Las grandes fiestas musicales son muy comunes en el dia, y cuentan ya mas de dos siglos de existencia, segun el *Abondbade*, que describe un concierto monstruoso dado en 13 de julio de 1615 en Dresde por órden del elector Juan Jorge de Sajonia.

Este concierto era el episodio de Holofernes: la letra fué escrita por *Matheseus Pthaumenkern*, y compuesta la música por el chantre de la córte Hilario Grundmaus. El elector quedó tan satisfecho del programa del compositor, que le regaló cinco toneles de cerveza, con encargo particular de que nada escaseara.

Todos los artistas de Alemania, de Helvecia, del pais de Vaud, de la Polonia y de la Italia, fueron invitados á tomar parte con sus discípulos en la gigantesca fiesta musical de Dresde, donde, desde el 9 de julio de 1615, dia de san Cirilo, se hallaban reunidos 576 instrumentos y 919 coristas, sin contar los aficionados de Dresde.

Los instrumentistas llegaron armados de piés á cabeza con todos los instrumentos conocidos en aquella época y con otros muchos de nueva invencion nunca vistos en Dresde. Un tal Rapotzky, de Cracovia, llevó en un carro tirado por ocho mulas una verdadera máquina de guerra musical, un enorme contrabajo que tenia siete canas de alto. El artista de Cracovia habia adoptado muy ingeniosamente para su instrumento una escalerilla que le permitia dar vueltas desde la punta del mango hasta la puentecilla de su contrabajo, pasando su arco por las tres cuerdas (probablemente otros tantos cables de nave). Un estudiante de Witemberg llamado Rumpler se habia encargado de cantar la parte de Holofernes, con la condicion de poder entrar en voz en la taberna humedeciendo su gaznate de artista con un mar de cerveza á costa del ordenador de la fiesta.

Tomadas todas las disposiciones, y llegado el dia tan deseado, todos los artistas ocuparon sus respectivos puestos: la orquesta estaba colocada al lado de un bosquecillo; todas las colinas inmediatas estaban coronadas de espectadores que habian acudido hasta de los paises mas remotos para disfrutar de tan original como atronadora armonía. Y temiendo que el bajo de Rapotzky no dominase bastante los instrumentos y las voces, el chantre Grundmaus inventó otro, que encontró en el mismo sitio, en forma de molino de viento, entre cuyas aspas colocó gruesos cables, que cuatro artistas situados en los ángulos se encargaron de hacer roncar, frotándoles con un gran pedazo de madera dentellado.

A un lado de la orquesta habia un gran órgano cuyas teclas agitaba á puñetazos el padre Serapion, y para timbales, en reemplazo de una caldera de cervecero, que el chantre Grundmaus habia creido de mucho efecto, hizo colocar el elector algunas bombardas, cargadas por el polvorista de la córte, que las disparó segun requeria la partitura.

La ejecucion produjo un efecto mágico. La *prima donna* Bigazzi, de Milan, se distinguió por los gorgoritos que en abundancia hizo, pero se esforzó en tanta demasía, que espiró tres dias despues del concierto.

El primer violinista de la época, Juan Scioppo de Cremone, ejecutó con el instrumento á la espalda varias piezas concertantes. El chantre de la córte fué gratificado por el elector con un barril de *Niersteiner* y 50 florines del pais por el celo con que habia organizado el concierto, y por el maravilloso éxito que este habia tenido.

E. Comas y Soler.

Maravillas de la naturaleza y del arte.

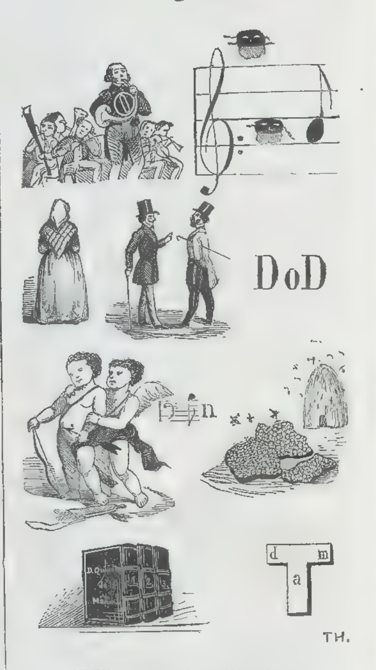
Vesubio.—Volcan de Italia, que en el año 79 hizo desaparecer las ciudades de Herculano, Pompeya y otras. Durante esta catástrofe el naturalista Plinio fué sofocado por los vapores que arrojaba este volcan. El Vesubio, que está situado en medio de una llanura, está formado por las materias que él mismo ha vomitado, y tiene unos 2,900 piés de elevacion. La erupcion de 1767 es una de las terribles de que se tiene memoria en Nápoles. En medio de los terribles mugidos que salian del interior de la montaña y de las violentas detonaciones que sin cesar se oian, se formó un rio de lava que corrió rápidamente en una estension de cerca de 320 piés y una profundidad de 24, y que habiéndose felizmente dirigido hácia un profundo barranco, le llenó hasta la altura de 60 piés, lo que salvó de la inundacion las campiñas inmediatas. El volcan arrojó al propio tiempo muchísimos cantos, rocas de grandes dimensiones y una gran cantidad de ceniza. Esta última salia en tanta abundancia que llegó á oscurecer el aire, y las llamas se elevaron á tan desmesurada altura que se las veia claramente desde la isla de Malta. Tambien salió por el cráter un torrente de agua hirviendo y salada, lo que parece probar que existe una comunicacion subterránea entre el volcan y el mar.

Volcan de Jorullo (Méjico).—En 1759 salieron de la llanura de Jorullo unos fuegos volcánicos y grandes fragmentos de rocas hendidas, y se formó en aquella llanura, de una media legua cuadrada de estension, una verdadera montaña volcánica.

Pasos á través de las montañas.—Casi todas las montañas ofrecen pasos gigantescos, que espantan al viajero que se decide á atravesarlos. El Misouri (rio de América), en uno de los puntos de su menor anchura, corre entre dos rocas que tienen 2,000 piés de elevacion. Se supone que la fuerza de las aguas se ha fraguado este paso llevándose las tierras que le obstruian. Uno de estos desfiladeros, el de las *Termópilas*, que es el mas célebre en la historia, ha sido inmortalizado por el arrojo de Leónidas, que se defendió y pereció en él peleando con sus trescientos compañeros de armas contra todo el ejército persa.

Mississipi.—Rio inmenso de la América septentrional, y el mas considerable de la Luisiana. Riega uno de los mayores y mas hermosos paises del mundo, habitado en su mayor parte por salvajes. Entra en el golfo de Méjico, despues de haber recorrido una estension de 1,500 leguas. Tiene una legua de ancho, sus aguas bajan siempre turbias, arrastran árboles y otros objetos; y mantienen una multitud de caimanes (cocodrilos).

Geroglífico.



SOLUCION DEL GEROGLIFICO ANTERIOR.

El amor no conoce la distancia.

ADVERTENCIA.

Los señores de fuera de Barcelona que deseen suscribirse á este periódico, pueden hacerlo enviando directamente sellos de franqueo con arreglo al siguiente estado:

Sellos.	Mes.	Trimestre	Semestre.	Año.
De 4 cuartos.	7	19	38	68
De 1 real.	3	9	18	32
De 2 reales.	1½	4½	9	16

De dicho estado se desprende que obtiene la rebaja de 4 reales vn. el que se suscribe por un año; es decir que por 32 rs. vn. tendrá pagados doce meses de suscripcion.

Por todo lo que antecede, CARLOS CUSTI Y RIU, E. responsable.

Imprenta del Diario de Barcelona, á cargo de Francisco Gabañach calle Nueva de S. Francisco, núm 17.

LA ILUSTRACION

PERIÓDICO QUINCENAL.

PRECIO.

En Barcelona, por un mes, llevados los números á domicilio, **3** rs.

Fuera de Barcelona, id., franco de porte, **3** rs.

PUNTOS DE SUSCRIPCION.

En Barcelona en la papeleria de los señores Sala, hermanos, calle de la Union, núm. 3, y en las principales librerías del reino.

La correspondencia deberá dirigirse á D. Francisco Nubiola, rambla de Canaletas, núm. 3.

OBSERVACIONES.

El que se suscriba por un año obtendrá la rebaja de 4 rs. vn.—Toda suscripcion debe empezar el 1.º de mes.—No se venden números sueltos.

SUMARIO.

Recuerdos del invierno, por Barrera.



DOS GRADOS BAJO CERO.



A LA SALIDA DE UN BAILE.



EL PRESUMIDO.



UN FILÓSOFO.



MR. DE BESTRMORS'OND.



UN EVOCADOR DE ESPIRITUS.



EN EL TEATRO.



EL INDIFERENTE.



EL COQUETON.



¡OH PRIMAVERA!

El Carnaval de 1859 en Barcelona.

Preciso es confesar que nunca se habia visto en Barcelona un Carnaval tan animado como el de este año.

El jueves, 3 de marzo, por la tarde, en medio de un bullicio y animacion del que Barcelona solo presenta algunos raros ejemplos, ya en grandes fiestas cívicas ó en muy señalados acontecimientos, y pululando un gentío inmenso en todos los ángulos de la ciudad, el fingido Carnaval verificó su entrada en la misma, procedente de Mataró, saludado con el clamoreo de la mas estrepitosa algazara y rodeado de la mas festiva, de la mas brillante y original comitiva que jamás se haya visto.

El 4 fueron á visitar al Carnaval, en su palacio del Borne, la comision de *Ayuntamiento* y Junta de obsequios de Sans. Montaban borricalmente y les acompañaba una especie de música. Por la noche una mascarada obsequió al Carnaval con una serenata atronadora y desconcertada, pero de muy buen género, por cuyo motivo fué aplaudida. Tambien pasó á cumplimentar al Carnaval una comparsa de gallos que vestian elegante traje de caballeros de rigurosa etiqueta. Al verles marchar por las calles, con paso grave y mesurado, y sombrero en mano, era cosa de morirse de risa.

El 5 continuó recibiendo en corte el ilustre *huésped*.

El domingo, dia 6, hubo varias cabalgatas y mascaradas. La del Círculo-ecuestre se distinguia por el brillo de los trajes, siendo notables por la originalidad de la idea, dos ginetes disfrazados de rana y otros dos que recordaban al esforzado caballero don Quijote y su escudero Sancho Panza. Acompañaban á esta lujosa cabalgata diferentes músicas y carretelas descubiertas. Los máscaras que iban en ellas, regalaban dulces y flores y en cambio pedian una limosna para los pobres.

Entre lo que mas llamó la atencion por lo nuevo y bien combinado del artificio, debe citarse en primer lugar la vista de una locomotiva, de mayores proporciones que las que trabajan en nuestros ferro-carriles, la que caminaba sin saberse el como. El humo que despedia la chimenea, el silbido de la máquina, el movimiento y el ruido de las ruedas, la válvula de seguridad y todos los demas accesorios estaban perfectamente concebidos. En el tender se veian los conductores, fogonistas, etc. En el testero del aparato se leia la siguiente inscripcion: *Ferro-carril de Barcelona á Mallorca*. Detrás de la locomotiva y arrastrado por seis caballos iba un carromato, decorado con agudo ingenio, que figuraba ser la estacion. Dentro de ella habia viajeros de todas naciones y algunas parejas de mallorquines, que al pararse rodeados de una inmensa multitud se diver-

tian agasajándola con regalos de dulces y flores.

Tambien entre las comitivas que se distinguieron y llamaron la atencion por la especialidad y lo gracioso del pensamiento, merecen ser citados los *peces* que, precedidos por una música de marineros, y detrás una bandera llevada por individuos de la misma clase, desembarcaron en el portillo de la Paz. Era una numerosa bandada de merluzas de un tamaño mas que regular. Las figuras estaban bastante bien trazadas.—Tambien escitó la mayor hilaridad la presencia de una manada de pavos que iban revoloteando por la Rambla guiada por dos labradores del pais.—Si bien que con mas modestas pretensiones, tambien fué feliz la idea que tuvieron algunos marineros de colocar sobre ruedas dos botes, uno entoldado y otro de vela latina, que les servian de carroza. Estos buques de nueva clase iban montados por una tripulacion de diablillos, marineros, moros, griegos y otros personajes de indefinida clasificacion.

Las comparsas de algunas otras Sociedades, eran numerosas y figuraban en ellas coches, ginetes y una buena variedad de trajes, pero sin que dominase en ellas ninguna idea especial. Llamaban no obstante la atencion las del Olimpo y del Triunfo.

La *rua* era magnífica por la brillante multitud de coches que la formaban, pertenecientes en su mayor parte á familias particulares. Los señores Capitan general, Gobernador de la provincia y Alcalde Corregidor iban tambien con las suyas respectivas, tomando parte en la comun diversion. Habia infinidad de niños que lucian hermosos y elegantes disfraces: habia muchas y variadas caricaturas, algunas chispeantes de originalidad y de gracia, y algunas tambien, bien que pocas por fortuna, mamarachadas de mal género.

El 7 aumentaron las cuadrillas de estudiantes, verdaderos los unos y fingidos los otros, que pululaban por las calles divirtiendo al público con sus músicas y cantares.—Este dia reinó en la Rambla una animacion estraordinaria. Lo que principalmente llamó la atencion de la multitud fueron las comparsas dispuestas por el célebre Fructuoso Canonge, y la Sociedad coral de Euterpe.

Respecto de la primera, empezaremos por notar la esplendidez del protagonista que ejerciendo una pequeña industria ha tomado una parte tan activa en estas fiestas, que es indudable habrá invertido en ellas algunos miles de reales.—Precedia su comitiva un grupo de guerreros armados de lanzas, un colosal tambor mayor con su banda de tambores y la correspondiente música. Seguia un carro que formaba un espacioso entoldado en el cual iban simétricamente colocados todos los útiles de la industria de limpia-botas custodiados por un bello jóven que vestia traje de la edad media. Habia varios rótulos y en ellos se leian principalmente los siguientes lemas, muy honrosos por su verdadera significacion: *Mi industria*.—*Mis tesoros*. En otro tablado análogo se veian dos mesas con el aparato de un jugador de manos, y un mágico sentado delante de ellas. Allí decia: *Mis recreaciones*. Fructuoso Canonge, vistiendo un traje español del siglo XIV, iba sentado en una lujosa carretela tirada por seis caballos y repartia flores y poesías, y tambien, á manera de condecoraciones, monedas de á cuarto horadadas y atadas con un pequeño lazo. Oimos decir que repartió mas de tres mil.—El acompañamiento del señor Canonge obtuvo repetidos aplausos; aplausos justamente merecidos porque él fué el primero que en su modesta esfera empezó á cambiar la faz del Carnaval de Barcelona.—Hé aquí una copia de la poesía que repartió el señor Canonge:

UN ADIOS AL CARNAVAL.

Ciutadans y ciutadanas
de la culta Barcelona,
que en torn de ma humil persona
vos agrupau en tropell,
gent de humor, gent bulliciosa
que al Carnaval tribut presta,
ascoltau un poch la orquesta
de aquet trovador novell.
A vosaltres en tal dia
lo meu afany s' encamina,
per vosaltres ma veu trina,
ab vosaltres vull parlá;
ja sè que es desafinada,
ja sè que lo pit me manca,
però en cambi es ma veu franca
perqué al fí sò catalá.
No mireu pues lo llenguatge,
perdonaume sa rudesa
en gracia de la franquesa
que respiran aquets cants;
vosaltres que bondadosos
ab mi heu sigut sempre massa,
ja honrant lo meu llustre y grassa,
ja aplaudint mos jochs de mans.
La broma carnavalesca
veyent freda, un dia, y pobre,
encara que el gall no m' sobre
vaig deixar prest lo treball,
y cridant als meus *satélites*
que son minyons de puntillu,
los digué, *muchachus, brillu,*
es precis deixá l' respall.
Obediens com las ovellas
van aixacarse en bandada:
bulliciosa mascarada
varem armá en un moment,
no diré pas que fos ella
com se mereix Barcelona,
pero si, que mala ó bona
vaig conseguí l' meu intent.
Perque la gent animantse
y cada any creixént la broma
ja ni l' Carnaval de Roma
al nostre s' pot comparar;
mès ara que l' meu ausili
ni hi fa pas gota de falta,
y que la feyna m' assalta,
prou de gresca; á treballár.
Aquest any es lo despido
del bullici y la tabola,
per so l' seny se m' desencola
en aquet tros de papé;
si mès tart se desanima,
del cotxo y demés pamplinas
trauré la pols y trenyinas
y altre cop jo sortiré.
A Deu siau gent divertida,
honrada y treballadora,
no us olvidaré ni una hora,
ni un quart, que no soch ingrat;
nó, Canonge l' llimpiabotas
los favors may mès olvida;
puig, tè l' ánima agrahida
encara que siga un gat.

Fructuoso Canonge.

La segunda comitiva de que hablamos anteriormente, escitó del público un doble interés: el formarla una sociedad coral que tan merecida fama alcanzó el año pasado y el implorarse por su eficaz mediacion un donativo para la Casa de Maternidad y Espósitos. Los coros del señor Clavé formaban una vistosa comparsa de segadores, provistos de su bandera, bocina, y de todos los útiles de su oficio. Seguíales un carro cargado de haces de trigo y cubierto de arcos de verde follage tirado por dos yuntas de bueyes. Sobre este carro iba sentado, con risueño semblante y presidiendo la festiva comitiva, el abuelo del encargado de los jardines de Euterpe, contando la friolera de *ciento y tres Navidades* ¡cuántos y cuán diferentes Carnavales habrá visto en su dilatada existencia!—Los fingidos segadores cantaban algunos de los hermosos coros del popular poeta señor Clavé, y recogian al parecer muchas limosnas, repartiendo en cambio de ellas una bella é inspirada poesía en idioma catalan en la que se escitaba la generosidad de todas las clases de Barcelona en favor del caritativo objeto para el cual se destinaban los espresados donativos.

Por la noche, al entrar el Carnaval en el Teatro Principal se dispararon unos hermosos fuegos artificiales.

El 8 por la tarde presentó la Rambla, en las primeras horas, todo el lleno de su animacion. La *Rua* estuvo brillantísima, como en los dos dias anteriores.—Volvió á escitar la admiracion y el aplauso del público la esposicion de la locomotora y estacion del ferro-carril de Mallorca.—Tambien escitó de nuevo la atencion del público el señor Canonge con su bulliciosa comitiva.—Si bien no se presentó ninguna cabalgata ni mascarada digna de este nombre, eran objeto de curiosas miradas el lujoso carro que representaba una jaula de locos, el acompañamiento de los Médicos que acudieron á visitar al enfermo Carnaval, un grupo de Farmacéuticos, y varias caricaturas bastante ingeniosas.

Por la noche tuvo lugar el entierro del Carnaval. La suntuosidad, si tal puede llamarse, desplegada en esa mascarada-ómnibus, á cuyo numerosísimo acompañamiento contribuyeron jóvenes y viejos, y personas de buen humor pertenecientes á todas las clases de la sociedad barcelonesa, fué un solemne, magnífico y nunca bien ponderado digno fin de fiesta de las bien ordenadas y alegres demostraciones, que han tenido lugar en esta gran capital. Asegurar que todo el vecindario de la misma acudió en masa, y con vivísimo interés, á presenciar el desfile de esta monstruosa arlequinada que constituia el *fúnebre cortejo*, seria poco, en razon á que despues del vecindario de Barcelona debian entrar en cuenta los miles de forasteros que, procedentes de poblaciones vecinas y de otras que no lo son, habian venido ansiosos de ser testigos de ese ordenado desconcierto en que alternaban lo grave y lo ridículo, lo sério y lo grotesco, los coros y las músicas mas armoniosos ó mas estrepitosamente desafinados. Calcúlase que figuraban en el entierro sobre tres ó cuatro mil personas, mas de cien caballos y cuarenta carruajes de diferentes clases.

E. C. y S.

¿Qué es Cuaresma?

El ayuno de cuarenta dias observado por los cristianos, para prepararse á la celebracion de la Pascua.

Esta mortificacion se halla prefigurada en los Ayunos de Elías, de Moisés y de Jesucristo. Antiguamente solo duraba treinta y seis dias en la Iglesia latina, hasta que en el siglo V se añadieron cuatro dias para imitar con mas exactitud los cuarenta dias de ayuno del Señor: práctica que se siguió en todo el Occidente á escepcion de la Iglesia de Milan.

Opinaron algunos que se fijó el número de cuarenta dias de ayuno en memoria del diluvio universal que duró igual número de dias, ó como un recuerdo de los cuarenta años que anduvieron los israelitas por el desierto, ó bien como una reminiscencia de los cuarenta dias que alcanzaron los habitantes de Nínive para hacer penitencia. Hubo autores que supusieron que el orígen de la Cuaresma no era otro que la celebracion del ayuno de cuarenta dias de Elías, ó los cuarenta que observó Moisés cuando en el monte Sinaí recibió del Señor las tablas de la Ley.

Sin embargo, parece que la opinion mas probable es la de que, como ya hemos dicho, se instituyó y fijó el número de cuarenta dias de ayuno en memoria de los cuarenta dias que Jesucristo ayunó en el desierto; de cuyo número (cuarenta) tomó el nombre de Cuaresma *quadragesima* en latin. *Et cum jejunasset quadraginta diebus, et quadraginta noctibus, postea, etc.* (Math., Cap. 4, v. 2.)

El orígen de las abstinencias religiosas es tan antiguo como el mundo. Algunos le hacen remontar y creen verlo hasta en la historia de nuestros primeros padres. El filósofo Epicteto, cuyo *Manual* tantos puntos de contacto tiene con la historia del cristianismo, establecia el principio, que toda la filosofía podia quedar reducida á estas dos palabras: *abstente* y *sufre*.

El que admite un Dios y una providencia, cree y con razon que cuando ha faltado, le es muy útil afligirse y arrepentirse de aquella falta, como un preservativo contra la recaida, y los mismos que censuran el ayuno convienen en que el hombre afligido no piensa, ni se ocupa de comer, ni de otros goces materiales. No es pues una superstición creer, como dice un autorizado escritor profano, que el ayuno es una señal y un medio de penitencia y un remedio contra la fogosidad de las pasiones

Todos los pueblos, todas las naciones, todas las creencias, todas las sectas han tenido sus dias ó épocas particulares de privaciones ó ayunos, y todas se han abstenido mas ó menos de ciertos manjares y condenado voluntariamente á privarse de comodidades, placeres ó diversiones; ya por un principio religioso, ya como una medida higiénica.

Uno de nuestros mas ilustrados escritores, en un tratado de «Higiene pública» dice lo siguiente: «La institucion de las Cuaresmas nos revela que en todos tiempos por todos los legisladores civiles y monásticos se ha adivinado la influencia del régimen. Los progresos del epicurismo y de la indiferencia han traido la relajacion de aquellas antiguas y solemnes costumbres: pero los médicos ilustrados nunca cesarán de aplaudir la institucion de la dieta cuadragesimal de la Iglesia católica, aun no considerándola mas que bajo el aspecto higiénico. Seis ó siete semanas de moderada abstinencia de carne y alimentos animalizados y en la época del año en que se hace mas activa la hematosis y mas bullicioso el movimiento orgánico, es una práctica altamente saludable y digna de ser aceptada, aun cuando no la recomendase lo santo y respetable de su origen. Es útil interrumpir á intervalos el régimen habitual, porque una dieta uniforme predispone á determinadas enfermedades; luego son útiles las vigilias y las abstinencias, luego es útil la Cuaresma. Es útil adietarse un poco á la entrada de cada estacion en las épocas cardinales del año; luego es útil el ayuno de las témporas. (1)»

El ayuno pues tan universalmente admitido por todos los pueblos, es una de aquellas instituciones á que naturalmente se han adherido todos ellos, mirando esta abstinencia voluntaria como una medida higiénica los unos y como un acto religioso los otros, juzgando que la mortificacion podria contribuir á aplacar la divinidad irritada y volver el consuelo á sus armas desoladas. Por eso se han conocido en todos los paises del mundo antiguo y moderno, civilizado ó en estado de barbarie el luto, los votos, las oraciones, los sacrificios, las mortificaciones, y como una de ellas ciertas abstinencias.

Los egipcios, los fenicios y los asirios tenian sus dias de privaciones. Entre otras de las pruebas á que sujetaban los sacerdotes egipcios á los que deseaban iniciarse en los misterios de Isis, era haberse de abstener por seis dias enteros de toda especie de comida y prometer no comer despues jamás carne de ciertos animales. Tambien se les prescribia un silencio de nueve dias, durante los cuales no podian por ningun pretesto pronunciar ni una sola palabra.

Pitágoras no contento con prohibir á sus discípulos el comer de todo lo que habia tenido vida, con arreglo al dogma de la metempsicosis, les prohibió tambien el uso de las habas, de las malvas, del vino, etc.

El dia antes de la fiesta de las Eleusinas y de las Tesmoforias le pasaban las mujeres atenienses sentadas en tierra, vestidas lúgubremente y sin tomar apenas alimento alguno.

En Roma habia tambien ciertos dias de abstinencias en honor de Júpiter y de otras divinidades. Numa observaba con exactitud religiosa los ayunos periódicos. Habiendo los Decemviros consultado por órden del Senado los libros Sibilinos para ver que debia deducirse de ciertos prodigios que acaecieron, dice Tito Livio que leyeron en ellos que para impedir funestas consecuencias era necesario establecer un ayuno general y público en honor de la diosa Ceres y repetirlo cada cinco años; lo que en efecto se acordó y practicó desde entonces.

Los Mandarines chinos ordenan ciertas abstinencias ó ayunos públicos para obtener del cielo la lluvia ó el buen tiempo. Durante estos dias se castiga rigurosamente si alguno vende carne ú otra especie de comestibles prohibidos. Los dias de abstinencia son parte del duelo en la China. Un hijo que acaba de perder á su padre, no puede comer carne ni beber vino, á no ser que esté enfermo, cuyo precepto se observa con la mayor escrupulosidad.

(1) Véase lo que dice el autor de este escrito en su *Memorandum* hablando del Miércoles de Ceniza. (N. de la R.)

Mahoma, á imitacion de nuestra Cuaresma, instituyó un mes de penitencia, el nono de su año árabe, llamado *Ramadan* ó mas bien *Ramazan*, cuyo plazo como que está arreglado á una lunacion determinada, se adelanta todos los años once dias. Por este cómputo invariable el Ramazan corre consecutivamente todas las estaciones del año, y vuelve á caer con corta diferencia por el mismo tiempo al cabo de 33 años solares nuestros. (1) Guárdase en esta especie de Cuaresma un severo ayuno, como se hacia en la Iglesia primitiva, no permitiéndose tomar alimento, ni beber agua de sol á sol. De aquí es que el Ramazan cuando cae en estío es mas penoso que en invierno, mayormente para la gente pobre y jornalera; porque los dias largos del estío la obligan á un ayuno de mayor mortificacion, pues la ley no exime al trabajo corporal, ni le concede el menor alivio.

Es inesplicable la atencion con que observan en los relojes el punto de ponerse el sol que los calendarios señalan: con todo, siempre suelen esperar los anuncios que dan los *Muecines* desde lo alto de los *Minarets* de las *Mezquitas*, cuyo aviso les sirve de guia para el principio y fin de su abstinencia. (2)

La institucion de nuestra Cuaresma se atribuye á los Apóstoles por los mas de los Padres de la Iglesia de los siglos IV y V. El cánon 69 de los Apóstoles, el Concilio de Nicea celebrado el año 325, el de Laodicea reunido en el año 365, y los Santos Padres griegos y latinos de los siglos II y III hablan del ayuno de Cuaresma como de una práctica que se observaba en toda la Iglesia.

En la primitiva el ayuno de Cuaresma iba anexa la continencia, la privacion de juegos y toda clase de diversiones. En algunos pueblos no podian celebrarse matrimonios sin dispensa especial del obispo. Hasta el siglo IX se conservó la costumbre de cesar los tribunales de justicia en el curso de los negocios, de no cazar aunque se guardase el ayuno, de no llevar armas, ni aun de viajar sin apremiante necesidad.

Nadie estaba en aquella época dispensado del ayuno: ni la calidad de las personas, ni la edad eran consideradas por escusas legítimas. Cesaban todos los negocios y como dice el abate Fleuri, se veian en silencio las ciudades mas populosas. Pasaban los fieles la mayor parte del dia en la iglesia orando, oyendo las lecciones espirituales y los sermones: y por eso se nota que es mas dilatado el oficio divino de los dias de penitencia.

En los primeros siglos de la Iglesia, particularmente en Occidente, la práctica de la Cuaresma era muy dura. No se hacia mas que una comida despues de vísperas al ponerse el sol, y en ella se abstenian de carne, de huevos, leche y vino.

Lo esencial del ayuno, como dice el citado Fleuri, consistia en no comer mas que una vez al dia, y esto á la caida de la tarde ó sea una cena: dejando de usar el vino y los alimentos delicados ó sustanciosos, y pasando el dia en el retiro y en la oracion, repartiendo entre los pobres lo que se economizaba y habia de gastarse en la demás comida. En aquellos tiempos se creia quebrantar el ayuno solo bebiendo fuera de la comida. Caminando al martirio san Fructuoso obispo de Tarragona, rehusó tomar una bebida que le ofrecian para fortificarse, diciendo que aun no era la hora de romper el ayuno: era un viernes á las diez del dia.

(1) Véase lo que dice el *Memorandum* hablando del año y meses de los árabes. (N. de la R.)

(2) Lo estraño es que estando mas de quince horas sin beber, como acontece cuando el Ramazan cae en el solsticio de verano, no acuden á saciar la sed antes que otra cosa. Hasta los miserables trabajadores que en el campo han sufrido todo el dia los rigores del calor sin poder refrescarse la boca, la primera licencia que se toman finalizado el ayuno, es fumar una pipa de tabaco; porque ni fumar les es permitido durante el ayuno. Despues comen y beben de cuanto quieren, y esta libertad ilimitada dura hasta el otro dia al nacer el sol. Al Ramazan, cuya duracion conforme á la ley ni baja de 28 dias, ni puede pasar de 30, porque no se parezca á la Cuaresma de los cristianos, sigue la fiesta del *Bairam*, que es muy parecida á nuestra Pascua.

Luego la disciplina eclesiástica se fué relajando insensiblemente. Antes del año 800 ya se permitia el uso del vino, huevos y lacticinios, y hasta trataron algunos de hacer lícita la carne de pluma, apoyándose en el pasaje del Génesis que dice que el Señor crió en un mismo dia (el quinto de la creacion) las aves y los peces: *Producant aquæ reptile animæ viventis, et volatile super terram sub firmamento cœli.* (Gén., Cap. I, v. 20 y siguientes.) Sin embargo fué desechada la opinion de los que sostenian que las aves y los peces eran de una misma naturaleza, solo por haber sido criados en un mismo dia y que por consiguiente podian comerse como el pescado.

Durante el siglo XIII la comida se adelantó tres horas, y antes de irse á la cama se tomaban algunas frutas ó conservas. Mas adelante, por los años 1500, se dijeron las vísperas á medio dia, inmediatamente se comia y por la noche se hacia colacion; y se creyó guardar la abstinencia cuaresmal con solo dejar de comer carne durante su período, y reduciendo á dos solas las comidas diarias, una á medio dia y esta completa, y otra mas ligera por la noche. A esta última se la llamó y se la llama todavía *colacion*; nombre tomado de los religiosos, los cuales luego de haber comido oian la lectura de las conferencias de los Santos Padres llamadas en latin *Collationes*, despues de las cuales se les permitia en dias de ayuno beber agua ó un poco de vino, cuyo ligero refrigerio se llamó tambien colacion.

En Oriente no fué menos rígida la observancia del ayuno. Durante la Cuaresma los mas de los cristianos vivian con legumbres, frutas secas, pan y agua. Los habia que hacian voto de no alimentarse sino de cosas secas, absteniéndose no solo de carnes y vino, sino tambien de frutas tiernas ó muy jugosas, cuyo sistema de vida se llamaba *gerofajia*. Otros menos austeros observaban solamente la *homofagia* ó sea la abstinencia de todo alimento cocido.

Los antiguos monges tenian tres Cuaresmas: la principal antes de Pascua, otra antes de Navidad, que llamaban Cuaresma de San Martin, y la tercera antes de San Juan Bautista y despues de Pentecostés; cada una de cuarenta dias.

Los griegos principian la Cuaresma una semana antes que la Iglesia latina, pero no ayunan ningun sábado, sino el de Semana Santa.

Los rusos como cismáticos griegos observan cuatro Cuaresmas. La de riguroso ayuno empieza el mismo domingo de Quinquagésima, hasta el Sábado Santo. Las otras tres se reducen á la abstinencia de carnes. La primera, llamada de los Apóstoles dura desde el dia de la Santísima Trinidad hasta la víspera de los Apóstoles San Pedro y San Pablo. La segunda ó de la Ascencion, principia el dia primero de Agosto y concluye á mediados de dicho mes en que celebran la Ascencion del Señor: y la tercera ó de Adviento empieza el 15 de noviembre y termina el 21 de diciembre. Estas tres Cuaresmas no son de rigurosa obligacion y solo acostumbran observarlas el clero secular y regular. Los jacobitas tienen á mas otra Cuaresma que llaman de la Penitencia de Nínive, y los maronitas una que denominan de la Exaltacion de la Cruz.

En la Iglesia latina muchas órdenes religiosas observan tambien otras Cuaresmas á mas de la comun ó general.

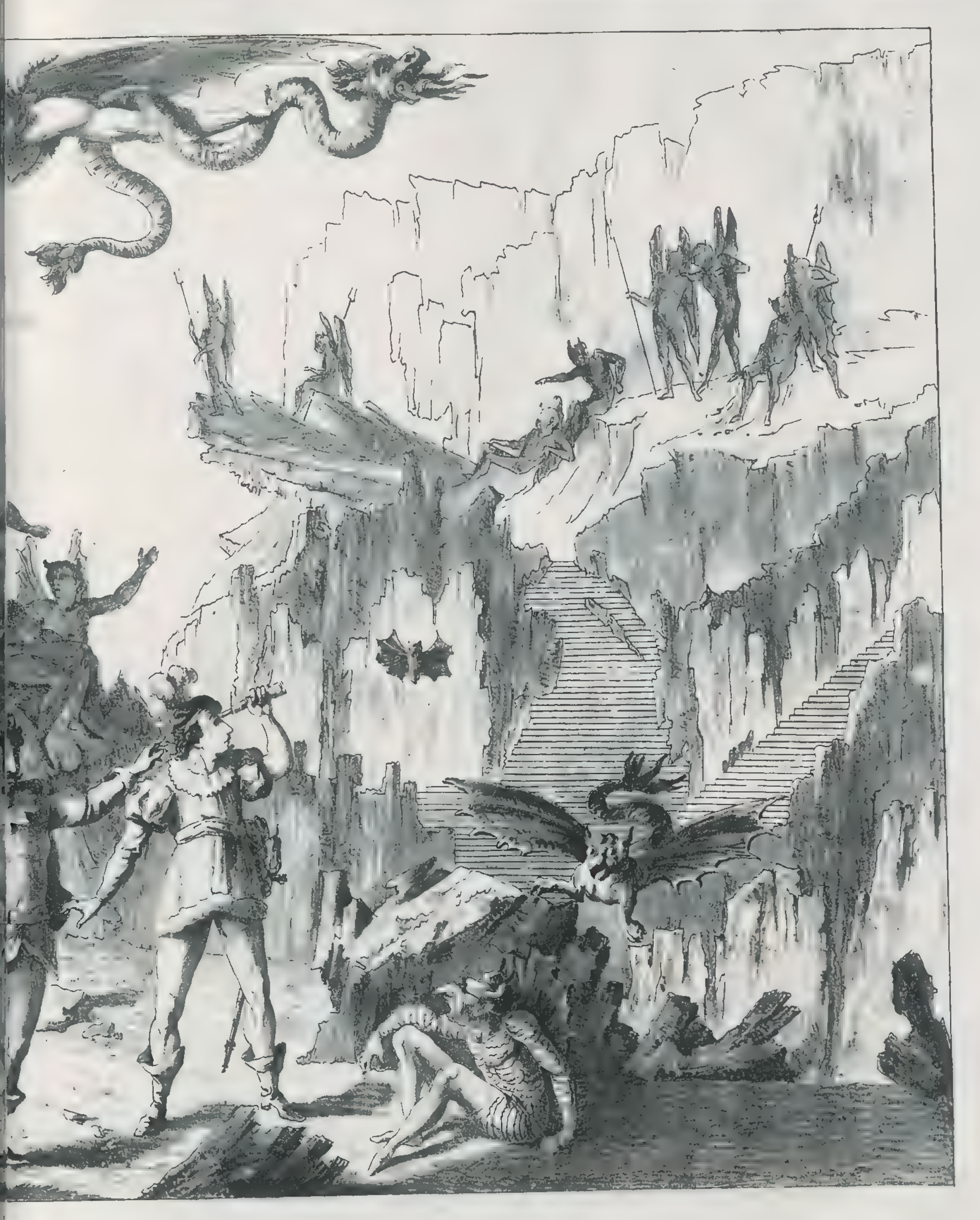
Esta principia entre nosotros el Miércoles llamado de Ceniza y concluye el Sábado Santo, víspera de Pascua; abrazando un período de cuarenta y seis dias, todos los cuales son de ayuno menos los seis domingos. Al primero suele dársele el nombre de *Quadragésima* por ser el primero de la Cuarentena ó Cuaresma. El segundo domingo y los dos siguientes se indican á veces con la primera palabra latina del introito de la misa que les es propia, es decir *Reminiscere* al segundo, *Oculi* al tercero y *Lœtare* al cuarto. El quinto se llama Domingo de Pasion y el sesto de Ramos. (1)

Por el cánon 8.° del concilio VIII de Toledo, celebrado el año 653, se dispuso que el que co-

(1) Véase lo publicado en el *Memorandum* sobre el particular por el autor de este escrito. (N de la R.)



EL DIABLO DE PLATA, comedia de magia representada
EL INFIERNO



el Gran teatro del Liceo. Cuadro final del primer acto titulado:

LOS JUGADORES.

miese carne en Cuaresma sin necesidad, no pueda comerla en todo el año, ni se le permita comulgar por Pascua: y que los fieles que por indisposicion ó edad avanzada tuviesen necesidad de comerla, no lo verifiquen sin anuencia y permiso especial del Obispo.

Estas abstinencias se observaban con tanta escrupulosidad en la Iglesia de Oriente, que durante el siglo VI habiendo permitido el emperador Justiniano á los cortantes de Constantinopla que abrieran sus tiendas en la Cuaresma del año 546 por razon de la escasez y gran carestía de trigo, vino, aceite y pescado, nadie quiso comprar carne, ni disfrutar de aquella concesion.

El rigor de la disciplina en aquellos tiempos era tal que hasta las tropas en activo servicio observaban la Cuaresma estrictamente, y en la historia militar de Francia se da el nombre de *Batalla de los arenques*, al ataque de un convoy de bacalao y demás pesca salada, destinada para los ingleses que sitiaban á Orleans en 1428.

Ultimamente los mismos enfermos estaban sujetos á estas privaciones: privaciones que la autoridad civil hacia observar con tanto ó mas rigor que la eclesiástica.

Las varias donaciones de arenques hechas en los siglos XIII y siguientes á las enfermerias públicas y hospitales de leprosos, justifican el empeño que habia en sujetar á los enfermos á la vida cuaresmal.

Carlo Magno por una de sus Capitulares del año 789, impuso pena de muerte al que durante la Cuaresma comiese de carne por desprecio á la religion: *Si quis sacrum quadragesimale jejunium, pro despectu christianitatis, contempserit et carnem comederit, morte moriatur; sed tamen consideretur à sacerdote causa necessitatis hoc quilibet proveniat et carnem comedat.*

En Polonia se observó con tanto rigor la abstinencia de carne durante la Cuaresma, que se amenazó con arrancar los dientes á aquel que se le justificase haberla comido.

Entonces solo algunos hospitales tenian permiso para preparar y vender carne durante la Cuaresma. Por dos acuerdos del Parlamento de Paris de 1575 el uno, y de 1595 el otro, se confirmó esta disposicion á favor del *Hôtel Dieu* de aquella ciudad, pero con la circunstancia especial que para espenderla habia de presentarse no solo un certificado del médico, sino otro del cura párroco, y dejar á mas nota del nombre y residencia del que compraba la carne, á fin de poder justificar si verdaderamente el estado del enfermo exigia aquella comida.

Hasta no muchos años antes de la revolucion francesa los habitantes de Paris solian asar cerca de la puerta de la calle algunos arenques, para con esta especie de sahumerio neutralizar el olor de la carne cuando la guisaban en lo interior de sus habitaciones, y no ser notada esta libertad ó infraccion de la ley por los agentes de policía encargados de husmear por todas partes y vigilar su observancia.

Como durante la Cuaresma estaba tambien prohibido el uso de los huevos, llegado el dia de Pascua habia la costumbre de hacerse mutuamente presentes de ellos, siendo una festividad tan marcada.

La escasez de aceite en algunos pueblos del Norte para guisar la comida durante el período cuaresmal, dió lugar á que solicitáran y obtuvieran el correspondiente permiso para servirse de la manteca de vaca y tambien de la de cerdo en lugar de aceite. Estas concesiones se hacian con la obligacion de practicar ciertos actos de piedad, ya rezando determinadas oraciones, ya distribuyendo entre los pobres ó á las iglesias algunas limosnas; y este fué el orígen de las bulas que llamamos de carne, huevos, etc.

En el último tercio del siglo pasado se publicaron varias disposiciones pontificias disminuyendo los dias de la abstinencia de carne en nuestra España. En el año 1779 estendió Pio VI á los reinos de Aragon y Navarra la facultad de comer toda especie de carnes en los dias de sábado, menos en los de Cuaresma y Témporas, del mismo modo que ya se comia en Castilla, donde, como dice Amat, era antigua la costumbre de comer las cabezas, pescuezos, asaduras, menudos, piés y manos de las reses. (1) El mismo Sumo Pontífice hizo general el permiso que en 1745 habia concedido Benedicto XIV, de comer toda especie de carnes sin restriccion en ciertos dias de Cuaresma, con motivo de la guerra marítima que ocasionaba escasez de pesca salada; concesion que se estendió de nuevo á toda la Cuaresma, esceptuando poquísimos dias, pero quedando vigente la prohibicion de mezclar carne y pescado en una misma comida de estos dias. (2)

V. J. Bastus.

(1) Hacíanse con esta especie de desechos una olla que como menos substanciosa y agradable, se permitia comer los sábados en España con motivo de la victoria de las Navas ganada contra los moros por D. Alonso el VIII el año de 1212 y de resultas de la cual se instituyó la fiesta del Triunfo de la Santa Cruz, con voto de abstinencia de carnes los sábados de todo el año.

(2) Cuando existian los burdeles ó casas públicas de mujeres, se llevaban estas perdidas durante la Cuaresma á oir las pláticas ó sermones que al efecto se predicaban en determinadas iglesias. particularmente en las de conventos de monjas Arrepentidas: probibiéndolas al mismo tiempo por varias superiores disposiciones, entre otras por el art. 8.° de las ordenanzas que para su régimen publicó Felipe II en Madrid por los años 1571 y 1575, que pudiesen admitir hombres en sus establecimientos durante la Semana Santa.

El diablo de plata.

La comedia de magia titulada *El diablo de plata*, es objeto de repetidos aplausos todas las noches que se representa en el Gran Teatro del Liceo. Aunque en cierto modo parezca un contrasentido en nuestro siglo la aficion á esta clase de espectáculos que recuerdan otros tiempos en los cuales la ignorancia y la preocupacion habian hecho popular la creencia en los fantasmas y hechizos, ello es que el pueblo se goza todavia en parecer crédulo por un momento para presenciar en la escena la parodia de la mágia que ha pasado de moda en la sociedad. En Paris, ciudad que marcha al frente de la despreocupacion moderna, hay empresas teatrales que invierten muchos miles de francos en el aparato de las comedias de magia, y el público las recompensa por punto general con numerosas entradas; ¿será que el público paga tributo á la rancia preocupacion de la mágia, de los sortilegios y de los talismanes? Nó; es que el público acude al teatro para presenciar los adelantos del arte, asi en las decoraciones como en el aparato, asi en la combinacion como en las transformaciones de la maquinaria. Comedia de mágia es una espresion que para el público supone grande aparato; sin esta condicion la mejor comedia de mágia no atraeria espectadores al teatro.

En este supuesto aplaudimos la idea que tuvo la empresa del Gran Teatro del Liceo al imponerse grandes sacrificios para la representacion de *El diablo de plata*, sacrificios que no dudamos verá compensados atendido el entusiasmo con que el público acude á admirar los magníficos cuadros de que se compone la comedia.

No nos detendremos en examinar el argumento de la misma, porque no hallamos en él nada de notable, ni tampoco nos ocuparemos de los actores que toman parte en ella. El argumento del *Diablo de plata* no se presta para recoger aplausos. Diremos, no obstante, que todos los actores desempeñan muy bien sus respectivos papeles.

Las decoraciones, debidas á los pinceles de los señores Sachetti y Warner, son magníficas. Considerándolas en general indicaremos que predominan en ellas la ilusion de los términos y el buen efecto de las proporciones. Entre los cuadros mas notables por este concepto, y por la grandiosidad de las formas y del aparato, citaremos el 2.° y el 8.° del acto primero, el 2.° del acto segundo, y el 6.° del acto tercero. El cuadro final del primer acto, titulado *El infierno de los jugadores*, es realmente sorprendente. El dibujo de dicha escena, que damos en este número, dará una idea, aunque imperfecta, del efecto que produce en el teatro.

El servicio de la maquinaria marcha con una regularidad notable, llamando la atencion la escena en que se presenta una torre situada en medio del mar, que se abre como un abanico para convertirse en una escalinata enroscada en una columna céntrica. La escalinata tiene suficiente robustez para permitir que se suba y baje por ella con seguridad, lo cual no impide que replegándose luego la barandilla y las gradas, desaparezca el cuadro y quede reconstruida la torre. Este y los demas cuadros nos han dado una escelente prueba de lo que vale Mr. Marie para dirigir la maquinaria.

R.

La estudiantina.

Corria casi la mitad de su camino del año de mil ochocientos treinta y tres, cuando varios estudiantes alborozados con la llegada de las vacaciones, celebrábamos en un café uno de esos conciliábulos que son muy frecuentes en Salamanca entre los individuos de la mencionada clase y en la susodicha estacion. Este club no tenia ningun objeto político, aunque su fin era altamente humanitario. Tratábase de saber el partido que tomariamos al dia siguiente de recibir esa licencia temporal que esperan con impaciencia los estudiantes ricos, y que tambien seria grata á los pobres si los impulsos del corazon pudieran dominar en ellos á la terrible idea de aumentar el presupuesto de gastos en casa de sus padres.

Eramos seis individuos y todos nos hallábamos en el doloroso caso de renunciar á visitar nuestros lares, por cuya razon estábamos reunidos para deliberar acerca de nuestra posicion y buscar un medio ingenioso de vencerla. Solo esperábamos para entablar la discusion á nuestro amigo Matias... que por ser el mas adelantado en ciencia y en edad de todos los miembros citados debia naturalmente presidir aquella asamblea; pero el buen Matías tardaba demasiado, y ya estábamos á punto de diferir la sesion para otro dia, cuando uno de mis camaradas dijo con una de esas exclamaciones que revelan á medias la alegría:

—«Ahí va D. Bruno.»

Era este D. Bruno un hombre algo misterioso que casi nadie conocia en Salamanca, donde se habia avecindado poco tiempo hacia y á quien sin embargo conociamos nosotros, porque era el amo de nuestro amigo Matias. Sabiamos que vivia solo, que no tenia parientes, que debia estar bien acomodado, puesto que vivia con cierta esplendidez, y que su natural afabilidad contrastaba extraordinariamente con su melancolía, pues nadie habia sorprendido una sonrisa en sus labios. Otros hombres mas sesudos que nosotros hubieran dejado pasar silenciosamente á aquel hombre que iba sumido en una profunda meditacion, devorado al parecer por un secreto pesar; pero nosotros no éramos todavía capaces de remontarnos á ciertas consideraciones, y así dimos á un mismo tiempo un grito con tanta precision de compás y de armonía como si un director de orquesta nos hubiera dado el tiempo y el tono. Este grito que nada tenia de subersivo, aunque no dejaba de ser alarmante, fué el siguiente:

—¡Señor D. Bruno!!!

He dicho que otros hombres mas sesudos que nosotros se habrian abstenido de dar semejante grito, y debo decir tambien que cualquiera otra persona que no fuese aquella á quien se dirigia lo hubiera despreciado, pero D. Bruno hizo un cuarto de conversion y entró en el café, diciéndonos estas palabras con que los viejos lisonjean el amor propio de los jóvenes:

—¿Qué me quereis, hijos mios?

Entónces fué cuando conocimos nuestro desacato, y así debia darlo á entender el carmin que empezó á colorear nuestras mejillas. Yo fuí el ménos tímido de todos, y me apresuré á justificar nuestra desatenciom dirigiendo de este modo la palabra al interpelante:

—Dispense V., señor D. Bruno. Aquí estamos reunidos unos pobres diablos, que no sabemos como pasar el tiempo de las vacaciones, y donde hallarémos recursos despues para continuar nuestra carrera. Esperábamos para tomar una resolucion á Matias, pero como este tarda en venir, hemos creido que un hombre del talento de V. puede darnos un consejo no ménos prudente

que el que nos prometiamos de la capacidad de su criado.

Pidió entónces D. Bruno café con tostadas para todos, excepto para él, que no queria faltar á su regla, ó no tenia ganas; tomó asiento entre nosotros, y con su grave afabilidad contestó en estos términos:

—Lo que ustedes desean es muy sencillo: vengan ustedes á mi casa donde participarán de mi pobre fortuna y...

No le dejamos acabar: una formal negativa que no dejaba de revelar al mismo tiempo la gratitud, hizo conocer á D. Bruno que nunca abusariamos de sus bondades, y entónces sin renunciar á su papel de Mentor, repuso:

—Pues bien; yo debo decir que tambien he sido pobre y estudiante como ustedes. Hice mi carrera de abogado en Alcalá, donde me asocié con otros muchachos tan pobres como yo, y cuando llegaban las vacaciones nos íbamos á recorrer las provincias, provistos de guitarra, y pandereta y otros instrumentos propios de la estudiantina, siendo tan felices en nuestras excursiones, que despues de vivir cómodamente durante nuestra alegre peregrinacion, volviamos con dinero para pasar el año. Vean ustedes si son capaces de seguir nuestro ejemplo, y no tengan la menor duda acerca del resultado.

Las palabras de D. Bruno produjeron en nosotros el efecto del primer rayo de luz en el hombre á quien han hecho la operacion de la catarata. Todos rascábamos un poco la guitarra; uno habia que tocaba la flauta primorosamente, otro manejaba el violin lo bastante para amenizar la jota y el fandango con aquellas variaciones expresivas de la música andaluza y aragonesa; el único individuo de la compañía, cuya opinion ignorábamos por hallarse ausente, era Matías, el hombre mas necesario para nuestra empresa, porque tocaba la pandereta como Paganini el violin, y cantaba además con una sal extraordinaria. Convenimos, pues, en seguir el consejo de D. Bruno á quien suplicamos nos indicase como práctico el rumbo que debiamos seguir.

—Eso es indiferente, respondió nuestro grave consejero, cuando los hombres se hallan en la necesidad de adoptar una resolucion como la que yo he propuesto, deben entregarse de lleno á la buena ventura. Nosotros al salir de Alcalá soliamos echar un puñado de arena al aire, y siempre seguiamos la direccion que nos indicaba al caer.

—¡Magnífico! dije yo, nosotros echaremos tambien la arena al aire y ella nos indicará el camino que debemos seguir; pero para no desobedecer al destino, creo que debemos seguir directamente el rumbo que la arena nos indique al bajar, hasta donde el mar detenga nuestros pasos.

La proposicion fué aprobada por unanimidad. Solo nos faltaba el asentimiento de Matías para proceder á los preparativos del viaje.

—Yo creo que Matías no tendrá ningun inconveniente, dijo uno de los estudiantes.

—Lo mismo digo, repuso D. Bruno.

—Pues yo digo que Matías no puede salir de Salamanca, dijo un jóven que sin ser visto se habia acercado al corro.

Esta inesperada negátiva nos llenó de sorpresa y de desaliento, porque el sugeto que habia pronunciado aquellas terribles palabras era el mismo Matías.

—¿Porqué no, preguntó D. Bruno, bajando los ojos como dominado por el hombre á quien tenia derecho de mandar.

—Ya sabe V., dijo Matías, que tengo una razon poderosa para no salir de Salamanca, y espero que mis dignos camaradas respetarán esta razon sin obligarme á decirla.

—Pues yo espero que V. tendrá la bondad de acompañar á sus dignos camaradas, contestó D. Bruno, que no tenia la costumbre de tutear á sus criados, recordando sin duda lo que esta costumbre española habia herido en algun tiempo su amor propio.

Trabóse una polémica prudente por el decoro con que el amo y el criado se trataban, y sembrada de reticencias que revelaban algun misterio. Indudablemente Matías ejercia ya algun predominio sobre D Bruno, á quien guardaba sin embargo las consideraciones que un criado sabe hacer compatibles con la familiaridad á que le da cierto derecho la posesion de un secreto. Nosotros testigos mudos durante algun tiempo de aquella escena que no acertábamos á comprender, nos levantamos al fin para retirarnos dispuestos siempre á realizar nuestro proyecto, aunque sintiendo en el alma no contar con el precioso apoyo de nuestro mas respetable camarada. D. Bruno y su criado se levantaron tambien sin darnos otro consuelo en su despedida, que una vaga esperanza en estas palabras del hombre cuyo consejo habiamos pedido y aprobado.

—Yo les prometo á ustedes que Matías será su compañero de viaje.

Nuestra primera diligencia fué buscar otro panderetero, que no tuvimos la dicha de encontrar, á pesar de lo cual insistimos en nuestra resolucion. A los dos dias teniamos preparados los instrumentos, y sacados los pasaportes; nuestro equipaje, como estudiantes pobres, consistia en un par de camisas que llevábamos en un pañuelo debajo del manteo, y la cuchara de palo colocada entre la cinta del sombrero de tres picos. Rompimos la marcha echando siempre de menos á Matías, tanto por su voz y su pandereta, como por su genio á propósito para nuesrra expedicion, y no quisimos abandonar la poblacion sin entonar algunos cantares de despedida ante la preciosa fachada de nuestra querida Universidad. Detuvímonos allí en efecto, y pronto nos vimos cercados de una muchedumbre inmensa, compuesta de estudiantes en su mayor parte, que se aglomeraron en aquel punto, tanto para decirnos «á Dios,» como para disfrutar de nuestra serenata. Empezamos los de las guitarras á rasgar la jota, el de la flauta y el del violin á improvisar variaciones, y todos en fin á cantar una copla de las varias que habiamos compuesto alusivas á nuestra despedida.

El efecto era magnífico, porque á nuestras voces se unieron las de mas de tres mil estudiantes, produciendo una especie de concierto monstruo, infernal, con gran satisfaccion de la gente que se apiñaba en los balcones y bocas-calles, para gozar aquel grandioso espectáculo; pero cuando nosotros, y el público todo, nos vimos sorprendidos y agitados como por la conmocion que produciria una descarga electro-música, fué á la conclusion del cantar. El estribillo armónico de los instrumentos fué de pronto enriquecido por una pandereta que repiqueteaba, subia, bajaba, desaparecia y se presentaba de nuevo, girando como peonza sobre un dedo índice, para repetir las mismas cadencias, las mismas evoluciones, los mismos efectos. Escusado creo decir que el hombre, el estudiante, el diablo improvisado de aquella manera en el concierto, era nuestro amigo Matías.

La serenata concluyó dejando satisfecho á todo el mundo; al público porque se habia divertido de balde, y á nosotros porque los aplausos que habiamos recibido nos hacian esperar otros mas positivos. Un cuarto de hora despues estábamos fuera de la ciudad, y Matías, incorporado en nuestro gremio sin darnos explicacion alguna de su conducta, fué elegido para arrojar al aire la arena, que nos indicó el camino de Portugal.

Conservaba nuestro panderetero un resto de melancolía; pero estaba entre gente alegre, y tanto sus penas íntimas como las nuestras se desvanecieron ante las ocurrencias chistosas y las ilusiones poéticas propias de la juventud que ve ante sus ojos el panorama de la vida errante.

La estudiantina ó sea peregrinacion de estudiantes que van de pueblo en pueblo, no á hacer penitencia, sino á divertirse, divirtiendo á los demás, es una de las costumbres mas características de España, costumbre que agrada siempre á los naturales y encanta á los extranjeros. Nada hay mas animado, nada mas bullicioso que esas excursiones de jóvenes, recorriendo las grandes y chicas poblaciones, atrayendo á la muchedumbre con su algazara, improvisando cantares á todo el mundo, y principalmente á las mujeres cuya vanidad saben herir agradablemente en sus mas delicadas fibras, no conociendo el reposo ni el cansancio, en fin pidiendo y obteniendo dinero de todos los espectadores, no como limosna, sino como debida recompensa. Para esto es absolutamente preciso el antiguo traje que solo se emplea ya en las excursiones de que voy hablando, y con el cual no hay chiste picante, no hay adulacion, no hay travesura, no hay nada que no sea tolerado por el que hace la víctima, y aplaudido por la generalidad; si bien debo advertir que los estudiantes tienen bastante buen seso para contener sus bromas en los límites del decoro.

La docilidad con que la lengua castellana se presta á la improvisacion, es un recurso de grandísima importancia; pues no bien se abre un balcon y se presenta una persona cualquiera cuando ya tiene encima el cantar alusivo á sus afecciones, su vida, su fortuna, y su carácter, para lo cual hay siempre algun miembro de la expedicion dedicado á estas interesantes investigaciones. Además, como en este repetido ejercicio se agotaria la fecundidad de Lope de Vega, los estudiantes llevan de repuesto en la memoria un millar de cantares celebrando los cabellos castaños ó rubios, los ojos negros ó azules, la tez morena ó blanca, etc Entre estos cantares los hay para las solteras, para las casadas, para las viudas, y muchas pobres mujeres se llenan de orgullo con los piropos que ya se han gastado en otras mil de su clase y condicion.

Esta descripcion de la estudiantina en general me dispensa de hacer la de la nuestra en particular, que fué una serie no interrumpida de triunfos. Comiamos y bebiamos como unos señores, íbamos por la noche al teatro donde lo habia, nos alojábamos en las mejores posadas, y despues de cubrir estos gastos, tocábamos al dia lo que menos á cuatro ó cinco duros por barba. Con pocos meses que la expedicion hubiera durado, los siete pobres estudiantes habriamos vuelto á Salamanca hechos siete infantes de Lara, cuando no siete sabios de Grecia, porque sabido es que el dinero tiene la virtud de hacer nobles a los plebeyos y sabios á los ignorantes.

Así, de pueblo en pueblo, atravesando unas veces por medianos caminos, otras por malos senderos, pero siempre infatigables y alegres, llegamos á Lisboa, donde el mar atajó nuestros pasos y cuyo puerto nos ofreció un punto de vista sumamente alegre y pintoresco..... La ciudad es grande y hermosa, tiene las irregularidades de las poblaciones antiguas unidas á la que ocasiona la desigualdad del terreno, pero hay calles preciosos, admirables iglesias, palacios de primer órden, y en vista de todo esto, absolvimos en parte á los portugueses de las exageraciones con que hasta entónces nos habian abrumado. Porque todos mis lectores sabrán que el flaco de los portugueses es la idea equivocada que tienen de su importancia individual y colectiva, en corroboracion de lo cual citaré algunas de nuestras aventuras.

Discutiamos un dia con un portugués acerca de la preponderancia de algunos pueblos y aquel hombre creyó lisonjearnos diciendo:

—«El dia que la España se una á Portugal no tendrémos nada que envidiar á ninguna potencia del mundo.»

Hicímosle la observacion de que en tal caso seria mas lógico que Portugal se uniese á España, la parte al todo, y por única contestacion el hombre se retiró, lanzándonos una mirada de soberano desprecio.

Hablamos otro dia de la importancia marítima de las naciones, y otro portugués presentó esta singular estadística:

—«La marina española no existe; la francesa empieza á tomar incrementa, la rusa va siendo formidable, la inglesa... ¡uf! añadió haciendo una mueca de admiracion, la marina inglesa puede ya casi competir con la nuestra.»

Pero lo que mas caracteriza á los portugueses en el deseo de abultar las cosas de su país es el tipo de las unidades á que sujetan sus cálculos. Cuando hablan de sus escuadrones no cuentan los caballos ó los ginetes sino los piés de los caballos; porque naturalmente les parece mas pobre hablar de ciento ó de doscientos caballos que de cuatrocientos ú ochocientos *peus de cabalo*. Para el dinero tienen, ó por mejor decir, se refieren á una moneda imaginaria que llaman *rei*, en singular, y *reis* en plural, moneda cuyo valor no recuerdo, pero basta decir que es muy inferior al maravedí español ó al céntimo francés. De esto modo sus cuentas, sus presupuestos, presentan

largas tiradas de guarismos que asustan al que no sabe que muchos millones de *reis* componen pocos miles de *reales*.

A propósito de esto, contaré el conflicto en que nos vimos al llegar á Lisboa. Entramos en una fonda donde en celebridad de nuestra feliz empresa pedimos una comida decente si no espléndida. Servíanos á la mesa una bellísima jóven que hablaba perfectamente el español, y con la cual tratamos inútilmente de entablar conversacion, pues solo respondia por monosílabos á nuestras preguntas, cosa que no nos estrañó, atendido á la cortedad de las muchachas bien educadas, y sobre todo al exceso de su trabajo, porque la pobre tenia que acudir á muchas mesas á un tiempo. Pero lo que no pudo ménos de extrañarnos fué la cuenta que nos presentó en un papelito al concluir, concebida sobre poco mas ó menos en estos términos:

Sopa.	500 rs.
Un pavo asado.	2,800
Tres besugos fritos.	1,200
Pan.	700
Una ensalada de berros.	400
Postres.	800
Vinos y licores.	3,600
	10,000 rs.

Al ver esta cuenta, creo que todos perdimos el color, pues aunque teniamos con que pagar, no era ménos cierto que el abuso del fondista nos arruinaba: y como era natural, empezamos á hacer estas y otras exclamaciones:

—¡Diez mil reales por una comida que no vale diez duros! ¡Esto es abominable!

—¡Vea V.! ¡Cuatrocientos reales por una ensalada de berros!

—¿Pues y los vinos?

¿Pues y el pavo? ¿Qué pavo es ese que vale dos mil ochocientos reales?

—¡Aunque fuera de oro!

El único de nosotros que no chistaba era Matías. Preguntámosle que tal le parecia la cuenta de la comida, y sin apartar los ojos de un punto contestó:

—No es cara.

De seguro Matías, que no habia casi comido, no habia entendido una palabra, lo que mis lectores comprenderán bien, sabiendo que el pobre se habia enamorado perdidamente de la muchacha que nos sirvió á la mesa, en lo que, á decir verdad, dió una prueba de buen gusto. Por fortuna, la mencionada jóven oyó nuestras exclamaciones, y vino á sacarnos del error que nos atormentaba, diciéndonos en castellano lo que debiamos pagar, que todo ello subia á doce ó catorce duros, á los cuales añadió Matías otros dos para la criada, pero esta los devolvió, diciendo que no tenia costumbre de recibir tan grandes propinas.

Mucho trabajo nos costó sacar á Matías de su distraccion, mucho mas sacarle de la fonda, y esto nos hacia temer con fundamento lo que nos costaria el sacarle de la ciudad para continuar nuestra expedicion. Entramos en un café, y allí empezamos á hacer prudentes reflexiones á nuestro camarada sobre la conveniencia de volver á Salamanca, de donde faltabamos hacia ya dos meses, pero grande fué nuestra sorpresa al ver que Matías léjos de escucharnos se entretenia en leer un periódico portugués, ó por mejor decir, no fué esto lo que mas debia sorprendernos, sino el ver á Matías soltar el periódico de pronto, hacer un ademan de desesperacion, y ocultarse el rostro entre las manos, dando un grito que mas propiamente podia llamarse un rugido.

Asombrados nosotros de lo que estábamos viendo, cogimos el mencionado periódico, en el cual tuvimos el sentimiento de hallar esta triste noticia:

«Un vecino de la ciudad de Salamanca llamado D. Bruno..., se arrojó dias pasados al rio Tormes, desde el gran puente romano, y aunque daba señales de vida cuando lograron sacarle del agua, es de creer que haya dejado de existir. Ignórase la causa de este suicidio; solo se sabe que ha dejado por heredero de su inmensa fortuna á su criado Matías..., alumno de la Universidad.»

Pero todas estas sorpresas eran pequeñas para nosotros comparadas con la que nos reservaba Matías. Cuando le preguntamos si él sabia el motivo de tan infausto suceso, nos lanzó una siniestra mirada diciendo:

—¡Vosotros sois la causa de esa catástrofe!

Y pálido como un cadáver, haciendo inútiles esfuerzos para arrojar por los ojos el dolor que le oprimia el alma, salió del café sin despedirse de nosotros, dejándonos absortos con sus palabras, que no podiamos comprender.

Pero este artículo se va prolongando mucho, y mis lectores tendrán la bondad de esperar al número inmediato para saber el fin de esta verídica historia.

JULIO BRAVO.

Maravillas de la naturaleza y del arte.

Amazonas.—El continente americano está regado por los rios mas grandes del universo: parecen lagos ó brazos de mar que corren magestuosamente por en medio de las tierras. El rio de las Amazonas es una de las corrientes de agua mas hermosas que se conocen: su curso tiene de 1,200 á 1,500 leguas de estension; su anchura va aumentando progresivamente á medida que van entrando en él las aguas de sus rios tributarios, de manera que al principio solo tiene mil doscientas, mil quinientas y hasta dos mil toesas; luego una legua y media, dos, tres y en fin hasta cincuenta leguas cuando las aguas pluviales le hacen salir de madre. En su desembocadura tiene ordinariamente cincuenta leguas de ancho y quinientos piés de profundidad, y su corriente tiene tanta fuerza que sus aguas conservan su movimiento en el interior del mar en una estension de cuarenta leguas.

Este rio fué llamado así por los Españoles, porque encontraron en sus márgenes unas mujeres indias que llevaban los arcos y las flechas de sus maridos, y creyeron que aquellas mujeres ejercian la profesion de las armas como las famosas Amazonas de la antigüedad.

Inundaciones periódicas del Nilo.—Muchos rios, y el Nilo entre otros, salen de madre en ciertas épocas del año y algun tiempo despues vuelven á entrar en su cauce. Tanto los antiguos como los modernos se han ocupado muy particularmente en descubrir las causas que influyen en el aumento de las aguas del Nilo hácia los meses de julio y agosto, y porqué este rio disminuye tan estraordinariamente durante el invierno. Las verdaderas fuentes del Nilo son todavía desconocidas, mas tenemos muy poderosas razones para creer que en el interior del Africa existen elevadas montañas que se cubren de nieve durante el invierno, y que estas nieves, convertidas en agua por el calor del sol en la primavera y en el verano, aumentan las aguas del rio en épocas casi fijas; otros pretenden que las inundaciones del Nilo son debidas á las estraordinarias lluvias que caen en las regiones donde se encuentran sus fuentes ó manantiales.

Rios perdidos.—La superficie de la tierra está formada en algunos puntos de bancos de arena, y á veces se encuentrln tambien debajo de ella subterráneos de una estension mas ó menos considerable; por lo tanto es muy posible que el curso de un rio cese de pronto cuando encuentra en su camino un banco de arena ó una caverna; en el primer caso sus aguas se irán infiltrando sin ruido para ir á salir mas lejos; el Rhin, por ejemplo, desaparece antes de llegar al mar, porque sus aguas son absorvidas por unos vastos arenales. El Loiret, que sale por completo en su orígen á modo de una fuente, es el producto de muchos riachuelos de la Soloña que se infiltran y desaparecen en las tierras. Si un rio encuentra á su paso una caverna un poco espaciosa, empleará algun tiempo en llenarla, y cesará de correr mas abajo: esto es lo que sucedió con el rio Vienne, que se secó de pronto, hace unos treinta años, porque sin duda sus aguas habian desaparecido en una cavidad; y cuando estuvo llena, continuó su curso.

Catarata del Niágara.—El rio San Lorenzo, uno de los mas gigantescos del Nuevo Mundo, despues de haber atravesado inmensos lagos y grandes rocas, en un precipicio de 160 piés de elevacion, sus aguas, divididas por las crestas de las rocas, caen rodando y forman nubes de espuma que producen el espectáculo mas asombroso. Algunas veces los vientos que soplan en sentido contrario levantan las aguas y las dividen formando una verdadera nube por cima de la catarata, á través de la cual se puede observar, estando situado en un punto conveniente, el espectáculo del arco iris. El ruido de las aguas es tal que se oye á muchas leguas de distancia.

Administracion.

CORRESPONDENCIA.

Sr. D. A. de la M. Barcelona.—Agradezco el ofrecimiento de V. pero no puedo aceptarlo. La «Ilustracion» tiene ya un artista especial que se ocupa de aquella parte; y acceder á los deseos de V. seria ofender la delicadeza del mismo.

Sr. D. G. G. Lérida.—Los números se le remiten con regularidad. No obstante ha sido atendida la reclamacion.

Sr. D. A. J. Pamplona.—He anotado las seis suscripciones que me avisa, y entregado los números à la persona que me designa en la suya del 8.

Sr. D. C. G. Villanueva.—¿Cómo no reclamó V. antes?

Sr. D. A. F. de Santander.—Se le han remitido los números 1 y 2.

Sr. D. L. de S. y M. de Cartagena.—No me es posible publicar sus poesias.

Geroglífico.



SOLUCION DEL GEROGLIFICO ANTERIOR.

Solo en las máscaras la mujer hablando de amor es sincera sobradamente.

ADVERTENCIA.

Los señores de fuera de Barcelona que deseen suscribirse á este periódico, pueden hacerlo enviando directamente sellos de franqueo con arreglo al siguiente estado:

Sellos.	Mes.	Trimestre	Semestre.	Año.
De 4 cuartos.	7	19	38	68
De 1 real.	3	9	18	32
De 2 reales.	1 1/2	4 1/2	9	16

De dicho estado se desprende que obtiene la rebaja de 4 reales vn. el que se suscribe por un año; es decir que por 32 rs. vn. tendrá pagados doce meses de suscripcion.

Por todo lo que antecede, CARLOS CUSTI Y RIU, E. responsable.

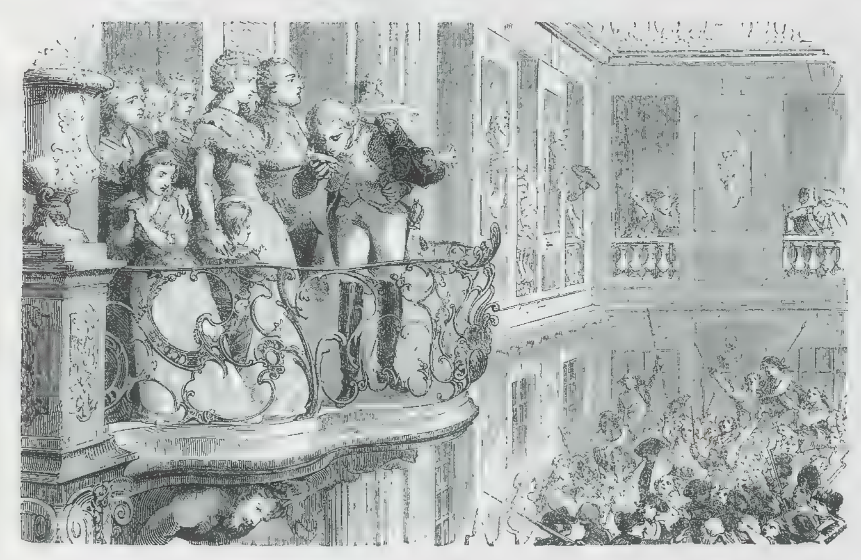
Imprenta del DIARIO DE BARCELONA, á cargo de Francisco Gabañach calle Nueva de S. Francisco, núm. 17.

Núm. 7. Barcelona 1.° de abril de 1859. Año 1.

LA ILUSTRACION

PERIÓDICO QUINCENAL.

PRECIO.	PUNTOS DE SUSCRIPCION.	OBSERVACIONES.
En BARCELONA, por un mes, llevados los números á domicilio, 3 rs. Fuera de Barcelona, id., franco de porte, 3 rs.	En BARCELONA en la papelería de los señores Sala, hermanos, calle de la Union, núm. 3, y en las principales librerías del reino. La correspondencia deberá dirigirse á D. Francisco Nubiola, rambla de Canaletas, núm. 3.	El que se suscriba por un año obtendrá la rebaja de 4 rs. vn.—Toda suscripcion debe empezar el 1.° de mes.—No se venden números sueltos.



LAFFAYETTE EN EL BALCON CON LA FAMILIA REAL.
(Historia de Luis XVI y de Maria Antonieta.)

La vírgen de Nimes.

EPISODIO HISTÓRICO.

I.

Apenas se conservan hoy algunos restos de la grandeza de Nimes, ciudad que en el año 673 ostentaba orgullosa sus gruesas murallas, sus elevadísimas torres y sus góticos edificios.

Allí fué donde el rebelde Paulo se fortaleció cuando quiso ceñir la corona de Wamba, y allí fué tambien derrotado, anegándose en sangre humana las calles de aquella soberbia ciudad, cuando el 1.° de setiembre rompieron sus ferradas puertas los treinta mil soldados que mandaba Wandemiro.

El sol tocaba á su ocaso, y el ejército del rey habia invadido la ciudad. El aspecto de sus calles era horroroso. do quiera que se esparcia la mirada no se veian mas que montones de cádaveres, arroyos de sangre y fragmentos de aceradas armas: do quiera que se aplicaba el oido no se percibia mas que el choque de las espadas, las voces del vencedor y los ayes del vencido, las imprecaciones del soldado y el relincho de los embravecidos corceles, cuyos herrados cascos se embotaban en los cráneos de los heridos y en la sangre que esponjaba la tierra. Teatro de la mas espantosa matanza, del que salian mezclados los suspiros de muerte y los gritos de venganza, las súplicas de las mujeres con las amenazas de los guerreros, y formando un confuso remolino los llevaba el viento para despertar con sus lúgubres ecos á los carnívoros grajos que habian de cebar su pico en los mutilados cuerpos.

Empero dejemos esta escena, y pongamos nuestra atencion en otra de distinto género que se representaba en el interior de un palacio gótico. Este fué invadido por una turba de soldados: trás ellos entró la muerte, y trás la muerte el silencio.

El capitan Wandemiro se encontraba con ellos, y despues que les dejó entregados al pillaje, se puso á recorrer algunas habitaciones enteramente desiertas; pero hé aquí que al entrar en uno de los mas apartados salones, hirió su vista una figura humana, que al verle arrojó un grito de espanto.

El caballero se detuvo, y vió una mujer cuya extremada belleza no la hubieran concebido los sueños de Miguel Angel, y cuya cándida expresion no hubieran acertado á retratarla los mágicos pinceles de Rafael.

Sobre su nevada espalda caian en trenzas de oro sus finos cabellos: mil azuladas venas dejaba ver el trasparente cútis de su pecho, cuyas formas moviéndose á impulsos de la agitacion interior, se escapaban de la rica vestidura con que olvidaba cubrirlas la torneada mano de aquella mujer: sus ojos, de un azul como el cielo, decian toda la tristeza de su alma, y su boca entreabierta y agitada por un ligero temblor manifestaba el pánico de que estaba poseida.

—¿Qué buscas? dijo con un acento que conmovió todas las fibras del corazon del guerrero. ¿Ignoras que esta es la mansion de la muerte, y que no hay en ella otro sér que yo, mísera mujer, que si sacrificas, nada aumentará á tu ya alcanzada gloria? ¡Huye si aun sientes en el pecho el corazon de tu raza! No manches tu victoria con la sangre de una víctima que con su debilidad te deshonraria.

—Quien quiera que seas, contestó Wandemiro, ¡oh hermosa mujer á quien creó el Eterno para probarnos su omnipotencia, no temas que la espada de mis nobles abuelos se tiña con tu sangre! ¿Pero cómo permaneces aquí expuesta á tantos peligros, y no has abandonado la ciudad? ¡Qué es de tus deudos! ¿y cómo no te han salvado de los furores de la guerra?

—¡Pobre mujer, sola en el mundo como la flor que crece en el desierto, y muere abrasada por el sol, naci para llorar!

—¿Necesitas un apoyo, quierès una defensa?

dijo el caballero levantando su cabeza y paseando por la habitacion su noble mirada; aquí tienes mi brazo, mis armas serán tu escudo,

—¿Y crees, replicó la jóven, que podrá haber salvacion para mí?

—¿Tantos son tus enemigos?

—Es uno solo, el destino, y ese no puedes combatirlo.

—¡El destino! ¿Y porqué crees que te ha de ser adverso?

—Porque siempre me ha perseguido, cumpliéndose todo lo que en mi niñez me pronosticaron.

Y al concluir estas palabras brotaron de los ojos de aquella mujer dos lágrimas que fueron á precipitarse en su pecho.

—¿Qué es el destino? dijo arrebatado el caballero. Un fantasma forjado por la ilusion. No dejen tus ojos escapar esas bellísimas perlas. Dime quien es la causa de que se derramen.

—Es demasiado triste mi historia.

—Yo tambien he padecido, comprenderé tus penas y sabré consolarte.

—¡Tienes un alma muy generosa! escucha pues. El infortunio vino al mundo conmigo. No conocí á mis padres: un rico judío que me tenia á su cuidado es el único sér en quien he podido emplear mis caricias de niña: él me llegó á querer con extremo, me prodigó toda clase de cuidados, pero no quiso rebelarme de mi nacimiento otra cosa mas sino que era hija de cristianos, dejándome seguir la religion de mis padres. Se pasaron los años, y la fama de mi hermosura corrió de boca en boca hasta el punto de ser conocida en toda la comarca, donde me daban el nombre de la Vírgen de Nimes.

Un jóven godo, hermoso y valiente, se prendó de mí, y yo sin saberlo le entregué mi corazon. Me creia dichosa amándole, pero ¡desgraciada! el feroz Paulo, que ahogaba en silencio la pasion que por mí concibiera, ponia en tanto todos los medios para arrebatar á Gundemaro su prenda de amor, como habia querido arrebatar á Wamba su corona.

Una tarde que yo paseaba en mi jardin, ya á la hora en que el sol estaba próximo á ocultarse, sentí un roce estraño en un bosquecillo de adelfas y rosales, vuelvo la vista hácia aquel lado, y de pronto veo destacarse cuatro enmascarados y con sendos puñales. Dos de ellos me cogieron en sus brazos, y los otros dirigiéndose á la dueña que me acompañaba, le atravesaron el corazon con sus traidoras armas. Di un grito, sentí pasar una nube por mi frente, y ya no ví nada hasta que desperté de aquel sueño encontrándome aquí. Tres dias hace, y en ellos no ha dejado Paulo de atormentarme para que corresponda á su impuro amor, y tal vez lo hubiera conseguido por algun inícuo medio, si hoy la defensa de la ciudad primero, y la salvacion de su vida despues, no le hubiesen forzado á alejarse de aquí.

—¡Cobarde! interrumpió Wandemiro levantando sus puños con amenazador ademan. ¡Y con tanto amor te abandona al furor de sus vencedores, de cuyos soldados habrias sido el mas asqueroso juguete si la suerte no me hubiese traido aquí!

—¿Y crees que me dejará tranquila? Nó, en medio de la noche abandonará el asilo donde se haya refugiado, para venir á perseguirme.

—Yo te salvaré de ese monstruo. Cuando el sol haya desaparecido te llevaré á mi tienda que aun está puesta en el campamento, y así te librarás de él y de las tropas del rey, que embriagadas por la victoria te atropellarian indudablemente. Allí pasarás la noche, y ocuparás el lugar de la hermana querida que arrebataron casi de los brazos de mi madre á pocos meses de ver la luz del sol.

—¡Qué grande, qué generoso eres! dijo la hermosa niña llenos de lágrimas sus ojos. Y despues de pasado el peligro me ayudarás á buscar al anciano que me ha servido de padre, y tambien á Gundemaro, que ignoro la suerte que le habrá cabido en la encarnizada lucha de hoy.

—Sí, seré tu defensa y tu guia, seré tu hermano.

Aquellas dos almas llenas de nobleza se comprendieron,

II.

El velo de la noche habia cubierto la ciudad y los campos de Nimes. En algunos sitios se veia el fuego de las hogueras que los soldados habian encendido para templar sus cuerpos. De tiempo en tiempo se oia el ¡alerta! de los centinelas y sus pasos qué ora retumbaban en los pavesados de la ciudad, ora producian un sonido seco en la muralla ó se ahogaban en la tierra. Nunca impone mas el silencio de la noche que cuando es interrumpido por la lluvia ó por un sonido que se deja oir en tiempos iguales, como el canto de algun ave nocturna ó la voz del soldado.

Lo mismo que despues de pasada una borrasca en medio del Océano, y cuando el mar queda tan tranquilo que parece segundo cielo, la tripulacion del bajel que se ha salvado se recoge para enviar sus preces al Supremo ó para descansar, así aquellos que ocupaban los sitios que vieran este dia tan horrible espectáculo, se habian retirado tranquilamente, ya á murmurar sus oraciones ó á dar reposo á sus agitados espíritus y á sus rendidos cuerpos.

En medio de este silencio y envuelto por la oscuridad se vió salir de la poblacion un ginete que llevaba sobre su caballo una mujer cubierta de blancas vestiduras. Tranquilo seguia su marcha y parecia absorto contemplando á su compañera.

Ya se habian alejado bastante de las murallas, cuando alargando aquella su cabeza, dijo en tono entrecortado al caballero:

—¿No oyes? ¡Cielos! Creo que suena el galope de un caballo.

El ginete detuvo el suyo y escuchó.

—Cierto, dijo, ¿pero qué temes? ¿Será alguno de los correos que continuamente se despachan al rey.

El ruido se oyó mas distinto, y ya estaba muy próximo á nuestra pareja.

En este instante la luz que proyectaba una hoguera dejó ver un hombre á caballo. Sobre la cabeza del ginete se distinguia perfectamente un magnífico casco dorado que ostentaba en su parte superior una corona.

—¡Es él! dijo la jóven al verlo. ¡Conozco su casco! ¡Ya me lo decia el corazon!

—¿Quién? preguntó el caballero.

—¡Paulo! contestó la Vírgen con doloroso acento.

—¡Miserable! habrá de pagar muy caro su atrevimiento.

En tanto el perseguidor estaba á pocos pasos.

Wandemiro hizo bajar al suelo á la jóven, se colocó delante de ella, y sacando su espada gritó con terrible acento:

—¡Ni un paso mas!

Su adversario aparentó no oir nada, y se arrojó sobre él espada en mano.

Terrible fué el primer choque, pero se conocia que los dos eran diestros lidiadores.

Trás de aquel golpe se siguieron otros, de pronto el ginete del casco dorado dejó caer el brazo con que sostenia la espada, luego inclinó la cabeza y rodó á tierra.

—¡Muerto! dijo con acento desfallecido. ¡Muerto sin haberla salvado!

—¡Detente, Wandemiro! gritó la jóven con desesperacion.

El capitan quedó parado.

—¡Es Gundemaro! prosiguió con desgarrado acento arrojándose sobre el herido.

—¡Oh! pronunció este; ¿no me amas ya ó te llevan por fuerza léjos de mí?

—¡Infeliz! huia para salvarme de Paulo, siento un caballo, veo su casco, creo que es él, grito, y el caballero que me amparaba te da la muerte.

Wandemiro habia dejado su cabalgadura y acercádose al herido.

—Veamos, dijo, el mal, tal vez sea de poca consideracion, y quiera el cielo salvarte.

—Nó, contestó Gundemaro con debilitado acento, ya es tarde.

—¡Y yo te he dado la muerte! dijo la niña anegada en llanto.

—Tú no, ángel mio, ha sido la fatalidad. Cuando supe por una casualidad tu paradero, fuí á buscarte; unos soldados me dijeron que durante la noche te habian visto salir de la ciudad llevada por un caballero. Yo habia quedado sin casco en la pelea, y al dejar el palacio de Paulo para correr trás de tí, ví en un apartado rincon el suyo; lo cojo, monto á caballo y parto, y ahora... que... pero... dame... tu... ma... no... adios...

Y dejando caer la cabeza en los brazos de su amada espiró.

Wandemiro con los brazos cruzados parecia mudo. Su mirada fija en el cadáver, su respiracion agitada,

—¡Flor de mis amores que tronchó el hado con su guadaña! dijo la inocente Vírgen mirando al cielo y tendiendo hácia él sus brazos. ¿Qué será para mí este desdichado mundo sin Gundemaro? ¡Arido desierto donde no hay una flor que ostente la pureza de su corola! ¡Yo te maldigo porque mis lágrimas te regaron, y no quiero habitar mas entre tus miserias!

Su frente palideció, y estravióse su mirada. Entonces con un rápido movimiento sacó el puñal de Gundemaro, y quitó la chapa que cubria la parte superior de su armadura, aplicándose en seguida esta á los labios.

—¿Qué haces, desdichada?

—Morir, contestó con febril acento la jóven. Quiero que mi alma vaya unirse á la suya.

El caballero quedó horrorizado y no acertó á pronunciar una palabra.

—Una cosa me queda que cumplir. Hace dos años que mi segundo padre me dijo al entregarme un pergamino sellado:

«Como la muerte no mira la edad, quiero que conserves esto; y cuando conozcas que tu última hora ha llegado, rompe el sello y lee. Si una muerte repentina te acomete, en el cielo sabrás lo que aquí dice; pero júrame que antes de ese dia no lo leerás, á no ser que yo muriese.»

Yo lo juré, mi hora llegó, y cumplo su mandato.

Sus finos dedos rompieron el sello, y sus ojos se fijaron en los caractéres que tenia estampados el pergamino; pero no bien hubo recorrido algunos renglones, cuando arrojó un grito penetrante y se le escapó de las manos la pulida piel.

Wandemiro la cogió, y leyó lo siguiente:

«Hace 14 años que era pobre; la idea de un rescate me condujo á robarte de tu palacio de Toledo, cuando aun no tenias cuatro meses. Eres hija del caballero Wandemiro, uno de los mas íntimos amigos de Wamba, favorito del rey. El cariño me ha hecho egoista; por eso no te he devuelto á tu familia. Queria que ignorases esto toda tu vida para que no me maldijeses. Ahora que vas á morir ó que yo he muerto, perdona lo que solo hizo mi cariño sin igual. Dios reciba tu alma y absuelva la mia.»

—¡Mi hermana! prorumpió el caballero arrojándose sobre ella.

—Tu hermana... el destino... da un beso á mi madre... Adios, hermano... mio.

Y su alma se escapó envuelta de un suspiro.

El cuerpo de hierro del capitan cayó mas bien que se arrodilló delante del cadáver, y aquellos ojos que por la mañana despidieran centellas, derramaron copiosas lágrimas sobre el cuerpo exánime de la Vírgen de Nimes.

E. Comas y Soler.

Bibliografía.

HISTORIA DE LUIS XVI Y DE MARIA ANTONIETA.

El acreditado editor D. Buenaventura Bassas está dando á luz hace algunos meses en Barcelona, la *Historia de Luis XVI y de Maria Antonieta.*

El celo y esmero empleados en esta obra tanto en la parte de grabados, como en la tipográfica, justifican la buena acogida que ha obtenido del público.

Para que nuestros lectores puedan convencerse de lo que llevamos dicho publicamos en este número tres grabados de dicha obra, uno ejecutado por un artista de Paris, otro grabado por Carnicero, y otro por Abadal. El Sr. Abadal mereceria nuestros elogios por dicho grabado, si viésemos igual perfeccion en los demás que ejecuta.

La obra que nos ocupa no es una obra cualquiera, escrita sobre un asunto vulgar, sino que su argumento es grande como ningun otro pueda serlo, porque la *Historia de Luis XVI y de Maria Antonieta* es la historia de dos figuras colosales que han representado un importantísimo papel en los destinos de la humanidad; es la pintura de una gran revolucion política y social que, conduciendo al cadalso al *rey mártir*, debia ser principio y orígen de la incesante lucha que durante mas de medio siglo viene sosteniendose entre dos principios opuestos; es finalmente un libro que señala la línea divisoria entre una y otra época, el paso de una á otra civilizacion, el cambio radical de ideas, de principios y de creencias.

JULIO BARCELÓ.

El castaño del 20 de marzo.

Hay en París un árbol que todo el mundo conoce, al menos de nombre, y que por esta razon ha pasado al estado de celebridad vegetal; es el árbol llamado *Castaño del 20 de marzo*.

Este castaño no tiene nada que llame la atencion, y ofrece tan pocos caractéres distintivos que se le ha confundido con frecuencia con otro castaño precoz, de tronco tortuoso y de diámetro mas pequeño, que se encuentra al estremo opuesto en el jardin de las Tullerías.

Este último árbol, tan precoz como el primero, era el que M. Elías de Beaumont, en una comunicacion dirigida á la Academia de Ciencias el 26 de marzo de 1855 designaba como el castaño del 20 de marzo. La costumbre ha querido que no fuese así; y aun cuando estos dos árboles se cubren de hojas á un mismo tiempo, el público solo reconoce á uno de ellos la facultad de rejuvenecerse en una época fija.

Siguiendo la calle principal del jardin, en direccion de la plaza de la Concordia, se encuentra á la derecha, en el momento en que la calle penetra en dos pequeños cuadros de árboles, un parterre cubierto de césped adornado con las pequeñas estátuas de Atalante y de Hipómenes, disputándose la gloria de la carrera, y guarnecido en el fondo de un hemicido de mármol blanco en cuyo centro se eleva una estátua de Pomona. El famoso castaño de tanta nombradía se encuentra pues entre la calle principal y las dos estátuas nombradas.

Su tronco es de una circunferencia mediana, contando todo lo mas unos tres metros de altura desde el suelo á las primeras ramas. Este tronco ofrece una particularidad que lo dá á conocer fácilmente: es que es mas grueso del centro que de los estremos, y que, está casi siempre cubierto de inscripciones. En cuanto á sus ramas, constituyen un haz de forma mas vertical que las de los demás castaños.

Este árbol goza de la reputacion de estar siempre cubierto de hojas el 20 de marzo cualesquiera que hayan sido la duracion y el rigor del invierno. El año pasado M. Elías de Beaumont anunciaba á la Academia que el castaño de las Tullerías, á pesar de un invierno pesado, largo é intenso, se habia cubierto de hojas *el 20 de marzo como de costumbre*.

Sin embargo, este fenómeno no pasa de ser una ilusion, pues basta observarlo algunos años para convencerse de que este árbol no se cubre de hojas en una época fija, sino que se adelanta ó atrasa segun la benignidad ó el rigor del invierno.

Pero vamos á lo principal. ¿Por qué ha adquirido este árbol una reputacion tan colosal? La causa de ello es de muy fácil esplicacion. Ora sea en razon de la especie, ora á causa del terreno en que está plantado, el famoso castaño es un poco mas precoz que los que hay á su alrededor. Los numerosos paseantes, al observar que ostentaba ya hojas cuando los demás no las tenian todavía, le han hecho adquirir esa reputacion de árbol fenomenal, que se ha trasmitido de unos á otros, y se ha fijado la reproduccion de sus hojas al 20 de marzo, época media en que se renueva la vegetacion general bajo el clima de Paris. Además, el castaño del 20 de marzo no es el único de su especie precoz en el jardin de las Tullerías, puesto que en el mismo cuadro de árboles, cerca del grande estanque, se halla el otro castaño que hemos mencionado antes y cuyas mazorcas de hojas se encuentran cuando menos tan adelantadas como las suyas. Si se examinan los castaños del jardin de Luxemburgo se verá que nada tienen que envidiar, en cuanto á precocidad, á los de las Tullerías.

Por consiguiente tanto esto como la diferencia que se nota en lo espuesto en la Academia de Ciencias por los Sres. Elías de Beaumont y Gadeblet, nos afirma en que el *castaño del 20 de marzo* goza de una fama usurpada y que no se cubre de hojas, como se ha querido suponer, en una época fija todos los años.

T. H.

La cabaña imperial de Rambouillet.

Tentados estábamos de soltar la pluma despues de habernos decidido á trasladar á las columnas de nuestra *Revista* las noticias y datos que nos dá un periódico estrangero acerca de los adelantos é importancia que de año en año, ó mejor, dia por dia, vá adquiriendo la *cabaña* imperial de Rambouillet. Porque si bien el objeto que nos alienta desde que tomamos parte en la presente publicacion, es el de poner de relieve á nuestros estimados consócios los medios de conseguir el mejoramiento de los ramos todos de la agricultura del pais, duélenos sin embargo en extremo el mentar siquiera ciertas cuestiones que con sobrada razon nos acusan de incuria manifiesta, de insistencia pertinaz en la conservacion de nuestros indolentes hábitos.

Al considerar que á la España es deudora la Francia de que la soberbia raza de los merinos constituya la fama, bien adquirida por cierto, de una de las posesiones de sus Soberanos, cualquiera creeria que cuando quisimos hacer partícipes á nuestros vecinos de una riqueza únicamente arraigada entonces en nuestro suelo, llevamos la generosidad hasta el estremo de no quedarnos, ni tan solo muestra del presente por el cual se la probábamos. Diríase que ni un semental nos ha quedado de esa hermosa casta, con que pudiéramos introducir en ella iguales ó parecidas mejoras á las que han venido á conseguirse en aquella nacion por medio de buenos sistemas de pastos, de alimentacion en general, de estabulacion y de higiene, puesto que de otra manera cuasi no se comprende que disponiendo nosotros del tipo primitivo y de mejores medios que nadie para mejorarle, la hayamos dejado abandonada por completo.

Bien sabemos que hombres ilustrados y de gran valía, han hecho y hacen desde mucho tiempo laudabilísimos esfuerzos para que los ganados españoles puedan competir en bondad y en mérito con los estrangeros; y de ello es bueno y competente testigo el celo constantemente desplegado por la *Asociacion general de ganaderos*. Bien sabemos asimismo la proteccion que nuestros monarcas han dispensado de todo tiempo á la riqueza pecuaria de la nacion; pero ni basta la buena voluntad de una asociacion, cuando no se ve secundada tanto como fuera de desear por el concurso de las entidades individuales que podrian unirsele de todos los puntos del reino para contribuir á un mismo fin, haciendo causa comun; ni menos es cosa nueva para cualquiera que se ocupe un poco de los intereses agrícolas, que la cabaña Real de España á fuerza de inesperados acontecimientos, ha tenido que esperimentar quebrantos de toda especie, perdiendo insensiblemente su proverbial importancia, mientras que la de Francia y de otros Estados mas favorecidos que el nuestro, han ido aumentándola paulatinamente hasta un verdadero grado de perfeccion.

Solo así se concibe que no se tenga presente la España, sino otros paises, cuando se trata de adquirir los mejores ejemplares de la casta merina. Allí, y no aquí, acuden los criadores de buen ganado lanar, si intentan importarle de mejor raza; y así sucede y deberá suceder en adelante, como no procuremos combatir las causas que con motivo les inducen á verificarlo. Sabemos que le antiguo sistema que nosotros seguíamos de la transhumacion de los ganados, no es el que allí se halla adoptado, ni quizás el mas beneficioso á la agricultura y á los respetables derechos de propiedad, tomado en una demasiado estensa escala, pero bueno es tener presente que en Alemania y en Francia prosperan con distinto método á pesar de sus climas diferentes y de su estado permanente. Esto cuando menos hace el punto muy digno de estudio.

Hé aquí ahora los datos á que nos hemos referido:

El establecimiento de la granja de Rambouillet se remonta á fines del último siglo. Hízola construir en el año de 1785 Luis XVI, con el objeto de que á su presencia se verificaran y pusieran en esperiencia diversos sistemas de mejoramientos agrícolas.

Trás la instalacion de este establecimiento vino muy luego la introduccion en él de una manada de merinos que al rey de Francia enviaba al de España, en la época en que precisamente los carneros de esta clase principiaban á gozar de grande reputacion, cuando el rey de Suecia y el Elector de Sajonia los habian importado ya á sus dominios, y cuando Colbert habia tambien hecho algunos ensayos con dicha raza, aunque en mas pequeña escala. En el año VIII se efectuó el envío de un nuevo hato de merinos españoles por órden del primer Cónsul, quedando con ello constituida definitivamente, la cabaña de Rambouillet.

Los rebaños se han conservado con el mayor cuidado y pureza, sin que bajo ningun concepto se permitieran mezclas ó cruzamientos con otras razas estrangeras ó indígenas; perseverancia sostenida sin interrupcion y que ha dado por resultado una recompensa efectiva, á saber, el mejoramiento de la casta bajo el doble punto de vista de la produccion de la carne y de la lana.

Gracias á un sistema de alimento abundante y substancial, á un régimen higiénico bien entendido y á la sabia y prudente eleccion de los animales reproductores de ambos sexos; puede decirse que se ha modificado aun provechosamente el merino primitivo de Rambouillet. Sus formas, antes angulosas, se han redondeado y ensanchado; su peso aparece cuasi doble de lo que era; sus huesos, antes gruesos, se han adelgazado; el vellon, mas espeso ahora, mas compacto, mas apilado, ha aumentado considerablemente en peso; y ha adquirido la misma lana un grado de finura indisputable. Los antiguos merinos engordaban con mucha dificultad, dando poca carne y aun esta de mediana calidad; y los que en la actualidad existen en Rambouillet, engordan mejor, son quizás mas precoces y dan para el abastecimiento muy buenos rendimientos. Podría llamársele con realidad, una nueva variedad completamente pura de la raza merino de la cabaña imperial de Rambouillet, distinguiéndose por su carácter fundamental de dar carne y lana á la vez.

Esta perfeccion del tipo merino, está llamada á llenar cumplidamente las necesidades de la agricultura, donde quiera que la industria lanar haya obtenido grande importancia

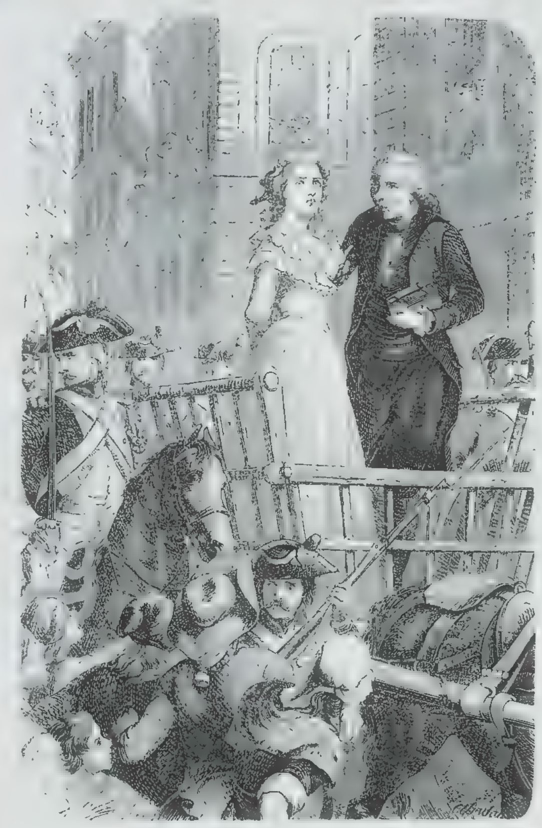
Las castas que, como las de Sajonia y de Austria, lo han sacrificado todo con el deseo de adquirir buenos productos de lana extra-fina y donde el producto en carne es cuasi nulo; apenas podrán subsistir en adelante *económicamente* hablando, y tienden manifiestamente á desaparecer desde que la especulacion de las lanas finas ha ido tomando considerables creces en la Australia y en la tierra de Van-Diemen; y desde que la industria, por medio de la perfeccion de sus medios mecánicos, ha conseguido emplear las lanas medianamente finas para la fabricacion de los tejidos mas delicados.

La raza de Rambouillet desde los últimos años ha adquirido una reputacion que se ha estendido mas allá del Océano, y los ganaderos de Chile, y otros puntos de la América meridional, los de los Estados Unidos y del Cabo de Buena-Esperanza, vienen ahora á disputar á los principales propietarios de Francia, de Rusia, de Alemania, del Austria y de Italia los carneros y las ovejas que el establecimiento de Rambouillet pone todos los

años en venta. Como consecuencia natural, los precios han tenido un alza considerable á favor de esta concurrencia; vendiéndose frecuentemente los carneros al precio de 2,000 á 3,500 francos, y no es una cosa estraña que las ovejas se hayan comprado al de 1,000 á 1,200 francos. El precio medio en venta de las ovejas ha sido en el año 1858, de 1,300 francos; en 1853 no ascendió mas que á 360 francos; el precio de las ovejas era á la misma época de 80 francos, cuando ahora es de 620 francos por animal. El producto en dinero, proveniente de la venta de los corderos y de las lanas, ha sido el año último ocho veces mayor que en 1853, siendo asi que el efectivo del rebaño no ha aumentado escasamente de una séptima parte, puesto que en el dia comprende 765 cabezas.

A la vista de tales resultados, —dicen con razon nuestros vecinos—inútil es insistir sobre el mérito que á ese rebaño le han atribuido los inteligentes cuidados que le han sido prodigados desde su orígen; sobre la alta consideracion de que goza entre los ganaderos de todos aquellos paises en que el carnero forma la base del sistema de la esplotacion del suelo. Y el anhelo siempre creciente con que se buscan durante todo el transcurso del año los ejemplares destinados á la venta, indican suficientemente el rango á que se ha elevado el establecimiento imperial de Rambouillet entre las cabañas de primer órden que existen en Europa.

Mucho de desear seria, que cada uno procurara imitar por su parte á los que dedicándose con mayor ahinco al desarrollo de todos los gérmenes de la agricultura, han logrado precedernos en el camino en que por decirlo así, les abrimos paso en mejores



MARIA ANTONIETA CONDUCIDA AL CADALSO.

(Historia de Luis XVI y de Maria Antonieta.)

tiempos. Nosotros por la nuestra permaneceremos constantes en el punto que la suerte nos ha señalado, llamando porfiadamente la atencion de los agricultores del pais acerca de cuanto, en nuestro humilde juicio, creamos pueda convenirles en provecho propio y en el de los intereses generales del hermoso suelo en que hemos tenido la dicha de ver la luz primera.

ANDRES DE FERRAN.

(Revista de agricultura práctica.)

La estudiantina.

II.

Aunque he dicho que nuestro insigne panderetero se habia enamorado de la criada de la consabida fonda (la fonda de los 10,000 *reis*), debo declarar que ignorábamos todavia esta circunstancia cuando Matías se separó de nosotros diciéndonos que éramos la causa del suicidio de don Bruno; de modo que carecíamos hasta de este preciosisimo dato para encontrar á nuestro camarada separado bruscamente de nuestra compañía. Quince dias pasamos en inútiles averiguaciones, y al fin persuadidos de que Matías habia resuelto no volver á nuestro gremio, cuando no hubiera hecho alguna locura como la de su amo, decidimos regresar á nuestra predilecta ciudad de Salamanca.

Escusado me parece decir que en cada uno de los quince dias trascurridos desde la desaparicion de Matías hasta aquel en que se trató de nuestro regreso, habíamos tenido quince discusiones dirigidas todas á investigar la parte directa ó indirecta que habíamos tenido en el suicidio de



EL 20 DE JUNIO.

(Historia de Luis XVI y de Maria Antonieta.)



EL CASTAÑO DEL 20 DE MARZO.

D. Bruno, concluyendo siempre por lavarnos las manos acerca de aquel deplorable suceso. Sin embargo, como una acusacion por infundada que sea, marca siempre alguna huella en la imaginacion suspicaz del hombre, llegamos á mirarnos mutuamente con cierto recelo, y es posible que en los tiempos del fanatismo y de la inquisicion hubiéramos acabado por hacernos quemar vivos los unos á los otros. Esto no impedia que á las horas de costumbre tomásemos nuestras guitarras, flauta y violin, y fuésemos á engrosar nuestra pacotilla explotando el efecto mágico que los cantos andaluces producian en los habitantes de Lisboa. Esto era lo único que en parte podia compensar en nosotros la pérdida de Matías y la de nuestra recíproca confianza, pues vivíamos en un estado de continua alarma, sospechando los unos de los otros desde que cada uno atribuia á los demás cierta participacion culpable en el suicidio de D. Bruno. Esta preocupacion llegó á tomar tal cuerpo en todos nosotros, que pedimos habitaciones separadas, y aun asi nos levantábamos sobresaltados profiriendo palabras injuriosas ó demandando auxilio á la vecindad que creyó que nos habíamos vuelto locos.

Llegó por fin la víspera del dia en que debíamos emprender la contramarcha, y convenimos en celebrar nuestra partida en la *Fonda de los diez mil reis*.

Habíamos almorzado tarde aquel dia: nuestra comida debia por lo tanto tener honores de cena, y así fué, pues eran mas de las nueve cuando nos sentamos á la mesa, y mas de las doce cuando nos levantamos, si bien debo decir que el último tercio de tiempo de nuestra estancia en la fonda no lo empleamos en comer, sino en oir una historia que nos interesó desde luego, y que quiero reproducir aquí con permiso de mis lectores.

Fué el caso que á eso de las once, cuando ya no quedaba en la fonda mas gente que nosotros y la jóven que nos habia servido, esta se acercó á nosotros, y no sin gran esfuerzo para vencer su natural rubor, nos preguntó por el compañero que nos faltaba. Dijímosla que habia desaparecido, y ella nos consoló manifestando que le habia visto atravesar varias veces por su calle, despojado del hábito estudiantil. Esto nos dió la esperanza de encontrar á Matías y el gusto de entablar conversacion con la jóven, que por su conducta nos habia llamado la atencion tanto como por sus gracias personales.

—¿Sabe V., amiga, la dije yo, que habla V. el español tan bien como nosotros?

—Eso no tiene nada de extraño, contestó la jóven.

—Sin embargo, los portugueses, aunque entienden generalmente el castellano, suelen tener alguna dificultad para pronunciarlo tan bien como V.

—¿Y quién le ha dicho á V. que yo sea portuguesa?

—¡Bravo! exclamé yo; ¿con qué por lo visto es V. paisana nuestra?

—En Lisboa, dijo ella, soy paisana de todos ustedes, porque todos los españoles somos paisanos en tierra extranjera. En España creo que ninguno de ustedes podria llamarse con propiedad paisano mio mas que Matías, y este hasta cierto punto.

Cada palabra de la jóven era un nuevo descubrimiento para nosotros, y cada descubrimiento aumentaba en nosotros la impresion del asombro que parecia perseguirnos desde el dia en que resolvimos salir de Salamanca.

—¡Es posible! dijimos á una voz todos los estudiantes.

—¡Y tan posible! contestó ella; como que el pobre Matías tardaria en reconocerme lo que yo tardase en recordarle un hecho bastante doloroso por cierto.

Y los ojos de la jóven se humedecieron al pronunciar estas palabras.

—Pero entónces, dijo uno de mis compañeros, ¿por qué ha llevado V. su timidez ó su reserva hasta el punto de no darse á conocer á su paisano el dia que vino á comer con nosotros?



TIPOS DE CARNEROS MERINOS.

—¡Ah! respondió la jóven; ¿por qué...? ¿quién sabe si el afecto que empezó á mostrarme en sus miradas se hubiera cambiado inmediatamente en desden?

—Sin embargo, objetó mi compañero, aunque V. sé vea en la humilde condicion de criada, no por eso dejaria de ser acreedora al aprecio de todos nosotros, y principalmente de Matías, que á sus ideas nada aristocráticas, reune la circustancia de ser un pobre criado tambien.

—¡Calle V.! dijo la jóven; ¿Matías, el hijo del primer propietario de Peñaranda está sirviendo?

Todos ignorábamos los antecedentes de nuestro compañero, de modo que no pudimos contestar á la pregunta; pero para consolar á la jóven, que parecia un poco afligida con la noticia, yo me apresuré á manifestarla que Matías acababa de heredar una pingüe fortuna y ¡cosa rara! esta noticia produjo mayor desconsuelo que la anterior en la jóven cuyo corazon se violentaba para manifestar una alegría que estaba léjos de experimentar. Digamos de una vez que aquella pobre muchacha habia empezado á sentir alguna inclinacion amorosa hácia Matías á quien osaba aspirar cuando le creyó pobre por un momento y que vió con mis palabras marchitarse en flor sus ilusiones. Resignada entónces con su suerte, se decidió á revelarnos su historia, no reparando ya en el inconveniente de recordar cuanto pudiera humillarla á los ojos de un hombre á quien parecia complacerse en separarla el abismo de la fortuna.

—Me alegro de su buena suerte, dijo: así como así, ¡no hay dicha en la tierra que baste á recompensar á esa noble familia sin cuya generosidad no hubiera podido enterrarse á mi pobre madre!

Esta triste revelacion nos interesó tanto en favor de la jóven, que la suplicamos nos contase su historia, á lo que ella accedió, interrumpiendo muchas veces, como era natural, sus palabras con los sollozos.

—Mi madre, dijo, era hija de una familia noble establecida en Madrid, y tanto por esta circunstancia cuanto por sus gracias naturales fué desde luego solicitada por varios de los jóvenes que concurrian á su casa. Entre estos mi madre daba la preferencia á un abogado, contrariando los proyectos de sus padres que la destinaban á un coronel, persona recomendada á sus ojos por la triple ventaja de su graduacion, sus títulos y su fortuna. Llegó un dia en que mis abuelos resolvieron despedir al abogado de su casa, y para humillarle mas dieron á su rival el encargo de desempeñar esta comision á que él se prestó con la satisfaccion propia de un amante que aspira á la realizacion de sus ilusiones y con la altanería que suele dar la costumbre de manejar la espada. El abogado que vió un insulto en la forma de su despedida, se esforzó en dominar el enojo que le causaba, y contestó que estaba dispuesto á retirarse de la casa de mis abuelos, pero no á renunciar al amor de mi madre, respuesta que encendió la sangre del militar, pasando el uno y el otro á palabras mayores, y de estas á un duelo que concertaron para el dia siguiente.

—¡Ya! dije yo; ese es el desenlace de los dramas en que interviene algun militar; porque como estos señores tienen superioridad en las armas sobre los paisanos...

—Así lo creia el coronel de quien yo iba hablando, repuso la jóven, y en esta confianza quiso que el duelo fuese á muerte, contra la opinion de su contrario, y de los padrinos que pensaban de distinto modo; pero ignoraba el militar que su adversario tenia sobre él una inmensa superioridad en la esgrima, y por eso sin duda llevaba tan adelante sus provocaciones. Salieron al campo y empezaron el combate, resultando á poco tiempo herido el abogado en un brazo...

—¡Adios! exclamé yo; el hombre al ver su sangre se pondria furioso.

—Nada de eso, continuó la jóven; el pobre se habia dejado herir voluntariamente para ver si aplacaba la cólera de su rival, y así se apresuró á enseñar su herida diciendo: «Estoy vencido.» Pero el coronel no se dió por satisfecho, insistió en que el desafío debia terminar con la muerte de uno de los dos, y amenazó al herido con que le mataria ignominiosamente si no tenia valor para seguir el combate.

—¡Qué terco seria el tal coronel! dijo uno de mis camaradas.

—¡Y qué prudente el abogado! repuso otro.

—Este, continuó la jóven, hizo nuevas instancias para vencer la obstinacion de su antagonista, repitiendo siempre que él era el ofendido, que habia recibido una herida, y que sin embargo daba el duelo por terminado, mostrando á todo esto una resignacion que el mundo interpreta desfavorablemente; pero cuando se persuadió de que la catástrofe era inevitable, cuando se cansó de sufrir las insolencias del hombre á quien hasta entónces habia hecho el sacrificio de su honra, empuñó furioso la espada y: «Señores, dijo á los padrinos, creo que en cualquier tiempo harán ustedes constar la paciencia, la moderacion, con que me he conducido en este trance amargo: en cuanto á V., añadió dirigiéndose al coronel, encomiende su alma á Dios, porque pronto habrá V. dejado de existir.» Y en efecto algunos segundos despues el provocador cayó como herido por un rayo para no volver á levantarse.

Aquí nuestra compatriota hizo una pausa como para recoger el extraviado hilo de sus ideas, y prosiguió de este modo:

—El abogado tuvo que esconderse para no sufrir las consecuencias legales de aquel suceso, pero pronto fué hallado y entregado á los tribunales por las diligencias que practicaron mis abuelos. Mi madre suplicó, lloró, hizo cuanto pudo para salvar al preso, y por último, para mas obligar á sus padres, les confesó que estaba en vísperas de ser madre..

—Con qué, es decir, interrumpí yo, que el abogado...

—Era mi padre, repuso la jóven, mi padre á quien nunca he conocido; porque salió á cumplir su condena á los presidios de Ultramar, no hemos vuelto á tener noticias de su paradero. En cuanto á mi pobre madre, la infeliz se vió lanzada de su casa, rechazada por toda la familia, y obligada, hasta que murió, á trabajar para ganar su sustento y el mio. Afortunadamente habia recibido una educacion conveniente; cosia y bordaba con primor, merced á lo cual miéntras disfrutó de buena salud, pudo fácilmente subvenir á nuestras necesidades; pero sus parientes, ofendidos, no contentos con rechazarla, llegaron á escarnecerla, razon por la cual tuvo que abandonar la córte, y se retiró al pueblo de Peñaranda donde yo pasé mis primeros años. Allí vivimos disfrutando alguna tranquilidad, único bien que podia calmar los rigores del infortunio; pero mi madre cayó enferma cuando yo apénas tenia diez años, y no podia por consiguiente suplir su falta en el trabajo. Agotáronse todos nuestros recursos; vendimos todos los enseres de la casa, nuestra ropa, nuestras camas, todo lo vendimos, excepto esta sortija de mi padre.

Y dijo esto alargando la mano para enseñarnos aquel mudo testigo del amor que habia sobrenadado en el piélago de tantas desgracias. Luego continuó:

—Al fin murió mi madre llevando á la sepultura el sentimiento de la situacion en que me dejaba, y la incertidumbre de mi porvenir. Yo que habia velado tanto tiempo su sueño, tuve que velar toda una noche su cadáver, y ya la autoridad iba á sacar el cuerpo de la habitacion sin las formalidades de costumbre, cuando el padre de Matías se presentó diciendo que él pagaba el entierro, con lo cual se allanaron todas las dificultades. En cuanto á mí, me seria imposible decir los paises que he corrido desde entónces, primero mendigando el pan de puerta en puerta, y trabajando despues honradamente para ganarlo. Así la casualidad me condujo á esta tierra hace cuatro años, y en ella vivo como ustedes ven, sin conocer el amor desde que murió mi madre, sin mas esperanzas que las que una débil criatura puede fundar en un anillo, y sin otro recuerdo de gratitud que el que en mi corazon dejó grabado el generoso padre de vuestro camarada. Pero, señores, han dado ya las doce, y no pueden ustedes permanecer aquí mas tiempo.

En efecto habia llegado la hora en que deben cerrarse las puertas de los establecimientos públicos, y nos fué forzoso despedirnos de aquella jóven á quien las penas habian realzado á nuestros ojos, porque solamente los que sufren saben tributar el doble culto del afecto y de la veneracion debido á la desgracia. Preocupados con lo que habiamos oido, no pudimos advertir que una persona estraña seguia nuestros pasos desde que salimos de la fonda, como si tratase de espiarnos ó de sorprender algun secreto de Estado en nuestras palabras; pero nuestra conversacion era bien natural y sencilla.

—¡Pobre jóven! decia uno.

—¡Qué trabajos habrá pasado!

—¡Cuánto habrá llorado en este mundo!

—¡Quién habia de decir que conocia á nuestro desertor, Matías!

Al oir estas palabras, el hombre que seguia nuestros pasos nos interpeló fuertemente como si le interesara mucho el asunto de que se trataba, y efectivamente le interesaba mucho, porque aquel hombre bastante disfrazado para que solo por la voz pudiéramos conocerle, era Matías. Este nos habia visto entrar en la casa que él rondaba de dia y de noche, nos habia visto salir, y estaba dispuesto á seguirnos sin hablarnos; pero no pudo llevar adelante su propósito al oir pronunciar su nombre envuelto en la historia de la jóven á quien amaba, y de quien sin muestra alguna aparente era correspondido. El dolor que nos habia producido la narracion de nuestra paisana era mas fuerte que el resentimiento que guardábamos á Matías por su extraña separacion de nuesta compañía, de modo que sin entrar en el terreno de las reconvenciones empezamos á referir á nuestro antiguo compañero todo lo que habiamos oido.

—Pero, chico, le dijimos, ¿no habias tú conocido á esa muchacha?

—No hago memoria.

—Ya se ve, ¡cómo era tan jóven cuando estuvo en Peñaranda!

—¿Pero es verdad que me conoce? ¿Y porqué lo ha disimulado tanto?

—Pues con nosotros ha estado bien explícita; no ha tenido reparo en decirnos que sin la generosidad de tu padre no hubiéra podido celebrar el entierro de su madre.

—¡Cómo!

—Lo que oyes.

—Será... ¡ya caigo! ¡Con qué, esa póbre jóven es la hija de aquella desgraciada?... Pero, señor; yo vuelvo á mi tema ¿porqué no se me ha dado á conocer?

—Eso se explicaba bien, contesté yo; por lo que he colegido de algunas palabras, infiero que esa jóven te ama y teme desmerecer en tu concepto, porque como la pobre no tiene padre conocido...

—¡Y qué importa! exclamó Matías fuera de sí, yo no conozco su historia que siempre ha sido un misterio en Peñaranda; pero amo á esa jóven y puedo ser para ella tanto como la buena madre á quien ha perdido. Si su padre la ha abandonado...

—Eso es lo que nosotros no sabemos ni ella tampoco. Su padre se conoce que era un bravo caballero, pero tal vez moriria el pobre en Ultramar.

—¿Cómo? ¿Qué nueva historia es esa?

—Sí, chico, su padre mató á un rival en desafío, fué condenado á los presidios de Ultramar, y no han vuelto á tener mas noticias.

—Señores, dijo Matías, dando muestras de una agitacion extraordinaria, ¿qué están ustedes diciendo? por favor dénme ustedes algunos detalles acerca de ese duelo.

—Y por cierto que son bien especiales, dije yo. Figúrate tú que el contrario era un coronel.

—¡Cierto! exclamó Matías.—Y decidme, ¿el duelo tuvo lugar á espada?

—Que el padre de nuestra amiga manejaba como un profesor. Tanto, que despues de dejarse herir voluntariamente para desarmar la cólera de su adversario...

—Basta, dijo Matías; ¡basta, amigos mios! Yo quiero poneros al corriente de lo que todavía ignorais en esa historia. Sabed que esa jóven cuyas desgracias os han interesado tanto, esa jóven á quien yo amo mas que á mi vida, es hija de D. Bruno...

Esta era la gran sorpresa que nos guardaba el destino entre las muchas que experimentamos durante nuestra excursion.

—Sí, continuó Matías, es hija de D. Bruno... que ha luchado para volver á España contra todos los obstáculos con que el genio del mal puede atajar el paso á la virtud, y que por fin cuando logró volver á su patria, rico y siempre fiel al juramento prestado en las aras del amor, tuvo el desconsuelo de no hallar á la mujer á quien adoraba. Por eso estaba siempre triste y pensando en el suicidio. Yo le habia impedido varias veces ejecutar su fatal proyecto, y por eso me resistia á salir de Salamanca; pero me engañó cruelmente; me habia dado tales seguridades de que no atentaria á su existencia, que no dudé en acompañaros.

Entónces comprendimos nosotros todos los misterios que no habiamos podido descifrar, y entre otros, la extraña acusacion que Matías nos hiciera, diciendo que éramos la causa del suicidio de D. Bruno.

—Ahora, dijo Matias: es necesario que volvamos á ver á esa jóven cuyo nombre no recuerdo; tendrémos el sentimiento de aumentar su dolor con la infausta noticia que todos sabemos; pero yo tendré el gusto de sacarla de la miserable situacion á que la habia condenado la suerte; la diré que deje su destino, que ella no ha nacido para servir, que es heredera de la rica fortuna de su padre, cuyo testamento en mi favor es nulo desde este instante.

Volvimos en efecto á la fonda, pero ya no nos abrieron la puerta por ser demasiado tarde. Tuvimos que retirarnos consolándonos con la esperanza de volver al dia siguiente tan pronto como nos levántásemos, pero nuestra mala fortuna derribó en un momento nuestros planes. Hallábase entónces Portugal entregado á los azares de las revoluciones políticas, y eran tan frecuentes las prisiones arbitrarias, como las agitaciones de los clubs.

Por esta fatal casualidad fuimos detenidos como sospechosos ántes de llegar á nuestra casa, y encerrados cada cual en su calabozo sin permitirnos ninguna comunicacion en mas de ocho dias. Consideren mis lectores cual seria nuestra pena, y sobre todo la de Matías, viéndonos encerrados y sin comunicacion, no por nosotros mismos, que nada podíamos temer, confiados como estábamos en nuestra inocencia, sino por la jóven cuyos trabajos se prolongaban con nuestra detencion.

Y nuestra detencion llevaba trazas de ser larga por la funesta combinacion de circunstancias que contribuian á hacernos sospechosos. Sabíase que habia en Lisboa un club compuesto de extrangeros, y nosotros fuimos precisamente detenidos cerca del paraje en que aquellos celebraban sus reuniones; de modo, que aunque era notoria nuestra buena conducta, el juez tenia sus razones para no soltarnos. Sin embargo, fácil nos fué contestar á todos los cargos, desvanecer todas las sospechas y salir por fin libremente de la cárcel, despues de lo cual nuestra primera diligencia fué ir á la fonda y preguntar por nuestra paisana y amiga. Pero ¡nuevo contratiempo! Allí nos dijeron que se habia despedido dos dias ántes y que ignoraban su paradero. Hicimos mil investigaciones inútiles, y por último nos resolvimos á implorar la ayuda de la policía para llenar la medida de nuestra amargura, pues al cabo de algunos dias de averiguaciones vino un comisario á decirnos que la jóven á quien buscábamos habia desaparecido de Lisboa, y que segun todos los informes y señas, se habia embarcado para Inglaterra en calidad de doncella de unos señores, cuyos nombres y residencia se ignoraban completamente.

Pero tambien este artículo se va alargando demasiado. Suplico á mis lectores disimulen todavia por hoy, en la inteligencia, de que esta historia se dará por terminada infaliblemente en el número inmediato de este periódico.

JULIO BRAVO.

Guarda tus ilusiones...

Á J...

Por el azul del cielo
La luna sube,
Como sus pensamientos,
Blanca y sin nube:
Y á sus fulgores
Se levanta la estrella
De los amores.
Cual la modesta luna,
Claros y lentos
Cruzan al cielo, niña,
Tus pensamientos.
¡Nunca en su daño
Se levanta la nube
Del desengaño!

Guarda tus ilusiones,
Niña querida,
Que la ilusion es aire,
Mas da la vida.
Advierto, advierte
Que donde el aire falta
Surge la muerte.
Son como el aire, niña,
Las ilusiones:
¿Quién coloca en el aire
Sus ambiciones?
Pero al perderlas
¡Ay! ¡el alma no puede
Vivir sin ellas!

Tal vez, *cuando recorras*
Pensil galano,
Desgarradora espina
Punce tu mano.
Quizá al coger una rosa
Que ostenta el pensil ufano,
Punzada sienta tu mano
Por tanta temeridad.
Quizá llores desengaños
Y mires trocado en humo
Lo que juzgaste bien sumo,
¡Lo que creiste verdad!
Mas ¡ay! no llores
¡Que aun es dulce la herida
Que dan las flores!
Y aunque la luz hermosa
De tu bien sumo
Desventurada mires
Tornarse en humo,
En tu delirio
Adorarás la causa
¡De tu martirio!

«Un ruiseñor moria
Por una estrella
Y asordaba los aires
Con su querella;
Y un lirio en tanto
Que al ruiseñor amaba
Murió entre llanto.»
Ruiseñor es el alma
Dulce cantora;
La estrella es la mentira
Que la enamora,
Y la flor pura
Que desdeñada muere
Es la ventura.

Como tu pensamiento
Blanca y sin nube,
Ya por el horizonte
La estrella sube.
¡Nunca en tu daño
Se levante la nube
Del desengaño!
Que á tu encendido labio
Que mayo pinta,
Tal vez diciembre robe
Su roja tinta,
Si se la veda
Su angelical sonrisa,
¡Ay! ¿qué le queda?

No me preguntes, niña,
Porqué te quiero,
Sabe que por tus ojos
Amante muero;
En cuya lumbre
Ha puesto la inocencia
Su mansedumbre.
Por la casta pureza
Que hay en tu frente,
La acaricia tu madre,
¡Tan dulcemente!
Niña morena,
Yo tambien te idolatro
Porque eres buena.

Tiende por ese ambiente
De poesía,
Tu generoso vuelo,
Paloma mia.
¿Qué te detiene?
El amor á tu puerta
Llamando viene.
El amor es la yedra
Que al olmo enlaza;
Tal vez al tronco oprime
Cuando le abraza;
Mas dale tierno
Su regalado abrazo
¡Verdor eterno!

Pura como el aliento
De los jazmines,
Te apellidan su hermana
Los serafines;
Y en yugo blando
Mil y mil corazones
Vas cautivando.
Mil corazones rindes
A tus prisiones;
¡Ay! ¡quién te diera niña,
Mil corazones!
¿Los apeteces?
Toma el mio, señora;
Mil y mil veces.

EDUARDO G. PEDROSO

Los Arabes.

Arabia es un país vasto del Asia, el cual se estiende desde el rio Eufrates hasta Egipto, lindando con la Palestina por el norte, con el golfo de Persia por el este, el mar Arabe por el sur, y el mar Rojo por el oeste. El nombre de este país está derivado de sus habitantes, puesto que la palabra *Arabe*, en su orígen griego, significa mezcla, y los árabes son una nacion compuesta de ismaelitas, madianitas, y amalecitas, pueblos bien conocidos en la historia de la Biblia. Los primeros geógrafos dividieron la Arabia en tres partes: *Arabia Feliz*, la parte mas meridional, y llamada así por su respectiva fertilidad; *Arabia Petrea*, al norte del mar Rojo, llamada así por estar cubierta de rocas; *Arabia Desierta*, la parte enfrente de Persia, y compuesta de desiertos áridos. Toda la Arabia, sin embargo es un país estéril, y una region desolada, no hallándose mas que algunas palmas, ú otros árboles de especies semejantes mantenidos con el rocío de la noche. Las lluvias son muy raras, escepto en los equinoccios, cuando caen con tanta precipitacion, que pronto vuelven en torrentes al mar sin haber beneficiado la tierra. Pocos parajes se hallarán en el globo menos poblados que los desiertos de Arabia; los páramos de Atacama, los médicos de Paita, y otras travesías de la América, no presentan el estado de estrema desolacion á que está sujeta la mayor parte de la Arabia, donde por muchas jornadas no se ven rastros de vivientes, ni señales de vida orgánica; de modo que si no fuera por las cualidades singulares del camello, que no necesita mas de un puñado de alimento al dia, y ninguna bebida por toda una semana, el tránsito de una parte á otra seria totalmente impracticable. Tal es el carácter geográfico de la Arabia, país de frecuente mencion en la historia sagrada, antigua y moderna; veamos ahora el orígen, progreso y estado actual de sus habitantes.

Los árabes descienden del patriarca Abrahan, cuyo hijo Ismael está considerado como la cabeza de este pueblo. El ángel del Señor habia anunciado á Agar, que su hijo Ismael seria un vagamundo, enemigo de todos los hombres, y todos los hombres enemigos de él y de su posteridad, profecia que segun la historia ha sido literalmente cumplida. Ismael subsistió siempre por medio de los robos que hacia á las naciones vecinas, y su posteridad hasta los tiempos presentes ha sido el azote de los paises vecinos á Arabia, por sus de-



TROPA DE BANDIDOS ARABES EN SEGUIMIENTO DE UNA CARAVANA.

pradaciones, particularmente contra los comerciantes que transitan por los desiertos. Las tribus de árabes son casi innumerables, y cada caudillo se considera como un soberano en su distrito; pero aunque independientes unos de otros, han mantenido para su defensa una liga la mas estrecha, como se ha visto siempre que otras naciones han intentado hacerles la guerra. Tanto ha sido en todos tiempos el peligro de caer en manos de los árabes salteadores, que se ha hecho inmemorial la costumbre de viajar en grandes caravanas, con esploradores para examinar el camino, centinelas para asegurar la retaguardia, y el resto formados en compañía y preparados para resistir cualquier ataque de los salteadores Estos bandidos caminan en camellos muy ligeros, armados con fusiles, lanzas, y otras armas formidables, bajo la direccion de un adalid resuelto y esperimentado.

El celebrado impostor Mahoma era de esta nacion, y el sistema de su religion corresponde al carácter de sus paisanos. El libro de su ley fué publicado por la cimitarra, y estendido por la terrífica lanza del pueblo mas fanático que se recuerda en las historias. Mahoma, despues de su huida de Meca, se puso al frente de sus prosélitos, señalando sus campañas espirituales con las mas sangrientas batallas. Despues de la muerte de este gran pseudo-profeta, sus sucesores estendieron su religion por la mayor parte del Asia, Africa y Europa, llevando por mote en sus banderas: «El Koran, tributo, ó muerte.» Los ejércitos disciplinados de los griegos y romanos no pudieron hacer frente contra los sarracenos; casi todas las tropas de España, con su Rey Rodrigo, fueron desbaratadas en la jornada de Guadalete, y toda la Península con parte de Francia fué subyugada por las tropas del Califa de Bagdad. Engreidos los sarracenos del Asia y Africa con una sucesion de triunfos tan estraordinarios, fueron entregándose á la molicie, vicio en que generalmente caen los descendientes de los grandes conquistadores; y sensibles los persas en el oriente, y los griegos en el occidente, á su estado de servidumbre, se levantaron simultaneamente, y con la asistencia de los turcos que acababan de establecerse en el Asia menor, extinguieron el poder de los Califas, y pusieron virtualmente fin á la monarquia Arábiga, en el año 936. Una sucesion de Califas, casi solo en el nombre, continuó hasta el año 1258, cuando Mostacem, último rey de los Abasides, fué destronado y muerto por Holagon, nieto del rey tártaro Zingis. España fué durante todo este tiempo el único país señoreado por los árabes: la ilustre dinastía de los Omeyas, protegiendo las ciencias, y administrando justicia imparcialmente á todos los habitantes de la Península, levantó el imperio árabe-español á un grado de civilizacion y prosperidad sin igual en aquellos siglos de guerra, ignorancia y confusion. Pero aunque los árabes en el oriente perdieron todas las conquistas que habian hecho desde la *egira*, ó notable huida del profeta Mahoma de Meca á Medina, su independencia natural no fué destruida, pues quedaron en el mismo estado político en que los habia hallado aquel triunfante apóstol árabe, los indomables bandoleros de la Arabia, y ladrones de sus desiertos.

Los árabes son, á la verdad, la única nacion que en todo el mundo ha preservado su linage original, su independencia territorial; su lengua, sus hábitos y costumbres, desde Ismael, su fundador, hasta el siglo presente, un periodo de mas de 3,500 años. Sir Robert Ker Porter describe asi las costumbres actuales de los árabes en la persona y tribu de un jefe á quien visitó en la vecindad del Eufrates: «Yo encontré á este guerrero,» dice el viajero inglés, «en la casa del cónsul británico residente en Bagdad, y á sus repetidas instancias fui á visitarle á su toldería, para verle, como el mismo dijo, á la cabeza de su pueblo. Luego que llegué á vista de su dilatada rancheria, me salió al encuentro una gran multitud de sus habitantes con semblantes llenos de regocijo, y me condujeron á la tienda de su caudillo. Este anciano venerable salió á la puerta rodeado de sus súbditos mas distinguidos ó favorecidos, y nos saludó con las demostraciones mas amistosas y con palabras, segun la version de nuestro intérprete, espresivas de la primitiva sencillez patriarcal. Uno de los indios de mi escolta hablaba el árabe, y por su medio fué continuado nuestro discurso con mútua satisfaccion. Entrando en la tienda me senté al lado de mi huésped, y todas las personas que habian concurrido en esta ocasion, se sentaron en filas todo al rededor de la tienda, cuyos lados estaban descubiertos, sin la vana ostentacion de los pueblos civilizados, sin guardias, sin distincion, ni sumisiones de vasallaje; todos parecian descendientes de un padre comun, individuos de dos ó tres generaciones muy crecidas. No me acuerdo haber visto jamás un concurso tan completo de semblantes animados con unas mismas emociones, asi ancianos como jóvenes, ni esperaba encontrar un ejemplo tan vivo del verdadero estado social entre los árabes, ni una pintura tan al natural de la escena representada, segun las Sagradas Escrituras, en el campo de Haran, cuando Terah, sentado á la puerta de su tienda y rodeado de sus hijos, nietos y biznietos, se gozaba en las miradas amorosas de todos los que habian nacido en su casa. El venerable jefe árabe estaba sentado sobre una alfombra segun la costumbre inmemorial del país; y se volvia como el patriarca Abrahan de un lado al otro, preguntando ó respondiendo afablemente á todos los que le rodeaban. No hay duda en que esta ha sido la costumbre de esta nacion por mas de treinta siglos.»

La religion de los árabes fué originalmente patriarcal, fundada en la fe de Abrahan, la fe en un solo Dios vivo y verdadero, con la esperanza de un Mesias, como Redentor del género humano en estado de prevaricacion. Esta primitiva religion fué corrompida en idolatría; convertida luego al cristianismo; corrompida despues por los abusos de la religion griega, y por las disputas de esta con la iglesia latina; y en parte reformada por la impostura de Mahoma, cuyo gran libro del Koran, aunque inculca del modo mas vehemente la fe en un solo Dios verdadero, está lleno de las mas estravagantes y pueriles imposiciones.

JULIO BARCELÓ.

Agudeza.

Un barbero francés, torpe hasta dejarlo de sobra, afeitando en Madrid en la fonda de..... á un caballero español, que nada le parecia bueno, sino lo que viene de estranjis, le dió una cortada en la megilla derecha, de marca mas que regular.

El caballero, que no se apercibió de ello, le dió cuatro reales, pero mirándose al momento al espejo, y viendo la cortada, lo volvió á llamar, le dió cuatro reales, y le dijo:

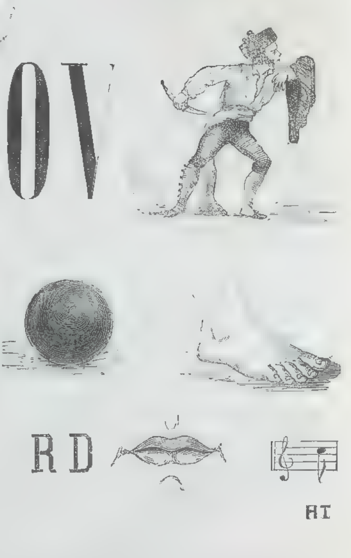
—Solo os habia pagado la barba, y ahora conozco que es justo os pague la sangría.

—Señor, dijo el francés escusándose, es que teneis en la cara un *boton* (divieso), y la navaja ha tropezado en él.

—Ahora lo comprendo, respondió el caballero, habeis encontrado un boton y no habeis querido que se quedase sin ojal. Tomad otros cuatro reales por vuestra paga de sastre, y creo debeis ir contento, porque si sois torpe en todo, al menos teneis tres oficios.



Geroglífico.



SOLUCION DEL GEROGLIFICO ANTERIOR.

El arbol de la ciencia lleva todavia la fruta vedada.

Por todo lo que antecede, CARLOS CUSTI Y RIU, E. responsable.

Imprenta de [illegible] a cargo de Francisco Gabañach
[illegible] núm 17

Núm. 8. Barcelona 15 de abril de 1859. Año I.

LA ILUSTRACION

PERIÓDICO QUINCENAL.

PRECIO.

En Barcelona, por un mes, llevados los números á domicilio, 3 rs.
Fuera de Barcelona, id., franco de porte, 3 rs.

PUNTOS DE SUSCRIPCION.

En Barcelona en la papelería de los señores Sala, hermanos, calle de la Union, núm. 3, y en las principales librerías del reino.

La correspondencia deberá dirigirse á D. Francisco Nubiola, rambla de Canaletas, núm. 3

OBSERVACIONES.

El que se suscriba por un año obtendrá la rebaja de 4 rs. vn.—Toda suscripcion debe empezar el 1.° de mes.—No se venden números sueltos.



LA CAZA DEL CIERVO EN MOBILE (ESTADOS UNIDOS).

SUMARIO.

La pasion.

(TRADUCIDO DE MANZONI.)

Temerosos de la ira venidera,
Recogidos el templo visitemos
Como quien llora desventura fiera
Que ha sentido de súbito anunciar;
No esperemos que suenen las campanas
Pues triste rito las acalla agora,
Y cual de dueña que al marido llora
Es sombría la veste del altar.

Cesad, himnos; misterios levantados,
Cesad, donde por místico camino
So figura de panes transformados
La Hostia viva de paz y amor bajó.
Se oye un canto. Atendamos; ya Isaías
Entonó en Israel el mismo canto,
El dia aquel en que divino espanto
Su corazon fatídico agitó.

¿De quién, ó Vate de Judá, cantaste?
¿A quien ante los ojos del Eterno
Cual tallo en dura tierra, nos mostraste,
Lejano del viviente manantial?
¿Quien será el flaco de desprecio hartado
Que su faz cubrirá con negro velo
Como amagado del furor del cielo,
Hombre nuevo en la raza del mortal?

Este es el Justo: mudo y sin defensa
De los infames soportó el agravio;
Este es el Justo: la comun ofensa
El Señor en su frente derramó.
Este es el Santo: fué Sanson su emblema
Cuando á Israel emancipó su muerte,
Cuando su amor la cabellera fuerte
A la esposa traidora abandonó.

El que mora en los círculos divinos
Entrar quiso de Adan en la progenie
Y quiso con hermanos tan indinos
El funesto legado compartir;
Buscó el oprobio y el dolor y el llanto
Y la angustia del tránsito postrero
Y el terror del delito compañero
Quien jamás pudo un punto delinquir.

Sufrió repulsa humildemente orando,
Sufrió del Sumo Padre el abandono
Y hasta ¡qué horror! el ósculo nefando
De un amigo perjuro, él lo sufrió.
Mas deste amigo el alma asemejóse
A noche desvelada de homicida:
Solo gritos de sangre oye, y no olvida
Que la sangre del Hombre-Dios vendió.

¡O negro espanto! ya escarnece osada
La turba vil aquel divino aspecto
Do fijar no se atreve su mirada
La inmaculada hueste angelical;
Cual ébrio que mas vino y mas anhela,
Al ofender, su furia mas se irrita,
Y al mayor de los crímenes incita
De su crimen el júbilo brutal.

Y quien fuese aquel manso y triste reo
Que á su profano tribunal un dia
Arrastró la protervia del hebreo
Como inocente víctima al altar,
No adivinó de Roma la soberbia;
Antes en su delirio se creyera
Que la sangre inocente parte fuera
Para su vil reposo asegurar.

Los celestiales de dolor transidos
Una execrable imprecacion oyeron,
El rostro se cubrieron de afligidos
Y dijo Dios: «lo que pedís será.»
Y cae ya sobre la raza triste
La sangre por los padres imprecada,
Y de una edad en otra edad, mudada,
Ella la sangre sacudido no há.

Ved: apenas en el tálamo nefando
El Afligido descansó la frente,
Y un altísimo grito al cielo dando

El último suspiro despidió;
A los verdugos que en el monte triunfan
Amenazó la ira omnipotente,
Y cual caer debiendo de repente
A las altas moradas se asomó.

O Sumo Padre! la tremenda ira
Cese al fin por el Justo que se inmola,
Y el alma de los ciegos que delira
En bien convierta tu piedad, Señor.
Sí, sobre ellos descienda aquesta sangre,
Mas como suave lluvia bienhechora;
Todos errámos; Sangre redentora
Lave de todos el funesto error.

Tú, Madre celestial, que inmóvil vistes
Un Hijo tal morir crucificado,
Ruega por nos, ó Reina de los tristes,
Que podamos su gloria contemplar;
Y que el tormento con que rudo el siglo
Acrecienta el dolor al desterrado
A su santo sufrir sea mezclado
Y prenda sea de eternal gozar.

M. M.

La caza del ciervo en Mobile.

(ESTADOS UNIDOS).

A 60 millas N. O. de la ciudad de Mobile, en la frontera del estado de Mississipi y Alabama, existen bosques inmensos de pinos entrecortados por largas sábanas que cruza un riachuelo formado con las aguas que destilan las colinas circunvecinas, y cuyas aguas dan á la vegetacion una frondosidad desconocida fuera de las latitudes tropicales. A uno y otro lado, y aun en medio del riachuelo, se levantan en mucha cantidad cipreses, laureles, tulipanes, álamos, magnolias, etc., mezclados unos con otros, y enlazados por lianas, que tienen por partes mas de cien varas de longitud. De estas lianas, muchas están llenas de espinas, y otras son venenosas al tacto. Naturalmente se imagina que es un asilo impenetrable, donde todos los animales salvajes, como el lobo, el ciervo, el zorro, y algunas veces el oso y la pantera hallan su subsistencia y un abrigo contra los ataques siempre crecientes de los americanos.

Por efecto de la naturaleza del suelo, y la falta de comunicacion, estos pinares existirán largo tiempo inhabitados. En las laderas el terreno es de una arcilla guijarrosa que no soporta mas que abetos enormes, y algunas encinas que viven con pena bajo aquella bóveda.

Las vertientes se componen, la *mayor parte del tiempo*, de una tierra resbaladiza y húmeda, sujeta en invierno á frecuentes inundaciones, y cubierta de un pasto poco sustancioso, aunque la yerba llegue algunas veces á la altura de siete piés. Una de estas laderas elegimos para nuestro campamento.

Una vez llegados á través de algunas dificultades que oponen los árboles caidos y otros obstáculos, las tiendas se arman, el fuego se enciende, y despues de una cena compuesta de las piezas muertas en el camino, y antes de tendernos sobre el mullido lecho de hojas secas, cubiertos con una piel de búfalo ó un sencillo cobertor de lana, decidimos por donde ha de comenzarse la caza, y quien ha de ser el *driver*. El driver es el que dispone la caza y dirige los perros.

Al rayar el dia, todo el mundo está en pié.— El tocador no es largo.—Un pedazo de carne asada, algunos bizcochos, café sin leche, constituyen el almuerzo. Las escopetas de enorme calibre están cargadas con doce ó diez y seis balines. Todos llevan en su silla dos correas, el cuchillo de caza en el bolsillo, y un cuerno de buey pendiente de los hombros de un cordon de lana. Este cuerno es el cuerno de caza del país. La partida se divide en dos bandas: la una atraviesa el riachuelo junto á cuya corriente va á verificarse la caza, y que se forma en cuarto de círculo, la otra toma la misma posicion, formando así una media luna, cuyo centro ocupa el *driver*.

Su oficio es el mas duro, pero tambien tiene mayores probabilidades de tirar, por la posicion que ocupa y la colocacion que ha dado á los perros. Con efecto, poco tarda en saltar un ciervo, y hostigado por los perros, sale de la espesura donde se abrigaba,— pero que ahora no le deja correr facilmente,— recibe el primer tiro del driver, y si este no lo acierta, otra cazador le sucede y otros sucesivamente á doscientos pasos colocados. Como el ciervo tiene la costumbre de dirigirse á la colina, sufre el fuego de toda la línea colocada en la parte de donde él ha salido. Ocurre algunas veces que se levantan dos ciervos á la vez, y que huyendo en direccion contraria, permiten á ambas bandas el tirar. Si el ciervo no ha sido herido, se le echan los perros, que se precipitan en su persecucion al son de los cuernos. La línea se reforma y la caza continúa. Si algun tirador hiere la res, cosa que puede conocer en un movimiento brusco de la cola del ciervo, parte al galope, y gritando hácia el ciervo, que los perros han derribado ya, y que si es macho viejo, se defiende con su cornamenta y las pezuñas, cuyas puntas agudas cortan como cuchillos; entónces el cazador se apea, y por medio de un corte en el cuello pone fin á su vida. El feliz cazador arranca las entrañas y le corta la cabeza á la víctima, y le ata, ayudado de sus compañeros, á la silla del caballo, por medio de las correas de que hemos hecho mencion. El dia se pasa así, hasta que el sol, desapareciendo del horizonte, anuncia con su ausencia que ha llegado la hora de volver á las tiendas. A la señal dada por el driver, todo el mundo se pone en camino. No es raro regresar con una docena de ciervos atados á la grupa de los caballos, ó cargados en uno que ha conducido un negro con provisiones para el alto del mediodía. La partida suele componerse de ocho personas, y si excede este número, suele dividirse en dos, cada uno con su driver, tomando direcciones opuestas, y entre las cuales se establece una natural rivalidad, sobre quien volverá con mas botin de la batida.

Los ciervos no viven siempre en lo mas espeso, aunque este sea el sitio mas seguro de encontrarlos. Ocurre muchas veces que el ciervo sale al extremo del ala con mucha sorpresa del ginete que la ocupa, y cuyo tiro, por esta circunstancia, y el asombro del caballo, es de los mas inciertos. Otras, tambien, el ciervo deja pasar al cazador, y se conserva oculto detrás de él. Tirar hácia atrás, revolviéndose en la silla, es un tiro hermoso, pero es mucho mejor el tiro doble que algunas veces se ofrece contra dos ciervos que corren en direcciones opuestas. Para esto se necesita una gran práctica, porque uno de los tiros se tira apoyando la escopeta en el hombro izquierdo. Y sin embargo, la manera mas segura de tirar á un ciervo que desfila por la derecha, es apoyar la escopeta en el hombro izquierdo, porque el caballo no se vuelve muy pronto, ó no se reposa facilmente despues de un movimiento brusco, por bien enseñado que esté á pararse al *chic chic* que hace la escopeta al montarla, porque apoyada en la silla, y presentando sus cañones vueltos hacia un cazador, no se debe montar hasta el instante de tirar.

No es solo el ciervo el objeto de estas cazas; el pavo salvaje es tambien una buena presa y una conquista agradable para el cazador. Los perros lo echan como al ciervo, le obligan á tomar el vuelo, y se le tira sobre los árboles donde se posa. Algunas veces se le ve en las grandes yerbas, y allí es mas fácil de tirar. Pero si no ha hecho mas que herirlo en las alas, toma la carrera y hará pisar tierra al torpe que no ha sabido asestarle el golpe mortal. Los demás animales se muestran raras veces. El gato-tigre es el mas difícil de cazar, haciéndose batir en un gran cuadro durante dos horas, trepando á los árboles, y animando de tal modo á los perros, que no se le puede obligar á abandonar la persecucion, á ménos que un cazador no se decida á penetrar en la espesura, con la escopeta en la mano, hasta el árbol donde el animal ha subido estrechado por los perros que lo rodean todavía, haciendo un ruido infernal con sus ladridos. Algunos balines le hacen desalojar muy pronto, pero no es estraño que hinque sus uñas en los perros antes de lanzar su último suspiro

Este gato-tigre es una especie de jaguar, mas pequeño que el de Méjico, pero de buena marca todavía, y de los cuales hay algunos que tienen cuatro piés y medio desde el hocico hasta la cola.

Los lobos vienen frecuentemente junto al campamento durante la noche, con ahullidos capaces de despertar á los siete durmientes, y algunas veces son tan tenaces, que continúan dando su serenata al compás de los tiros que se disparan para ahuyentarlos, hasta tanto que algun cazado de los mas impacientes monta á caballo y sale perseguirlos. Los perros que no están enseñadoá á cazarlos, les tienen mucho miedo. Los osos y panteras cada dia son mas raros; de los primeros se matan algunos en los pantanos *(swamps)*. Así se llama una porcion de terreno lleno de agua en el invierno, y por consiguiente incultivable, donde crecen árboles gigantescos rodeados de lianas colosales de un medio pié de diámetro. Las raices, barrancos y cañaverales que los rodean hacen estos pantanos impenetrables. Solo los perros pueden entrar y hacer salir con dificultad á los osos, que los reciben con poca amabilidad. Un cazador existe que tiene por oficio el surtir de caza el mercado de Mobile, á quien un oso habia herido en el vientre despues de haberle matado dos perros, sin mas medios de defensa que su cuchillo y la carabina, que no tuvo tiempo de volver á cargar, despues de haber herido la fiera, y á la cual venció, no sin pena, y con las heridas que lo tuvieron por espacio de muchas semanas en cama.

La carne del lobo,— que se vende muchas veces,— es una carne mediana, mas grasosa que la del puerco fresco, pero no de tan buen sabor.

El zorro es poco comun, y no se caza mas que por la noche, con perros pequeños que siguen la pista y obligan al animal á buscar un refugio, ya subiéndose á algun árbol, ya escondiéndose en el hueco de un tronco. Si ha trepado, se derriba el árbol, y los perros dan en cuatro dentelladas cuenta de él; si se ha ocultado en el hueco de un árbol, se corta una varita de una especie de avellano, cuyo jugo es muy viscoso, se la quita la corteza, y se introduce en el hueco la punta hasta que se nota que toca al animal; entónces se le da vueltas en la mano, y los pelos largos y sedosos se pegan tan fuertemente á la varita, que se puede, al retirarla, sacar con ella á la bestia viva y sin heridas. Su carne se puede comer teniendo mucho apetito; es fuerte y aceitosa, y hace á veces el regalo de los negros, que van á cazarla de una manera extraña; llevando por todo utensilio una hacha y una tea de resina. El mejor recurso de los zorros seria trepar á árboles gruesos, difíciles de abatir, pero, ¡cosa singular! siempre escogen los mas delgados, sin duda porque pueden encaramarse mas fácilmente.

Otra caza muy singular, y sin embargo muy destructiva, y por esta razon muy practicada, por los cazadores de oficio, es la caza del ciervo hecha por la noche con luz artificial, generalmente por dos personas, á pié ó á caballo. Si á caballo, uno de los ginetes lleva una escopeta y la madera de resina cortada en pedazos pequeños para alimentar la tea. El papel de este es secundario, no hace mas que ayudar al compañero, á quien sigue paso á paso. El otro ginete, el que abre la marcha, lleva una sarten sujeta fuertemente á un pedazo de madera que lleva sobre el hombro, y cuya punta en forma de mango, sobresale del cuerpo cerca de dos piés, llegando al alcance de la mano derecha, extendida al nivel del hombro; con la izquierda tiene las riendas del caballo. En la sarten pone la madera de resina encendida en cantidad suficiente para tener una luz viva, que se encuentre á la altura de la cabeza y dos ó tres piés detrás de ella con corta diferencia. De este modo recorre los parajes donde cree que podrá encontrar los ciervos, agitando continuamente la sarten de derecha á izquierda, para alumbrar un espacio de sesenta pasos próximamente; si un ciervo la ve, la luz lo deslumbra, y en lugar de huir se queda mirando fijamente la tea, que se refleja en sus ojos, y les da el aspecto tan conocido de los del gato en la obscuridad. Este es el momento crítico del cazador. Un ruido muy pronunciado, una palabra pueden romper el encanto y desatar las piernas del animal, un instante fascinado. Pero el cazador sabe el oficio, y una ligera señal basta para advertir á su compañero, que se acerca con tiento y le entrega la escopeta

ya montada. Una vez apoyada el arma sobre el hombro, aparta la sarten algunas pulgadas, de manera que pueda hacer llegar la mano derecha junto á la plancheta, porque es preciso mantener la tea en evidencia, y tirar al mismo tiempo con la misma mano. El animal continúa inmovil, el cazador apunta á tres pulgadas debajo de los ojos, y deja seco al ciervo herido en el pecho. Si abundan los ciervos, y la noche es muy oscura, se pueden matar cuatro ó cinco.

Esta caza singular no seria practicable en ningun otro país. Aun suponiendo que fuera permitida, se consideraria quizás indigna de un verdadero *sportman*. Y sin embargo, esta caza tiene mucho atractivo por la inteligencia que requiere, por el cuidado que se debe tener de que el caballo no haga ruido repentino para dar el movimiento necesario á la tea, cosas todas para las cuales es preciso tener mucha práctica. Tan pronto un carbon que cae sobre el anca del caballo, cubierta por precaucion, lo pondrá en movimiento en el momento de ir á tirar; tan pronto una rama que se troncha espanta al animal; una multitud de contrariedades se presentan al novicio, y contribuyen á sostener sus deseos.

La caza á pié es absolutamente igual. La diferencia consiste en que, como hay mucho espacio que recorrer, el caballo ahorra la fatiga, y sirve despues para llevar la caza.

Un cazador de profesion va tambien solo, llevando la sarten, la resina y la escopeta, pero esto mas que cazar es trabajar, cazar para vivir.

E. F.

La estudiantina.

(Conclusion.)

III.

Convencidos de que nos seria imposible hallar á la persona á quien buscábamos, celebramos una reunion en la cual se resolvió que Matías se embarcase para Inglaterra miéntras nosotros dabamos la vuelta á Salamanca donde debiamos continuar nuestros estudios. Para esto Matías necesitaba dinero, y nosotros le dimos todo lo que teniamos, porque nada nos hacia falta para el viaje, contando como contábamos siempre con los recursos de la música estudiantina. Entregamos pues toda nuestra fortuna á Matías, que se encontró bastante rico para ir, no digo yo á Lóndres, sino á Moscou, pero ántes de partir le ocurrió la prudente reflexion de que no habiamos pagado al alcaide de la cárcel la comida que nos habia dado durante nuestra detencion. Fuimos pues á ver al alcaide para retribuirle y darle las gracias por su comportamiento; pero el buen hombre se apresuró á contestar que nada teniamos que agradecerle por su conducta como alcaide, pues no habia hecho mas que cumplir con su deber, y que nada le debiamos por la comida en atencion á que otra persona habia pagado por nosotros. Preguntámosle quien era aquella persona, y no quiso decirlo, protestando que habia dado palabra de no revelarlo; pero Matías, que como nosotros habia adivinado el misterio, dijo como para sacar de mentira verdad.

—Es inútil que Vd. se obstine en ocultar lo que todos sabemos: la persona que ha pagado por nosotros es una jóven...

Y dió perfectamente las señas de nuestra paisana, en vista de lo cual el alcaide confesó que efectivamente era ella, añadiendo que la última vez que estuvo pagó adelantado el gasto de dos dias, asegurando que al cabo de estos dos dias saldriamos á la calle. Quisimos hacer algunas preguntas, pero nos interrumpió la llegada de algunos presos, al frente de los cuales entró el juez que habia entendido en nuestra causa, el cual se llegó con la mayor amabilidad á nosotros, diciéndonos que los presos que á la sazon llegaban eran precisamente aquellos con quienes la policía nos habia confundido.

—¡Pobres! dije yo, á pesar de los perjuicios que en este quiproquo hemos sufrido, les compadezco.

—Ya pueden ustedes compadecerles, contestó el juez, no porque su causa sea grave, pues nada resulta contra ellos, de modo que dentro breves dias tendré el gusto de ponerlos en libertad, sino porque no tienen tan buen protector como ustedes, ó por mejor decir, tan bella protectora.

—¿Qué quiere Vd. decir con eso? le preguntamos.

—Vaya, respondió el juez; ustedes han tenido una protectora muy fuerte, no por su posicion, pues no ha descansado hasta acreditar con una porcion de testigos que ustedes eran inocentes; de modo que ha sido forzoso absolver á ustedes de todos los cargos, no por gracia sino obrando con justicia. Pero, señores, añadió, no puedo detenerme mas, pues tengo que tomar declaracion á los nuevos presos.

Despedímonos del caballero juez á quien de todos modos creimos que debiamos dar las gracias, y nos dirigimos al puerto con intencion de buscar el buque con que nuestro compañero Matías debia trasladarse á Inglaterra; pero no era dia á propósito para embarcarse, porque el mar estaba alborotado, y léjos de darse á la vela ninguna embarcacion, eran muchas las que por todos lados se dirigian al puerto huyendo del temporal.

Era aquel un cuadro desgarrador, y debo renunciar á su pintura, tanto porque con los años que desde entónces han transcurrido, he olvidado hasta sus mas interesantes detalles, cuanto por la sencilla razon de que mis lectores están hartos de saber lo que es una tempestad en el mar, aunque no sea mas que por las mil descripciones que han hecho otras plumas mas inspiradas y competentes que la mia. Por otra parte nosotros reparamos poco en la multitud de los incidentes, porque nuestra atencion se fijó desde luego en una fragata que indicaba en su estado el largo combate que habia sostenido contra las terribles olas, pues no conservaba ya nada de su arboladura. Los pocos marineros que quedaban con vida hacian prodigiosos esfuerzos por llegar al puerto en aquella nave que de vez en cuando desaparecia de nuestra vista como si el agua se la hubiera tragado para siempre, y luego la veiamos aparecer á una considerable distancia del punto en que la habiamos creido sumergida.

En uno de estos violentos embates la desdichada fragata llegó á la boca del puerto, pero dió tan terrible sacudida contra la roca, que se hizo pedazos como un débil vaso de vidrio arrojado fuertemente contra una piedra, y poco despues vimos en distintas direcciones salir á flor de agua los náufragos cuyos lamentos hubieran debido bastar á ablandar la inclemencia de la tempestad.

Entre aquellos náufragos, sobre todo, distinguimos la cabeza de una mujer en quien todos nosotros creimos reconocer á nuestra amiga y protectora, por lo cual rogamos á un marinero que fuese á salvarla en una lancha.

—Ni aun que me dieran ustedes cien duros, dijo el marinero.—No cien duros, sino mil le darémos á Vd. con tal que la salve.

Al oir la proposicion de los mil duros, desató el marinero su lancha, pero en el acto de ir á exponer su vida renunció á la ganancia, diciendo que era una locura lo que pretendiamos. Viendo esto Matías pegó un brinco y se metió en la lancha, nosotros le seguimos y empezamos á remar como unos desesperados, convencidos muy pronto de nuestra impotencia, no solo por que careciamos del conocimiento práctico del remo, sino porque este era incapaz de contrarestar la fuerza de las olas que jugaban con nuestra pobre embarcacion, amenazando á cada instante sepultarla como á la fragata. Nosotros ni siquiera pensamos en el peligro que corriamos; todo nuestro afan estaba cifrado en dirigirnos al punto en que habiamos visto por última vez á nuestra compatriota; pero cada vez nos alejábamos mas de aquel punto. Ya no sobrenadaba alma viviente; habiamos perdido todas las esperanzas, cuando vimos á Matías arrojar al agua la mitad de su cuerpo, y de allí á poco sacar en sus brazos á una mujer cuyas facciones estaban horriblemente desfiguradas, á pesar de lo cual dimos todos un grito de alegría exclamando; ¡Es ella! ¡Es ella!

En efecto era nuestra pobre amiga á quien solo un breve intervalo separaba de la muerte. Colocámosla de un modo conveniente para hacerla arrojar el agua, y á poco tiempo tuvimos el gusto de ver en ella señales de vida aunque no de recobrar tan pronto el conocimiento.

Entónces fué cuando empezamos á temblar por la suerte de nuestra pobre lancha, creyendo á cada paso perder aquel precioso depósito que el hado nos hiciera devolviéndonos una vida milagrosamente escapada del abismo. Cerca de medio dia duró esta ansiedad que hubiera terminado de un modo cruel; pero cesó el temporal por fin, y nosotros haciendo un uso heróico del remo, pudimos tomar tierra con lo que en parte se calmaron nuestras zozobras, y dijo en parte, porque dudábamos haber librado de la muerte á la jóven á quien habiamos librado del furor del agua.

Por fortuna conseguimos lo uno y lo otro, pues á los pocos dias tuvimos la satisfaccion de ver completamente restablecida á nuestra amiga á quien todos servimos de enfermeros, tratándola con el esmero y cuidado que pueden ustedes imaginar.

—¡Ah! decia la infeliz cuando supo lo que habiamos hecho en su obsequio. ¿Porqué se han arriesgado ustedes tanto para salvar á una desdichada mujer que hubiera encontrado en el fondo del mar el término de sus penas?

Nosotros procurábamos consolarla sin revelarla el secreto de su herencia por no afligirla con la triste aventura de la muerte de su padre, y así nos limitábamos á decir que todos los hombres teniamos obligacion de exponer la vida por salvar la del prógimo, y nosotros como mas motivo en aquella ocasion, pues sabiamos lo que debiamos á sus cuidados y generosidad.

Por fin llegó el dia en que nos fué preciso revelarla el fatal secreto, pues la pobre jóven hallándose restablecida del todo, manifestó que por ningun concepto seguiria abusando de lo que llamaba ella nuestras bondades, y queria buscar un acomodo, es decir, una casa en que continuar su miserable condicion de sirviente.

—Pero, señora, dijo Matías, ya que hemos llegado á este extremo, será preciso decir que Vd. se halla en el caso de tomar criados y no amos.

—No sea Vd. loco, dijo ella resignada con su suerte, yo he nacido para servir y no tengo ambicion de mandar.

—Vd. ha nacido para mandar y no tiene ya ninguna necesidad de servir.

—¡Hola! cualquiera diria al oir á Vd. que acabo de de heredar una pingüe fortuna.

—Y diria la verdad.

—No digo yo que eso sea imposible, repuso la jóven, mis abuelos maternos eran ricos... pero nada me prometo de estos parientes. En cuanto á mi padre, mucho he esperado de él durante toda mi vida, no por su riqueza, sino por sus bondades, pero estoy segura de que ha muerto sin saber siquiera que yo existo en el mundo...

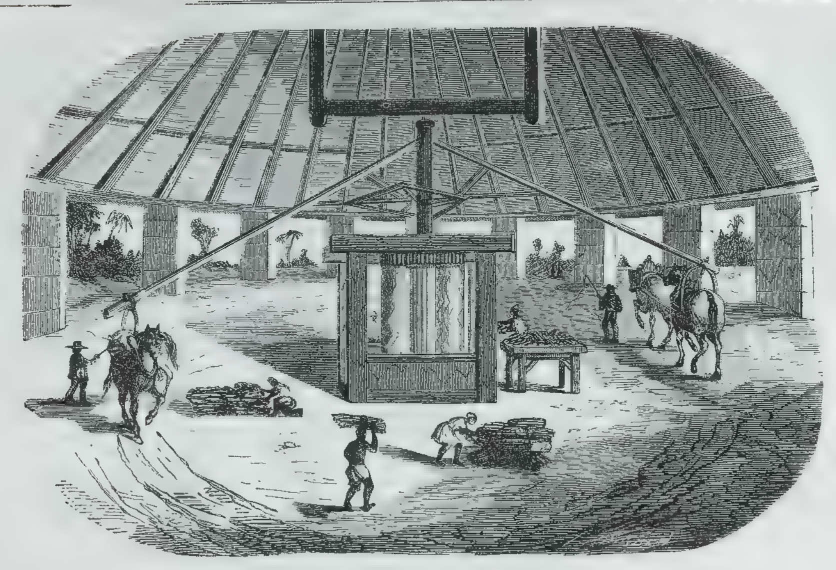
—Lo cual, añadió Matías no puede impedir que Vd. tome posesion de los bienes que él habia podido adquirir dignamente en lejanas tierras.

—¿Cómo? ¿Es cierto lo que Vd. me dice? ¿Ha conocido Vd. á mi padre? ¡Ah! no lo creo; nadie ha vuelto á saber de él desde que salió de Madrid, nadie en España, y sino, cíteme Vd. alguna persona que le haya conocido.

—¡Pobre jóven! dijo Matías; estaba sin duda decretado que Vd. no conociese á su padre, y este cruel decreto debia cumplirse; pero aun que Vd. no haya conocido á su padre, son muchas las personas que han tenido el gusto de conocerle.

—Pues bien, cíteme Vd. una sola de estas personas, y cuente si es necesario con el sacrificio de mi vida para premio de este favor, nómbreme Vd. esa persona, y tendré un placer en correr el mundo entero por saber algo de mi padre.

—¡El sacrificio de vuestra vida! exclamó Matías, ¿y quién tendria valor para aceptarlo, ni ménos para exigirlo? No seria yo, seguramente, que desde el dia en que tuve el placer de ver á Vd. por primera vez he mirado mi existencia como tributo indigno de ofrecerse á la noble, á la hermosa hija de D. Bruno...



FABRICACION DE AZUCAR EN LA ISLA DE SANTO DOMINGO.

—¡Qué oigo, Dios mio! ¿será posible...

—Por lo demás, continuó Matías, no necesita Vd. salir de Lisboa para encontrar personas que hayan conocido á su padre.

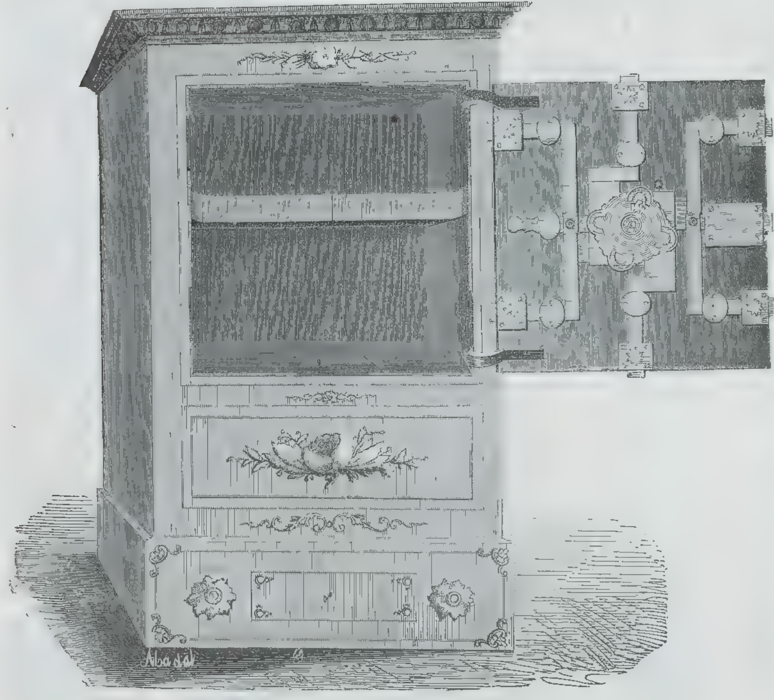
—Caballero, interrumpió vivamente la jóven, si yo no estuvese cierta de que tiene Vd. por temperamento y hasta por herencia la virtud de la compasion, creeria que en sus palabras de Vd. no habia toda la sinceridad debida á la desgracia, pero ¿es posible que no le hayan engañado á Vd. ó que no ceda su buena alma en este momento al influjo de alguna preocupacion? Perdone Vd. mis dudas y mi franqueza. ¡He caido tantas veces en el desencanto despues de concebir las mas halagüeñas esperanzas, que ya mi corazon se rebelaria contra la misma realidad.

—Sin embargo, dijo Matías, si Vd. tiene bastante confianza en mis compañeros y en mí para creernos en este instante incapaces de faltar á la verdad por capricho ó por cálculo; si nosotros todos aseguramos, bajo el mas solemne juramento, que hay en Lisboa varias personas que han tenido la dicha de conocer á su padre de Vd...

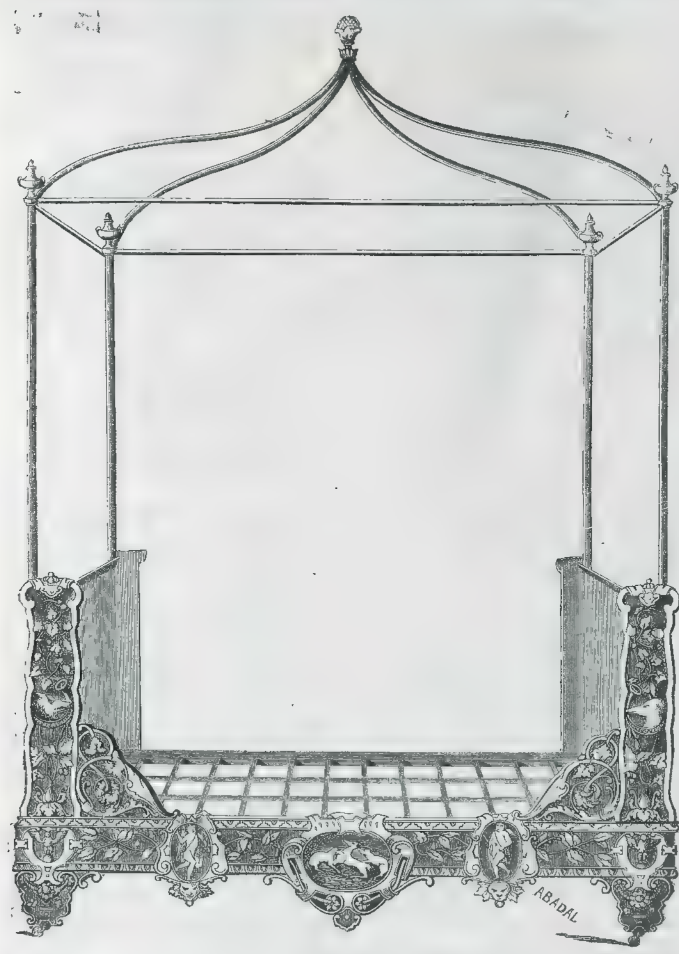
—¡Oh! basta, señores, basta. ¿Cómo puedo yo poner en duda la buena fe de los que tan heróicamente han arriesgado su vida por salvar la mia? Hablen ustedes, y digan en fin, quienes son esas personas que han conocido á mi padre.

El tierno acento de la voz, el fuego de las miradas que no habian podido apagar las lágrimas con que la jóven realzaba la elocuencia de su deseo, nos habia conmovido demasiado para que pudiésemos guardar por mas tiempo silencio ni diésemos á nadie la preferencia en el uso de la palabra; de modo que al terminar su pregunta la jóven, todos nos apresuramos á decirla que éramos nosotros las personas que tanto interés tenia en conocer.

El efecto que esta confesion tan unánime produjo en el ánimo de nuestra compatriota seria difícil de pintar. Era esa extrañeza que se acerca mucho á la incredulidad. Su mirada atónita y penetrante giró con la rapidez del rayo como buscando la confirmacion de la verdad en nuestros semblantes, y cuando se persuadió de que su deseo no seria ya burlado por una idea vana y fascinadora como otras veces, creimos que habia perdido el juicio segun la confusion con que amontonaba sus interpelaciones, y la expresion de los afectos que cruzaban por aquel corazon que parecia deber estar ya acostumbrado al choque de las grandes emociones. Nosotros todos respondiamos con las palabras ó con los ojos cuando no podiamos hablar, porque la agitacion que experimentábamos nos trababa la lengua, y no hubo detalle olvidado ni objecion que no fuese satisfecha en medio del desórden con que tuvimos que relatar á la jóven todo lo



CAJA DE HIERRO CON CERRADURA DE SECRETO.



CAMA DE HIERRO CON EMBUTIDOS Y MOSQUITERA.

que mis lectores han podido ya ver en los anteriores capítulos de esta historia. Decir que este relato causó una grave recaida en la convaleciente protagonista, es superfluo para los que conocen esas lecciones de patología que la naturaleza enseña mas elocuentemente que los libros. Diré solamente que nuestra asistencia renovó sus esfuerzos en favor de la hija de D. Bruno á quien tuvimos el gusto de ver otra vez restablecida.

Faltaba resolver una cuestion de esas con que las almas generosas prolongan las situaciones dramáticas de la vida humana. Empeñábase Matías en probar que no tenia derecho á una herencia que por todos conceptos pertenecia á la hija de D. Bruno, y obstinabase esta en renunciar á sus derechos naturales queriendo hasta en esto rendir un santo homenaje de respeto á la última voluntad de su padre. Yo conocí que aquella situacion se prolongaba, porque faltaba la franqueza tanto como sobraba la generosidad, y corté un dia la polémica diciendo:

—Amigos mios: esto se va haciendo interminable, debiendo ser muy breve. Todos estamos hartos de saber que ustedes se aman recíprocamente desde que se vieron en la fonda; digan ustedes de una vez lo que tantas ganas tienen de decirse, ó en otros términos, busquen ustedes un cura que los case, y así se acabarán lógicamente todas esas disputas inútiles.

Mis compañeros que eran de este mismo modo de pensar, aplaudieron la proposicion; los interesados dieron una aprobacion mas positiva que la de las palabras, pasando á las obras, y en efecto, á los pocos dias la hija de D. Bruno cuyo nombre no he querido revelar, pudo ser designada legalmente con el título de esposa de Matías.

Con tan plausible motivo emprendimos el camino de Salamanca á donde llegamos en pocos dias, llevando en nuestra compañía una bella española que ardia en deseos de conocer la última morada de su padre; pero . . aquí es donde debiamos recibir la postrera de las infinitas sorpresas que el destino nos habia regalado durante nuestra excursion. La primera persona que encontramos al llegar al sitio en que habiamos arrojado al viento la arena que nos indicó el camino de Portugal fué... D. Bruno, que ya estaba tambien restablecido, y quedó con el poderoso remedio que le llevábamos curado para sienpre de su inveterada melancolía. Celebróse la boda con una comida opípara en casa de Don Bruno, á la que como era natural, acudimos todos los individuos de la expedicion. Matías despues que acabó su carrera se estableció en Salamanca, y aunque todo le parecia poco para ayudar y complacer á sus antiguos camaradas, nosotros no le exigimos mas que un sacrificio que debia hacer todos los años. Este sacrificio era el de acompañarnos hasta las afueras de la ciudad cuando emprendiamos la estudiantina, y tirar al aire el puñado de arena que nos indicase el camino que debiamos seguir, persuadidos, ó por mejor decir, preocupados con la idea de que Matías no invocaba en vano á la suerte; y en efecto, si no siempre pudimos disfrutar las ventajas, emociones y sorpresas de nuestro primer viaje, tampoco tuvimos motivo para renegar de la fortuna.

JULIO BRAVO.

El Azucar.

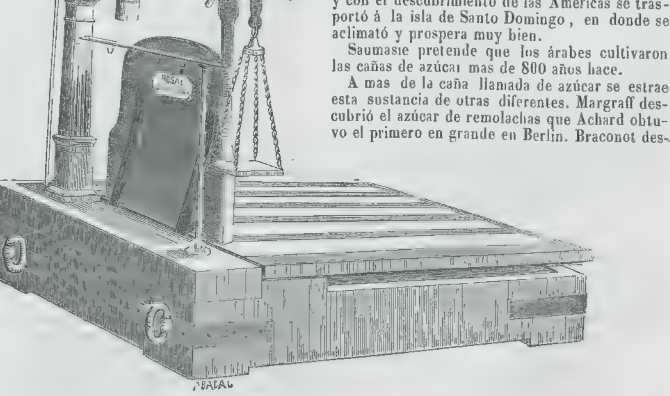
El arte de cultivar la caña de *Azucar*, originaria de algunos paises del Asia y del Africa, parece haber sido desconocido á los egipcios, á los fenicios, á los griegos y á los romanos. Este vegetal fué trasportado á la Arabia á fines del siglo XIII y de allí pasó á la Nubia, Egipto y Etiopia, donde se fabricaba mucho azúcar.

A últimos del siglo XIV se llevó á la Siria, á Chipre y á Sicilia, cuyo azúcar era craso y negro como el que venia de Arabia.

Despues del descubrimiento de la isla de la Madera en 1420, D. Enrique regente de Portugal hizo trasportar á ella cañas de azúcar de Sicilia, y probaron tan bien, como que el azúcar de la Madera y el de Canarias, en donde tambien se plantaron, fué muy luego preferido á todos los demas azúcares conocidos. Los portugueses llevaron la caña de azúcar á la isla de Santo Tomas, y con el descubrimiento de las Américas se trasportó á la isla de Santo Domingo, en donde se aclimató y prospera muy bien.

Saumasie pretende que los árabes cultivaron las cañas de azúcar mas de 800 años hace.

A mas de la caña llamada de azúcar se estrae esta sustancia de otras diferentes. Margraff descubrió el azúcar de remolachas que Achard obtuvo el primero en grande en Berlin. Braconot des-



BASCULA PERFECCIONADA.

cubrió el de setas, Proust el de las uvas, y otros químicos el de las castañas, de la miel, etc.

Se ignora si los antiguos conocieron el azúcar de caña, bien que por lo que dicen Teofrasto, Plinio, Lucano y otros autores puede deducirse que *sí*. Paulo Egineto, y todos los médicos griegos llaman al azúcar con el nombre de *sal indiana*. Teofrasto le llama *miel de caña*, que es el azúcar. Plinio le conoció asimismo y habla de él bajo el nombre de *sal de las Indias*. Galeno y Dioscórides le llaman *sacchar*.

Parece que los chinos han conocido el arte de cultivar esta caña preciosa, y al mismo tiempo el modo de estraer el azúcar, antes que esta planta fuese conocida en Europa. Humbold en su Ensayo político sobre Nueva España habla de antiguas porcelanas de China, en donde sus pinturas representaban las diferentes operaciones de la estraccion del azúcar.

A. V.

Construccion de camas y arcas de hierro, básculas, etc.

Uno de los establecimientos mas acreditados en esta clase de industria, en Barcelona, es ciertamente el de D. Tomas Rosal, situado en el pasaje de Bacardi.

Hemos tenido el gusto de visitar los talleres del mismo, y desde luego podemos manifestar que puede competir con cualquier fábrica del estrangero. El propietario de dicho establecimiento no ha perdonado sacrificio para dar á este ramo la superioridad sobre los demás sistemas establecidos antiguamente.

Respecto á las camas diremos que las hay de bruñidas, barnizadas, bronceadas, con cabecera, de sofá, con mosquiteras y pabellones. Los dibujos son esquisitos, y al decir que los hallamos esquisitos creemos hacer justicia al Sr. Rosal. El grabado que publicamos en este número dará una idea de lo que llevamos dicho.

Las romanas, que tantas dificultades ofrecian, van reemplazándose por las básculas, en las cuales se pueden pesar bultos de un peso enorme y de difícil transporte, evitándose al propio tiempo toda desgracia personal y resultando un ahorro considerable de tiempo.

Las arcas de hierro son asimismo necesarias para tener á cubierto de un golpe de mano cuantiosos intereses, lográndose todo ello por medio de la combinacion de letras cuyo secreto solo posee el dueño del arca. Las ganzuas nada pueden contra estas arcas; el mejor ladron se estrellaria en ellas. Véanse los grabados de la báscula y del arca de hierro.

En el taller del Sr. Rosal hay ademas balanzas portátiles á la inglesa, muy útiles para los drogueros y otros ramos, algunos de los cuales siguen todavia la rutina de pesar, levantando las balanzas y defraudando al parroquiano. Lo que llamó sobretodo nuestra atencion fué el invento que acaba de hacerse para las cerraduras de las habitaciones. Con una llavecita que apenas pesa media onza se abre y cierra una puerta grande, con aldabones que la atraviesen por todos lados; sistema económico y que ofrece mucha seguridad, pues antes que abrirla seria necesario hacerla astillas. Esta cerradura resiste tambien á las ganzuas. Otras cerraduras vimos de no menor mérito y las cuales tienen combinados los secretos de tal modo que pueden funcionar sin el ausilio de la luz: el oido basta.

Los precios están al alcance de las fortunas mas modestas.

Repetimos que el establecimiento del Sr. D. Tomas Rosal es verdaderamente notable bajo todos conceptos, y no dudamos que dicho señor irá perfeccionándolo con la misma asiduidad que hasta aquí, para que pueda citarse algun dia como modelo en España.

E. Comas y Soler.

Biografía.

ANGELINA ORTOLANI.

En 1836 vió la luz en Bérgamo Angelina Ortolani, la que desde sus mas tiernos años dió á conocer disposiciones ventajosas para el canto. El célebre tenor Rubini, compatricio de Angelina, interesándose por la jóven, dirigió sus primeros estudios en el arte para el cual mostraba una vocacion decidida; pero como sus padres se opusiesen al principio á que la jóven siguiese la carrera de cantatriz dramática, fué necesaria la influencia de los maestros en el arte y la de los amigos de la familia Ortolani que persuadieron al fin á sus padres no dejasen perder las naturales dotes y la inclinacion de la hija. Cediendo pues aquellos á tan reiteradas instancias, permitieron que Angelina pasase á Milan con intencion de entrar en aquel famoso Conservatorio de música que tantos artistas célebres ha producido en todas las especialidades del arte musical. No bien descubrieron los profesores de aquel establecimiento las escelentes facultades de la jóven que la aceptaron unánimemente por alumna, sin embargo de que no hubiese á la sazon en el Conservatorio ninguna plaza vacante. Con todo la Ortolani, merced á sus ventajosas dotes, halló en él la mejor acogida que pudiese desear. Apenas hubieron pasado 18 meses que la predilecta alumna se habia entregado con decidida constancia y notable aplicacion al estudio del arte que abrazára, que aventajó á la mayor parte de las alumnas que contaban mucho mas tiempo de clases que ella; de modo que le fué adjudicado el primer premio de canto.

En agosto de 1853 cuando apenas rayaba á los 17 años, Angelina debutó por primera vez en el teatro de Bergamo con la *Parisina*, cuya ópera cantó con el tenor Fraschini, el barítono Pizzigatti y el bajo Vialetti; y fué tal el entusiasmo que causó al público que acabada la representacion de la ópera sus paisanos la acompañaron á su casa en triunfo. Terminada la temporada en Bérgamo, la Ortolani fué contratada para la del Carnaval y Cuaresma siguiente en Milan, donde alcanzó consecutivos triunfos en el *Rigoletto*, *Lucia*, *Parisina* y *Leonora*. Despues pasó al teatro italiano de Varsovia, para el cual fué escriturada primero por tres meses y luego por dos años enteros. Concluido este tiempo volvió á Milan, donde cantó la *Lucia*, *D. Pasquale* y *Maria di Rohan*, renovando siempre el éxito lisonjero que alcanzára antes en el mismo teatro y que obtuvo tambien en Varsovia.

Acrecentándose cada dia la reputacion de la jóven artista, apresuróse á escriturarla el empresario del teatro Real de Madrid en 1856 para la temporada que concluyó en 1857; en cuyo coliseo, las aventajadas dotes de la Ortolani le conquistaron las generales simpatías del público madrileño, que la colmó de aplausos en cuantas óperas cantó. El brillante éxito que obtuvo en dicho teatro Real, decidió á su empresario á contratarla por otra temporada con aumento de paga; mas la no menos grande aceptacion que obtuvo la Ortolani en el teatro Real de Lóndres, despues del de Madrid, con los *Puritanos*, dió lugar que el empresario de aquel coliseo negociase con el de este la rescision de la escritura que obligaba á la cantatriz que volviera á la capital de España. Durante los diez y ocho meses que estuvo á la disposicion de Lumley, consiguió siempre decididos triunfos tanto en Inglaterra como en Irlanda, en cuyos teatros cantó.

Dos meses antes de venir á Barcelona escriturada para el Gran Teatro del Liceo, donde canta actualmente, la Ortolani, volvió otra vez á su país natal Bérgamo, en cuyo teatro Ricordi cantó la *Lucia* y *Puritani*, resucitando el entusiasmo de sus paisanos.

El vaticinio que hicieron de la niña Angelina el célebre Rubini que dirigió sus primeros pasos en la carrera lírico dramática y la Persiani, se va cumpliendo, pues una y otra celebridad artística predijeron á la Ortolani que haria una gran carrera en el arte y que alcanzaria fama europea. Tal puede esperarse de una cantatriz que á una voz fresca, espontánea y flexible reune una esmerada escuela de canto, una garganta dúctil y ágil y un gusto poco comun.

Julio Bravo.

Las vecinas.

¡Atencion y mano al boton!..... Ahora van Vds. á oir una de las conversaciones que suelen tener desde ventana á ventana la señora Isidra y la señora Rita, mujeres las dos como Dios manda, mejorando lo presente. No es menester dar pelos y señales de ellas, porque todos Vds. las tienen vistas y revistas. Con estas advertencias, y con decir que las ventanas adonde se asoman dan al patio, y están una enfrente de otra, estamos al fin de la calle.

—¡Chiquirritito! ¡hermoso! si tu ama no te cuida, nadie se acuerda de tí.

—Buenas noches, señora Isidra.

—Señora Rita, buenas noches. No habia visto á usted. Voy á entrar este animalito, porque las noches se van poniendo frescas, y no sea que le haga daño el sereno.

—Hija, hace V. bien en cuidarlo. Lo que ese animalito de Dios ha cantado hoy, no es para dicho.

—Sí, señora, es una alhaja. ¡Chiquirritito de su ama! ¡Mire V., mire V. cómo aletea de gozo! En cuanto alguno de casa se acerca á la jaula, el pobrecito se deshace. Señora, los animalitos, fuera del alma, son como las personas, toman ley al que les trata bien.

—¡Ay, señora Isidra, cuántas personas hay que no hacen otro tanto!

—Mi pariente se muere por los bichos; asi que entra en casa, ya se sabe, lo primero que ha de hacer siempre es ir á dar un vistazo al pájaro, ¡Pues no digo nada mis chicos!

—¡Ay, hija, no se parece á mi pariente! El año pasado teniamos la casa perdida de ratones, y me dió la gana de pedir un gato á la señora Antonia. ¡Creerá V. que apenas vino mi pariente y lo vió, cogió al animalito del rabo y le estrelló contra la tapia!

¡Ave María Purísima, qué judiada!

—El otro dia se entró en casa un perrito de aguas, tan limpito y tan mono, que daba gloria de Dios el verle. Pues, hija: nunca hubiera entrado el animalito, porque apenas le vió aquel, le tiró un badilazo que le rompió una pierna.

—¡Calle V. por Dios, señora, que da coraje el oir eso! ¡Bendito sea Dios, que le ha dado á una un marido, pobre, eso sí, pero con un corazon de oro!

—¡Ay, señora, qué dichosas son Vds.! De soltera está una con el pio, pio de casarse; se casa una, y entonces es cuando empieza Cristo á padecer... Hija, le aseguro á V. que yo daria un ojo de la cara por verme soltera, aunque tuviera que volver á servir, que no se me haria tan cuesta arriba como antes de casarme. Es verdad que hay que sufrir, porque los amos al fin son amos. Que los señores gruñen, porque quieren que una haga las cosas al vapor; que la señorita compromete á una poniéndola de centinela mientras habla con el novio; que el señorito se propasa con una; que el aguador va con los chismes á la señora, cuando una ahorra uno, dos ó medio en la compra; que pasa una la pena negra para meter el novio en casa; ¡pero, hija, eso de tener asegurado el pan nuestro de cada dia, y dormir á pierna suelta sin mas que cumplir con su obligacion, es muy hermoso!

—Tiene V. razon señora, pero cuando se dá con un hombre como mi Paco, ya es harina de otro costal.

—Ya que habla V. del señor Paco, ¿ha venido ya?

—Toma, pues podia estar á estas horas fuera de su casa un hombre de obligaciones. Hace poco que vino, en gracia de Dios.

—Pues, hija; obligaciones á manta tiene el mio, y aun está por allá.

—¡Qué me dice V., señora!

—Lo que V. oye.

—Pues ya las doce de la noche no han de dar.

—¡Déjeme V. por Dios, hija, que me está llevando el demontre! En llegando el sábado es cosa de desesperarse una.

—Pues, hija, Vds. se tienen la culpa...

—Calle V. por Dios, señora, que estoy harta de predicarle, y saco lo que el negro del sermon...

—Si hiciera V. lo que yo...

—Pero señora, ¿no está harto de ver que así que Dios anochece no para una de dar cabezadas, cansada de lavar, de coser, de la cocina, de lidiar con esas criaturas, que son el enemigo malo?...

—¡Si no es eso, señora, si no es eso! Lo que V. debe hacer los sábados...

—Hija, créame V., yo no puedo hacer mas que lo que hago. Los sábados y los domingos, y todos los dias de la semana, le estoy sermoneando: «Mira, Juan, que te vengas á casa en cuanto salgas del trabajo! ¡Mira, que no estamos para bromas de taberna! ¡Mira, que las cosas se van poniendo por las nubes! ¡Mira, que esas criaturas están en cueritos vivos! ¡Mira...

—Pero óigame V., señora: Lo que debe V. hacer los sábados es...

—Si le digo á V. que no puedo hacer mas de lo que hago...

—Canario, déjeme V. hablar, que no soy costal.

—Hable V., señora.

—Lo que debe V. hacer los sábados, es lo que yo hago: irse hácia el taller á la hora de la cobranza, y coger fresquito el jornal de la semana. Hija, ya sabemos lo que son los hombres por buen aquel que tengan: si una no les tira de la rienda, en cogiendo el jornal, se juntan con cuatra malas cabezas, y que «vamos á echar unas copas, que ya podias convidarme á buñuelos, que á que no eres hombre de jugar conmigo un cuarto de cabrito,» se gastan la mitad de lo que una está esperando como el santo advenimiento, y luego para nosotras son los apuros, porque á ellos hay que dárselo cocido y amasado. Luego, hija, los jornales son cortos y las necesidades de una casa son largas: que la compra por la mañana, que el carbonero, que el aguador, que el casero, que el cuartito de especia, que el hilo, que el tabaco, que el traguillo de cuando en cuando; porque al fin, el que trabaja y no va á la taberna, no ha de beber siempre agua... se gasta una un sentido, y por mas vueltas que le da, no le sale la cuenta... Ya vé V., señora, qué milagros puede hacer una con ocho reales que gana mi Paco.....

—Señora, diez y seis gana el mio, y aquí nos tiene V., á él sin mas que lo puesto, á mí descalcita de pié y pierna, y á los chicos poco menos que como su madre los parió. Luego, el casero y el carbonero, y qué sé yo cuantos mas, no dejan la ida por la venida; porque, hija, ¡qué han de hacer los hombres, si hace un siglo que no ven un cuarto, y por remate de fiesta ni una noche siquiera nos acostamos en paz y en gracia de Dios! De modo, que me voy quedando sequita, porque ni como, ni duermo, ni sosiego. Le digo á V... señora, que se podia sacar una novela con lo que á mí me pasa.

—Pero, hija, ¿por qué no hace V. lo que le digo? ¿Porqué no se va V. hácia el taller el dia de cobranza?.

—¡Calle V. por Dios, señora! ¡Buenas pulgas tiene mi pariente para eso! Puede que me reventara de una patada...

—¡Ave María! ¡Le habia de pegar á V., señora?

—¡Ay, hija, bien se conoce que no sabe V. de la misa la media! Mañana hará ocho dias me puso el cuerpo de golpes mas negro que ese vestido.....

—¡El Señor nos asista! ¡Jesús, que pícaro de hombre! Y no hay un presidio...

—Señora, poco á poco, que mi marido no ha robado nada á nadie. El tiene mala cabeza, eso sí, y se deja llevar de otros calaveras; pero hombre de bien á carta cabal, lo es.

—Calle V., señora, calle V. por los clavos de Cristo, que se necesita ser pan candeal para sacar todavía la cara por él. ¡Ay, señora! si es verdad, como dicen los confesores, que en el platillo donde pesa las almas el bendito San Miguel, se ponen las lágrimas que una derrama en esta vida, ¡cuánto tenemos ganado para con Dios las mujeres de los pobres!

—¡Es verdad, señora Isidra, y sobre todo las que no hemos dado con un hombre como el de V.

A la señora Isidra se le saltan de alegría las lágrimas, que enjuga con el cabo del delantal. No teniendo á su lado á su marido ni á sus hijos para desahogar en ellos su ternura y su dicha, acaricia con la mano al pajarito, y esclama:

—¡Bendito sea el Señor, que tanta dicha me ha dado sin merecerla! Mi Paco, señora Rita, vale mas dinero que pesa. El no entiende de letra ni de nada; pero le sale de dentro el ser bueno, y lo es, porque lo que él dice: los hombres y las mujeres se casan para llevar juntos las penas de este mundo, que son carga muy pesada para uno solo; y el hombre que es el mas fuerte, tiene que arrimar el hombro al lado que mas pesa la carga, y á mas de eso, sostener á la mujer cuando vacila, y darle la mano cuando cae. Un dia fuimos al campo mi pariente, mis chicos y yo, y cate V., hija, que un señor de gaban y todo, no se sabe por qué, principia á dar bofetadas á una pobre señorita. Mi Paco, que no puede ver hacer daño á una mosca, y que se pelea con el lucero del Alba, viendo una cosa así, va allá con mi chiquitin de la mano, y le dice al caballero:—Caballero, aunque V. perdone, ¿le parece á V. que seria una mala partida el que V ó yo principiásemos á bofetadas con esta criatura?—Ya se vé que lo seria, respondió el caballero.—Pues ha de saber V., dijo mi pariente, que tan mala partida es pegar á una mujer, como pegar á un niño, porque las mujeres son niños grandecitos, y Dios ha criado á los hombres para amparar á los niños, que no para maltratarlos. Hija, á mí un sudor se me iba y otro se me venia, pensando que el caballero lo iba á tomar por donde quema; pero figúrese V. cómo nos quedaríamos todos, cuando le vemos alargar la mano á mi pariente saltándosele las lágrimas, y diciendo:—Tiene V. razon, y la leccion que V. me ha dado, no se me olvidará en toda la vida. La señorita que vé esto, alarga la mano al caballero como perdonándole, se marchan de bracero tan contentos como unas pascuas, y nosotros nos quedamos que ni en la gloria. ¡Hija, sino porque habia gente delante, me como á besos á mi Paco!

La señora Rita se echa á llorar esclamando:

—¡Ay, señora, señora! ¡qué poco talento tenemos la mayor parte de las mujeres, que queremos á los hombres por la buena cara y no por la buena alma!

—¡Eh, señora! V. no tiene la culpa de lo que le pasa, esas son cosas que Dios hace, y hay que armarse de paciencia! que mas pasó su Divina Majestad por nosotros. Pues lo que yo hago los sábados, que á eso iba, es irme á la caidita de la tarde hácia el taller, así como quien no quiere la cosa, para salir al encuentro á mi Paco, y venirnos juntos á casa; porque lo mismo que él es mas bueno que el pan, hay que evitar que le distraigan cuatro picaronazos, que como dijo el otro, quien quita la ocasion quita el peligro. Eso no, ir yo á coger el dinero en casa del maestro, no lo hará jamas Isidra Martinez, que eso seria poner colorado á mi Paco, y la mujer honra ha de dar al marido, que no se la ha de quitar. Pues, señora, nos venimos juntitos á casa viendo las tiendas, y gracias á eso no llega descabalado el jornal de la semana; porque, hija, á mi Paco todo se le antoja para su mujer y sus chicos.—Mira ¿quieres que le compremos una pelota de esas á Juanito?—Nó, que ya le hice yo el otro dia una de paño que bota hasta el techo.—Mujer, ese pañuelo que llevas á la cabeza está hecho ya una criba; ¿quieres que compremos uno de esos que hay en este escaparate?—Hijo, déjate de pañuelos, que este está casi nuevo.—Vamos, golosita, que no te vendria mal un par de bollitos de estos.—Nó, hijo; que en esta bollería cuecen mal las pastas.—Mira qué alfileteros tan preciosos hay aquí. Espérate, que voy á tomar uno para la Pepita.—Déjalos, hombre, que yo le daré uno de los mios que son mas fuertes.

—¿Quieres que entremos en esta horchatería á beber un vaso de limon?—Nó, hijo, que me he atracado de agua esta tarde.—Así me traigo á casa á mi Paco; ¿pero sabe V. lo que hacemos antes de subir?—Tomamos media librita de escabeche y media docena de huevos, y mientras hago yo una tortilla, que se comeria V. los dedos, baja la chica por una botella de vino y cenamos como unos príncipes; así es que mis chicos toda la semana me están preguntando: madre, ¿cuando es sábado? madre, ¿cuándo es domingo? El domingo nos levantamos todos temprano, se mudan mi Paco y mis chicos... Eso nó, galas no llevan; porque hija, de donde no hay, no se puede sacar; pero han de ir siempre remendaditos y limpios como el sol de Dios. En seguidita se va todo el mundo á misa; luego preparamos una cazolita de arroz con lomo ó bacalao; y nos vamos á comerla al campo, como hicimos mañana si Dios quiere, hará ocho dias. Hija, ¡están aquel San Antonio de la Florida y aquella fuente de la Teja, que dá bendicion de Dios el ir por allí! ¡Lo que mis chicos corrieron por aquellas praderas! ¡Lo que su padre loqueó con ellos, como es tan padrote, y tan!... ¡Los dichos que se le ocurrieron á mi Paco, como es tan decidor! ¡Lo que hizo reir con esa gracia que Dios le ha dado, aunque me esté mal el decirlo, á unos buenos señores que estaban á nuestro lado! ¡Lo que yo misma reí y salté, y brinqué en aquel campo! Hija, vergüenza debiera darle á uno el loquear así á su edad, que ya no es ninguna chiquilla; pero, ¡qué se le ha de hacer, hija! Cuando el gozo le brinca á una en el cuerpo, hay que brincar tambien. A la caidita del sol compramos naranjas á los chicos; mi Paco y yo nos agarramos del brazo como unos enamorados, y tomamos el camino de Madrid: mis chicos rodando las naranjas, y mi Paco y yo cantando mas alegres que unas Pascuas floridas.

—Esa, señora Isidra, esa es la dicha, y lo demás es cuento. ¡Eso es vivir como Dios manda y no como nosotros vivimos!

—Hija, lo que dice mi Paco: bastantes penas y trabajos da Dios en el mundo, sin que uno los aumente con riñas y tonterías. El hombre y la mujer no se casan para aumentar las penas, que se casan para disminuirlas. Señor, ¿que hay un apuro cualquiera? vamos á hacer por salir de él en paz y en gracia de Dios, poniendo cada uno lo que esté de su parte. Pero, hija, á todo esto, es mas de la media noche, y yo me estoy aquí charlando como una cotorra, sin recordar que mañana domingo tengo que madrugar para arreglar la familia menuda. ¡Mire V., mire V. qué despabilado está este animalito de Dios! ¡Chiquirritito! ¡Mire V. como se deshace! Lo que deciamos antes, hija: los animalitos, fuera del alma, son como las personas.

—¡Ay nó, señora Isidra! Los animalitos toman ley á las personas que los tratan bien, y todas las personas no hacen eso!

Paco dice desde la cama con acento cariñoso:

—¡Isidra! ¿Qué haces al sereno, hija? ¿No ves que vas á coger un resfriado?

—¡Allá voy, querido, allá voy! ¡Tú no sabes estar sin mí! Hijo, ¡eres lo mas maridote!...

Juan llama á la puerta de la calle echando cada *pecado* que tiemblan las carnes, y su mujer, la señora Rita, le contesta:

—Voy á abrir al instante.

—Yo sí que te voy á abrir á tí en canal de una patada. Abre, hija de una... Abre, grandísima...

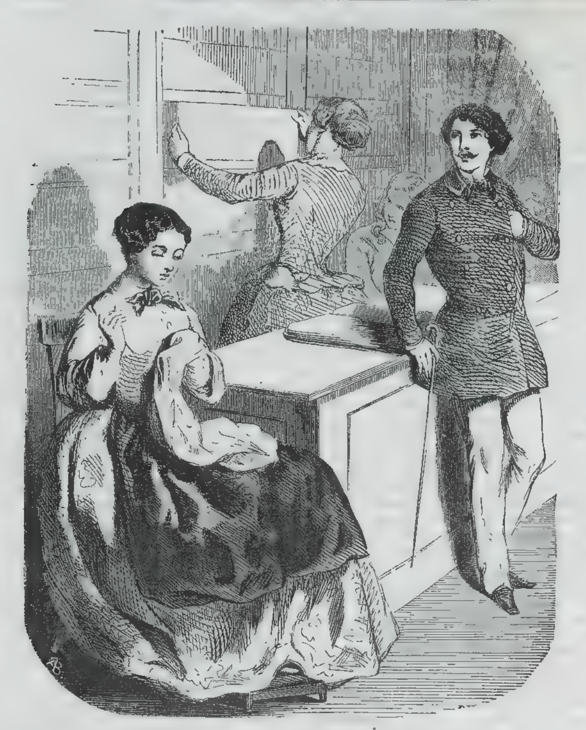
Anton el de los cantares, que por si Vds. no le conocen, es un pobre ciego que vé algo, se arrodilla en su triste habitacion despues de haber oido la conversacion de sus vecinas, y esclama con lágrimas en los ojos.

—¡Oh, santo Arcángel Miguel! ¡Sí, sí hecha en el platillo de los descargos las lágrimas de dolor de la mujer del pobre brutal y malo, y echa tambien en el mismo platillo las lágrimas de alegría de la mujer del pobre delicado y bueno!

Antonio de Trueba.

Un porvenir dudoso.

Un jóven elegante y de finos modales, pero sin fortuna, se habia enamorado de la hija de un rico comerciante en lienzos de Sevilla, con quien hizo conocimiento el último invierno en los bailes de gran tono. El enamorado buscó empeños, y



BAJO CUALQUIER PRETESTO IBA SIEMPRE A LA TIENDA PARA VER A LA QUE QUERIA ENTRAÑABLEMENTE. (PAG. 64).

logró ser admitido en la familia de la que pretendia, favor por cierto muy señalado, pero que no envolvia el consentimiento que el jóven deseaba. Cuanto mas tiempo iba pasando, tanto mas el galan se desalentaba. ¿Cómo un hombre de su jaez, esto es, sin dinero, podia sostener la concurrencia con el enjambre de adoradores ricos y bien establecidos en la sociedad que le hacian una ruda guerra? Un comerciante que da á su hija única un millon de dote, no se inclina á conceder la mano de su heredera á un pobre empleado que se halla aun en la categoria de escribiente.

Todas estas reflexiones y otras muchas de la misma especie le habian quitado al jóven toda esperanza. No obstante bajo cualquier pretesto iba siempre á la tienda para ver á la que queria entrañablemente, y todo su afan estaba compensado con sorprender alguna mirada furtiva de Juanita, ó poderla dirigir alguna galantería.

—¡No tengo mas remedio que hacer una fortuna! decia nuestro pobre escribiente, entrando de súbito en las ideas ambiciosas.

Numerosos ejemplos le mostraban una puerta abierta para enriquecerse de la noche á la mañana; el jóven no titubeó en entrar por ella. Todo su capital, que consistia en unos dos mil duros, fué empleado con la intrepidez de un hombre enamorado en los agiotajes de la Bolsa, y la fortuna se mostró tan propicia, que al cabo de poco tiempo los beneficios se elevaron á una suma bastante respetable. Cuando juzgó que tenia ya lo suficiente, se detuvo y ajustó cuentas; las operaciones todas habian sido hechas con el mayor sigilo, para evitar los pésames si se hundia, y á fin de producir un efecto mas poderoso presentándose de repente en todo su esplendor. La cantidad que realizó se elevaba á cincuenta mil duros.

—Gracias á Dios, se dijo para sí, ya puedo presentarme á pedir la mano del objeto de todos mis deseos.

¡Oh, fortuna! en el mismo instante en que se disponia á dar este paso, el padre de la jóven le escribió una carta suplicándole que pasara á verse con él, porque queria hablarle del asunto.

El opulento comerciante le recibió con la mayor cordialidad y afecto.

—Amigo mio, le dijo, todo lo he adivinado. Sé que amais á mi hija; no me interrumpais, y escuchadme hasta el fin lo que tengo que deciros. No os habeis declarado, y estimo en su justo valor vuestra modestia y delicadeza; pero como nunca os habriais atrevido á pedir en matrimonio la mano de una jóven tan rica como mi hija, á mí me toca dar el primer paso en el asunto. Yo no soy de aquellos que piensan que las fortunas deben unirse con las fortunas, sois un jóven de buenas cualidades, amais á mi hija, ella os ama y quiero que os caseis lo mas pronto posible.

—¡Sabe que he hecho un brillante negocio y que soy rico! dijo el jóven para sí; enhorabuena, dejémosle el mérito del desinterés, dejémosle creer que ignora mi actual prosperidad, á ver como recibe la noticia.

Y despues, con la emocion natural que le comunicaba la certeza de su dicha futura, añadió en voz alta:

—Sois el mas generoso de los hombres; no sé como manifestaros la admiracion, respeto y gratitud que me habeis infundido; pero tranquilizaos, pues me cabe la satisfaccion de anunciaros que, sin ser tan rico como vuestra hija, no soy ya el pobreton que era antes.

—¿Qué decis? exclamó el padre con sorpresa.

—¡Bien finge que se sorprende! exclamó el jóven aparte; veo que mi suegro es un buen cómico.

Y luego añadió con acento firme:

—Digo la verdad; poseo 50000 duros.

—¿Y desde cuándo?

—Desde ayer.

—¿Cómo puede ser eso? No os quedaba pariente ninguno, no teniais ninguna herencia en perspectiva...

En efecto, no he heredado, pero he hecho fortuna. Hace mas de tres meses que trabajo para ello.

—¡Cincuenta mil duros en tres meses!

—Sí, me he manejado bien, ¿no es cierto? Solo en la Bolsa se operan semejantes prodigios. He atinado en todas mis especulaciones sobre las rentas y los caminos de hierro, y os traigo aquí en esta cartera la susodicha cantidad en buenos valores.

—Os felicito muchísimo por vuestra nueva posicion, respondió friamente el padre; pero esto cambia totalmente mis ideas acerca de lo que llevo dicho.

—¿Que decis?

—Habia elegido por yerno á un hombre sin fortuna, á un modesto empleado; ahora sois un bolsista, un especulador lanzado en el agiotaje, y teneis cincuenta mil duros, pero no tendreis la mano de mi hija.

Aterrado con este desenlace imprevisto, el jóven puso cuantos medios tuvo en su mano para revocar la fatal sentencia, pero todo en vano, pues el padre de la jóven ha querido mostrarse irrevocable. Este prudente comerciante cree que un especulador que ha ganado cincuenta mil duros en la Bolsa, es mas pobre que un empleado con sueldo de escribiente.

El padre y la hija se han ido ya al campo, dejando al pretendiente medio loco de desesperacion por haber ganado cincuenta mil duros en la Bolsa; quizás para consolarse seguirá jugando.

JULIO BARCELÓ.

Agudeza.

Una señora, en el mes de enero, se encontró una pulga; pero casualmente debajo de la ropa, y por lo mismo en sitio en que no podia hacer frio.
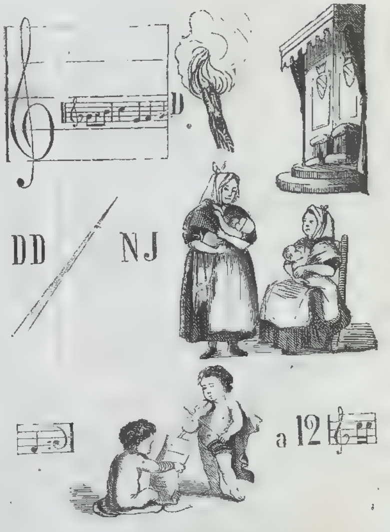
—Qué cosa mas particular, dijo ella cándidamente. ¿En invierno hay pulgas?

—Señora, dijo un caballero, en dónde ella estaba será siempre verano.

Por todo lo que antecede, CARLOS CUSTI Y RIU, E. responsable.

Imprenta del DIARIO DE BARCELONA, á cargo de Francisco Gabañach calle Nueva de S. Francisco, num 17

Geroglífico.



SOLUCION DEL GEROGLIFICO ANTERIOR.
Oveja que bala, pierde bocado.

Núm. 9. Barcelona 1.° de mayo de 1859. Año I.

LA ILUSTRACION

PERIÓDICO QUINCENAL.

PRECIO.

En Barcelona, por un mes, llevados los números á domicilio, 3 rs.
Fuera de Barcelona, id., franco de porte, 3 rs.

PUNTOS DE SUSCRIPCION.

En Barcelona en la papeleria de los señores Sala, hermanos, calle de la Union, núm. 3, y en las principales librerías del reino.

La correspondencia deberá dirigirse á D. Francisco Nubiola, rambla de Canaletas, núm. 3.

OBSERVACIONES.

El que se suscriba por un año obtendrá la rebaja de 4 rs. vn.—Toda suscripcion debe empezar el 1.° de mes.—No se venden números sueltos.



CABALLO ARABE.

SUMARIO.

Hallándose agotado el primer número que se publicó de LA ILUSTRACION BARCELONESA, y no siendo posible hacer una nueva tirada del mismo, algunos suscritores nos han manifestado que verian con gusto reproducido en LA ILUSTRACION, el magnífico cuadro de la «Siega del heno en Auvernia.»

Deseosos de complacerles, y para suplir en parte la falta de aquel número, nos hemos procurado el grabado en cuestion, y lo damos hoy á nuestros suscritores.

El cuadro que nos ocupa es una obra acabada, digna del pincel de la señorita Bonheur, y por lo tanto creemos que no disgustará á los que lo admiren por segunda vez.

El Director,

E. COMAS Y SOLER.

Caballos célebres.

Principiando por los del Sol la Mitología dice que tenian alas, para espresar la rapidez de su carrera, y se llamaban *Etonte*, *Pirois*, *Eóo* y *Flegonte*.

Los de Pluton eran negros y en número de tres llamados *Abaster*, *Meteo* y *Nonio*.

Apolodoro supone que el célebre caballo alado llamado *Pegaso*, nació de la sangre de Medusa, cuando Perseo le cortó la cabeza. Desde el instante de su nacimiento dirigió su vuelo hácia el cielo; si bien Ovidio dice que se paró en el monte Helicon, en donde pacia y moraba habitualmente. En este monte fué en donde de una patada hizo salir la fuente Hipocrene. Habiéndole domado Neptuno y Minerva, le dieron á Belerofonte, del que se sirvió para combatir con la Chimera ó Quimera.

El *Pegaso* fué colocado entre los astros, en donde forma una constelacion.

Ovidio añade que Perseo montó tambien el caballo *Pegaso*, cuando fué á combatir el mónstruo marino que debia devorar á Andrómada.

Este supuesto caballo alado era una embarcacion muy velera, que tenia la figura de un caballo en la popa, y de la cual se sirvieron Belerofonte y Perseo en sus espediciones.

El nombre *Pegaso* se deriva ó de la fuente que suponen hizo brotar, ó de haber nacido inmediato á las fuentes ó playas del Océano.

Dióse á las musas el sobrenombre de *pegasidas*, porque habitaban con el caballo *Pegaso* en el Helicon.

El caballo de Alejandro se llamaba *Bucéfalo*, y se dice que estando enjaezado no sufria que le montase otro que su dueño. Este nombre significa «cabeza de buey», y se le dió por la costumbre que tenian los griegos de marcar á sus mejores caballos de Tesália en los muslos, con la figura de una cabeza de toro, y no porque tuviese la cabeza parecida á la de un buey, como algunos autores han querido suponer.

Fué tan estimado *Bucéfalo* de aquel Héroe por sus nobles cualidades, que despues que se lo mataron en la batalla contra Poro, le hizo enterrar en un suntuoso sepulcro, y fundó en su nombre una ciudad, dándola el nombre de *Bucefalia*, como dice Plutarco.

La pasion de ciertos emperadores romanos por los caballos inspiró á algunos las locuras mas estrañas. L. Vero habia hecho vaciar en oro una imágen de su caballo *Volucris*, y la llevaba siempre consigo; y despues de la muerte de aquel, le hizo elevar un sepulcro en el Vaticano. Esta última estravagancia fué imitada por Adriano.

Augusto, á ejemplo de Alejandro, habia tambien erigido un monumento á su caballo, que Germánico habia cantado en sus versos.

Calígula distinguiéndose en este género de locura, se dice habia pensado crear cónsul á su ca-

ballo *Imitatus*. Suetonio hace tambien mencion de *Sucitato*, otro caballo del mismo emperador.

En Grutero y Muratori se ven un gran número de inscripciones esculpidas en honor de caballos célebres por sus victorias en el circo, algunas de las cuales están acompañadas de coronas y palmas, y con el nombre de su país, y hasta espresando el color de su pelo.

El célebre caballo de Troya, es aquel de madera de una desmesurada grandeza, que construyeron los griegos delante de esta ciudad y presentaron como un voto hecho á Minerva, á la que suponian haber ofendido con el robo del Paladion.

Los troyanos demasiado crédulos no tuvieron inconveniente en introducir esta máquina en su ciudad, y la colocaron en la Ciudadela donde estaba el templo de la Diosa. Los griegos, que habian fingido reembarcarse para su patria, encerraron en este caballo la flor de sus héroes, los que aprovechando la ocasion salieron de su encierro y facilitaron por medio de este ardid, que pudiesen apoderarse de una ciudad que en vano habian sitiado por diez años consecutivos.

Suponen algunos que Epéo, hijo de Endimion, fué el que construyó esta máquina enorme, que se movia por medio de ruedas que colocó en sus piés.

El caballo que montaba el desdichado D. Rodrigo, último rey godo, en la batalla del Guadalete se llamaba *Orélia*.

El caballo del Cid se llamó *Babieca*, y se cuenta que siendo potro lo eligió á pesar de su mala traza; que en adelante se hizo famoso y sirvió al Cid en todas sus guerras, y que despues condujo el cadáver de su dueño desde Valencia á San Pedro de Cardeña. El antiguo poema del Cid refiere la historia de *Babieca* de otra manera: dice que lo ganó de los moros estando en Valencia, que lo probó el dia que salió de aquella ciudad á recibir á su mujer Doña Jimena que venia de Castilla, y que en estas pruebas quedaron todos maravillados de su bondad.

El *Hipógrifo* de Astolfo era un mónstruo hijo de grifo y yegua, que ocupa un lugar notable en el poema de Ariosto, quien pondera en diferentes parajes la ligereza de este mónstruo comparándola con la del águila, de la flecha y del rayo.

El caballo granadino *Frontino*, de color bayo con cordon blanco, por donde al principio se llamó *Frontalatte*, era de Sacripante á quien estando sobre Albraca se lo quitó el astuto Brunelo, suspendiendo la silla en cuatro palos mientras dormia encima su dueño y sacando en pelo al caballo. (1) Brunelo lo dió á Rugero, el cual le mudó el nombre de *Frontalatte* en el de *Frontino*. Despues vino á parar en poder de Orlando, quien lo dió á Brandimarte para la batalla que iban á dar, despues de la cual fué restituido á Rugero.

Brilladoro era el nombre del caballo de Roldan. Cuando este caballero perdió el juicio lo abandonó con sus armas. Mandricardo lo encontró paciendo en el campo, y montado sobre él combatió con Rugero, quien lo venció y mató y dió el caballo *Brilladoro* al rey Agramante, del que pasó á su primitivo dueño Roldan.

El caballo de Reinaldos de Montalvan se llamaba *Bayarte* ó *Bayardo*. Se hace mencion de sus habilidades en la historia de Morgante.

Molinero fué el nombre del caballo de Hernan Cortés, segun la descripcion de los conquistadores de Nueva-España por Bartolomé de Góngora.

Es sabido que el de don Quijote se llamaba *Rocinante*, por que antes fué rocin.

La mitología griega enseñaba que el caballo no habia existido en la primera edad del mundo. Neptuno, decia, disputando con Minerva sobre el modo de hacer á los hombres el donativo mas útil, hirió la tierra con su tridente é hizo salir un hermoso caballo; por cuya razon tuvo aquel Dios el sobrenombre de *Ippio*, derivado de caballo.

Panfo, poeta mas antiguo que Homero, dice que Neptuno dió á los hombres el caballo y aquellas torres ondeantes llamadas naves; y por esto, continua, el caballo era tambien el símbolo de la navegacion.

(1) Cervantes tuvo presente y remedó este pasaje en el Quijote.

Virgilio, invocando á Neptuno al principio de las Georgias, hace mencion del presente que este Dios hizo á los hombres; y Menelao en la Iliada dirige á Antiloco estas palabras: «Jura por Neptuno con la mano puesta sobre tus caballos, jura que tú no usaste fraude ni engaño para sobrepujarme ó vencerme.»

Por esta razon seguramente se ofrecieron algunas veces en sacrificio caballos al mar. Mitrídates, para tenerle favorable, hizo precipitar en él un carro con cuatro caballos. Por medio de estos sacrificios se creia tambien tener propicias las divinidades de los rios. Gerges inmoló uno al Estrimon antes de pasarle para ir á la Grecia, Tirídates ofreció un caballo al Eufrates.

Algunas veces se contentaban con abandonar á sí mismos y dejar vivir en libertad en los prados vecinos á los caballos que se querian ofrecer en sacrificio, como hizo Julio César al pasar el Rubicon, dedicando á este rio muchísimos de los caballos que le habian servido en la conquista de las Galias, dejándolos en las praderas inmediatas.

No se encuentran jamás caballos en los geroglíficos egipcios, ni en los autores antiguos profanos que hablan de esta region; lo que hace creer que este animal no era conocido en ella. Ninguno de los antiguos que escribieron sobre el arte veterinaria ha hecho mencion de una raza egipcia; y en efecto, todos los caballos que en el dia se ven en el Egipto son de raza árabe.

Los persas, los atenienses y mesagetas inmolaban caballos al Sol. Tácito dice que los esvevios, antiguos pueblos de la Germania, mantenian á espensas comunes en los bosques sagrados algunos caballos de los que deducian oráculos. Ninguno podia tocarlos, el solo sacerdote y el jefe de la nacion los ataban á un carro sagrado acompañándole y observando sus movimientos y relinchos, y no habia presagio al que diesen mas crédito que á este.

Los scitas adoraban al dios Marte, y los lacedemonios al Sol bajo la figura de un caballo.

El caballo era el animal consagrado á Marte, dios de la guerra, como el mas á propósito para los combates

Los romanos le inmolaban uno cada año en el mes de octubre en el campo de Marte, en memoria del caballo de Troya.

Los autores latinos dan algunas veces á los caballos nombres relativos á los varios usos que se hacia de ellos en la sociedad. Llamaban *equus avertarius* al caballo que lleva la balija; *equus públicus* al caballo comprado á espensas del tesoro público, que los censores daban á los caballeros: *equus sellaris ó celes* al caballo de silla: *equi lignei* á los caballos de madera del campo de Marte, sobre los que la juventud romana se adiestraba en la equitacion, etc., etc.

Se llamaban entre los romanos *caballos de triunfo* los cuatro caballos blancos que puestos de frente tiraban del carro en que hacia su entrada triunfal en Roma el general á quien se habian concedido aquellos honores.

El encuentro de un caballo era un presagio de guerra entre los antiguos. Apenas Eneas habia pisado el suelo de Italia, cuando vió cuatro caballos mas blancos que la nieve que pacian en un prado. Entónces Anquises esclamo: *Bellum, ó terra hospita, portas!*

Los caballos paciendo libremente denotan la paz y la libertad, ó simplemente un país abundante de pastos.

El caballo fué tenido tambien como símbolo del imperio y de la autoridad.

Los tesalienses fueron célebres en el arte de la equitacion; por cuya razon se ven esculpidos los caballos en sus medallas. Entre los griegos, las razas del Epiro, de Argos y de Misenas superaban á todas las otras.

El modo de montar á caballo de los antiguos antes de la invencion de los estribos era de tres maneras: 1.° por medio de escuderos que ayudaban á subir: 2.° poniendo el pié en una especie de madero que salia de la lanza á pocos palmos del cuento de ella, ó bien subiendo en unos poyos que habia hechos á propósito de cierta en cierta distancia en los caminos públicos de los griegos y romanos; y 3.° subiendo de un brinco ó salto. Otros dicen que enseñaban á los caballos á hincar las rodillas para poder montar con mas comodidad, como se hace con los camellos. Silio Itálico refiere que herido Clezio en la batalla de Cannas, su caballo se inclinaba inmediato á su amo como para facilitarle que pudiese montar y salvarse.

Los despojos de los tigres y de los leones fueron las primeras gualdrapas de los caballos; y luego se sirvieron de toda suerte de telas. Los magistrados romanos las tenian de púrpura para denotar su grado, y los emperadores les imitaron.

Se señalaban ó marcaban los caballos con un hierro, como se hace ahora. Las marcas mas comunes eran una cabeza de buey, de donde viene el nombre *bucéfalo*, la letra *sigma*, y la *cappa*.

Antiguamente los caballos se ataban á los carros por medio de un yugo que se les ponia sobre el cuello. El arreo de los que tiraban los coches era sencillísimo: consistia en un pretal y una segunda correa que pasaba por el cuello y sostenia el mismo pretal.

Tenemos algunos monumentos que manifiestan que antiguamente se cortaban tambien las crines de los caballos; cuyo uso era particularmente seguido durante el luto.

Los antiguos creian que habian existido algunos caballos con una especie de pié humano. Suetonio y Plinio cuentan que se admiró semejante prodigio en el caballo de Julio César, el que mandó hacer su estatua y la colocó cerca del templo de Vénus. Parece que el emperador Gordiano Pio tuvo un caballo con la misma singularidad, si lo deducimos de lo que se ve en una medalla de la ciudad de Nicea.

Desde los relinchos del caballo de Dario que le valieron la corona de Persia, y los del de Dionisio el Tirano que le anunciaron la de Siracusa; los agoreros y supersticiosos consideraron como importante y profético el lenguaje de los caballos.

V. J. B.

Poetas españoles contemporáneos.

DON PATRICIO DE LA ESCOSURA.

Hace ya seis ó siete años que emití mi opinion respecto al mérito literario del señor Escosura en una sátira que por la severidad de conciencia con que está dictada, ya que no por otras dotes, puede pasar por una verdadera crítica. El motivo de esta sátira era el siguiente: D. Antonio Esquivel, que es uno de nuestros primeros pintores, concibió la idea de hacer un cuadro en el cual se hallasen los retratos de todos los principales poetas y literatos de nuestra época; pero el señor Esquivel que tuvo un buen momento de inspiracion como artista, rindió como hombre su tributo al espíritu de pandillaje, y el famoso cuadro que debia legar á la posteridad los retratos de los escritores de este siglo, se limitó á contener unos pocos poetas, algunos aprendices de literatos, y muchos aficionados á las musas, que nunca han sabido si la lira debe pulsarse con la mano derecha ó con la izquierda. En cambio se cometió la falta, imperdonable en un artista, de condenar al olvido á varios autores de mérito superior, solo porque estos pertenecian á cierto partido político, ó porque no solian concurrir al café del Príncipe. Enterado yo de lo que pasaba, fuí á la exposicion de pinturas, provisto de lapicero y papel; tomé nota de los personajes que figuraban en el susodicho cuadro, y reconociendo el derecho que algunos tenian á la inmortalidad, ó poco ménos, hice la crítica de los otros en una sátira que publiqué bajo el epígrafe de «cuadro de Pandilla» de la cual tomaré aquí los siguientes versos:

«Busquemos en el cuadro otra figura,
Y apartemos la vista de la muerte.
¡Señores! ¡paso atrás, que va *Escosura*!

—¿Quizá algun genio deparó la suerte?
—Es un poeta en invencion muy floja,
Y un literato en presuncion muy fuerte.

No sé lo que dirá; mas tengo antojo
Que esta pulla á Escosura no le plugo,
Y mas que un bofeton le causó enojo;

Porque él halla en su mente tanto jugo
Que ni una imágen le chocó ni un giro
De Dumas, de Balzac ó Víctor Hugo.

Y esto me hace reir, si bien lo miro,
Que no tiene motivos para tanto
Quién *La Córte* escribió *del Buen Retiro.*

Esto decia yo hace siete años cuando todavia obediente al espíritu irreflexivo que en nuestro juicio imprimen los pocos años, el poco estudio, y debo confesarlo, algo de sistemático y rutinario relativamente á ciertas personas y á determinadas escuelas, abrigaba algunas opiniones que el tiempo ha modificado lógicamente. Tenia yo entónces por gigantes á muchos hombres, que hoy me parecen liliputienses; concedia el título de medianos poetas á otros que tengo ahora por abominables copleros, y creo que solo el señor Escosura ha conservado para mí en el mercado de las letras el mismo valor ó precio que tenia en aquella época; solamente este señor, tan flexible, tan variable como el barómetro que sigue ciegamente las caprichosas evoluciones de la atmósfera, continua para mí, al ménos bajo el punto de vista literario, siendo el mismo hombre, idéntico, inalterable, casi incapaz de aumento ó disminucion, propiedad física de todos los cuerpos, circunstancias *sine qua non* de toda cantidad continua ó discreta; en una palabra, D. Patricio Escosura lo mismo hoy que cuando escribí la mencionada sátira

Es un poeta en invencion muy flojo
Y un literato en presuncion muy fuerte.

Y eso que este señor empezó su carrera por donde debia haberla concluido; es decir que se anunció bajo muy lisonjeros auspicios, pues haciéndole la debida justicia, diré que escribió una novela con el título de *Ni rey ni Roque*, llena de interés, de animacion, y aun de buen estilo. Era esto en los primeros años de nuestra regeneracion literaria producida en gran parte por la agitacion política, y mientras algunos poetas consagraban sus inspiraciones al teatro, que es sin duda en lo que con un sello mas original y brillante ha descollado siempre nuestra literatura, otros hombres de gran talento se propusieron el laudable fin de despertar tambien el gusto á la novela, género abandonado en España ó por mejor decir, género desconocido, pues, como ya he manifestado en otros artículos, nuestra lengua musical, armoniosa, rica, y llena de majestad, ha sido causa, precisamente por sus excelentes cualidades, del carácter estacionario que parece haber tomado nuestra literatura.

Alucinados con la cadencia de los versos, hemos desdeñado la prosa, y por eso nuestra librería nacional tan sobrecargada de comedias, cuenta un número insignificante de novelas, y ninguna obra filosófica. Conociendo esto mismo los señores Larra, Villalta, Espronceda, y Escosura, hicieron un noble esfuerzo para introducir en su época la novela, ese nuevo género llamado tal vez por sus favorables condiciones á sepultar en el olvido la poesía lírica ó dramática, formas agradables siempre, pero anacronismos en una sociedad cuyos intereses dan naturalmente á la ciencia todo lo que la imaginacion daba en otro tiempo á las visiones fantásticas; y si por algo son dignos de censura los indicados escritores, es por haberse detenido en el camino que con tanta oportunidad é inteligencia emprendieron. Dieron á luz las cuatro mejores novelas españolas modernas, que eran las siguientes: *El golpe en vago*, por D. J. M. Villalta; *Ni Rey ni Roque*, por D. Patricio de la Escosura; *El doncel de D. Enrique el Doliente*, por D. Mariano José de Larra; y *El Castellano de Cuellar*, por D. José Espronceda. Estas cuatro producciones acreditan bien que nuestra lengua rival de la italiana en el verso, puede rivalizar tambien con la francesa en prosa, y auguran un magnífico porvenir á nuestra literatura nacional que, seguramente, plegándose á las necesidades del progreso humano reconquistará su perdido cetro el dia que nuestros claros ingenios tengan bastante valor para renunciar á ciertas preocupaciones, respirando el ambiente de la libertad, eterno alimento de la pasion y base natural de la inteligencia. Y he puesto á propósito en el segundo lugar al señor Escosura entre los cuatro citados novelistas, porque realmente su obra, ménos literaria que la de Villalta, es superior á la de Larra y á la de Espronceda por su arte y hasta por su moralidad, aunque no lo sea en otros conceptos. El señor Escosura presentó en dicha novela el carácter de Felipe II por lo ménos tan acertadamente como Casimiro Delavigne el de Luis XI, y fué tan afortunado en la descripcion del arrogante, noble, gallardo y siempre misterioso *Pastelero de Madrigal*, que consiguió interesar al lector en favor de su héroe, logrando conmover el corazon con el trágico desenlace. Las costumbres de la época están tratadas con profunda verdad en la novela *Ni Rey ni Roque*, rica de episodios interesantes y oportunamente enlazados á la accion, que no vacilo en decir que si el señor Escosura se hubiera limitado á dar esta sola muestra de su talento, pocos literatos modernos le aventajarian á mis ojos en importancia literaria. Por eso dije al principio de este artículo, que el autor de *Ni Rey ni Roque* empezó por donde debia concluir.

Pero ¿qué ha hecho despues D. Patricio de la Escosura? No contento con la gloria sólida de prosista, pretendió la hueca satisfaccion de versificador; pareciéndole miserable título el de novelista, deseó ganar la fama de poeta, como si Walter Scott tuviera nada que envidiar á Byron, y George Sand no pudiera mirar á Lamartine frente á frente; dejó la lengua que habla al corazon y á la cabeza para emplear la que habla siempre al oido, pocas veces al corazon y casi nunca á la inteligencia; en una palabra, hizo versos, y no satisfecho de hacer versos, lo que ya es una debilidad, hizo versos malos, lo que es una falta con ribetes de crímen. ¡Es fuerte cosa que nadie se ha de contentar con el papel que providencialmente desempeña en el teatro de la vida! El barba quiere ser galan, este suele meterse á gracioso, y D. Patricio Escosura que hubiera llegado á ser un buen galancete, ha preferido á esta gloria la de tocar los timbales medianamente en la orquesta.

Eso sí; cuando un hombre como el señor Escosura se mete en camisa de once varas, podrá pecar por impotencia, pero no por falta de atrevimiento, y puede decirse de estos hombres lo que cierto mendigo dijo de cierto rey de quien recibió la limosna de un ochavo: «El porte es de un Alejandro, pero la dádiva no es mas que de un Pedro Fernandez.» Ambicioso de gloria el señor Escosura en la poesía dramática, juego en que de seguro nunca le dará el naipe, hizo un drama titulado *La Corte del Buen Retiro*, queriendo pintar las costumbres del tiempo de Felipe IV, lo que á primera vista no es arco de iglesia; pero quiso hacer intervenir en el argumento á los grandes poetas de aquella época, y esto ya es mas que obra de moros y de romanos para un arquitecto que apénas merece el fuero de sobrestante. Allí aparecieron Quevedo, Lope de Vega, Calderon y otros grandes poetas, ensartando bufonadas, en lugar de agudezas ó dichos sentenciosos, en versos dignos de las coplas de Calainos. ¿Cómo el señor Escosura, hombre de tan claro juicio en su cuerda, no conoció la dificultad de salir airoso en tan alta empresa? Sin duda porque el teatro no es la cuerda del señor Escosura.

Es una gran fatalidad la que pesa sobre los hombres que, como Fray Gerundio de Campazas, abandonan los estudios para meterse á predicadores: no solo dejan de lucirse, sino que se deslucen; pudiendo representar algo mas que cero, representan algo ménos que cero; se parecen á esos genios libertinos que empiezan por no saber en que invertir sus rentas, y acaban por no saber como pagar sus deudas. ¿En qué consistirá esta diferencia? No lo sé, ni creo que pueda darse sobre este particular una razon satisfactoria; porque hay cosas que se observan y no se explican, como hay otras que se miran, y cuanto mas se miran ménos se ven. Yo que no soy filósofo, ni quiero serlo, dejo á otros espíritus mas profundos la tarea de sondar las causas, sobre todo cuando las causas no parecen estar al alcance de nuestra sonda intelectual, y me atengo á los efectos. Pero dejando aparte el porqué del fenómeno moral expuesto, como se abandona en las explicaciones de la ciencia el porqué de ciertos fenómenos físicos, para deducir la teoría de la observacion, diré, que hemos visto á grandes pensadores en prosa decir garrafales frivolidades en verso, y excelentes oradores en el foro hacer un papel miserable en las asambleas parlamentarias; ¿Quién no conoce que es mucho mas fácil hacer un par de zapatos que componer el *Barbero de Sevilla*? Sin embargo, el autor del *Barbero de Sevilla* puede que hubiera sido siempre un mal zapatero; y dicho sea entre paréntesis, seria cosa bien rara ver al maestro Rossini remontando unas botas.

Digo, ó mas bien, he dicho todo esto, para explicar cómo el señor Escosura que no es un talento universal ha podido hacer malísimos dramas despues de manifestar brillantes disposiciones para la novela, y hasta para que podamos comprender el porqué, no contento dicho señor con hacer malos dramas ha tenido la poca prevision de hacer jugar en ellos á hombres eminentes, como aquellos que componian la gloriosa pléyada literaria en tiempo de Felipe IV.

Sí; lo repito, el señor Escosura se ofuscó, perdió su buen criterio invadiendo un campo vedado á su inteligencia. De otro modo hubiera comprendido, que si es difícil presentar en el teatro un personaje histórico cualquiera, esta dificultad sube de punto cuando el personaje es un sabio, y sobre todo un escritor célebre. Puede un hombre comun reproducir á César ó al Cid Campeador, héroes que ofuscan al público por sus bravatas, su mímica mas ó ménos exagerada y hasta por lo imponente de su traje ó de sus armas; pero se necesita un talento superior para presentar á Colon ó á Newton, y es preciso ser un Alejandro Dumas para hacer hablar á Voltaire y á Rousseau. ¿Cómo el señor Escosura no comprendió esta verdad? ó si la comprendió, ¿cómo no se asustó de la importancia de su objeto y de la impotencia de sus recursos?

Para presentar á Lope de Vega en una produccion dramática, es necesario procurar que de los labios de este personaje broten aquellos versos fáciles y cadenciosos que tan difícilmente pueden imitarse; es preciso que aparezca el pensador sin artificio con tanta elocuencia en el fondo como sencillez en la forma: en una palabra, es menester que el autor que á tanto se atreve sea casi un Lope de Vega. Para presentar debidamente á Calderon, es indispensable tener aquella fuerza, aquella energía, y aquella gala de imaginacion, que caracterizan al autor de *La vida es sueño*, y en fin para hacer hablar á Quevedo, no solo debe ponerse el autor á la altura de un genio original y sublime como poeta, observador y sentencioso como crítico, sino que además ha de remedar aquel estilo propio, peculiar del escritor en quien la forma sorprende y cautiva tanto como la idea; es decir que se necesita, lo que es dado á pocos hombres, y de todo punto imposible para el señor Escosura, ponerse al nivel de Quevedo. El señor Escosura no hizo nada de esto en *La Corte del Buen Retiro*, no porque le faltase la voluntad, sino porque se habia echado encima una carga que solo podrian sostener muchos atletas reunidos. Hizo un drama sin pies ni cabeza en cuanto al argumento, y puso un diálogo insípido y flojo en boca de hombres favorecidos por el genio y por el ingenio, que es como si hubiera puesto una rueca en las manos de Gonzalo de Córdoba ó de Hernan Cortés.

Hizo mas que esto el señor Escosura: despues de esta deplorable muestra de su númen dramático, dió á luz otra produccion con el estupendo título de: *Tambien los muertos se vengan*, que era la segunda parte de *la Corte del Buen Retiro*; y seguramente, esta parte debia ser segunda, no solo por venir despues, y por el órden cronológico de los hechos que ofreciae, sino porque era mucho peor que la primera, y eso que la primera era bien mala. En esta ocasion el señor Escosura siguió las huellas de todos los poetas modernos que han dado las segundas partes de sus obras mas notables. Breton fué muy inferior á sí mismo en la segunda parte del *Pelo de la Dehesa*; Zorrilla

dió una segunda parte de *El Zapatero y el Rey*, que tambien es peor que la primera, sin embargo de que la primera era detestable; y Rubí escribió tambien una segunda parte de *La rueda de la fortuna*, que hubiera sido peor que la primera, si la primera pudiera ser peor que la segunda.

En fin, una de esas producciones dramáticas ménos desgraciadas del señor Escosura es la que lleva por título: *Las mocedades de Hernan Cortés*. Esta es una comedia que no carece de movimiento en la accion ni de gracia en el diálogo; pero tiene como todas las obras del autor una versificacion mediana, y además el protagonista carece en ella de dignidad, pareciendo mas bien un baratero que un héroe. En suma, el talento dramático del señor Escosura es nulo, cuando no negativo, y no quiero decir nada de su aptitud para la poesía lírica de que tambien ha dado algunas muestras, porque no se crea que abrigo mala voluntad contra un hombre en quien reconozco buenas dotes literarias, y estimables facultades oratorias, lo que siempre supone talento, y alguna instruccion. Si el señor Escosura se hubiese limitado á escribir novelas como *Ni Rey ni Roque*, artículos políticos como los que publicó en *El Universal*, y discursos como los que ha pronunciado desde que cayó el ministerio, puede que á estas horas le tuviera yo por un gran poeta; pero cometió la falta de hacer versos y lo que es mas imperdonable, versos malos, por cuya causa no deja de haber jueces severos que le consideran incapaz para las letras, insignificante en la tribuna, y flojo en el periodismo, que es todo lo que contra un espíritu envanecido de su propia omnisciencia pueden hacer las pasiones enconadas de los hombres.

V.

(Del Correo de Ultramar.)



LA SIEGA DEL HENO EN AUV

Monumentos de París.

SAINT GERMAIN-L'AUXERROIS.

Saint-Germain-l'Auxerrois, venerable basílica, ennegrecida por los siglos y mutilada por las revoluciones, ha estado á punto de desaparecer para abrir por ella una calle ancha y recta que debia ir desde el Louvre á la barrera del Temple. Pero se ha conservado en lo posible porque es un bello é imponente contraste el que ofrece la arquitectura del siglo XII al lado de la greco-romana del siglo XVII; y no menos singular el aproximar entre sí los nombres históricos de Childeberto y de Luis XIV: Childeberto, sucesor de Clovis, fundador de una iglesia, y Luis XIV, septuagésimo quinto Rey de Francia, fundador de un palacio.

En torno de Saint-Germain-l'Auxerrois, de esa ruina religiosa que va unida á los anales de tres razas de reyes, y que remonta su origen al del cristianismo en las Galias, en torno de ese monumento del nacimiento del arte, lleno aun de cenizas ilustres, debia haberse plantado un bosque de árboles semejante á los sagrados que rodeaban los templos paganos. El historiador, el poeta, el pintor, las almas pensadoras que se alimentan de lo pasado, irian bajo su sombra á conversar con las piedras del edificio que les hablarian de los milagros de S. German de Auxerre, y de S. German obispo de París; de la devocion de los reyes sicambrios y de las reinas merovingias, y de las sepulturas de tantos magistrados, artistas y otras notabilidades que fueron. Allí, Ultrogota, mujer de Childeberto, llevaba su ofrenda y su oracion: allí fué bautizado el *pequeño Rey* Juan, hijo de Luis el X; allí Enrique desposó á su favorito el duque de Toyeura con Margarita de Lorena, hermana de la reina; allí en 1245, un cura se atrevió desde el púlpito á excomulgar al Papa que habia excomulgado al Emperador Federico II.



SAN GERMAIN L'AUXERROIS.

Childeberto, que reinaba en París en 540, hizo edificar una capilla bajo la advocacion de S. German, obispo de Auxerre. Chilperico I que pensaba rescatar sus crímenes por medio de fundaciones piadosas, agrandó y adornó esta capilla, á la cual prometió que poseeria el cuerpo de S. German, obispo de París, que aun vivia, aunque ya estaba beatificado por sus milagros: este santo obispo jamás llegó á ocupar el sepulcro que se le habia preparado con grandes gastos. Entonces esta iglesia se llamaba



R LA SEÑORITA ROSA BONHEUR.

S. German el Redondo á causa de su forma circular, cuyo sobrenombre conservó hasta que se le cambió de forma: las iglesias estaban en figura de cruz en memoria de la pasion.

Una poblacion numerosa se habia reunido en torno de Saint-Germain, bajo la proteccion de sus torres y de sus fosos, cuyos límites se marcan por el muelle de la Escualar, la calle del Arbol seco y la de los Fosos de Saint-Germain; un claustro donde los canónigos tenian una escuela pública de teología se adosaba á los muros de la basílica; y las ciencias holladas por los bárbaros, volvian á florecer á la sombra del altar cristiano.

Mas he aquí que llegan los normandos, esos terribles hombres del Norte, que llevaron sus estragos y destrozos hasta el corazon de la Francia, ponen sitio á París, y sus habitantes se resistian al amparo de sus trincheras. Al aproximarse la invasion, los clérigos de S. German l'Auxerrois y los habitantes del arrabal se retiran á la ciudad con sus reliquias y tesoros. Los normandos roban, saquean, queman aquel arrabal abandonado y sin defensa, y se fortifican con obras de mampostería, y abriendo nuevos fosos; pero despues de dos asaltos inútiles, renuncian á su empresa contra París que los ha diezmado, y cargados de botin, se retiran á la provincia que habian invadido en la costa. Volvieron de nuevo y otra vez fueron rechazados.

El clero de S. Germain l' Auxerrois al regresar á su basílica solo halló ruinas y despojos, y las señales que habian dejado la sangre, el vino y las llamas. Purificáronse aquellos lugares, se reedificó la iglesia, casi como se ve hoy, se levantaron de nuevo las casas, se protegió el arrabal con una muralla, y se reunieron en él *á los esclavos* de uno y otro sexo pertenecientes al dominio de S. Germain l' Auxerrois, porque antes la poblacion estaba adherida al suelo, y el señor disponia absolutamente de sus vasallos como de los bueyes de sus establos, y de los árboles de sus bosques. Nadie podia abandonar la tierra en que habia nacido, ni casarse, ni establecerse fuera de los límites del dominio del señor bajo penas severas. Si un vasallo ó esclavo tomaba mujer fuera de su territorio, esta mujer no seguia la condicion de su marido ni cambiaba de señor. La servidumbre era en Francia lo que es todavía en Rusia; un propietario poseia tantas fanegas de tierra, tantas cabezas de ganado, y tantos siervos; vendíanse los hombres como se vende a los negros.

Genoveva, hija de Eudes, siervo de S. Germain l' Auxerrois, amaba á un jóven esclavo del cabildo de Ntra. Señora, y era correspondida; pero ni el uno ni la otra tenian la cantidad necesaria á comprar su libertad, y estaban observados tan de cerca que la fuga solo los hubiera reunido para volverlos á separar en breve para siempre. El padre de Genoveva fué á arrodillarse ante los canónigos de S. German, pidiendo gracia para su hija, y aquellos por un acto de generosidad inaudita en aquellos tiempos, dieron su permiso para el casamiento de Genoveva, que pasó á ser esclava de los canónigos de Ntra. Señora.

La construccion de S. Germain l' Auxerrois se concluyó rápidamente, gracias á lo mucho que trabajaron los siervos, y á los donativos de los fieles. El vestíbulo cubierto que precede á la portada servia de asilo á los penitentes públicos, que durante mas ó menos años aguardaban que se volviesen á abrir para ellos las puertas del santuario. El rey Roberto, cuyo nombre va unido á toda iglesia ó convento en Francia, este monarca devoto y sin embargo excomulgado, fué el que mandó levantar esa fachada casi triangular, el que adornó con estátuas la portada, y el que inscribió sobre el frontispicio: *Childeberto I, rey cristiano, y su mujer Ultrogota, fueron los fundadores de esta iglesia.* La estatua de S. German que se hallaba á la entrada de su parroquia fué quitada y enterrada en la nave, segun la antigua costumbre de depositar en lugar bendecido las imágenes de los santos que se quitaban de sus nichos.

La antigüedad de la arquitectura se reconoce en lo grueso de los pilares redondos que sostienen las bóvedas bajas No han pasado todavía cien años que el aspecto interior de la iglesia era enteramente diferente, y estaba mas en armonía con el carácter grave y majestuoso de las creencias católicas: los vidrios pintados de las ventanas no dejaban penetrar mas que una claridad



CASTILLO DE TAYMOUTH (CONDADO DE PERTH).

misteriosa, y reflejos semejantes á la auréola de un querubin; la aerea nave permanecia velada de un vapor suspendido que se hubiera dicho lo exhalaban los cirios y los incensarios; los costados y parte baja de las naves conservaban aun en medio del dia tinieblas propicias al tribunal de la Penitencia. Además la pintura y la escultura competian á maravilla. Juan Gonjon habia representado el acto de enterrar á Jesucristo, y este bajo relieve parecia un cuadro viviente. Leonardo de Vinci habia representado la cena de los Apóstoles, y el pincel del artista italiano se habia mojado en el Evangelio para componer esa obra maestra mandada hacer por Francisco I. Pero el mal gusto del siglo XVIII destruyó una parte de estos curiosos ornamentos, y el vandalismo de la revolucion dispersó los restantes. Finalmente, en febrero de 1831 un motin de carnaval cayó sobre la régia parroquia y tomándola por un juguete casi la destruyó á su paso. Despues de este sacrílego desastre el tabernáculo ha permanecido cerrado, y el culto proscripto en un templo que no tiene el símbolo de la cruz.

¡Cuántos nombres célebres en la historia han tenido su último eco bajo las bóvedas de S. Germain l'Auxerrois! El historiador Fauchet, el poeta Malherbe, el geógrafo Sauson el medico Guy-Patin, el sabio Dacier, el pintor Coypel, el escultor Coysevox han dormido al lado de los cancilleres y de los príncipes. Su polvo ha sido barrido por la mano de los hombres, que en una época de vértigo buscaron víctimas hasta en las tumbas.

El claustro, aunque dividido en habitaciones particulares, recuerda sin embargo acontecimientos singulares, que no ha podido borrar el pico de los demoledores. Allí fué donde durante la prision del rey Juan, Marcel, preboste sedicioso de París, sublevó al pueblo contra el regente, con motivo de una nueva moneda que se habia mandado acuñar; allí donde Cárlos VI presidió la asamblea en que se concluyó un tratado de paz con los príncipes de la sangre; allí donde se embarcó Maurevert para asesinar á Coligny, jefe de los protestantes, y donde se tocó á rebato dos dias despues en la famosa noche de S. Bartolomé; allí finalmente donde murió Gabriela d'Estrées, duquesa de Beaufort, sin que Enrique IV la cerrase los ojos!

La revolucion que hacia la guerra á los monumentos religiosos con no menos encarnizamiento que á las instituciones monárquicas, ha pasado su nivel destructor sobre la mayor parte de las iglesias góticas que levantaban su cabeza por encima de las casas de Paris: se queria establecer la igualdad entre los edificios como entre los hombres! Pero los nombres, los recuerdos subsisten siempre.

T. M.

Una gloria póstuma.

El doctor Molden habia arrendado una preciosa casa de campo en los alrededores de Lóndres, con objeto de restablecer la salud de uno de sus hijos que acababa de salir de una peligrosa enfermedad, y se hallaba todavia sumamente débil. Allí se trasladó su familia, en cuya compañía pasaba el doctor los cortos instantes que sus numerosos enfermos le permitian. Mistress Edward, hermana de la esposa de Molden, vino á reunirse á ellos, cuando la muerte de su marido le dejó libre. Esta escelente mujer, despues de ayudar á su hermana Ana en los cuidados que exigia el estado del pobre niño que habia disputado á la muerte, ahora que ya se hallaba fuera de peligro, y la tranquilidad y la dicha restablecida en la familia, pasaba los dias enteros recorriendo las cercanías, con objeto de descubrir las desgracias y miserias ocultas, dulcificándolas hasta donde lo permitian sus facultades y los impulsos caritativos de su corazon.

Al declinar la tarde de un bello y caluroso dia, llegó el doctor, lo cual produjo la mayor alegría en toda la familia, que se hallaba reunida en la sala. Ana sentada junto al piano, hacia tocar á su niña Emma una piececita que habia aprendido para obsequiar á su papá; mientras costaba todo el trabajo del mundo hacer guardar silencio á Jorge, el hermoso convaleciente, que estaba medio recostado sobre las rodillas del doctor. De repente el brillo de un relámpago, y el ruido del trueno lejano hicieron estremecer á todos.

—Temo que vamos á tener una espantosa tempestad, dijo Molden, levantándose á cerrar las vidrieras. El viento, como si hubiera querido darle la razon, sopló con fuerza, y remolineando el polvo y la lluvia oscureció repentinamente la atmósfera.

—¡Dios mio! esclamó Ana tocando con fuerza la campanilla, temo que mi hermana aun no haya vuelto. Un criado se presentó.

—¿Mistress Edward ha vuelto de su paseo? preguntaron á un mismo tiempo con la mayor impaciencia Ana y el doctor.

—Todavia nó, contestó conmovido el criado, que comprendió la inquietud de sus amos. ¿Quieren W. que vaya á buscarla?

—Me parece inútil, Dick, contestó su ama, puesto que ignoramos el punto á donde se ha dirigido. Pero en cuanto llege, avísame—Dick saludó á sus amos y se retiró.

Mientras tanto la tempestad se declaró con una violencia terrible; á cada momento el cielo se abria para arrojar torrentes de fuego, y el trueno conmovia la quinta haciéndola temblar hasta los cimientos.

El doctor y Ana, con la vista fija en las ventanas y en la puerta, observaban con mortal sobresalto, del que tambien participaban los niños, los cuales al menor ruido interior corrian hácia la escalera, creyendo siempre que anunciarian la vuelta de su querida tia.

Mas de una hora pasaron así, y ya la tempestad principiaba á calmarse, cuando un campanillazo que resonó en sus oidos los conmovió á todos, que corrieron al encuentro de la persona con tanta impaciencia esperada.

Era efectivamente Mistress Edward; pero en qué estado venia, gran Dios! El vestido calado, el cabello suelto y chorreando, y manifestando en su aspecto una impaciencia y agitacion estremadas.

—Por fin eres tú, Kett, esclamó el doctor que fué el primero que la vió; múdate al momento de ropa, pues podria producirte malas resultas permanecer mojada mucho tiempo.

—No se trata ahora de mí, doctor, respondió Mistress Edward, cogiendo á Molden de la mano, sino de una desgraciada que se muere sin remedio. Oh! venid corriendo á socorrerla.

Nunca el honrado Molden permanecia indiferente á tales llamamientos, así es que sin cuidarse de la lluvia que todavia caia á torréntes, y olvidando los saludables consejos que un momento antes daba á Kett, se apresuró á seguirla.

Mistress Edward arrastraba al doctor con tal violencia, que ni aun le permitia reflexionar; y así llegaron en cosa de un cuarto de hora á una casita, medio destruida por el huracan, la cual apenas podia resguardarles de las furiosas ráfagas del viento, y de la lluvia que no cesaba. Entraron en un cuarto, cuyas puertas bamboleándose, y los cristales de las ventanas rotos, permitian al viento penetrar de un modo espantoso.

En el ángulo mas resguardado yacia sobre unas pajas la pobre jóven. A pesar de su mortal palidez, se descubrian en su rostro las huellas de su juventud y hermosura. Tenia los ojos cerrados, las mejillas hundidas, y los labios lívidos y secos. Un perrito faldero estaba acostado en su seno, en estado, al parecer, tan desesperado como el de su ama, y sin embargo el pobre animal lamia, aunque con trabajo, la cara de su desgraciada compañera de dolor, como queriendo darle la última prueba de su adhesion y fidelidad.

El vestido de la jóven, aunque muy viejo, manifestaba pertenecer á una persona decente, y cuando el doctor cogió su blanca y pequeña mano para pulsarla, se convenció de que no podia ser una pobre jornalera, condenada á ganar la vida con el sudor de su rostro.

Las extremidades de la infeliz enferma estaban ya frias, pero su corazon conservaba algun resto de calor, y latia, aun que débilmente, gracias sin duda al contacto de su fiel perrito. Sin embargo, Mistress Edward y el doctor con sus grandes esfuerzos consiguieron volverla á la vida. Los criados, conforme se les habia mandado, llegaron por fin con unas parihuelas, en las cuales colocaron á la jóven y á su perrito, conduciéndolos á la quinta, donde la buena Ana hizo al momento preparar una cama muy caliente, para su nueva huéspeda.

Durante muchos dias se desconfió de su vida; pero su juventud, y la buena asistencia triunfaron por fin. Ana compadecida de la fidelidad del lindo perrito á su ama, se encargó de cuidarle y tambien consiguió salvarle.

Es imposible pintar la tierna escena que ofreció la primera entrevista del fiel animal con la pobre convaleciente. No dudamos que hubiera arrancado una tierna lágrima al ojo del estoico mas frio ó indiferente. El doctor y su familia que la presenciaron, se enternecieron hasta el fondo del alma.

—Aqui teneis mi único y verdadero amigo, dijo la enferma con voz débil, los demás me han abandonado; con todo, no tengo derecho á quejarme, puesto que les di el ejemplo, añadió con un suspiro.

—Tranquilízate, hija mia, dijo Mistress Edward con dulzura, los recuerdos suelen perjudicarnos; no te cuides ahora mas que de vivir; mira todas esas hermosas plantas que adornan tu ventana, y son el emblema de la juventud; pues como dice un poeta,....

—Oh! por piedad, señora, no me hable V. de poesía, esclamó la enferma, cuyos ojos y mejillas se inflamaron, porque la poesía ha causado todas mis desgracias, y á ella debo el haber caido moribunda sobre la paja donde me encontrásteis. Allí probablemente hubiera muerto de hambre y de miseria sin vuestros cuidados, vuestra generosidad y vuestras bondades, ¡y aun no he cumplido veinte años!

—¡Pobre jóven! exclamó la buena Ana cogiéndola la mano con una ternura casi maternal, ¡tan jóven y haber sufrido tanto! Pero has encontrado buenos amigos, y cuando te halles mas restablecida nos contarás tus penas para que te ayudemos á sufrirlas. Ahora lo que importa es que no pienses mas que en tu salud, si no quieres ser ingrata, y afligir á los que te aman y te cuidan.

La enferma llevó la mano de Mistress Molden á sus labios, dirigiéndola al mismo tiempo una mirada ternísima de agradecimiento; luego tomó una bebida preparada por el doctor, y se durmió dulcemente como un niño en los brazos de su madre.

La convalecencia de la jóven enferma marchó con rapidez, hasta que por fin Molden la encontró bastante fuerte para permitirle echar una dolorosa mirada sobre lo pasado contándoles su historia.

«Soy, les dijo, la hija de un respetable y rico colono del condado de Perth. Pocos años despues de mi nacimiento tuve la desgracia de perder á mi madre, y mi padre que todavía era jóven, no tardó en volverse á casar.

»Los primeros meses de su nuevo matrimonio no fueron demasiado tristes para mí, porque mi madrastra me manifestó algun cariño. Pero en cuanto tuvo un hijo, todo su afecto se convirtió en odio y malos tratamientos, viniendo á ser yo, no solo el juguete de ella, sino tambien de mi hermanito. Mi padre todavia me amaba; pero su carácter era tan débil y bondadoso que su nueva esposa adquirió sobre él un dominio casi absoluto, de suerte que se contentaba con compadecerme, sin tener valor para consolarme.

»A pesar de tan malos tratamientos mi salud era buena, y mi inteligencia y mis gracias juveniles se desarrollaban de dia en dia, de suerte que todos nuestros vecinos me amaban y compadecian.

»Inmediato á la quinta de mi padre habia un hermoso castillo, el de Taymouth, en el cual residia Mistress Wilkins, señora viuda y sin hijos. Oyendo hablar de mí, hubo sin duda de interesarla mi triste situacion, pues una mañana envió á llamar á mi padre.

»—Darsie, le dijo, sé que teneis una linda hija, la niña Peggy, que segun dicen, es muy desgraciada en vuestra casa por el mal trato que sufre de vuestra infame esposa. Traédmela, pues quiero encargarme de su educacion.

»Mi padre saludó á la señora y se retiró suma-

mente confuso, pensando en los medios de que se valdria para participar aquella novedad á su esposa, temiendo, no sin razon, que seria capaz de oponerse á lo que él llamaba *mi buena fortuna*. Lo que habia previsto sucedió efectivamente. Mi madrastra se encolerizó del modo mas violento, y protestó que preferiria arrojarme al mar, á enviarme á Mistress Wilkins. Por fortuna mi padre tuvo un momento de firmeza, no para discutir, sino para obrar, y sin cuidarse de los gritos y exasperacion de su compañera, empaquetó mi ropa, me cogió de la mano y nos encaminamos al palacio.

»No os hablaré de los primeros años de mi juventud; la dicha se prueba y se disfruta, pero no puede referirse.

»Desgraciadamente mi querida bienhechora, no cuidándose de lo venidero, me dió una educacion muy superior á mi rango en el mundo, y cuando la muerte vino á llevársela, tan repentinamente que no tuvo tiempo para asegurarme una suerte independiente y feliz, me ví reducida á la posicion mas triste y desgraciada que puede imaginarse. Durante los alegres dias que pasé en compañía de Mistress Wilkins me apliqué mucho á la poesía, cosa que tenia loca á mi bienhechora, y yo creia complacerla procurando desarrollar mi disposicion natural á versificar, y el éxito por desgracia correspondió á mis esperanzas.

»Mis primeros ensayos poéticos se publicaron en los periódicos de las cercanías, y como los amigos de mi protectora los hacian insertar y los elogiaban, me consideré una moderna Safo. Por eso cuando se calmó el dolor cruel que me causó la muerte de mi bienhechora, levanté con orgullo la cabeza, persuadida de que mi talento me pondria pronto en estado de recobrar la posicion que acababa de perder. Despedíme pues tiernamente de mi padre, y partí para Lóndres con el bolsillo vacío; pero el corazon repleto de porvenir y de esperanzas.

»Lo primero que hice cuando llegué á la capital fué presentarme á uno de los principales libreros, persuadida de que bastaria pronunciar mi nombre para que me recibiese con entusiasmo.

»—Miss Peggy Darsie... os juro, me dijo, mirándome con sorpresa, que ignoro absolutamente quien sea esa señora.

—Soy yo, señor, repliqué avergonzada, y debeis haber visto mis obras en los periódicos del condado de Perth.

»El pobre hombre hasta ignoraba que tales periódicos existiesen.

»Incomodada con lo que llamaba yo su inconcebible estupidez, salí furiosa de su librería; pero no fuí mas dichosa en otra, antes por el contrario me recibieron con mas grosería, de suerte que volví á mi modesto hospedage extenuada de cansancio, y con el alma sumamente abatida.

»La necesidad sin embargo me prestó fuerzas, y dirigí una circular á todos los editores de periódicos, acompañando algunas muestras de mi talento, y ofreciéndoles mis servicios como colaboradora; pero ninguno se dignó contestarme.

»El tiempo se pasaba en diligencias infructuosas, y con él desaparecia el poquísimo dinero que habia traido. ¿Qué partido tomar? ¿Qué iba á ser de mí en aquella ciudad inmensa, en la cual no tenia un solo protector ni apoyo alguno? ¡Ah! me encontraba sola en medio de Lóndres, presa de la mas espantosa miseria.

»Fatigada y enferma de tanto andar, pues habia recorrido las calles llamando á todas las puertas que creia podrian abrirse para mí, tomé la resolucion de no salir mas, y esperar la muerte, única esperanza que me quedaba. Sola entonces, y sin la exaltacion que nos sostiene, meditaba sobre mi suerte en el miserable recinto que me servia de refugio, y en donde todo concurria á representar á mi vista la horrible realidad de mi desgracia y abandono. Ya habia vendido para sostener mi desdichada existencia mi reloj, mi cadena, algunas alhajas y baratijas que habian pertenecido á mi bienhechora, y que conservaba como reliquias, y toda mi ropa, escepto la que llevaba puesta.

»La hambre, la terrible y cruel hambre vino á sacarme de mi apatía y abatimiento. Entonces tuve miedo de morir; la muerte que habia llamado á grandes gritos me pareció espantosa, recorrí las calles de Lóndres implorando la caridad pública, y viví algunos dias de limosna, considerándome dichosa si no recogia, á la vuelta de algunos ochavos, injurias y ultrajes.

»En vano busqué trabajo, pues no sabia hacer nada absolutamente. Por fin, pensé en mi padre, en el pais de mi nacimiento, en mi madrastra, que no me parecia ya tan cruel, pues al menos me daba comida y cama, y me puse en camino para recobrar lo que en aquella afliccion me parecia la suprema felicidad. Pero mis fuerzas no correspondieron á mis deseos, y caí desfallecida de debilidad en la miserable casita en la cual sin mi pobre perrito que me preservó de la muerte permitiéndome esperar vuestros generosos auxilios, hubiera concluido á los veinte años una existencia triste y descolorida.»

Kett y Ana abrazaron á Peggy Darsie, dándole las gracias por la confianza que les habia dispensado contándoles todos sus infortunios.

—¿Y qué piensas hacer ahora, pobre jóven? le preguntó Mistress Edward.

—Volver á casa de mi padre, señora, y permanecer en el punto que el cielo me ha destinado.

—¿Serás fiel á tu resolucion aun despues de leer esto? le preguntó el bueno de Molden mostrándole un periódico que tenia en la mano.

Peggy lo tomó, y sus mejillas se tiñeron de encarnado al leer un párrafo en el cual se referia del modo mas dramático, *que una jóven poetisa de las mayores esperanzas, Miss Peggy Darsie, acababa de morir de miseria y abandono en una pobre cabaña á orillas de un camino real*. A continuacion insertaban como notables y dignas de un grande ingenio, las composiciones que á su llegada á Lóndres remitió á todos los periódicos, y que ninguno se dignó insertar en sus columnas.

Peggy guardó silencio algunos instantes.

—Sí, seré fiel á mi resolucion, dijo por fin: me conceden la gloria porque me creen muerta; pues bien, permaneceré muerta para conservarla.—Al dia siguiente la pobre jóven se despidió de sus nuevos amigos del modo mas tierno y afectuoso, y se puso en marcha para el condado de Perth.

Pasados algunos años, se presentó en Lóndres á visitar al doctor y á su familia una hermosa y rica labradora, acompañada de un hombre de buena figura, y de un niño fresco y robusto. Molden, Ana y Kett los miraban con grande curiosidad sin poder atinar quien fuesen.

—¡Cómo! ¿olvidais á vuestros protegidos? dijo la labradora con voz enternecida. Felizmente mi corazon tiene mas memoria que vosotros; porque os amo siempre, y todas las mañanas ruego al cielo derrame sus bendiciones sobre vosotros. ¿El recuerdo de Peggy Darsie, de la musa loca, se ha borrado de vuestra memoria?

—¡Es Peggy!... ¡es Peggy!... exclamaron todos apresurándose á abrazarla. Pero, ¡qué cambiada está! continuó sonriendo Mistress Edward. De seguro que no será el culto de las nueve hermanas lo que te ha puesto tan hermosa, y esparcido sobre tí ese aire de salud y de alegría que brilla en tus facciones.

—Aquí teneis, amigos mios, el único culto á que debo mi bienestar, contestó la amable Peggy presentándoles á su marido y á su hijo. Vuestros virtuosos ejemplos me enseñaron, que solo en el cumplimiento de los santos deberes de la familia se encierra la felicidad de la mujer en este mundo, y Dios me ha recompensado por haberlos seguido.

T.—E. Comas y Soler.

Agudezas.

Un amigo nuestro, recibió ayer un criado, que acababa de llegar del pueblo, y para hacerle entrar desde luego en el plan de limpieza y aseo con que está montada toda casa decente, le dijo:

—Es necesario, por de pronto, que te cortes el pelo, dejándote la cabeza monda y lironda; despues irás á una casa de baños tomarás uno, y te lavarás todo el cuerpo.

—¿Quiere V., señor, que vaya ahora á cortarme el pelo?

—Nó, irás á la tarde, porque ahora no es posible dejar la casa sola.

Por la tarde estaba nuestro amigo en la sala con algunos caballeros y señoras elegantes, á tiempo que entra el pobre diablo del criado lugareño, y dirigiéndose á su amo le dijo, con una voz bastante fuerte, que llegó á oidos de todos:

—¿Señor, será buena hora para que vaya á que me corten aquello?

Viendo un cojo venir hacia él un jorobado, le dijo para burlarse:—¿Traes alguna noticia en la balija?—Sois vos, dijo el jorobado, un poco picado, quien debe saber las noticias, pues andais siempre de un lado para otro.

Un gobernador llegó á la capital de su provincia, y el segundo dia salió á paseo con varias personas, y entre ellas el alcalde; pasaron por un puente que no tenia pretiles, con lo que el gobernador se inmutó sobre manera, y dirigiéndose al alcalde, y echándola de autoridad, le dijo:

—Mucho estraño señor alcalde, encontrar este puente sin pretiles, haciéndose peligroso á las bestias que por aquí pasan.

El alcalde contestó:

—Perdóneme V. S.; pues yo ignoraba que dirigiese hoy el paseo por aquí, pero le juro que cuando vuelva á pasar, puede venir descuidado, porque ya estarán puestos los pretiles.

Bendito sea Dios, decia un padre que reprendiendo á su travieso niño, observaba la actitud humilde y silenciosa que por la primera vez de su vida habia tomado al escucharle.

Por fin haces caso de mis saludables amonestaciones, y de hoy mas, espero que te corregirás en tus desaciertos. El niño seguia con la vista baja y fija en un punto. El padre, aprovechando la buena disposicion de su hijo se esforzó en probar la utilidad de atenerse á los consejos de la esperiencia, y cuando mas de lleno habia entrado en su perorata, dijo interrumpiéndole el niño:

—Padre ¿á qué no sabe V. cuantas hormigas han salido de aquel agujero?

Comprendiendo el buen hombre la ineficacia de su sermon, tuvo á bien suspenderlo para ocasion mas oportuna.

Durante el sitio de Amiens, se dió por orden general, que nadie pudiese salir de casa de noche sin linterna. En la misma de aquel dia, se presentó un labrador con la suya en la mano.

—Tu linterna grita el centinela.

—Hela aquí.

—Sí; pero no tiene vela.

—En la órden no se dice eso.

En la mañana del dia siguiente se da nueva orden, mandando que nadie salga sin una linterna con su vela. En aquella tarde, al anochecer, se presenta el mismo hombre con su linterna y su vela.

—¿En dónde está tu linterna?

—Hela aquí.

—Pero no está encendida.

—En la órden no se ha mandado que lo esté, ¡que diablo! esplicaos claro si quereis que os entiendan.

Fué necesario publicar una tercera órden, en que se prohibia salir sin una linterna, en la que se llevase una vela encendida.

Un procurador, acudió al juez de paz diciendo, que el sastre de portal su vecino, se reia en sus barbas siempre que pasaba por delante de su casa. El juez dijo al sastre:

—¿Porqué hace V. esto? y él contestó:

—Porque el señor se ha empeñado en pasar siempre que yo me rio.

Iba de noche un ciego, por la plaza, con una luz y un cántaro de vino.

—Vaya una ocurencia, dijo un amigo, ¿para qué quieres la luz, si nada ves?

—La quiero para que los locos como tú no tropiecen con mi cántaro y me lo hagan pedazos

---

Á un caballero que, aun que veia muy bien, llevaba siempre quevedos por echarla de literato, siendo así que necesitaba hacer tres borradores



TOMA DE RONDA POR LOS REYES CATÓLICOS.

para escribir una carta amorosa, le dijo una señorita:

—Tan enamorado le veo á V. de sus anteojos, caballero, que segun sospecho duerme V. con ellos.

—Es cierto, repuso el jóven turbado, uso de ese abrigo las noches que hace frio.

Se acobardó tanto un torero en la plaza, que huia del toro, como del demonio. Unos amigos suyos, que estaban en el tendido, temiendo que comprometiese su reputacion, lo escitaban á que abandonase la valla y saliese á torear.

—No os canseis, les dijo: el toro huye de mi, porque es gallina.

—¿De veras? le repuso uno; ¡pues si tú oyeras lo que va diciendo el toro de tí!

Yo no sé, decia un pobre hombre, que en parte alguna pasen cosas tan raras como las que pasan en el mundo.

Toma de Ronda.

Decididos los Reyes Católicos Fernando é Isabel á espulsar definitivamente de España á los moros, dirigieron sus armas contra los que aun restaban en Andalucía, y en una série apenas interrumpida de victorias fueron apoderándose sucesivamente de varias poblaciones, menguando con ello cada dia el poder de los agarenos.

Ya por los años de 1484 y 1485, habian caido en poder de los cristianos varias plazas y castillos de la provincia de Málaga y otros del reino de Granada, pero todavia quedaban muchos y muy fuertes baluartes del poder agareno, que era preciso destruir antes de pensar en la conquista de la capital. Era uno de estos la ciudad de Ronda, aunque pequeña, inaccesible y fuerte, y que daba mucho cuidado á los cristianos, porque hallándose guarnecida de bastantes soldados, no solo hacian frecuentes salidas para correr por tierra de cristianos, sino que proveian de víveres otros puntos de menos importancia, y acudian á su defensa cuando eran amenazados. Suponíase, y con razon, que una vez destruido este baluarte, todo lo demas hasta Málaga quedaria espedito. En su consecuencia reunido el ejército, al que se incorporaron tambien los Reyes, entró en la provincia de Málaga, y por consejo y parecer del valiente D. Rodrigo Ponce de Leon, marqués de Cádiz, despues de haberse apoderado el ejército de Alora, Setenil y otros puntos, se dirigió contra Ronda, con ánimo de sitiarla, si bien la falta de dinero impidió llevarlo entonces á cabo. Retiróse, pues, el ejército, no sin haber causado á los moros de las inmediaciones grandes males; pero pocos meses despues, por enero de 1485, volvió el ejército á la guerra, y despues de apoderarse de Coin y de Cártama, se dirigió á Ronda á cuya ciudad puso cerco. Tambien esta vez fué por consejo del marqués de Cádiz, que habia sido secretamente avisado por un moro que Ronda se hallaba algo desguarnecida de fuerza, pues muchos de sus defensores habian salido de ella al mando del gobernador Hamet el Zegrí, para dirigirse á las llanuras de Andalucía, y talar campiñas y pueblos.

Para el cerco de la ciudad se dividió el ejército en varios reales, situándose el mismo Rey con parte del ejército frente del castillo.

La triste noticia del peligro que corria su ciudad, no tardó en llegar á oidos del descuidado gobernador, que regresó apresuradamente de su espedicion, para tener el sentimiento de ver cuán ciertos eran los rumores á los que en un principio no habia querido dar mucho crédito. Grande fué su rábia y despecho al ver cerrada la plaza por un ejército numeroso mandado por el mismo Rey, y tan prevenido que no habia descuidado ningun punto, poniendo el cerco de modo, que era imposible por astucia ni sorpresa burlar la vigilancia para introducir en la plaza socorro de ninguna especie. En tal estado concebió Hamet una idea atrevida y desesperada, cual fué el cargar de noche con sus soldados; pero esta tentativa, llevada á cabo con notable arrojo, no tuvo otro resultado que confirmarle en cuan inevitable era la pérdida de Ronda, toda vez que su proyecto habia quedado frustado. No desmayó por esto, y retirándose, procuró atraer gente de la Serranía, y hasta algunos soldados de Málaga; pero las nuevas tentativas que hizo fueron igualmente inútiles, teniendo al fin que retirarse definitivamente para no caer tambien en poder de los cristianos.

Cada ataque frustado, cada tentativa burlada para socorrer la plaza, ponia en mayor apuro, y aumentaba el desaliento de sus defensores, no obstante la confianza que tenian en lo inespugnable de su posicion y fortificaciones. Sucesivamente fueron los cristianos estrechando el cerco; y lo que puso en mayor aprieto á los moros de Ronda, y acabó de desanimarlos, fué el hallarse un dia privados del agua que les proporcionaba un manantial, que los ingenieros del ejército supieron cortar, despues de haberse apoderado de los arrabales. Y no eran estos solos los medios que se pusieron en juego para rendir cuanto antes á los sitiados; la artillería jugaba contínuamente, y hasta se recurrió al medio esterminador de lanzar pellas de algodon empapadas en alquitran y pólvora, que lanzadas con maña, prendian fuego á los edificios.

Conociendo los sitiados que de un momento á otro iban á ser víctimas; que era inútil pensar en la defensa, y que todo socorro era imposible, y lejano, dado caso que llegase, determinaron rendirse con ciertas condiciones: á los mas principales ciudadanos se dieron algunas tierras en Sevilla, y se permitió la salida de la ciudad y su paso á Africa con sus bienes y utensilios, á los que así lo solicitasen.

La rendicion de la ciudad se verificó el 25 de mayo de 1485; en cuyo dia entraron los Reyes Católicos en ella con gran contento, particularmente de los muchos centenares de prisioneros que gemian en las lóbregas mazmorras de Ronda. Todos fueron puestos en libertad, y remunerados de los males que habian sufrido.

Despues de la conquista de Ronda, fué tal el pavor que se apoderó de los moros, que muchos de los pueblos de la Serranía se rindieron, entre ellos Casarabonela y Marbella, con solo presentarse ante ellos el ejército cristiano. Algunos años despues dieron los Reyes Católicos glorioso fin á tantas empresas con la conquista de Granada, último asilo del poder que por tantos siglos dominó la España.

José Pedrosa.

Maravillas de la naturaleza y del arte.

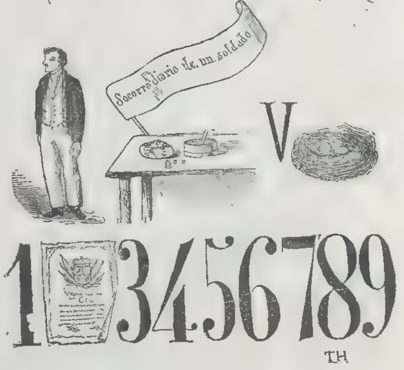
Fuentes minerales.—Se da esta denominacion á aquellos manantiales cuyas aguas contienen azufre, gas ácido carbónico, hierro, yodo etc., y en general varias materias susceptibles de combinarse con el agua. Estas propiedades deben atribuirse á la naturaleza de las materias que componen los canales subterráneos que recorren las aguas.

Fuentes calientes.—Está casi probado que el interior de la tierra goza de una temperatura sumamente elevada; si el canal de una fuente baja á una grande profundidad para volver á salir á la superficie de la tierra, sus aguas deben adquirir la temperatura de las capas que vayan atravesando, y la deben conservar en su mayor parte hasta el orificio por donde salgan de las entrañas de la tierra.

Por todo lo que antecede, CARLOS CUSTI Y RIU, E. responsable.

Imprenta del Diario de Barcelona, á cargo de Francisco Gabañach calle Nueva de S. Francisco, núm 17.

Geroglífico.



SOLUCION DEL GEROGLIFICO ANTERIOR.

En la música de teatro no despuntan jamás los genios adocenados.

Núm. 10. Barcelona 15 de mayo de 1859. Año 1.

LA ILUSTRACION

PERIÓDICO QUINCENAL.

PRECIO.

En Barcelona, por un mes, llevados los números á domicilio, 3 rs.

Fuera de Barcelona, id, franco de porte, 3 rs.

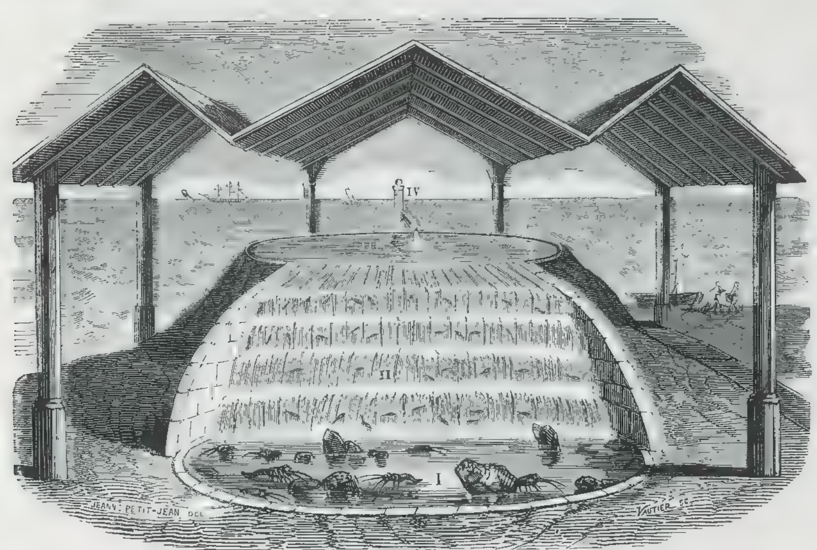
PUNTOS DE SUSCRIPCION.

En Barcelona en la papeleria de los señores Sala, hermanos, calle de la Union, núm. 3, y en las principales librerías del reino.

La correspondencia deberá dirigirse á D. Francisco Nubiola, rambla de Canaletas, núm. 3.

OBSERVACIONES.

El que se suscriba por un año obtendrá la rebaja de 4 rs. vn.—Toda suscripcion debe empezar el 1.º de mes.—No se venden números sueltos.



UN CRIADERO DE PECES DE MAR.

I. Depósito de langostas y langostines.—II. Celdas de los peces.—III. Depósito de agua.—IV. Bomba que saca el agua del mar.

SUMARIO.

Criadero marino de Concarneau.

El piloto Gaillon, de Concarneau, ausiliado de M. Coste, ha organizado en el muelle de este puerto de mar, y debajo del tinglado mismo donde se han establecido los depósitos de langostas y langostines, una especie de parque con varias celdas en las cuales se puede encerrar sucesivamente y observar segun se quiera á los habitantes del Océano. Esto es lo que nosotros llamamos un criadero marino, y á lo que M. Coste dá el nombre de observatorio de los productos vivientes del mar.

En este aparato hay una bomba que eleva continuamente el agua salada, cuyo chorro cae dentro de un pilon, del cual se precipita formando cascada por riachuelos artificiales de 50 centímetros de anchura, dispuestos en escalinata sobre cuatro pisos apoyados contra el muro que circuye el tinglado. Estas gradas de 80 piés de longitud, están sostenidas por un armazon de madera y dominan los viveros de langostas. Las celdas de que hemos hablado, en número de 95, están contruidas en estas gradas, estando cerradas por enrejados que dejan pasar y caer el agua sin que los peces encerrados en una celda puedan comunicarse con los de otra.

¡Quién lo creyera! La mayor parte de las especies así aisladas, prosperan y pululan como si estuviesen en completa libertad. Se les dá su comida como se hace con los osos y los leones de una casa de fieras; pero existe una gran diferencia entre el estado del infeliz leon prisionero y el de estos séres que se familiarizan perfectamente con su desgracia; están alegres, retozan, se hacen el amor, se juntan, desovan, se metamorfosean, crian á sus hijuelos, enseñan al naturalista sus instintos maravillosos, y lo que es mas, se domestican como los gorriones enjaulados. Hasta se logra hacerles aprender ciertos ejercicios.

En este criadero es en donde M. Coste ha observado las metamórfosis de los crustáceos y cuyos pormenores debe hacernos leer en una obra especial. Pero entre tanto, hé aqui algunos hechos observados por él sobre otras especies que corroboran lo que hemos indicado antes sobre las costumbres de estos animales.

La vieja de mar, el gonela, el mugo y la mustela, son otros tantos peces de mar cuyos individuos y familias están encerrados en las celdas de este establecimiento en el cual estos animales se han domesticado enteramente. Si se les ofrece comida suben á la superficie; si se hace dar vueltas á su presa en torno de ellos, siguen todos sus movimientos; si se les hace esperar la solicitan con sus gestos, y si se coloca á su alcance vienen á tomarla de la mano. Las mustelas, dice M. Coste, son tan mansas que se dejan coger, sacar del agua, volver despues á ella, y esto repetidas veces con una docilidad que parece escluir toda contrariedad.

Las gobias toman tambien la comida de la mano del que se la presenta, mostrándose sin embargo menos confiadas.

El rodaballo se anima á la vista de su presa y viene tambien á buscarla. Cuando tiene hambre la pide subiendo á la superficie y agita sus alas en el momento que uno se la enseña. Si se le irrita monta en cólera y cambia de color; las manchas de su piel se oscurecen mas ó menos segun las impresiones que recibe. Se cree que tiene el esófago muy estrecho y sin embargo engulle pescados enteros; un rodaballo de 25 centímetros de longitud se traga una sardina de las mas grandes.

Los signatos tienen la estraña costumbre de reunirse y enlazar su cola de manera que se sostengan los unos á los otros, formando un ramillete, con la cabeza hácia arriba. Para coger su presa hacen una pirueta en sentido vertical para ponerse tripa arriba; se apoderan de ella y vuelven en seguida á tomar su equilibrio ordinario; la posicion de su boca abierta longitudinalmente al estremo de un hocico arremangado, hace necesaria esta maniobra. Los jóvenes comen como los demás peces.

La historia romana habla de funciones dadas por peces en las piscinas de Lúculo, de Polion y de Hortensio el orador; nadie queria creer esto, y hé aquí que el establecimiento de Concarneau nos prueba la veracidad de semejantes relaciones.

T.—Joaquin Mola y Martinez.

Dos negaciones equivalen á una afirmacion.

I.

Pablo Hamelin á Eduardo Derode en Forcade.

Paris 2 de julio de 1846.

Dentro de pocos dias, querido Eduardo, queda casado tu amigo Pablo!

Me parece verte soltar la carcajada con tan inesperada revelacion....... Búrlate cuanto gustes, amigo mio; recuérdame mis amargas diatribas contra el matrimonio; y los juramentos que hicimos tantas veces de no aumentar jamas la lista de sus víctimas. Cómo ha de ser! yo no he mudado de opinion; pero hago lo contrario de lo que pienso. ¿Seré el primero cuyas acciones estén en completa oposicion con sus palabras, ó al menos, que no tenga valor para sostener su opinion?

Ya conocerás que mi historia se asemeja á la de muchas novelas y comedias. Escuso decirte si es bonita mi Julia; á tí propio te pareció tan perfecta que cuando te fuiste me recomendabas la vigilancia. He luchado como un héroe; pero he sucumbido, y, como los antiguos paladines, para rendir mis armas he preferdo el mas peligroso enemigo, el matrimonio..... en vez de insultar á la desgracia, dí saludando al prisionero: Honor al valor desgraciado!

De veras te digo que me ha sido imposible resistir. No traeré á cuento el vivo deseo de mi pobre padre, que estaba acongojado por mis ideas anticonyugales. Esta consideracion, aunque poderosa, no habrá bastado para resolverme; pero quiero tanto á Julia!—Lo digo para mi mengua; lo que los deberes y el grito de mi padre no han podido conseguir, se ha realizado por efecto de mi propia pasion, por el deseo egoista de mi felicidad. En vano he invocado contra mi flaqueza el recuerdo de nuestros convenios, y el auxilio de nuestras ardientes repugnancias... aborrezco de veras el matrimonio, pero amo mas á Julia; y está visto que puede mas el cariño de la una que el odio al otro.

Acabo de escribir á mi padre pidiéndole su consentimiento. Dudo que las tareas de su fábrica y la obstinada gota le permitan venir á traérmele en persona; pero estoy seguro de que no tardará mucho la respuesta. Quiere tanto á Julia desde que es huérfana! Qué feliz va á ser mi escelente padre! La idea de su júbilo me consuela algo de la tristeza..... sí, de la tristeza que me causa, en medio de mi dicha, el descontento de mi mismo.

Vive Dios que soy el ente mas singular y miserable que se conoce! me caso libremente, voluntariamente; y si viniese Julia á decirme «ya no quiero» seria el mas desdichado de los hombres y lloraria tal vez como un chiquillo. Sin embargo, la idea del matrimonio me hace estremecer, y antes de dar el primer paso titubeo..... Eh! tanta flaqueza pasa ya de raya: me he mostrado cobarde retrayéndome de la firme resolucion de no casarme nunca: no quiero serlo tambien rehusando ahora el matrimonio.

Tengo la cabeza loca... Afortunadamente el corazon está satisfecho.—Adios.

Pablo Hamelin.

P. D. Al tiempo que firmaba la carta he recibido el consentimiento de mi padre, y corriendo se lo he llevado á Julia.—Crees que la entrevista ha sido viva y tierna como las circunstancias requerian? Nada de eso. Al recibir la noticia ha dejado vislumbrar Julia, á través de una púdica reserva, ciertos arranques de gozo que me han chocado. Se parecia á ese gozo necio y vulgar de nuestras solteras cuando tropiezan con un *partido*... Oígase á todas; cuando notician su casamiento á alguna amiga, comienzan invariablemente escribiendo: «me caso»; en seguida mil comentarios, y al fin y como por postdata rematan diciendo: «Ahora me falta decirte algo de mi novio», etc., etc.

Y ¿fuera lisonjero para mí un sentimiento semejante? Si de veras ama Julia mi persona, deberia estar gozosa de mi amor, y este amor le conoce tiempo hace. Luego ¿á qué viene manifestar alegría cuando ve la certidumbre de una union que no hará suguramente que yo la ame mas? ¿Será que como todas las otras guste mas del matrimonio que del marido?

Esta idea que me ha atormentado atrozmente, ha dado alguna tibeza á nuestra conversacion... . Conozco que es una locura, porque no puedo dudar de la pureza, de la realidad del amor de Julia; pero qué quieres? estoy agitado, tengo calentura..... Si estuvieras á mi lado, me parece que no me atreveria á casarme.

II.

M. Hamelin (padre) á Mlle. Julia Berger en Paris.

Saint Dizier 3 de julio de 1841

Cómo daros las gracias, querida hija...! porque de antemano puedo daros este nombre..... Qué bello triunfo para vos haber reducido á mi hijo á un partido de que le tenian alejado no sé qué falsas ideas y ridículas terquedades! Os aseguro que me tiene dados muy malos ratos, y convenciendo á mi hijo me habeis devuelto la vida. Yo os amaba como hija de un buen amigo; pero ahora amaré en vos á la par á mi hija y á mi ángel tutelar.

Dionisio Hamelin.

III.

Eduardo Derode á Pablo Hamelin.

Forcade 14 de julio de 1841.

Tú mismo lo has dicho, eres un cobarde.

Por lo demás, ninguna cosa nueva me has dicho. Cuando salí para este pueblo presagiaba tu caida; para reforzar tu valor, si era tiempo aun, ó para hacer mas patente tu perjurio, te convidé á un banquete donde solo se admitieron solteros: *solteros*, entiendes?

Eramos seis, enemigos todos del matrimonio, enemigos acérrimos; y cuando indiqué en chanza tu próxima desercion, gritaste «calumnia», y cuando alegamos en prueba tu pasion por Julia, contestaste: «Si tan violento se hiciere este amor que me espusiese á faltar á mi palabra, le romperia como rompo este vaso...» y los pedazos del cristal cayeron en la mesa en medio del estrépito de nuestros aplausos. Nuestros juramentos, esos juramentos de que hablas en tu carta, fueron renovados con toda solemnidad; y cuando apareció el Champagne, tú entonaste el himno de: *Libertad querida, único bien de la vida!*... etc., cuyos coros repetimos nosotros con formidable entusiasmo.

De los seis amigos que unieron aquel dia sus manos y sus juramentos, cuatro están en la actualidad en mi quinta, junto á mí que soy el quinto, y tu carta nos ha dado asunto para reir todo un dia de lluvia. Por lo que toca al sesto, se está amonestando y disponiendo el trajo de boda. Buen provecho!

Si aun eres hombre, rompe por todo, toma un caballo y ven aquí á repetir el juramento de 1.° de mayo. Si no déjanos en paz y allá te las compongas.

Nosotros vamos de pesca: tú vé hacerte *marido*.

Eduardo Derode.

IV.

Julia Berger á Pamela Furnel.—Dijon.

Paris 16 de julio de 1841.

Apenas tengo tiempo, amiga mia, para escribirte unas pocas líneas. Mañana se celebrará mi casamiento que se limitará á la simple ceremonia de la municipalidad y de la Iglesia, como conviene á mi situacion de huérfana, y sobre todo por la ausencia de los parientes de mi marido.

Ya te dije que Pablo era, en punto á matrimonio, un rebelde feroz que á duras penas he conseguido amansar. Aun tiene de cuando en cuando arrebatos de insurreccion; pero su amor los reprime.

Aquí cierra hoy su carta Julia Berger, Madame Hamelin te escribirá mañana, aunque solo sea una palabra, despues de la ceremonia.

Julia Berger.

V.

La misma, á la misma.

17 de julio de 1841.

No sé cómo puedo escribirte, ni cómo vivo despues de la abominable escena que acaba de pasar. Vengo de la municipalidad..... la afrenta mas cruel..... Ya te lo escribiré todo, querida Pamela; ahora solo tengo fuerzas para llorar.

Julia Berger.

VI.

Pablo Hamelin á Eduardo Derode.

San German 17 de julio.

(A las 5 de la tarde.)

Tú triunfas, Eduardo; pero, gran Dios! á qué precio!

He vencido al enemigo, he triunfado del matrimonio; pero, he sucumbido en el mismo campo de batalla. Si aun no he exhalado el último suspiro, me falta poco.

Escucha mi drama, que tal parece.

Recibí ayer tu carta, precisamente á la hora en que acabábamos de firmar el contrato. La rasgué de despecho; mas tu fria zumba habia penetrado en mi corazon, depositando la roedora hiel. ¿Necesitaba esta nueva instigacion, cuando agitado por mis recuerdos y reflexiones, veia flaquear mi resolucion á medida que se acercaba el temido instante? Esta mañana, dia fijado para la ceremonia, estaba tan sombrío como mi traje de etiqueta.

A todo el mundo parecia Julia hechicera con el vestido blanco y el velo virginal: empero yo apenas hacia alto. Pensaba en mi cara independencia, en las infinitas delicias de la vida de soltero, en los bienes inestimables que no habia sabido apreciar hasta la hora de perderlos. Al atravesar el vestíbulo de la municipalidad, os veia reir á los cinco á mis espensas, y cuando el *maire* leia los artículos del código, se me reproducia en la imaginacion el banquete de seis.

Hasta entonces, absorto en mí mismo, habia andado y escuchado maquinalmente. Pero cuando el *maire* me dirigió rotundamente la pregunta sacramental, hube de sacudir mi letargo para oirle y responderle.

Pablo Hamelin, consentis en tomar por esposa á Julia Berger, aquí presente?...

Iba á consumarse mi destino... la repugnancia que me inspiraba el escándalo de una negacion, luchaba en mi corazon con la que me sugeria la idea de comprometerme irrevocablemente con una afirmacion. . Un sudor frio inundaba mi rostro.

Iba á mirar á Julia para tener fuerza para dar el *Sí*..... cuando de pronto sonó un organillo en la calle, y entonó el himno de: *«¡Libertad querida!»*

Esta fué una evocacion repentina, poderosa, volví la cabeza y contesté: *Nó!*

Lo que ocurrió despues de esta escena, no te lo puedo esplicar..... Ni veia, ni oia nada. Por otra parte, antes de que los concurrentes se recobraran de su primera sorpresa, dí á huir, á huir como un criminal. Eché á andar por la calle, sin saber adonde..... pero repuesto por el aire libre, comprendí que necesitaba aislarme, reconcentrarme en mí mismo, y me dirigí al camino de hierro de S. German. Tres horas he estado vagando por el bosque, y de vuelta á la fonda he tomado la pluma para escribir.

Ay Eduardo! no aplaudas demasiado mi valor, porque tengo desgarrado el corazon... Amo á Julia, la amo mas que antes, y veo que la he perdido para siempre! En adelante nos separará un abismo... el recuerdo de una injuria infame, de

una afrenta imperdonable. He destrozado el alma, el porvenir quizá de esa pobre muchacha, que no tiene otra falta que la de amarme... Soy un miserable!

Es preciso que salga de Paris, aunque solo sea para sacudir mis remordimientos: voy á buscaros á Forcade si puedo.

Si puedo... porque ¿tendré valor para alejarme de los sitios donde ella respira? Ella, ay! de quien estoy alejado para siempre!

PABLO HAMELIN.

VII.

M. Hamelin (padre) *á Mlle. Julia Berger.*

SAINT DIZIER 20 de julio de 1841.

Anoche supe, hija mia, la horrible escena de la municipalidad, y he sufrido tanto, he llorado tanto, que me ha sido imposible escribiros inmediatamente. Mi hijo es un sér vil y despreciable; no solo os ha faltado del modo mas infamante, sino que me ha faltado á mí, á su padre, sabiendo bien que esta innoble conducta destruiria mi postrera ilusion y abreviaria mi vida. Desde ahora no tengo hijo, porque la persona á quien doy este nombre es un desdichado insensato ó un detestable parricida.

Pero me quedais vos, Julia mia, vos á quien me habia acostumbrado á dar el dulce nombre de hija; ese aire de Paris, henchido de recuerdos que envenenarán una herida sangrienta todavia, debe seros nocivo; venid á mi lado, venid en busca del antiguo amigo de vuestro padre. Os invito pues, no solo por vuestro interés, sino que os lo pido en favor por mí. Venid con vuestra madrina si no quereis separaros de ella; ó si os asusta la vida de provincia, decid una palabra y liquidaré mis negocios para, á pesar del mal estado de mi salud, acabar mis dias al lado vuestro.

Oh Dios! yo que esperaba de esta union una felicidad tan grande, tan dulce! Dejadme, Julia, siquiera una parte de ella!

DIONISIO HAMELIN.

VIII.

Julia Berger á Pamela Furnel.

PARIS 31 de julio.

Hoy estoy tranquila, querida mia, y conozco que si bien el porte de M. Pablo Hamelin conmigo es de los mas odiosos, su corazon es menos culpable. La cabeza se ha exaltado en una de esas crisis de rebelion que te indiqué. Si en el momento de la pregunta fatal, hubiera estado su mano asida á la mia, solamente un *sí* habria salido de sus labios: pero su imaginacion desordenada le arrastraba á cien leguas de mí: materialmente estaba á un paso de su mujer, moralmente á un medio segundo del matrimonio... El terror del matrimonio ha sido mas poderoso que el amor de la mujer, y ha dicho *nó*.

Pero bien vengada estoy! jamás me habia dado mas pruebas de ternura que ahora; está pálido, desmejorado como si convaleciese de una larga enfermedad: dos veces al dia me escribe las escusas mas humildes, las protestas mas ardientes: no atreviéndose á presentarse en mi casa porque sabe que no le recibiria, se planta desde que amanece en un gabinete de lectura frontero de nuestra casa, para tener constantemente los ojos fijos en mis ventanas. He sabido que tres veces ha tenido asiento tomado en la diligencia de Burdeos, y tres veces le han faltado fuerzas y se ha quedado. Cuánto me ama, qué felices hubiéramos sido!

JULIA BERGER.

IX.

M. Hamelin (padre) *á Mlle. Julia Berger.*

SAINT DIZIER 4 de agosto.

Hija mia, acabo de recibir una larga carta del desventurado Pablo. No os encubriré que á pesar de mi justo enojo contra él, me ha enternecido profundamente. Se arrepiente de su conducta con tan sensible contricion, os hace tan merecida justicia, está en fin tan afligido, que comienza á darme lástima.

Dice que no sale de Paris hasta haber recibido de vuestra boca la seguridad del perdon, objeto único de su anhelo. Bien se concibe que no hayais querido verle; pero sin embargo, si para darle un poco de reposo, bastara una palabra vuestra, palabra que acaso merece por su espiacion, ¿la rehusariais obstinadamente? Yo no os aconsejo, hija mia; teneis demasiado tino y prudencia para saber lo que conviene en una coyuntura tan delicada. Consultaos; pero pensad que de vuestra determinacion penderá quizá la curacion moral de ese pobre Pablo, que si no puede darme la felicidad que de él aguardaba, no sea al menos para mí una causa tan amarga de afliccion. Quién sabe? no podria suceder que esta entrevista fuese preludio de una reconciliacion...? Perdonad, Julia, os parecerá ridícula, intempestiva mi esperanza; pero es la de un padre que os ama tanto... y que anhela de tal suerte poder amarle con vos!

Fio en vuestro corazon, hija mia: en vuestra mano teneis mi consuelo perdonando, y mi dicha haciendo mas, si es posible.

DIONISIO HAMELIN.

X.

Julia Berger á Pamela Furnel.

PARIS 8 de agosto.

Qué corazon tan noble tiene Pablo! y como revelan sus mismos defectos, prendas, que mal aplicadas le han conducido á la mas grave falta, pero que bien dirigidas harian dichosa á una mujer! Para ser un escelente marido no le falta sino decidirse á serlo.

Ya está claro para mí que ha sido impelido á esta inconcebible negativa por un esceso de lealtad y franqueza. Locos pensamientos le han inspirado miedo al matrimonio, miedo que no sabe sacudir. Me ama, estoy segura de que me ama con todo su corazon: sin mí será su vida miserable y desolada; pero por efecto del hábito esa palabra *casamiento* le da miedo, y no ha querido entregarme un corazon donde yo reyno, porque subsiste aun una duda en su imaginacion. Si no hubiese necesidad de matrimonio viviria á mi lado como el marido mas tierno; pero el matrimonio existe, y no sospecha Pablo que le bastaria ser amante bajo esta ley.

Fuera ciertamente una obra de caridad curarle, tanto por él, que siempre será desgraciado, como por su padre á quien quiero como si lo fuese mio. M. Hamelin me indica que, si quisiera, conseguiria facilmente anudar el proyecto roto una vez por la imprudencia de Pablo... Ya se ve que es posible; pero la dificultad está en emprenderlo..... Como contigo soy franca, te confieso que no es la voluntad lo que me falta, y que si Pablo me dijese hoy: «olvidad lo pasado: perdonadme mis faltas y permitidme que las repare,» por amistad á su padre, por cariño á él quizá, me dejaria conducir de nuevo á la presencia del magistrado. Pero esto no ha llegado, y por las razones que apunté al principio de esta carta, Pablo que no puede hallar la felicidad sino casándose conmigo, no está aun reconciliado ni acaso lo estará tan pronto con la idea de matrimonio. Es una cosa rara; pero es así. Sus cartas son tan espansivas, tan amantes como puedo apetecer; pero ni se esplica categóricamente, ni propone nada... ya ves si es peliaguda mi situacion, querer hacer y no poder. Meditaremos... Me alegraria tanto hacer un favor á ese buen M. Hamelin!

JULIA BERGER.

XI

Julia Berger á Pamela Furnel.

PARIS 15 de agosto.

Hay dado un gran paso que me tiene aun aturdida.

M. Hamelin (el padre) siempre ingenioso para conseguir la reconciliacion que desea, habia encargado á su hijo que me entregase en persona una carta de Saint Dizier. Era con objeto de proporcionar á Pablo un pretesto para el paso á que el pobre jóven no se atrevia. Háseme presentado temblando en ausencia ó con complicidad de mi criada, y me ha entregado la carta de su padre.

«Señora, ha dicho, vuestro silencio y desdenes, son un corto castigo de mi abominable falta. Empero, ¿será eterno el castigo? ¿jamás le desarmará el arrepentimiento? No era yo digno de ser marido vuestro: pero prescindiendo del matrimonio y del amor, ¿no puede haber amistad? De que con razon ó sin ella no me haya atrevido á asociaros como esposa á un hombre prevenido contra el matrimonio, y de que por esto haya renunciado á vuestro amor, ¿resulta necesariamente, que debamos estar siempre apartados uno de otro, reñidos, cuando nuestros caractéres simpatizan tan perfectamente?»

Estaba yo conmovida y bajé los ojos. Él continuó:

«Perdonadme, Julia, y dadme permiso para visitaros. En tanto que mi conciencia no se reconcilie con el matrimonio, juro que no saldrá de mi boca una palabra que no pueda oir una hermana de su hermano... Lo dudais? El que amándoos como yo os amaba, ha tenido la fuerza de sacrificar su amor á escrúpulos exagerados, ridículos si se quiere, ¿no la tendrá, sino para vencerle, al menos para contener su esplosion? permitidme Julia, permitidme por Dios que os vea alguna vez. Negaros fuera volverme á la horrible existencia que he tenido en estos últimos veinte y ocho dias, y de que creo haber salido desde que estoy á vuestro lado... Julia, Julia, aguardo vuestra respuesta.»

¿Qué habia de hacer, cuando mi corazon me gritaba *perdon*, cuando tenia aun abierta en la mano la suplicante carta de M. Hamelin? Ceder lo resistia mi amor propio, rehusar repugnaba á otro amor; era necesaria una capitulacion.... y una idea singular me la sugirió.

—Señor, dije á Pablo, despues de lo ocurrido me es imposible conservar la menor relacion con vos. He recibido una afrenta, y mientras no se borre.....

—Mi arrepentimiento, mis escusas.....

—No basta. Me habeis ultrajado indignamente contestando *nó* delante del *maire* y los testigos. Quiero una posicion igual. Volvamos otra vez: vos respondereis *sí* y yo públicamente delante del mismo magistrado y de los mismos testigos daré un *nó* redondo. Entonces la afrenta será reciproca, la venganza igual á la injuria, y como suelen decir los hombres, quedará satisfecho el honor. Despues podremos vernos segun consientan nuestras relaciones de familia: y puesto que ya no pende de nosotros ser esposos, nada impedirá que seamos buenos amigos.

Ya conoces, querida mia, que esta proposicion aunque hecha en tono serio, necesitaba por lo rara ir acompañada de un cierto aire risueño; mi sonrisa alentó á Pablo, aceptó sonriéndose tambien, y se hizo el trato delante de mi madrina.

Dentro de tres dias se verificará esta comedia, si para entonces no han variado las cosas. Estrañarás esto ciertamente; pero por lo mismo llevaré á cabo mi idea. Adios.

JULIA BERGER.

XII.

M. Hamelin (padre) *á Mlle. Julia Berger.*

SAINT DIZIER 16 agosto.

Desde ayer estoy en cama con calentura, y apenas puedo trazar estas pocas líneas.

Mi mal procede del corazon; el rompimiento de la boda ha sido un golpe demasiado fuerte para un anciano achacoso como yo. La esperanza de ver consumarse al cabo esa union me habria sostenido, á ser mejor mi salud, pero conozco que solo un poco de reposo y contento pueden curarme..... Adios.

DIONISIO HAMELIN.

XIII.

Pablo Hamelin á Eduardo Derode.

No sé si estoy soñando ó dispierto. Me parece que sueño.

Te dije en mi última el singular convenio hecho con Julia; ayer era el dia fijado, y me encaminé

á su casa decidido á representar mi papel, si era sério hasta el fin, ó para continuar la chanza. La cosa iba séria.

Tenia Julia el mismo vestido blanco, y el velo de desposada..... Qué hermosa estaba, amigo mio! mil veces mas hermosa que el primer dia.

Echamos á andar: el maire leyó los artículos y me hizo la pregunta consabida, á que contesté *sí* con la sonrisa en los labios. Cuando preguntó á Julia, el corazon me latió con violencia.... miraba con enamorados ojos á mi linda compañera, y el *nó* preparado de antemano daba á mi entender á aquel vano simulacro la apariencia de una especie de blasfemia y culpable sacrilegio.

Julia estaba vivamente conmovida y el maire hubo de repetir la interrogacion: alzó la cabeza Julia y respondió con voz firme: «SI»

Estábamos casados.

Decirte lo que me pasó entonces, fuera empresa muy superior á mis fuerzas: un movimiento de Julia para alargarme un papel; me hizo volver en mí: era una carta de mi padre, una carta que acababa de recibir, y que la habia decidido á cambiar un artículo de nuestro programa por salvar al anciano enfermo.

Inquieta aguardaba Julia el instante de leer una impresion en mis miradas..... Derramé una lágrima y apreté su mano..... Mi mujer estaba divina.

Dentro de un cuarto de hora nos ponemos en camino para casa de mi padre. Luego que nos estreche en sus brazos, estará curado.

En cuanto á vosotros, camaradas, no podeis quejaros de mí, porque si me he casado, no ha sido por culpa mia. Me han hecho esposo por sorpresa, y en lo único que falto á mis pactos con vosotros es en estar muy contento.

No he faltado al celibato; el celibato es el que no me ha querido por mas tiempo.

Heme pues casado!!! Compadéceme, amigo mio, compadéceme..... soy el mas venturoso de los hombres!

PABLO HAMELIN.

Todas estas cartas están conformes con el original.

T.—E. COMAS Y SOLER.



JULIA BERGER.

Agudezas.

Un sugeto enemigo de las cumplimientos largos, de las visitas y de las etiquetas, decia á los que se las hacian:

—Abrevie V., que la vida es corta.

Luisa adrede me mojó,
Y yo comencé á enojarme;
Mas ella, por aplacarme,
Cual quise me acarició.
No le debió de pesar
El despique á lo que entiendo,
Pues siempre me anda diciendo:
—Pepe, ¿te vuelvo á mojar?

Un condenado á muerte decia al verdugo que le ponia el cordel al cuello:

—No aprietes tanto, que me vas á ahogar.

—De eso se trata, respondió el ejecutor con suma gravedad.

EL CIEGO DE NACIMIENTO.

Me preguntas muy atento
Con un interés profundo:
¿De qué se priva en el mundo
Un ciego de nacimiento?
La respuesta es muy sencilla:
Prívase un ciego de ver...
Lo primero, á su mujer,
Que no es poca maravilla.
Está libre, en su ceguera,
De mirar cosas muy caras,
Y de ver á quien no quiera.
Está seguro, y bien cierto,
De no quedarse parado
Ante un hombre jorobado,
Que al fin es un hombre tuerto.
Libre está de que le arrastre,
O le cautive una risa,
Ni advierta el paño *que sisa*
La tijera de un buen sastre.

EL CORBATIN DE UN RECLUTA.

Al que jamás gastó bragas,
Dice el refran castellano,
Lo que le ocurre es muy llano,
Las costuras le hacen llagas.
¡Mirad á un pobre *quinto!*
¿No sabeis lo que mas siente?
—¿Estar de su madre ausente?
—Nada de eso, es muy distinto.
La gran pena, sin disputa,
Lo que mas le daña, en fin,
Es el duro corbatin:
Escuchemos al recluta.
—¿Qué tienes, soldado nuevo?
¿Qué pena es la que te agobia?
¿Vivir léjos de tu novia,
Y no gozar de su amor
Y ternura?
—Nó, señor.
—¿De qué nace tu amargura?
¿Qué es lo que sientes, Fermin?
—¡El corbatin!!!
Mi cuello, no acostumbrado
A semejante apretura,
Ni á verse tan estirado,
Encuéntrase agarrotado
Con tan fuerte ligadura.
¡Ay! morena,
Tu Fermin
No siente otra amarga pena
Que este duro corbatin!
No me duele recordar
Las noches que á tu ventana
De amor solia cantar,
Ni me atormenta el pensar
Que fué mi esperanza vana.
¡Ay! morena,
Tu Fermin
No siente otra amarga pena
Que este duro corbatin!
Héteme aquí hecho un *retor*
Y cual un santo de yeso;
Y cuando suena el tambor
Me estiro como un señor,
Y en filas... tieso que tieso.
¡Ay! morena,
Tu Fermin
No siente otra amarga pena
Que este duro corbatin!
Estoy espuesto á un fracaso...
Porque es mucha mi torpeza:
Uno me dice: —¡Ese paso!
Otro esclama: —¡Esa cabeza!
¡Derecho!... ¡firme! ó te envaso!
¡Ay! morena,
Tu Fermin
No siente otra amarga pena
Que este duro corbatin!

Un galan, que cortejaba á dos damas á la vez, fué un dia preguntado por una de ellas:

—Si las dos nos cayésemos en un pozo, ¿á cuál salvarias primero?

El embarazado amante contestó sin saber lo que decia:

—A ninguna.

—¡Cómo! esclamó la que interrogaba.

Y el otro, rehaciéndose en el momento, añadió.

—Porque no sé nadar.

SOLUCION DEL GEROGLIFICO DEL NÚMERO ANTERIOR.
Hombre prevenido, vale por dos.

Por todo lo que antecede, CARLOS CUSTI Y RIU, E. responsable.

Imprenta del DIARIO DE BARCELONA, á cargo de Francisco Gabañach calle Nueva de S. Francisco, núm 17.

A LOS SRES. SUSCRITORES DE LA ILUSTRACION.

La *Ilustracion* cesa desde hoy.

Esta resolucion es el resultado de cierto convenio que ha mediado con el editor de otro periódico ilustrado.

Nuestro periódico contaba en la actualidad con 720 suscritores, de los cuales 450 pertenecian á Barcelona. Entramos en estos pormenores, para demostrar que con dicho número, y merced á una buena administracion, cubríamos gastos, pero no nos era posible dar grabados de actualidad con la frecuencia que hubiéramos deseado.

Los señores suscritores que tengan hecho algun adelanto, se servirán pasar á casa de los señores Sala, hermanos, donde se les devolverá lo que alcancen, mediante la presentacion del recibo, sin cuyo requisito no será atendida la reclamacion.

LA EMPRESA.

ÍNDICE

DE LAS

MATERIAS QUE CONTIENE LA ILUSTRACION.

GRABADOS.



TIPOS DE LOS HABITANTES DE LA LAPONIA.

